

SI LAS
PERSONAS
FUERAN
CONSTELACIONES



FLOR SALVADOR

SINOPSIS

La historia de Aidan se centra en una vida simple, tan cálida con una madre comprensible y unos abuelos que lo aman, pero quienes le esconden tantas cosas, ¿cómo te sentirías al enterarte que la persona que más aprecias es quien causó el mayor sufrimiento de la persona que pudo llegar a amarte con cada partícula de su cuerpo?

«Que satisfactorio es mirar las estrellas y saber que formas parte de ellas, no hay nada más bello que las constelaciones e imaginar que te encuentras en estas. Ella imagina que cada curva es tu sonrisa y los truenos son tus gritos, entonces ¿la lluvia son tus lágrimas?»

PREFACIO

Las bisagras de la puerta chillan, todos alzan su mirada y un coro de saludos se oyen, el hombre de cabello negro observa a cada uno de los alumnos, acomoda aquel molesto aparato auditivo y deja sus cosas sobre el escritorio, limpia una la esquina que está sucia y toma asiento, cogiendo aquella lista para saber a qué monstruos les dará clases.

"Qué horror", piensa al leer un nombre raro, feo... demasiado ocurrente para él.

Niega creando un gesto de asco, abre su portafolio en busca de un bolígrafo y pone la fecha del día hasta el final de la hoja blanca. Revisa el temario, dándose cuenta que empezarán con teoría.

"Con lo que odio la teoría", masculla para él mismo.

Se pone de pie al mismo tiempo que coge un marcador de color rojo, escribe en la pizarra blanca el nombre de la materia, el suyo, las reglas que desde ahora tienen que seguir, el horario de su clase, su correo y, por último, su número telefónico.

Se gira hacia al frente y habla con la voz ronca, pero firme.

—Después de las veinte horas ya no estoy disponible, aquel que me envíe algún mensaje, confíe en que tendrá cinco puntos menos —sentencia, enarcando su ceja para demostrar autoridad—. Para mí, ustedes no saben nada, me tienen que demostrar lo contrario —declara y rasca el dorso de su mano—. Todos tienen cero, su deber es ir aumentando los puntos durante todo el curso. ¿Cómo se lo ganan? Con participaciones, puntualidad, asistencia, tareas, exámenes, proyectos y prácticas. Oh, antes que se pregunten si nos dará tiempo para todo, por supuesto que sí. Les recomiendo que no se atrasen.

Finaliza y regresa a la pizarra, pone el porcentaje de cada cosa, las fechas de las pruebas, entre otras cosas.

Algunos chicos murmuran cosas malas del hombre, mientras otros optan por mantenerse en silencio, nunca sabes cuándo oyen más de lo que no deberían. Se han dado cuenta que no escucha bien, por lo que lleva ese aparato auditivo, unos se arriesgan a burlarse y lo demás piensan de forma más coherente.

El docente deja el marcador sobre el escritorio y coge la lista del grupo, se dirige hasta al frente y observa a cada uno desde un ángulo superior, el hombre es alto, demasiado. Su campo de visión es perfecto y gracias a eso, descubre a un muchacho de cabello castaño-rubio que está entretenido con su libreta al fondo del salón y tiene sus auriculares puestos.

¿Lo ha ignorado? ¿Se percató siquiera de su presencia? ¿Tan rápido quiso perder los cinco puntos?

Entrecierra sus ojos y camina lentamente hacia él, el salón se mantiene en silencio mientras los presentes detallan cada movimiento del profesor acercarse al chico.

Al llegar, se da cuenta de lo que hace, está dibujando, al parecer es una muchacha. Su mano se mueve junto al lápiz, concentrado completamente en su momento. Siendo honesto, piensa que tiene talento, demasiado, pero no lo justifica ante ese acto irrespetuoso que ha hecho ante su presencia.

El muchacho siente la presencia y mirada de alguien, por lo que su acción se detiene poco a poco, el lápiz danza en su mano, alza su vista, encontrándose con una ceja por lo alto. El docente.

"Diablos", maldice, lamentándose.

Se quita los auriculares, despidiéndose de la voz de Jared Leto. Relame sus labios y sonríe de lado, sabiendo que está arruinado.

A un lado, por detrás del hombre, ve a Borris, el gran idiota del salón, burlándose de él porque irá directo a detención. Quiere levantarse y darle un buen golpe en su fea cara para que deje de ser tan estúpido, pero prefiere contenerse.

"Vaya manera de iniciar las clases", grita su subconsciente.

—Primer día y los puntos de atención ya no se te verán compensados —dice soltando un suspiro. Él prefiere no decir nada ante su declaración, por lo que el preceptor prosigue dirigiendo su vista a la lista—. ¿Quién eres?

Traga saliva y le lanza una mirada de odio a Borris.

Para la próxima no se confiaría en sus compañeros, bien decía su tío cuando le repetía que en el instituto no tenía amigos, sólo personas que compartían salón y clases contigo, que debía ver más por sí mismo y no dejarse llevar por lo demás.

—Aidan Howland, ese es mi nombre.

CAPÍTULO 1

—¿No piensas comerte el otro panqueque? — mi madre me pregunta con una ceja arqueada desde la puerta de la cocina.

Bebo otro poco de jugo y niego con lentitud para no tirar del líquido, la mujer bufando volcando sus ojos y acercarse hasta el mesón para limpiar las migajas que he dejado esparcidas sobre este.

Dejo el vaso en el lavatrastos y limpio mi boca con el dorso de mi mano, volteando hacia donde se encuentra mamá para dirigirle la mirada.

—No tengo tanta hambre porque me he despertado en la madrugada a hurgar un poco de la sopa fría que quedó — admito dándole una sonrisa culpable —, aunque llegué a comerla toda, tuve que lavar el plato para que no te dieras cuenta.

—Si, no eres bueno para ocultar las cosas — se burla —. ¿Alguna vez haz hecho algo a escondidas de mí sin que finalmente me lo termines diciendo?

—Soy malo para mentirte — digo con sinceridad y me encojo de hombros —. Tú y mis abuelos me han enseñado a decir la verdad... igual a delatarme a mí mismo.

—Eres un sol, mi vida — ella me dice enternecida, cogiendo mi barbilla.

—Detente, no me gusta que me sigas tratando como niño pequeño — le farfullo haciendo mi cabeza a un lado para deshacerme de su agarre —, es incómodo para mí, aparte de que tengo que bajar mi mirada para abrazar tus ojos...

—Los abrazaste desde que naciste, tu miraste mis ojos cafés y yo tus dos océanos preciosos — recuerda, caminando al refrigerador para guardar la jarra de jugo.

—Eres demasiado cursi — reprocho.

Mi madre niega y sonrío de lado, quizás remarcando mi hoyuelo izquierdo, rasco la punta de mi nariz y salgo de la cocina para ir hacia el baño y lavarme los dientes.

Cuando termino, me dirijo a la sala en busca de mi mochila negra.

Me fijo en la hora, voy demasiado temprano, pero por el simple hecho de que me gusta irme caminando hacia el instituto, aparte de que no está tan lejos, tengo mi espacio y esa escasa acción causa un poco de paz en mí.

—Mamá, quería comentarte que después de clases iré a casa de mis abuelos — le aviso en voz alta.

Rebusco mi celular en los bolsillos de mi pantalón y lo saco para conectar por mis audífonos, elijo alguna canción y pongo la reproducción en aleatoria.

Paso los cascos por mi cuello sin colocarlos sobre mis orejas, solo los preparo para cuando salga de casa.

—¿Irás de nuevo? — cuestiona a un lado de mí.

La miro por el rabillo del ojo y asiento.

—Sí, mi abuelo me dijo que me ha comprado algo, supongo que es el restirador.

Lo que he dicho se proyecta de nuevo en mi mente y cierro los ojos al darme cuenta de que lo he arruinado, mis palabras habían salido como si fuese un pequeño dato, aunque sé que no es así.

Escucho como suspira y se cruza de brazos, giro por completo hacia ella, quien mantiene una mirada fría.

Va a regañarme.

—¿Cuántas veces te he dicho que no les estés pidiendo nada a ellos? Mucho menos cuando son cosas que no necesitas para la escuela, Aidan.

—No se lo pedí, lo escuchó en la llamada que te hice — intento explicarle —. Sabes que a él jamás le ha importado pagar ciertos artículos, apoya lo que me gusta hacer y aunque me haya negado, no hubiese servido de nada.

—No estoy de acuerdo.

—Jamás estás de acuerdo — le reafirmo, pasando mi mochila por encima de mi hombro —. Sobre todo, cuando se trata de mi abuelo. Siempre le has mirado todo lo malo que él hace por mí cuando solo ha intentado ayudarnos — le echo en cara —. Es decir, te molestó hasta el simple hecho de que lo haya acompañado a ver como se manejaba todo el asunto de los cines.

—Porque me molesta de que quiera remendar sus actos pasados contigo — jadea tallándose la frente.

—¿Por qué lo dices? — le cuestiono —. Repeles a mi abuelo como si fuera la persona más cruel de todo el mundo, ¿podrías parar? Lo único que ha hecho es ser amable con nosotros, nos ha ayudado desde que mi padre murió.

—Es que ese es su error — me interrumpe.

—¿Qué error? — mascullo cansado del mismo tema.

—¡Ay por el amor a Dios, Aidan! — se exaspera —. ¡Tú no eres tu padre! ¡Tú no eres *Luke*! ¡Eres Aidan! — toma una bocana de aire y lo suelta de golpe —. Ese es su error, creer que va a recompensar todo.

Frunzo mi ceño, pues no entiendo sus palabras, nunca he comprendido su actitud hacia mi abuelo Jason, con mi abuela es todo lo contrario, se lleva bien y hasta ha aceptado postres de ella, pero... joder, este tema es tan delicado para todos.

Mi tío André tampoco tiene buena relación con él, no es como si todo el tiempo lo viera, pero prefiere evitar los temas donde mi abuelo se ve involucrado. Al contrario de mi tío Ben, aunque bueno, él es su hijo.

—Se me hará tarde — le indico.

—Bien — accede —, nos vemos luego, avísame cuando estés en casa de ellos, al menos tendré un pendiente menos.

Asiento, prefiero ya no hablar y salgo de casa, poniéndome los audífonos en la cabeza y acomodarlos sobre mis orejas.

La canción suena y subo el volumen hasta lo máximo para eclipsar todo el sonido externo, así de esa manera solo me concentro en lo que haré hoy y cómo me organizaré con mis tareas.

—Bien, repitan después de mí — la señora Birtch ordena por lo alto —. Un plaisir, puis-je danser avec vous ?

—¿Qué mierda significa eso? — Aitor murmura a mi lado entre dientes, haciendo notar su gran frustración por la clase.

Repito la oración que la profesora ha dicho y miro al chico. Tiene una cara de enojo, como si el hecho de estar aquí fuera lo más fastidioso del universo, para él, estar viviendo es lo más horrible que le pudo pasar, bueno, solamente odiaba la escuela. Si le propusieran trabajar de actor porno, lo aceptaría sin pensarlo dos veces.

Él ama mucho los caminos fáciles de la vida, no me sorprendería que en un tiempo me confiese que vende droga o alguna otra cosa ilegal por todo el país.

Aitor es un chico muy rebelde, demasiado para ser verdad, suele meterse en problemas cada que puede, molesta a los otros alumnos y nunca faltan sus bromas de bienvenida, ha ido tantas veces a detención que ya le escribió su nombre a la silla donde su trasero descansa todos los días, y no es broma, en serio tiene su nombre y apellido con marcador permanente de color rojo en la parte trasera.

Sí, es todo un problemático y, al parecer, eso les atraía a las chicas, pues nunca faltaba cada semana que alguien se acercara a él para conversar, poder sacar alguna cita y pensar que podrían tener algún tipo de relación. Error. Aitor Blakely le gustaba de alguna forma su soltería y no relacionarse con ninguna chica o chico.

Oh, también es mi mejor amigo desde hace aproximadamente ocho años.

—En serio que no entiendo nada — se queja tirando su cabeza sobre la mesa —, señor de toda la mierda, contrabajo sé mi idioma natal, ¿para qué quiero saber otro?

Solo lo escucho quejarse una y otra vez. Estoy cansado de su jodida voz, pongo los ojos en blanco cuando maldice a la profesora y rasco la punta de mi nariz con cierta desesperación.

La señora Birtch vuelve a decir otras oraciones con firmeza y todos repetimos en un coro al mismo tiempo sin éxito, algunos terminando cinco segundos después y otros solo balbucean sin separar sus labios porque sus caras piden la muerte.

Que hermoso es el aprendizaje cooperativo, gracias, amados compañeros.

—No pienso ir jamás a Francia, ya paren esta masacre — mi amigo se queja de nuevo.

—¡Joder, ya cállate de una puta buena vez! — le grito.

Todo el salón se queda en silencio y Aitor hace un gesto de burla.

Entonces me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta, lo demasiado fuerte para que la preceptora lo haya escuchado, quiero golpear al chico, pero mi prioridad es levantar la mirada al frente y recibir una ceja arqueada completamente indignada de la señora Birtch.

—¿Algo más que quiera decir, Howland?

—No se lo dije a usted — intento explicar —, fue para Aitor...

—Lo fue, hirió mis sentimientos – se burla él, sin hacer el mínimo intento de incorporarse, solo eleva su brazo para hacerse notar —. Lo siento, es que me estaba quejando de lo complicado que es la materia y la no-tan-importancia de esta.

—Entonces, les haré un favor — indica y apunta con su dedo la puerta —, salgan ahora mismo de mi clase y no vuelven a entrar hasta que me traigan una conversación del tema que estamos viendo, ambos, sin excepciones.

Tallo mi frente con cierta frustración y suelto un suspiro, él se pone de pie rápidamente y coge sus cosas para salir del salón sin esperar otro segundo más. Muerdo mis labios y con toda la mala gana del mundo guardo el libro en mi mochila, la paso sobre mi hombro y con mi vista en el suelo; salgo.

Una vez afuera, una sonrisa de oreja a oreja me recibe por parte de mi amigo, lo miro de mala forma y eso no hace ningún cambio en su rostro.

—Vamos a comer — propone, sin tomarle ninguna importancia a lo ocurrido hace unos minutos atrás.

Intento no romper el contacto visual entre nosotros y niego con pesadez, mis labios firmes en una línea.

No quería echarle en cara lo que ha ocasionado, prefiero callarme y no llevar esto a un drama, prefiero mantener calma entre nuestra amistad. Sé que después de todo a él no le va a preocupar siquiera un poco.

—Ya he comido antes de venir — le confieso —. Prefiero tomar este tiempo para ir a estudiar o adelantar un poco de tareas.

No espero ninguna respuesta de su parte, y giro sobre mi propio eje para caminar de largo por el pasillo, lo escucho decir algo, sin embargo, eso no me detiene ni hace que mis pasos sean lentos.

Solo continúo.

En el plantel, hay personas de aquí para allá, con libros en mano o sacando cosas de su casillero, quizás para su siguiente clase o entrar desapercibido a la que han llegado tarde.

Antes de doblar para entrar a la biblioteca, una pequeña escena para por completo mi recorrido, me giro un poco a la derecha y diviso a ese grupo de chicos y chicas que están en aquella mesa en el jardín del campo.

Entonces la veo.

Rebecca Dankworth. La rubia de ojos grises, la gimnasta del instituto con promedio y rango económico lo suficiente bueno como para rechazar una beca completa de intercambio.

La mayoría de las chicas se lamentaban porque para ellas, Rebecca era un once de diez comparada al lado de cada una, algo estúpido en verdad, era un prototipo de todo lo que estaba bien y todas aspiraban a ser.

Y luego estaban las amigas de Becca, quienes seguían todo a su par, algunas eran porristas y otras simplemente resaltaban por el dinero de sus padres.

Ni hablar de los chicos que estaban a su alrededor, los jugadores estrellas, ese característico detalle repetitivo en la mayoría de los planteles estudiantiles, los musculosos que trataban de intimidar a los demás por el simple hecho de que iban a campeonatos e intentaban dejar el nombre del instituto en lo más alto.

Notase que dije «intentaban» porque solo eso hacen, jamás han podido ganar el primer lugar a nivel nacional o estatal, ellos son una estafa a comparación de Rebecca que sí lo logra.

Quisiera aclarar y decir que la chica no me mueve el piso como a la mayoría de todas las personas de aquí, pues eso sería una mentira.

Porque lo hace.

Oh por un demonio, vaya que sí.

Desgraciadamente, de entre los mil quinientos alumnos, yo era otro del montón, un ordinario chico de buenas calificaciones con una obsesión hacia la astronomía...

También de la comida china.

Ladeo mi cabeza y observo como se pone de pie, haciéndole una pregunta al capitán de rugby, Brendon, este le responde y ella suelta una risa mientras rueda sus ojos grises.

Aquellos ojos que ni en mis más locos sueños podré tener frente a frente.

CAPÍTULO 2

—¿Cuál es la raíz cuadrada de ochenta y uno?

Aitor pregunta de la nada, rompiendo el silencio en el que nos encontrábamos sumergidos desde hace algunos minutos. Dejo de teclear en mi computadora portátil para mirarlo sobre esta, él está con la mirada fija en la pantalla de su celular, mi ceño se frunce confundido, no porque desconozca la respuesta, si no por su pregunta.

¿Desde cuándo le importa saber la raíz cuadrada de un número?

—Nueve, es nueve.

Él asiente y escribe en su celular, lo observo por un tiempo hasta que siente mi mirada y eleva la suya poco a poco, entrecierra sus ojos y nos mantenemos así. Trama algo, lo sé. No pienso preguntarle directamente, seguiré mirándolo hasta que se sienta presionado y ceda para decirme lo que ocurre.

Conozco lo suficiente a Aitor para saber que está a punto de hacer algo, así como él a mí para darse cuenta que ya lo he atrapado en la movida. Solo tengo que esperar a que se sienta atrapado y el sentimiento de culpabilidad lo traicione, estúpido y efectivo a la vez.

—Agh, como te odio a veces — gruñe en un lamento, dejando el celular sobre la mesa para tallar su rostro con una de sus manos —. Me han pasado el examen de aritmética y he quedado con otros chicos para resolverlo, es como un trabajo en equipo en donde nadie puede decir de qué se trata. Aunque bueno, tú me has hecho romper una de las reglas.

Le doy una mirada neutra y niego unas cuantas veces, Aitor pone los ojos en blanco y posiciona sus codos sobre la mesa para encararme como si fuera un agente a punto de cuestionar a uno de los sospechosos.

—Cuando creo que ya no me puedes sorprender, haces algo que supera mis expectativas — comento con cierta ironía.

—Admite que soy lo más emocionante de tu vida, Howland — sonrío —. ¿Qué sería de tu vida sin mí en este pedazo de plantel mugriento con profesores necesitados de sexo?

—¿En serio quieres oír todas las ventajas? — le reto y alza una de sus cejas —. La más importante es que no tendría que cuidarme de que me metas en problemas o me líen con algunas de tus bromas a los alumnos de primer año.

—Aidan, eres como el ángel de los profesores, no creerían que matas una mosca, te recuerdo que por ello te pedí el favor de las tachuelas — dice con obviedad.

—Cállate.

Me avergüenzo ante ello y rasco la punta de mi nariz.

No es algo de lo que me sienta orgulloso de hacer, pero Aitor había tenido un problema con el profesor Terry, le había cambiado su calificación para que se atrasara un año, creemos que el señor le tiene algún tipo de odio porque mi amigo siempre buscaba la forma de debatir ciertos temas de la sociedad, ¿ya he dicho que Aitor tiene una bocota para joder las cosas a cada instante?

Cada que eso sucedía intentaba intervenir, pero al ver que el profesor comenzaba a ponerse rojo cubría mi rostro preparado para escucharlo decir que invitaba a Aitor a salir de su clase. Al final del curso, terminó dejándolo en un 65. Mi amigo solo rió cuando vio su calificación, pues el siguiente año lo daría otro docente.

¿Cómo entro yo? Bien, las cosas no se quedaron así, por supuesto que Blakely se vengó, mientras él estaba en detención por fumar cerca de la dirección, a mí me mandó a poner tachuelas debajo de las dos llantas traseros del auto del señor Terry. Y después de caer en su chantaje, acepté hacerlo.

Pero miren que amistad más tóxica tenemos.

El sigue recordando algunas escenas y yo me mantengo en la misma posición de antes, con mi vista hacia su dirección mientras oigo la mierda que echa.

—O cuando provocaste a Oliver para que...

—A ese tipo de cosas me refiero cuando digo que tendría ventajas de no tenerte aquí en el instituto —lo interrumpo antes de que siga con su reconto de todas las cosas que he hecho para ayudarlo—. No todo lo hago por ti, Oliver igual me tenía hartó.

—Exacto, ahora deberíamos ir por Borris — aconseja y bufo cerrando mi computadora portátil para guardarla en mi mochila —. Vamos, Zóboo.

—Estas jodiendo, eres como ese pequeño diablillo de las películas que me insiste en hacer el mal y luego está mi yo en forma de ángel aconsejando que te mande de una buena vez al carajo.

—Bien, ahora mi diablillo quiere hacer mierda a tu ángel, ¿dónde está ese bastardo para que lo mande a la hoguera en este instante?

Suelto una risa poniéndome de pie y cuelgo mi mochila sobre mis hombros, Aitor observa cada uno de mis movimientos y frunce sus labios, está pensando en decir algo, pero no sabe exactamente qué, guardo silencio y curvo la comisura de mis labios creando un gesto de burla.

—Nos vemos — finalmente dice.

Vuelco los ojos y le saco el dedo de en medio.

—Trata de no meterte en problemas de aquí hasta mañana.

—No prometo nada — canturrea.

Giro sobre mi propio eje y me alejo.

La verdad es que no tengo ganas de tomar el autobús, pero si quiero llegar a la casa de mis abuelos, debo hacerlo. Aún tengo que llegar temprano a mi casa para decidir qué tema voy a usar para mi ensayo de 30 páginas, la profesora de literatura nos ha dejado aquello como proyecto final, tengo que dar lo mejor en ello, no sé si hablar en forma de metáfora y literal, tendría un gran duelo conmigo.

Me pongo los audífonos de diadema y prefiero poner mi lista de canciones en aleatoria, me he repetido que necesito escuchar las demás y no sólo las cinco con las que tengo una severa obsesión.

No pagas a lo idiota la membresía cada mes, me digo a mí mismo.

Antes de llegar a la parada, me fijo en la cantidad de personas que hay y no puedo evitar hacer una mueca de desagrado, tendré que esperar y quizás el bus se llene, por lo cual, sigo de largo con mi camino para ir a la parada anterior. Paso por el estacionamiento del instituto, en donde veo a Brendon apoyado de espaldas contra su auto junto a un par de chicas quienes están prácticamente a su alrededor, me pregunto ¿cómo les puede gustar alguien que tiene esa fama de solo querer a alguien para sexo?

Pero al parecer eso es algo que les atrae, pues lo mismo ocurre con Aitor.

Opto por continuar mi caminata hasta que observo por el rabillo del ojo como un auto viene a mi lado en la mínima velocidad para igualar mis pasos, bajo mis audífonos a mi cuello y resoplo un poco cansado.

—Me enteré que te han sacado de la clase de francés.

—Vaya, vives al pendiente de mí — intento vacilar, aunque la verdad es que ya me he irritado con tan solo escucharlo.

—Si, claro — Borrís ironiza —. Tú y tu novio deberían postularse para la mejor pareja homosexual, las votaciones están abiertas hasta el baile de graduación que es en menos de dos meses, creo que ganarían, así tendrías algo bueno que contar de esta etapa de tu vida.

Ruedo los ojos antes su estupidez, ha comenzado a hartarme y no puedo evitar que ese pequeño lado viperino salga, a pesar de que lo intento suprimir, se resbala entre mi lengua y se expulsa directamente en su cara, detengo mis pasos y lo miró.

—A veces me sorprende tu diminuto cerebro, la verdad que tu forma de pensar está muy jodida, no tienes porqué aclarar la homosexualidad cuando juntas a dos personas de su mismo sexo, también me da lástima que creas que algo deba repercutir en mi vida para que se convierta en un acontecimiento importante de esta etapa de mi vida — declaro forzando una sonrisa sin despegar mis labios —. Un dato, decirle homosexual a alguien dejó de ser un insulto desde hace años, aunque bueno, jamás lo ha sido, pero te comprendo, me apiado de las pequeñas mentes ignorantes.

Borrís me lanza una mirada de odio y veo como apaga el auto.

—Date por muerto, Howland — amenaza.

—¿En serio vas a bajarte a intentar golpearme por algo tan insignificante? Sería la pelea más estúpida que tendrías — le insisto —. A parte, no puedes dejar el auto aquí, estás en línea amarilla — le señalo la banqueta —. Eso amerita multa, estaría encantado de ver cómo te jodes a ti mismo.

Mi mirada ha cambiado, ahora ya no hay burla, estoy serio, con un rostro neutro. Giro hacia mi derecha y me alejo de ahí sin mencionar algo más, no tengo idea de si ha continuado con su recorrido, sin embargo, no me molesto en voltear.

Me encuentro en un callejón de un solo sentido, jamás había venido por esta parte, pero prefiero darle una vuelta completa a la manzana que seguir aguantando al estúpido de Borris, detengo mis pasos y ladeo mi cabeza al visualizar una tienda con un letrero viejo por lo alto.

"Una pieza de amor."

Lo primero que llama mi atención es aquel estirador que se mira por aquel ventanal de cristal, miro a ambos lados antes de cruzar y troto para llegar al otro lado, me fijo que tiene un letrero de "abierto" y entro, el sonido de una campanilla se hace presente, haciéndole saber al dueño o dueña que alguien ha llegado, hay otras tres personas dentro del local mirando otro tipo de objetos, me acerco al estirador y paso mis dedos por la madera, esta es dura y de un color chocolate, miro alrededor y caigo en cuenta de que es una tienda de objetos antiguos, hay lámparas de petróleo, caballos de madera que se mecen, también pianos y guitarras, camino entre los estantes y llego a una parte donde hay libros.

Las portadas son de cuero y me pregunto si es sintético o de verdad, uno llama mi atención, es largo y con gran volumen, lo cojo para mirar su interior y mis ojos se deslizan por las hojas, son trazos finos y técnicas de sombras, en las últimas páginas hay dibujos que me sorprenden, se tratan de retratos y paisajes. Lo cierro y reviso otros, le doy la vuelta al estante en busca de algo más que llame mi atención para debatir en sí comprar algo o no.

Cojo uno de pasta azul gruesa, el título es con letras plateadas y es como una clase de... No sé, son opiniones y conjunto de pensamientos.

"¿Por qué ser estrellas?"

Lo hojeo y leo la introducción de este, relamo mis labios y mi mente toma un viaje hacia mi proyecto de literatura, necesito un tema con el cual pueda desglosar ciertas cosas y no hacer monótono o redundante la lectura.

Miro el libro que yace en mi mano y dudo.

¿Puedo juntar la literatura con la astronomía? Pero, ¿cómo?

Bufo y paso mi mano libre por mi cabello, mis dedos se enredan entre los pequeños rizos y maldigo en voz baja, dejo los libros sobre otro montón de estos y veo la hora en mi celular, ya es tarde.

Alzo mi mirada y mi campo de visión se proyecta en una chica castaña, su cabello largo ondulado hace contraste con su vestido amarillo y la chamarra verde, debajo de su brazo yace un cuadro de madera, quizás es una pintura, no estoy del todo seguro. Llega al mostrador y se pone de puntitas para tocar varias veces la campana, arrugo mi entrecejo por su insistencia y se escucha de fondo la voz de un hombre regañándole a lo que ella suelta una risa.

Me apego más al estante y atisbo con disimulo la escena.

—Un día de estos te van a robar y ni cuenta te darás.

Su voz es clara y melosa, un hombre de una edad muy avanzada hace presencia y menea su mano restándole importancia a lo que ha dicho.

—Tonterías, ¿quién le robaría a este viejo cosas antiguas? — le dice despreocupado.

—Yo lo haría —se pone de chistosa—. Bien, me llevaré esto, me servirá para cubrir la mancha fea que ha causado la humedad en mi dormitorio.

—De acuerdo — asiente.

—¿Cuánto?

—No te lo voy a cobrar — niega—. Me haces un favor llevándote un poco cada que vienes, ya no estoy para seguir sustentando esta tienda. Solo espero deshacerme mínimo con la mitad de todo.

—Pero tampoco estás para andar regalando, necesitas el dinero.

Muerdo mis labios y dejo de mirar la escena para regresar hacia los libros que he dejado a un lado.

A veces odio ese lado benévolo de mí.

Camino al mostrador y dejo encima de este lo que he cogido, siento la mirada de ella sobre mí y no soy capaz de devolvérsela. Solo tengo los ojos fijos en un punto en específico, en ese reloj en forma de arco que hace tin tan, tin tan.

—El autor de ese libro se suicidó.

La chiquilla declara.

La veo. Sus ojos cafés colisionan con los míos, tiene un rostro ovalado y unas mejillas sonrojadas, quizás por el sol, un flequillo no tan derecho que cubre sus cejas y cae sobre sus párpados.

Enarco una ceja por sus palabras y ella me sonrío, es baja de estatura, le gano por unos veinte o quince centímetros, como no me di cuenta antes al observar la manera en que se puso de puntas para alcanzar esa campanilla que yo con tanta facilidad puedo hacer sonar desde donde me encuentro.

—¿A caso es algún tipo de spoiler? — le cuestiono.

—No, lo dice la biografía que está dentro — ríe—. De hecho, ese libro fue el último que escribió, es lamentable lo que le pasó y su forma de pensar.

—¿Bien? — dudo—. Soy Aidan.

Entrecierra sus ojos mientras hace un mohín.

—¿Se supone que ahora yo tengo que decirte mi nombre e iniciar una charla? — vacila —. Es triste, quisiera saber cómo me llamo, pero sufro de Alzheimer.

Frunzo mi ceño, pero no puedo evitar soltar una risa.

—No seas grosera, Sue.

Una tercera voz hace presencia.

—¡Abuelo!

Grita en un lamento.

Él niega varias veces mirando la chica y después me regala una sonrisa, se la devuelvo y no puedo evitar regresar a la castaña quien tiene sus ojos sobre mí.

—Un gusto, Sue — murmuro.

—Sigo teniendo Alzheimer — insiste —. Nos vemos mañana, abuelo, prometo venir después de mis clases. Hasta luego, *chico rubio del cual ya olvidé su nombre*.

Le hago una seña y ella coge su cuadro alejándose de nosotros, la miro irse y dejar la tienda, tomo una bocana de aire y le regalo un saludo al señor.

—Disculpa, tiene un carácter muy payaso — comenta —. ¿Llevarás eso?

Pregunta y asiento, él me dice la cantidad y le doy un billete junto a unas cuantas monedas para después desearle un buen día y abandonar el sitio.

Afuera, miro a mis lados y visualizo aquel vestido amarillo junto a la chamarra verde, inclino mi cabeza hacia el lado derecho y me fijo en sus acciones, está de cuclillas abrazando a un perro negro, la escena se me hace tierna y sonrío automáticamente, Sue alza su vista chocando con la mía, mi gesto sigue presente y me lo devuelve... pero acompañado de su dedo corazón.

Pienso en lo explosiva que es, por lo que arrugo mi nariz y río, decido colocar mis audífonos y dirigirme a la parada de autobuses.

CAPÍTULO 3

—¿Qué clase de discurso querrá dar esta vez? — Aitor pregunta a mi lado, mientras seguimos a la ola de alumnos que se dirigen al gimnasio.

—Siempre es para llamarnos la atención, quizás es para recordar el reglamento del instituto, no lo sé, alguna mierda que solo nos hará perder el tiempo — farfullo con cierto enojo y cansancio en voz.

—Wowowo — repite con burla el chico elevando las manos al aire —, pero tranquilo que solo hice una pregunta tan inofensiva, ¿por qué tan a la defensiva hoy, Zobo?

Zobo.

Ya no teníamos trece años para que siguiera con sus apodos. La historia es sencilla, hace algún tiempo, antes de que nosotros nacióramos, existía un programa infantil de un lémur y dos chicos en donde los niños podían aprender acerca de los animales, nuestro animal favorito pues es un lémur y un día navegando supimos acerca de esa serie.

En resumen, terminamos dividiendo el nombre de esta, de forma que yo fuera *Zobo* y él; *Mafo*.

Lo regalo una mirada de pocos amigos y ruedo los ojos, sin ganas de soportar su carácter majadero por el día de hoy, no es como si me hubiera despertado de la mejor manera, Molly puede ser una niña lo demasiado ruidosa y muy desesperante cuando se lo proponía.

Sus gritos haciendo un berrinche para que mamá no la peinara porque "*le jalaba fuerte*" el cabello, hicieron que repitiera cuanto odiaba que su habitación estuviera a lado de la mía, su voz es muy fina y aguda que hasta cuando habla rezas para que guarde silencio, es mi hermana menor de seis años, pero tan caprichosa y mimada por el tipo de padre que tiene.

Soy una persona que odia con toda su existencia que lo despierten a gritos, con luz repentina, con golpes, estos últimos ya sean con almohadas o peluches como mamá lo hacía hace algún tiempo o palmadas en la frente, estás todavía las sigo recibiendo por parte de Aitor.

Entramos al gimnasio, algunos empujan y los entiendo, sino coges algún asiento, siéntete afortunado, porque si es lo contrario; tendrás la mala suerte de estar parado durante una o dos horas.

Aitor me da un codazo, tratando de llamar mi atención la cual recibe con un ceño fruncido de mi parte.

—¿Qué quieres? — espeto.

—Hay un lugar vacío a lado de Becca — me susurra, haciendo una pequeña seña con un movimiento de cabeza.

Dirijo mi vista hacia aquella dirección y es cierto, ahí está ella, con una blusa amarilla que le queda demasiado bien y sus largas piernas cruzadas, tiene su cabello recogido en una coleta desorganizada y sin maquillaje, a sus pies tiene una mochila y un bolso de *Hello Kitty*. Hoy irá a entrenar.

—Comienzas a babear — mi amigo se burla, empujándome por detrás para que me acerque —, corre y siéntate a su lado.

—¿Qué? Estás loco, lo más seguro es que esté cuidando el lugar para... — intento excusar mi timidez de acercarme a la chica, pero Aitor me interrumpe.

—Oh, los asientos no tienen dueño, ve y siéntate a su lado.

—Joder, Aitor, por algo nadie lo ha hecho.

—De acuerdo, vamos a los de arriba.

No discutimos tanto, pues se rinde fácilmente y nos dirigimos hacia el pasillo de las filas para ocupar lo del fondo, estamos subiendo las escaleras y cuando llegamos a la bina en donde Rebecca está sentada, siento como me empujan de un lado para caer en el asiento vacío a su lado, chocando con el hombro de ella.

Maldito Aitor.

Agh, desgraciado.

Me quedo estático, completamente desorientado y solo miro sobre mi hombro como mi mejor amigo sigue su recorrido.

Exagerando las cosas, puedo sentir como el aire entre mis labios sale con desesperación, cierro mis ojos con fuerzas y me regaño mentalmente que debo dar la cara y pedir disculpas por el incidente que ha ocurrido, pero demonios, siento los nervios hasta la punta de mis cabellos.

Giro lentamente, encontrándome con su mirada gris, su perfecta ceja arqueada y con una mano sobándose su hombro.

—A-ah, lo siento — tartamudeo al inicio —. Me empujaron.

—Lo noté — su timbre de voz es agradable aún con un tono de obviedad —. Las personas se comportan como animales salvajes.

La sigo observando como si estuviera en una especie de shock, quiero abofetearme, por favor, alguien deme una cachetada para que reaccione.

—Descuida, estoy bien — sonrío.

—Bien — digo finalmente e inhalo toda la cantidad de aire que puedo —. Disculpa si el asiento está ocupado o lo estás guardando para alguien, yo voy en busca de mi amigo.

—De hecho, si lo estaba cuidando para alguien — confiesa con una sonrisa a medias.

—Amm, bueno, no era mi...

—Es para ti — suelta.

—¿Qué?

Siento como mi pulso cardíaco se detiene, la sangre sube a mi cabeza y me confunden sus palabras, por lo que mi estado en shock aumenta más de nivel. Aunque intento retomar el control de la realidad, ella me lo impide soltando una carcajada.

—Es broma — explica —, yo no reservo los lugares, si mis amigos quieren tener en donde sentarse, deberían ser puntuales — se encoge de hombros —. Siéntete libre de sentarte, te lo ganaste.

—Gracias — le sonrío y automáticamente lo demás sale de mi boca —. Soy Aidan.

La mirada gris me vuelve a atrapar, sus ojos entrecerrados y la comisura de sus labios un poco curvados, me siento observado, como si estuviera escaneando cada parte de mi rostro, la situación, el momento y el lugar.

—Mucho gusto, Aidan — dice, me extiende su mano y la cojo —. Yo soy Rebecca.

—Lo sé — admito.

Mierda.

Como arruinar las cosas con Aidan Howland Adams, patrocinado por nadie ni nada.

—¿Bien? — ríe arrugando su entrecejo.

—Quiero decir, la gente te conoce, eres la gimnasta olímpica del instituto — trato de remediar mi error —. Literalmente eres como una *estrella*.

Su sonrisa cambia, me fijo en ello, como si la estuviese incomodando con lo que he dicho. Tal vez no le gusta que le digan eso, quizá le desagrada. Lo noto en la forma de su gesto, así que decido desviar la mirada a la explanada.

Vaya, no es como muchos creen.

La chica ya no dice nada, se queda en silencio y muerdo mis labios para que evité decir alguna otra cosa, ya no quiero hacer más tensa la escena, jamás me he sentido tan incómodo como en este momento, por lo que suelto un suspiro y apoyo mi espalda contra el respaldo de la silla para esperar a que el director haga presencia.

Dejo que mis párpados caigan y mi campo de visión oscurezca, hasta que una voz hace que los abra.

—Oye, idiota, estás en mi lugar — dicen a mi lado.

Elevo mi vista y me encuentro con Brendon, el capitán de rugby, tiene una mueca de desagrado y su mirada es retadora.

—¿Tuyo? — interrogo con ironía.

—Si, es mío, ahora largo.

Lo miro neutro, no tengo ganas de discutir, pero detesto tanto a este tipo de personas que se creen con la máxima autoridad ante las demás porque la misma jerarquía que los alumnos han puesto a través del tiempo en un instituto o plantel escolar, los ha hecho sentirse superiores.

—¿Dónde está tu nombre? Yo no lo veo, ni siquiera un letrero de papel que lo diga — le informo con desprecio.

Él ladea su cabeza y ríe.

—No hagas esto difícil — amenaza con determinación —, solo estás buscando una paliza de mi parte.

—Brendon, busca otro asiento — Rebecca le pide.

—Tú cállate — farfulla —. Si lo que dirás no es para ayudar, mejor no hables.

Frunzo mi ceño al escucharlo y miro a la rubia quien muestra un gesto de impotencia, sin embargo, le hace caso. Guarda silencio.

—¿Por qué ella te tendría que ayudar? — me pongo de pie, soy más alto que él por una cabeza, pero sin duda me gana en masa muscular —. Tampoco eres nadie para callarla.

—No quieras lucirte, pequeño idiota — menciona tratando de intimidarme —, porque juro que golpear tu maldito rostro no será un problema para mí.

Lo reto con la mirada y recapitulo que en cualquier momento el director hará presencia para iniciar con lo que sea que dirá. Así que me trago toda la rabia que tengo en la garganta y cojo mi mochila que está en el suelo.

—No soy tan imbécil para pelear por un asiento — le digo con la voz fuerte, dándole a entender que mi decisión fue por mí y no por lo que haya dicho —. Quédate con tu mediocre lugar.

Paso a su lado, empujándolo con el hombro y poder subir los escalones, aunque me detengo cuando lo escucho hablar de nuevo.

—¿Acaso eres estúpida? No vuelvas a meterte para la próxima — sisea.

Se lo ha dicho a la chica, espero a que se defienda, que diga algo ante la manera tan ofensiva que la llamó, pero no pasa. No lo hace.

Entonces, olvido mi meditación sobre meterme en problemas. Siempre he odiado con toda mi alma que se le desprecie a una mujer, sobre todo cuando te refieres a una tan desagradablemente, y no es por el hecho de que se trata de Rebecca, al contrario, eso aumenta mis ganas de regresar y, antes de que mi subconsciente me advierta de las consecuencias, me encuentro cerca de Brendon una vez más.

—Hey, cenutrio — lo llamo.

No soy esa clase de gente que arregla todo con violencia, en lo que llevo de estudiante, solo he tenido un castigo por estar en una pelea, la de Aitor contra Borris, pero bueno, no importa porque esta será una de mis más grandes excepciones.

Él voltea hacia mí con una ceja arqueada y sin jugar con preámbulos, le suelto un golpe en el rostro.

Eso ha sido una mala y caigo en cuenta cuando sus asnos que tiene como mandilones me sujetan, alejándome de la bestia que tienen como rey. Mis ojos buscan los suyos en todo momento y me fijo que ríe sin gracia, la esquina derecha de su boca tiene un poco de sangre.

—Agárrenlo bien.

Pide y lo demás que siento son varios golpes hasta caer al suelo, puedo escuchar a todos gritando algunas cosas, quizá murmuran que soy hombre muerto o que nos detengamos, algunos graban y otros solo guardan silencio.

Intento quitármelo de encima, pero joder, el cretino juega rugby y su fuerza es el doble de la mía. Creo por un segundo que puedo tirarlo hacia un lado, pero alguien lo aleja de mí, me pongo de pie al instante y veo que se trata de Aitor rodando por las escaleras con Brendon.

Quiero acercarme y me vuelven a sujetar sus clones, aventándome al suelo de espaldas, diviso al capitán del equipo, Ernest, acercándose a mi cuerpo y propinarme una patada en el estómago.

—¡Vayan a quitarle a ese imbécil! — ordena, refiriéndose a Aitor.

Mis papilas gustativas sienten el sabor de la sangre y la esquina de mi ceja izquierda duele.

Vuelven golpearme y jadeo ante la horrible sensación, cierro mis ojos con fuerza y me levanto con todo el peso del mundo, yéndome contra la persona que tengo al frente, caemos por la escalera, son muchos contra dos.

Me pongo de pie, mi respiración está agitada y observo como dos tipos sujetan a Aitor que está aventando puños a todos lados, Brendon camina hacia mí y por instinto doy algunos pasos hacia atrás, sin embargo, alguien más lo toma por detrás.

—Quisiera verte pelear algún día sin la bola de pendejos que tienes como perras detrás de ti — Borris se burla y me mira —. ¿Ya me cambiaste, Howland?

Frunzo mi ceño y meneo mi cabeza sin entender su actitud.

—Sin problemas puedo con ambos — Brendon reta —, ¿qué son ustedes comparados conmigo?

—Un cerebro y un idiota que practica box — vacilo y limpio la sangre de mi labio con el dorso de mi mano.

El más idiota se acerca cabreado y me sujeta del cuello de mi playera, estoy listo para volverme a defender, aunque no es necesario, pues el letrero de que ya me he metido en problemas y el superior nos ha visto, hace presencia.

—¡Suéltense ahora mismo! — la ronca y gruesa voz del hombre ordena.

Brendon aferra su agarre, dándome una mirada asesina y a pesar del dolor que siento, no lo demuestro, sólo dejo mi rostro sin expresión alguna.

—*Te metiste a la boca del lobo* —masculla entre dientes.

CAPÍTULO 4

Me quejo, alejándome un poco, la enfermera me reprende con la mirada y pasa de nuevo el algodón sobre mi labio, molesta e irritada.

Hey, no la culpo, yo también estaría así, si mi real trabajo aquí fuera atender alguna emergencia y no curar adolescentes que han tenido una pelea tan estúpida... ¡Oh, error! No fue para nada estúpida, ese gran idiota ha ofendido a una mujer, de donde fueras o vinieras, eso es considerado violencia.

Violencia verbal.

—Listo — avisa la mujer, echando el algodón y algunos pedazos de cinta al cesto de basura —. Toma la pastilla que está sobre el escritorio y, si el dolor persiste, puedes tomarte la otra.

—Gracias.

Es lo único que sale de mi boca, me bajo de la camilla y obedezco la orden que me ha dado.

Salgo de enfermería y en el pasillo me encuentro al castaño sentando en el suelo, él alza su mirada y frunce sus labios creando un gesto de desagrado. Me acerco y apoyo mi espalda contra la pared para después dejarme caer a su lado.

—¿Se nota mucho? — le pregunto, girando mi cara para que pueda tener una mejor visión de esta.

Aitor ríe.

—Joder, ¿quién te ha dado ese golpe? — cuestiona, frunciendo sus labios para intentar ponerse serio y examinar mi rostro —. Te han roto la ceja de un puto coñazo.

—Entonces, supongo que tendré que esperar por el regaño de mi madre — farfullo soltando un suspiro —. Creo que fue Ernest el autor de esta mierda, me quedará una jodida cicatriz.

Él entrecierra los ojos y ladea su mirada.

—Mira el lado bueno, existe el maquillaje — intenta animar con burla —, podrás rellenar esa parte y tener una buena excusa para que te depilen, al final, solo fue la esquina. No se nota tanto, o bueno... mejor esperemos a que cicatrice.

Echo mi cabeza hacia atrás, dándole sostén con la pared. Siento como esa zona late de manera exagera y la inflamación no cesa ni un poco, no tengo idea de por cuánto tiempo se va a mantener así, pero lo único que sí sé es que estaré viendo como mi piel cambia de color por las últimas semanas.

Al detenernos, nos llevaron a la dirección como se suele acostumbrar luego de cada pelea, el hombre exigió una explicación ante nuestra falta de respeto y educación, a pesar de los gritos, insultos y miradas asesinas, cada quien dio su testimonio, aunque claro, cada quien declarándose inocente y culpando a otros.

Fui honesto. Acepté mi culpa y dije que yo di el primer golpe.

"Esos son huevos, los que a ti te faltan." Aitor le dijo entre risas a Brendon.

Borris carcajeó y el director reprendió a ambos, poniéndose de pie, dando a entender que la autoridad era él y exigía seriedad al igual que respeto.

¿El resultado? Estoy castigado. Tengo que hacer servicio social junto a Aitor, los salones del cuarto piso a partir de la siguiente semana, el grupo de Brendon le ha tocado barrer su campo de entrenamiento junto a los vestidores, pero con una gran diferencia. Ellos empezarán después de nosotros. Aquella decisión la ha sido tomada para evitar algún otro encuentro conflictivo.

—Me siento afortunado, al menos a mí no han sido al que le rompieron el tabique — confieso finalmente, reprimiendo una sonrisa de burla.

—Oh, estás dejando salir tu bastardo interior, eso me agrada — el chico admite —. Tendré un nuevo tema de conversación cada que las chicas se junten para intentar tener una cita conmigo, me he visualizado diciéndoles *"sí, he sido yo quien le rompió la nariz a ese hijo de puta"*.

—Le hiciste un favor — murmuro divertido —, tal vez ahora sí tenga una buena excusa para hacerse la rinoplastia.

—Te diría que lo acompañes para ver si pueden hacerte algo en esa cicatriz que te quedará en la ceja, sin embargo, estoy completamente seguro que se verá muy ardiente — Aitor dice sin culpa, encogiéndose de hombros y sonriendo.

—Comienzas a intimidarme.

—¿Más de lo que Borris ayudándote?

—Lo dejaré como un empate — suelto y tuerzo mis labios.

—No es una respuesta que me llene, pero prefiero no quejarme.

—Honestamente, me vale un carajo.

—Deja de estar tan agresivo, Aidan, te dejó con ganas la pelea, ¿cierto?

Su voz tiene ese timbre de sarcasmo, uno del cual ya me he acostumbrado con el paso del tiempo, es por eso que vuelco los ojos y me levanto del suelo.

Él, desde el suelo, contornea cada uno de mis movimientos, desde que sacudo mi pantalón hasta que paso mis dedos por el cabello. Lo escucho quejarse en voz baja y se pone de pie, acomodando su mochila sobre sus hombros.

—¿Qué harás hoy? — pregunta sacando su celular del bolsillo de su pantalón —. No sé si querrías ir a un... uhmm, ¿convivio? Será casi por la carretera, habrá una fogata, alcohol, música y emmm... ¿carrera de motos?

—¿A caso es *3 metros sobre el cielo*? Si es así, dime, ¿quién es *Hache*?

—Detesto el día en que aprendiste a leer, sobre todo ese tipo de mierdas — masculla irritado —. El amor no existe, Aidan.

—Realmente, nada ni nadie existe en un mundo... — intento hablar, pero él me interrumpe.

—¡Vete a la mierda!

Grita. Da la vuelta y comienza a alejarse de mí, en mi rostro, se dibuja una sonrisa de satisfacción al ver que lo he corrido tan fácilmente y evitar la sutil forma de negarme. El complicarlo todo siempre sería una buena opción porque ¡oh si! ¡Las personas intolerantes se hartaban en segundos!

<*Tú igual eres intolerante, y no sólo eso, también contradictorio, imbécil*>, mi subconsciente me recuerda en un canturreo.

Camino detrás de él y palpo los bolsillos de mi chamarra en busca de la paleta de fresa que le robé a la enfermera del pequeño contenedor de vidrio en donde había más. Le quito el envoltorio llevándome la paleta a la boca y guardo la basura.

—¡Hey, oigan!

La voz suave y alta de ella llega a mis oídos, provoca que mi pulso cardíaco se acelere y que mis pasos se detengan al instante, Aitor se da cuenta de quien se trata y gira sobre sus talones para mirar detrás de mí.

—Lindura — el chico saluda, esbozando una sonrisa, toca la argolla derecha de su oreja y levanta su mano, creando una seña de saludo —, ¿qué te ha traído por aquí?

Aitor ve mi actitud, así que me toma de un brazo para girarme con fuerza y yo mire a la chica, él pasa su brazo por mis hombros.

Rebecca me sonrío a medias y yo solo puedo mantener mi gesto lleno de seriedad, no por ella, sino por la acción que ha realizado mi mejor amigo, igual porque el dolor de mi ceja partida se hace presente y no tengo tantas ganas de entablar una conversación con alguien.

—Quería disculparme por lo de Brendon — la chica inicia —, he oído que suspendieron a alguien.

—Nadie está suspendido — Aitor ríe —, pero el maldito de Ernest le ha roto la ceja a Aidan.

—Y tú el tabique a mi hermano — le informa Becca.

—¿*Qué?* — mi amigo y yo decimos al mismo tiempo.

—Sí, el tabique — reafirma.

—Oh, lo del tabique me vale un demonio, es más, si le hubiese roto una costilla estaría muy feliz con ello — confiesa él, restándole importancia a lo anterior —. ¿Ese *gran pedazo de mierda* es tu hermano?

Quiero reprenderlo por cómo se ha referido al otro idiota, aunque las palabras no me salen de la boca por la sorpresa que me ha abofeteado sin previo aviso, me mantengo en silencio, observando los gestos de ambos. La chica enarca una ceja y sus labios se curvan, creando una mueca de disgusto.

—Que sutil — Becca dice con ironía.

—Siempre — murmura Aitor, guiñándole un ojo.

Si nuestra amistad no fuera de hace años, pensaría que le está coqueteando, sin embargo, conozco lo demasiado bien al chico para saber que esa es su actitud, tan relajado y bromista, tan acicalado y directo. Sus actos suelen confundirse, muchas personas lo hacen, pero yo siempre soy la excepción a todo.

—Pero él es Boham y tú...

—Somos Dankworth Boham, suele adueñarse del apellido de mamá porque de esa manera cabe en la playera del equipo, en cambio, el de papá es muy largo y las letras se minimizan, a parte, le gusta ese feo chiste de B al cuadrado.

Lo último me causa gracia, una risilla se me escapa y Aitor me mira con el ceño fruncido, oh vamos, desde cierto punto de vista si es divertido, Brendon Boham, BB... ¿no?

—Me enferma que esa estupidez te haya dado risa — escupe mi amigo con desprecio.

—Es un chiste matemático — me defiendo avergonzado, sujetando la paleta —, igual puede quedar B al cubo, *Brendon Bestia Boham*.

—Yo tengo uno mejor, A al cubo de *Aidan Anormal Adams* — el castaño ataca jocoso.

—Jódete por un infierno — farfullo.

—¡Es un chiste matemático! — me copia haciendo reír a la rubia.

La miro con el entrecejo arrugado y ella cubre su boca con sus manos. Ruedo los ojos con cierto fastidio, creía que frente a Becca; yo actuaría diferente, aunque no es así. Al inicio, mi lengua se había enredado llegando al grado de tartamudear por tener su atención, pero ahora, ahora parece que esa pizca de incertidumbre ha desaparecido.

—Bueno — la chica dice, haciéndose notar y capturar la atención de los dos —. Sólo quería decirles que lo lamento mucho por la escena que ocurrió en el gimnasio y, Aidan, lo siento por tu ceja — crea una sonrisa de lado, tratando de ocultar ese gesto de culpabilidad.

—Lo mío no se trata de ti, lo hice por él — Aitor le chista y me apunta.

Ruedo los ojos y me llevo la paleta a mi boca.

—No importa — gesticulo, haciendo un movimiento con mi mano.

—Bien — asiente y entreabre sus labios, quizás para decir algo —. Nos vemos luego.

Se despide, gira sobre su propio eje y avanza, alejándose de nosotros, yo me quedo de pie, observando como su cola alta se menea de un lado a otro con cada paso que da. Esto parece ser irreal, podría decir la típica petición de que alguien me pellizque para comprobar si esto está pasando, pero el dolor de la puta ceja es suficiente.

Tomo una honda inhalación para después soltar el aire con pausas, doy la vuelta y comienzo a caminar hacia la salida, el gran portón del infierno. No soy consciente de que mi mejor amigo está a mi lado y debo esperarlo, si no es, hasta que escucho sus fuertes pasos aproximándose a mi distancia.

—Explícame, ¿cómo es que tú siendo el stalker profesional de Rebecca Dankworth no supieras que ese pedazo de mierda es su hermano? — farfulla entre dientes por lo bajo.

—No soy su stalker.

—Claro que no, señor sé que días entrena y cuándo son sus presentaciones — se burla.

—Cállate, detrito — siseo y le proporciono una mirada de pocos amigos —. Eso es algo que todos aquí en el instituto saben, las presentaciones siempre están en las mamparas y lo del entrenamiento es mentira.

—Ujum...

Opto por no seguirle el juego y prefiero ocupar mi boca en la paleta que está dentro de ella. Afuera, hay varias personas, algunas en grupo y otras apoyados en la pared con el celular en mano, saco de mi mochila los audífonos de diadema y los cuelgo en mi cuello.

—¿Me vas a ignorar? — Aitor pregunta, prendiendo un cigarrillo de su boca.

—Creí que cada quien tomaría su camino — me encojo de hombros y él toca su pecho, exagerando el sentimiento de decepción —. Iré en busca de unos cuadernos de bocetos por allá — señalo con mi lugar mi lado izquierdo —, es una tienda casi como de antigüedades, ¿seguro que quieres venir?

Se queda pensando, dando una calada y soltar el humo hacia la dirección contraria de mi rostro. No odio el olor del tabaco, me da igual y también está de más decirle que aquello le afectará en su salud, tiene diecinueve años. Sin embargo, me cabrea cuando se pasa de listo y tira el humo a mi cara, la última vez que lo hizo, terminamos peleando. Sí, a golpes.

No seré hipócrita, he fumado dos veces, pero no le encuentro la satisfacción para hacerlo seguido.

—Me arriesgaré, llevo dinero, quizás me guste algo de la edad media — vacila. Enarco una ceja y mantengo mi vista sobre él durante varios segundos —. Ugh, mis padres no están y eso significa hacerme de comer, ¿quieres invitarme a tu casa?

Rasco la punta de mi nariz y asiento, caminando con el chico siguiendo mis pasos. Reproduzco la música, sin ponerme los audífonos, sólo le subo al volumen y, gracias a eso, puedo escuchar. Sigo con la paleta en mi boca, es de fresa y aún no se acaba, ha sido duradera, quizá vuelva a enfermería para robar unas cuantas.

Aitor viene en silencio, disfrutando de su cigarrillo y mirando alrededor, se queja de algunas cosas que hay en la ciudad y al notar mi silencio vuelve a dar otra calada, pasamos por aquel callejón baldío, miramos a ambos lados de la calle y, antes de que pase el auto rojo, agilizo mis piernas para llegar al otro extremo.

—¿¡Qué coños te pasa!?! — escucho al chico gritar desesperado.

Él está en la otra banqueta. Suelto una carcajada por su expresión. Aitor se percata de que tiene pase libre y trota acercándose a mí, yo aún sigo riendo, pareciéndome divertida su actitud.

—Tienes una puta costumbre de cruzar como si fueras inmortal, ¡no hagas eso, Howland!

—Pareces mi madre — digo entre risas y me fijo que ya no tiene el cigarro —, descuida, tengo todo bajo control, ¿a qué tanto le temes?

—Oh, no lo sé, ¡tal vez a morir!

Niego para mí mismo y paso a un lado de él para entrar a la tienda, la campana suena y miro dentro de todo el local, a diferencia de otras veces, hoy solo hay dos personas, las cuales somos mi amigo y yo.

Voy hacia el estante en donde vi aquellos cuadernos y me elevo de puntas para alcanzar la sección más alta.

—Esta estantería es una burla para nosotros los que medimos menos — Aitor comenta —. Tú casi alcanzas los dos metros de estatura y te tienes que estirar para coger los de la parte más alta, ¡ja! ¡Yo solicito un banco de cincuenta centímetros, por favor!

Sonrí con burla y hojeo para mirar los bocetos de cada cuaderno.

El chico saca un libro, lo abre, lo vuelve a meter y repite la acción sucesivamente, él abandona el pasillo y lo escucho sonar algunas cosas de vidrio, solo rezo para que no rompa algo y tengamos que pagarlo. Aitor a veces es muy estúpido.

Cojo ambos cuadernos y camino hacia la parte donde están los libros de poesía, leo uno que otro, ninguno llama mi atención, es por ello que vuelvo a dejar todo en su lugar, mi vista se tropieza en una

vitrina que está en una esquina y me acerco, son cosas de madera y ladeo mi cabeza para leer aquella caja que está casi al fondo.

"Óleo"

Abro la puertecilla y saco la caja de madera para poder revisarla mejor, hay algunos colores y tiene brochas. Soy bueno dibujando, pero malísimo pintando, sobre todo con esta técnica que se necesita mucho aprendizaje.

Escucho como la campanilla suena, indicando de que alguien ha llegado, a juzgar por la hora, sé que se trata de esa chiquilla. Sue.

Suelto un suspiro y me doy cuenta del precio... wo, vaya que si es barato. Pienso si será buena opción comprarlo, y aunque no me decido exactamente, lo cojo teniendo la gran idea de que puedo intentar darles un buen uso.

Voy hacia el mostrador. El mismo hombre de la otra vez me atiende, al parecer me reconoce, pues me regala una sonrisa de oreja a oreja, él mira lo que llevo y saca una calculadora para hacer sus cuentas.

—¡Don George! ¡Un vagabundo agresivo está acosándome en el pasillo 5! — Sue aparece gritando.

El señor y yo dirigimos nuestra vista a la dirección de ella, mi ceño se frunce al ver como Aitor viene detrás riéndose.

—¡Pero qué mentirosa eres! — farfulla él.

La castaña al percatarse de mí, disminuye la velocidad de sus pasos, pone una ceja por lo alto y una sonrisa se asoma en su rostro.

—Tú — sentencia.

—Yo — la copio divertido.

Su ceño se frunce y echa una risa llena de humor.

—No sé si ya te hayas dado cuenta, pero tienes un poco rota tu ceja — indica, señalando la suya con su dedo.

—Que chistosa.

—Lo mismo le dije — Aitor interviene —, debería de actuar en algún espectáculo con payasos.

—¿Lo conoces? — me cuestiona la castaña, apuntando al chico, yo asiento y ella pone los ojos en blanco —. Ya entiendo por qué tanta conexión, la estupidez humana.

—¡Sue! — su abuelo la reprende.

—Perdón por decir lo que pienso — comenta, cortando la distancia que hay entre nosotros —. Uy, eso te dejará marca.

—Hubiese sido peor, tuve que meterme yo para defenderlo — mi amigo alardea —. Fueron casi diez contra dos, ya sabes, el grupito marica de rugby.

—¿Te pregunté? — Sue ataca.

—Te pones muy altanera, ¿lo sabes?

—Como sea, ¿al menos su ridícula pelea valió la pena?

—¿Sí? — el chico duda de su propia respuesta.

—Claro — dice soltando un suspiro —. ¿Qué podía esperar? Son hombres.

Aprieto mis labios y giro hacia el señor, para que me diga cuánto es y le pague lo indicado, le hago una seña indicándole que no necesito bolsa, pongo las cosas dentro de mi mochila y vuelvo hacia el par de litigantes.

Sin embargo, detrás y a un lado de ellos, atisbo a un niño que se pone de puntas para colocar en el estante aquel libro que tiene en mano, observo todo lo que lo rodea, percatándome de que no se ha fijado de ese objeto que tiene casi rosando su codo.

Se caerá.

Como si de alguna escena en cámara lenta se tratase, me acerco con tres simples zancadas y sujeto el jarrón café con el que ha tropezado junto al libro, él se espanta y da un paso hacia atrás. Sus ojos se abren ante mis movimientos y acomodo cada ente en su lugar.

—Lo siento — habla por lo bajo, asustado.

—Tranquilo, todo está bien — le susurro.

Le regalo una sonrisa cálida, intentando transmitirle tranquilidad, quizá piensa que tiene la culpa y está metido en problemas. No lo culpo. Yo a su edad pensaba que hasta lo que no rompía, era asunto mío.

—¿Que ha ocurrido?

Una voz grave y ronca se oye, alzo mi mirada hacia la persona proveniente, encontrándome con un señor alto de porte muy elegante. El cual supongo es su papá.

—Un accidente — informo, tomando mi postura firme y proseguir —, aunque no ha sido grave.

—El muchacho me ayudó — el menor confiesa.

—¿Y le diste las gracias? — su padre le demanda, elevando ambas cejas.

—No — suspira y me mira —. Perdón, muchas gracias.

Niego, dándole a entender que realmente no importa. Lo hice solo por instinto al ver lo que iba a suceder, no tiene por qué disculparse.

—De acuerdo — el hombre asiente, la pantalla de su celular se enciende llamando su atención y la lee —. Vamos, tenemos que ir por tu madre y hermanos — anunció, guardando el móvil en el bolsillo de su camisa —. Una disculpa de antemano, nos pasamos a retirar, permiso.

—Hasta pronto — sonamos en coro.

El niño le da la mano a su padre mientras agita la otra hacia nosotros en un determinado tiempo y regresa a su progenitor.

—¿Y los amuletos que compraríamos, papá? — escucho como le pregunta.

—Vendremos otro día antes de irnos, Luca — le responde el hombre de ojos verdes.

CAPÍTULO 5

La entrada de la valla de madera chilla cuando la abro. El ruido causa una sensación de ansiedad en mí, sintiendo un recorrido eléctrico de disgusto por todo mi cuerpo.

Lo malo de venir a casa de mis abuelos es soportar ese sonido cuando entro y salgo. Siempre he odiado ese ruido, las bisagras ya están oxidadas y la madera comienza a deteriorarse, me he preguntado el por qué mis abuelos no la han cambiado o si alguna vez pensaron en sustituir el material por uno más resistente. Aluminio o hierro quizás.

El jardín de mi abuela es enorme, tiene plantas y flores, hongos de diferentes especies en un arriate especialmente para ellos y árboles sin frutos junto al gran pino de la entrada que mide casi cinco metros. También colecciona cactus y tulipanes, a los cuales los cuida con capa y escudo, no puedes tocarlos, ni siquiera acercarte a ellos menos de un metro.

He dibujado en varias ocasiones su jardín.

Para su cumpleaños, le obsequié uno en un cuadro de madera desde la vista anterior, recuerdo haberme disculpado por no haberle dado color, pero ya he dicho que soy pésimo coloreando, sin embargo, ella quedó encantada mientras me regalaba un beso en la mejilla en forma de agradecimiento.

Decidió poner el cuadro en una de las paredes de la sala.

La puerta principal se encuentra entreabierta, con mi pie la empujo y me adentro en busca de alguien con la mirada, pero fallo. Pues no hay nadie ante mi campo de visión.

Mi sentido olfativo se despierta cuando percibo el aroma de la carne ahumada viniendo de la cocina, dejo mi mochila en el sofá pequeño y me acerco hacia lo que parece indicar, donde se encuentra mi abuela.

Asomo mi cabeza por la puertecilla de dos y la veo cortando un pan, con los nudillos de mi mano derecha doy unos pequeños toques para llamar su atención y regalarle una sonrisa sin despegar mis labios.

—Aidan — suelta en un suspiro, llevándose la mano al pecho y negar con la cabeza —, me has asustado.

Me acerco a ella y agrando mi sonrisa.

—Perdón, la puerta está abierta.

Declaro y corto la distancia entre nosotros para poder darle un beso en la frente

Pone los ojos en blanco para después mirarme de pies a cabeza y sonreír de oreja a oreja.

—Dios, cada día creces más — admite —, o tal vez soy yo quien se reduce de estatura. Sólo recuerdo que la última vez que me informaste cuanto medías era uno con setenta y dos.

—Fue hace meses, abuela — me rio —. Actualmente ya mido un metro con ochenta y seis, cuatro centímetros más y podré ser el próximo estante de la sala.

—O la escalera personal de alguien — se une a mi chiste.

—Puede ser.

Niega aún con la sonrisa en su rostro y termina de cortar el pan para luego acomodarlos en un plano.

—¿Almorzarás con nosotros? Tu abuelo fue a ver un problema que hubo en el cine de la plaza comercial, al parecer va a tomar como opción la idea de tu tío *Pol**, ya Jason no está en edad para estar al pendiente de todo este negocio — explica la abuela —. La tecnología avanza y estar modernizando los cines es mucho trabajo para alguien de su edad. Contratar, administrar y liquidar es agotador, más con sus problemas de salud.

—Lo es —afirmo, voy hacia la alacena y cojo algunos platos para ayudarle a servir y poner la mesa—. Yo me ofrecí a ayudarlos. Hace unos meses me explicó un poco cómo funcionaba la administración de los cines, son muchas cuentas y es por ello que siempre tiene que tener una mano derecha.

—Hijo, hay que llenar todos los requisitos, desde lo monetario hasta lo de salubridad, se mantiene una higiene para la comida, se cotejan los insumos y muchas cosas más, no quiero que te desenfoces de tus estudios, mucho menos te querríamos alejar de lo que te gusta para adentrarte al mundo del negocio, el arte y la astronomía es lo tuyo.

—Abuela, sé cuál es mi camino —hablo—. Los cines hoy en día son más modernos, tú lo has dicho, creo que entre mi tío y yo podríamos hacer un gran cambio. El VIP es genial, pero deberían subir otro escalón, la cadena de cines que monetiza más son ustedes, tal vez sea cierto que en la actualidad ya hay programas y aplicaciones en donde puedes ver películas nuevas o hasta las infiltradas, pero el que innoven las salas sería ganarse a más público.

—A penas tienes dieciocho años y parece que sabes más del negocio que yo — ríe.

—Solo es cuestión de estrategia, promociones, artículos, cambiar el uniforme y quizás dos preparados suaves por cada persona — animo.

—Eres muy inteligente y no quiero que ese cerebro lo uses para otras cosas — reprende con diversión.

—Tranquila, todo está en una función coordinada.

—Claro — ironiza.

—A parte, mi padre trabajaba ahí y podía lidiar con el instituto, ¿por qué yo no?

La mujer alza su mirada y se queda así durante unos segundos, procesando la oración junto a la pregunta final que le he hecho. Aprieta sus labios y niega con lentitud.

—Tu papá descuidaba sus estudios — confiesa —, admito que era muy organizado — sonrío —. Saca la carne, por favor, cariño.

—Claro — accedo y cojo los guantes de cocina —, ¿qué cargo hacía él?

Voy al horno y saco la bandeja que contiene los cortes de carne ahumada, antes de responder, me explica cómo decorar los platos, no sé por qué demonios le agrega esa ramita verde con pequeñas hojas, ¿es hierbabuena? ¿cilantro? ¿perejil? Esas son dudas cósmicas que jamás me dejan dormir.

—Luke llegaba desde temprano, siempre una hora antes para poder contar los paquetes de catsup, mayonesa, mostaza, el pan de los hot dogs, los recipientes y mucho más, a él le gustaba acomodar las servilletas en el dispensador, contar con exactitud los gramos de palomitas y aprenderse de memoria los horarios de las películas —me fijo en su mirada rota y la sonrisa nostálgica que se forma en su rostro—. Decía odiar el lugar, pero sus acciones decían lo contrario. Son cosas que jamás entendí de tu padre.

Muerdo mis labios, sintiendo culpa por haberla hecho hablar de él. Sé perfectamente que el tema de mi padre es uno muy sensible para ella, aún su voz se quiebra cada que lo menciona.

Dieciocho años y papá le seguía doliendo a muchos.

Es como si todas las personas que lo quisieran fueran cosmos y al unirlos formaban una constelación. Él era esa constelación.

—Luego le regalaba boletos, hot dogs y palomitas a André cada que iba con sus noviecitas —vuelca los riendo—. Si te dejamos a cargo de un cine lo más seguro es que también hagas eso con Aitor.

Me rio ante ello.

—A Aitor no le interesa salir con nadie.

—Y a André tampoco, recuerdo que tu padre siempre se quejaba de las relaciones abiertas que su amigo tenía.

—¿Lo quemaba?

—Tu padre era demasiado honesto para su edad, solía decir las cosas sin pensarlo y no medía las repercusiones — sacude el mesón y acomoda las cosas —. No me sorprende que tú seas así.

—Yo no soy así — frunzo me entrecejo —, sé usar el tacto y la empatía.

—Físicamente eres un reflejo de él, pero en actitud y sentimientos eres una mezcla que realmente nos puede llegar a sorprender, no dudo que tengas ese lado explosivo que puede dejar a uno en el suelo —murmuro y la miro confundido—. Aidan, solo te pido que no te pierdas.

No comprendo lo que ha dicho, quiero retomar el tema, pero la puerta principal se abre y mi abuelo saluda alegre por verme.

Le devuelvo el gesto, pero uno inconforme, no quiero sonar cruel, pero todavía prefería hablar del tema anterior con mi abuela, ella es más abierta respecto a ello y le gusta platicarme algunas cosas a pesar de que le duela, me ha confesado que tenerme cerca mientras me habla sobre *él*, le quita un poco de tristeza.

En cambio, mi abuelo Jason es muy duro y solamente lo menciona cuando se trata de algún acontecimiento importante o que lo requiera, sin embargo, casi nunca de su boca atraviesa el nombre "*Luke*".

Lo comprendo, quizá lo hago.

—No avisaste que vendrías — él murmura dejando una bolsa de tela sobre el sofá grande —. Pasé al supermercado, te habría traído de esos chocolates que tanto te gustan, solo he traído de los amargo.

—¿Son los de café?

Pregunto con una ceja arqueada, él asiente, y hago una mueca de asco, seguido, escucho reír a mi abuela.

—Pero te tengo un obsequio por parte de tu tío — declara, caminando hacia la repisa que está en una esquina del comedor —. El paquete llegó ayer, me habló para decirte que tal vez con estas tu colección ya esté completa.

Mi entrecejo se arruga y el hombre deja una caja mediana de cartón sobre la mesa, me acerco a ella y la cojo, examinándola con detenimiento, solo tiene algunas letras y estampillas postales, ¿en qué siglo viven? ¿el XVIII?

Le quito el papel que la forra, sin ningún tipo de cuidado, hasta fijarme en las aberturas de la caja, echo un vistazo sobre la mesa y cojo un cuchillo para poder romper la cinta, mi abuela me reprende por su utensilio y suelto una risa por lo bajo.

El contenido queda al descubierto y mis ojos se abren.

—¿Cómo las consiguió? — cuestiono —. Son originales, creí que él no conocía las aplicaciones de venta por internet.

—Le diré que dijiste eso — el hombre bromea.

—Bien, mientras se emociona el niño, vamos a sentarnos, la comida se enfriará — la mujer nos reprende.

Saco las tres esferas de vidrio y observo la parte cristalina transparente en donde permite visualizar al fondo su contenido, los trazos son finos y la luz causa que el brillo interno se ilumine.

—¿Cuáles son esas? —mi abuelo quiere saber, mientras sale de la cocina secando sus manos con una servilleta.

—Esta es la *Cruz del Sur*, es de las constelaciones más pequeñas y fácil de identificar porque, literalmente, es una cruz — se las enseño y con mi dedo índice les trazo las líneas —, la segunda es la *Constelación de Orión* y... — dejo la frase en el aire y bufó con decepción —, la última es la *Osa Menor*, la cual ya tengo, pero bueno, ¿ven el punto que está arriba, el primero? Esa es la estrella *Polaris*, es una de las más famosas.

—¿Nos estás enseñando astrología?

—Es astronomía, abuela, aún no soy brujo — vacilo.

—Astrología o astronomía, como sea, ya siéntate y almuerza, por favor, me gusta escucharte hablar de lo que más te fascina, pero prefiero que comas — me indica, apuntando mi plato.

Asiento, guardando las cosas de nuevo a la caja, voy a la cocina para lavar mis manos y secarlas con la pequeña toalla que cuelga de un perchero sobre la pared, me siento en la silla y cojo el cubierto.

La comida es tranquila, nos la pasamos hablando de mis estudios y algunos otros temas que se cuelan en la plática. Tocamos el tema del cine, pero mi abuela rápidamente cambia el destino de la conversación y finaliza preguntándonos si queremos de postre una gelatina.

Yo niego, haciendo un ademán con la mano.

—Hubiese comprado ese budín que tanto te gustaba.

—Abuela, ya tengo dieciocho años, me dejaron de gustar ciertas cosas que comía cuando tenía diez, entre esas el chocolate amargo que mi abuelo come —arrugo la nariz al recordar el feo sabor de aquello—. Mi mamá y ustedes me siguen tratando como si fuera un bebé.

—Eres el único nieto que tengo cerca, tu tío Pol solo trae a tus primos cada dos veces al año, a parte, eres el mayor de todos.

Algo que siempre se me hizo curioso, es que mi padre siempre fue el menor de tres hermanos y aun así yo fue el primer nieto, la hija mayor de mi tío tenía quince años.

Eso me hacía pensar que mis padres no les prestaron atención a sus clases de educación sexual, es decir, a mí desde los nueve años ya me habían enseñado que existían hasta espermicidas en aerosol como método anticonceptivo. Bien, lo más seguro es que sus docentes han de estar muy decepcionado de ellos.

Mientras mis abuelos llevan todo a la cocina, decido no ayudarlo y me tomo un pequeño escape al patio para poder revisar mi celular junto al regalo de mi tío, chequeo las redes sociales, actualizo mis estados y subo una foto de las esferas.

Una notificación avisándome que me ha llegado un nuevo mensaje de Aitor se hace presente, lo abro para leer su contenido y prefiero llamarlo.

—¿De qué hablas? — inquiero.

—*Yo igual te extraño, Aidan, no te preocupes, estoy bien* — ironiza.

—Deja tus mierdas y dime qué es tan importante — le corto.

Lo escucho gruñir y pongo en blanco mis ojos.

—*Vamos mañana a una fiesta por la noche, Becca me ha invitado, antes de que comiences con tus cuestionamientos, quiso comunicarse contigo, pero tienes todas tus redes en privado* — farfulla, hablando con rapidez y jadeando.

Me quedo en silencio, tratando de no colapsar, esto es muy extraño. Demasiado que no puedo aceptar que esté sucediendo, si esto es alguna clase de juego, prefiero ser el típico jugador de chocolate. Lo imploro.

—¿Por qué jadeas?

—*Putra madre, Aidan! ¡Dankworth nos ha invitado a una fiesta y, ¿tú solo quieres saber por qué coños jadeo?!*

Sonrío.

—Mmm... ¿sí?

—*¡Que te den!*

Y cuelga.

1, 2, 3...

El celular vuelve a sonar y contesto.

—Hey — me burlo.

—*¿Entonces?*

—Está bien, iré, solo que...

Intento darle mi condición, aunque no la concluyo porque la voz de mi abuelo me interrumpe.

—Aquí estás.

—Te hablo luego —murmuro hacia Aitor a través del celular y cuelgo, guardándolo en el bolsillo de mi camisa estampada.

El hombre ve la caja que tengo sujeta bajo mi brazo derecho y esboza una sonrisa.

—¿Sabes? Tú eres fanático de la astronomía y Luke de la música, puedes ser feliz con literatura y un telescopio, pero él lo podía ser con los discos y su tornamesa — dice y lo veo fijamente —. Que distintos.

—Todos los dicen — suelto, aligerando este ambiente.

—Tu padre amaba la música — murmura, agrandando su sonrisa —, solía encerrarse en su habitación y poner una que otra canción mientras disfrutaba de su espacio personal, ¿quieres conocer los discos vinilos?

Frunzo me ceño.

—¿Qué es eso?

El hombre asiente y me hace una seña indicándome que lo siga, voy detrás suyo, soltando un bostezo. Saca unas llaves y abre el garaje, prende el foco, iluminando todo el sitio, mis ojos escanean cada rincón, hay muchas cosas y la mayoría están cubiertas por mantas.

—Estos son los vinilos.

Me pasa unas cajas cuadradas y planas, donde se puede visualizar la imagen del álbum, al abrirlo me doy cuenta que si son discos, pero grandes y negros, el material es duro, pero al pasar los dedos se siente liso y pulido.

Mi abuelo me pasa otros y reconozco uno de ellos, es la misma fotografía de un suéter que mamá tiene en su armario, nunca se lo ha puesto, solo lo tiene colgado en una hombrera, pero tampoco se ha deshecho de él, ahora entiendo por qué.

—Y aquí es donde la magia sucedía.

Lo seguido que veo, parece ser una caja de madera, no es grande, parece un portafolio, supongo es la tornamesa, está encima de un buró blanco, por un segundo creí que sería muy grande, yo y mis expectativas de lo antiguo.

Es negra y... rara. Tiene un pico con un círculo alrededor en forma de relieve, una agujilla larga que se sube y baja, también algo que parece una manija, no estoy entiendo su función con mecanismos, pero lo más seguro es que se ha de escuchar, ¿de dónde? No sé

Mi abuelo hace algo detrás de ella y la conecta, saca un disco de una banda llamada "*The Killers*" para ponerlo, acomoda todos los accesorios y cuando baja la agujilla, empieza a girar emitiendo las ondas de sonido.

El ritmo es de rock sin duda alguna.

—¿Por qué guardan sus cosas? — le pregunto.

—A tu abuela no le gustaba mirarlas, los recuerdos siempre han sido su mayor debilidad — responde —. También pensé que no tendría nada de malo enseñarte algunos de sus gustos

Por un momento me siento mal porque quizás ellos esperaban que yo tuviera muchas similitudes con él, los gustos y la pasión por ciertas cosas, sin embargo, no es así.

Yo no soy el hijo de ellos. Soy su nieto.

Aunque no quiero romperles el corazón, podrán no interesarme la mayoría de las personas que me rodean, el mundo lo puedo mandar al infierno y sus derivados, pero a mis abuelos jamás. No a quienes me aman más que a su propia vida y me han dado todo.

He sacrificado muchas cosas, otra más no me hará daño.

—Genial, me llama la atención — mentí.

Eres un pendejo, Aidan.

CAPÍTULO 6

—¿Saldrás hoy?

Volteo y veo a mamá entrando a la sala por la puerta del patio, carga una canasta verde llena de ropa y se detiene al pie de las escaleras, su mirada es interrogativa.

—Sí — afirmo —, ¿por qué preguntas?

—Escuché tu llamada telefónica con Aitor, me pregunto en qué momento me vas a pedir permiso, ¿o solo piensas avisarme cuando ya estés en la puerta de la casa? —enarca una de sus cejas y ruedo los ojos—. Lo siento, cariño, pero aún estás bajo mi responsabilidad.

—Soy mayor de edad desde el año pasado —le recuerdo.

—Podrás tener treinta años, pero si vives en mi casa...

—Bla, bla, son tus reglas, ya lo sé — mascullo y bajo para estar a su distancia, ella me lanza una mirada de reprensión y la abrazo, tocando mi barbilla contra su cabeza —. Voy a salir a una fiesta con Aitor, es del instituto, ¿de acuerdo? Estaré bien, prometo regresar antes de que salga el sol.

—¡Aidan!

—¡Mamá! — le grito con diversión y cojo el cesto de ropa —. ¿A dónde lo llevo?

—A la habitación de Molly — me indica —. Adams, no estés tomando, más te vale no llegar borracho porque si cruzas esa puerta sin conocimiento siquiera de cómo te llamas, no volverás a ver la luna y te voy a bañar con agua fría hasta que mueras de hipotermia.

—Joder, ¿y se supone que eres mi madre?

—¡Estás advertido!

—¡Y tú avisada!

Doy una carcajada por el pequeño drama que está montando y subo las escaleras de dos en dos, me dirijo hasta el final del pasillo, la puerta morada con brillos y estrellas de la habitación de mi hermana menor me da la bienvenida, la abro y camino hasta su ropero para dejar la canasta a un lado de este.

—¿Ya llegó papá?

Doy una vuelta y observo a Molly sentada sobre la cama jugando con sus muñecas de trapo mientras tiene la televisión en un canal de caricaturas.

—No, aún no llega tú papá — menciono, dejándole en claro que es suyo y no mío.

Amo a mi hermana, pero no me gusta cuando las personas hacen referencia alguna de que Darel es mi padre, porque no lo es y jamás lo será. No tengo mala relación con él, tampoco es un mal esposo ni

mucho menos un pésimo padre, sin embargo, solo me gusta tratarlo como lo que es. El esposo de mamá y solamente eso.

Salimos juntos a comer, hemos viajado como una familia, tenemos una comunicación un poco estable, suele aconsejarme y lo único que le agradezco es que me apoya para que visite a mis abuelos, convence a mi madre o simplemente trata de hacerla entrar en razón para que me deje ir con ellos.

Apoya en los gastos de la escuela, resaltando que fue él quien me obsequió el primer telescopio cuando inicié mi gusto por la astronomía, demasiado barato, pero la intención es lo que cuenta, al menos eso me han enseñado, ¿no?

—¿Puedes jugar conmigo? — pide, con un balbuceo casi comprensible.

—Tal vez mañana, hoy no puedo — le respondo, caminando hacia la puerta.

—Aidan — me vuelve a llamar y la miro para que prosiga —, ¿serás la princesa Anna?

—Sí, la que tú quieras — esbozo una sonrisa y salgo de su habitación.

Escucho la televisión encendida en la planta baja y me pregunto si mamá esperará a Darel hasta las diez de la noche para cenar, yo lo haría con ella, pero en realidad no tengo hambre, por lo que mejor evito hacer ese sacrificio.

Me adentro a mi recámara en busca de mi toalla para ducharme, no sé ir sea buena idea, no suelo asistir a fiestas, me acostumbre a permanecer en mi cama viendo series, leyendo cómics, estudiar, dibujar cosas que me inspiran o ver documentales de astronomía mientras como comida china.

Las veces que he acompañado a Aitor, termino siendo quien lo cuida, evitando que agrede a las personas o se líe con alguien que luego lo estará buscando en los pasillos del instituto, a veces suele ser incómodo cuando la chica se dirige hacia mí para cuestionarme enfrente de mi amigo como si fuese un testigo de que se han juntado la noche anterior.

Putra mierda, Blakely.

Es difícil fingir que yo también estuve borracho para decirle que no recordaba nada.

Finalizo completamente con ropa negra y suelto una risa como estúpido al darme cuenta que parezco sicario a punto de realizar su primer trabajo de la noche, reviso en el armario una chaqueta de colores tipo metal y cojo mis cosas poniéndolas en los bolsillos de mi pantalón.

Me fijo de un mensaje de texto de Aitor, el cual indica que ya está afuera de mi casa desde hace quince minutos, le pregunto por qué no entró a la casa y recibo al instante una respuesta.

"Bella Adams y su sermón. Esa es la razón."

Vuelco los ojos y salgo para alcanzarlo, bajando las escaleras me doy cuenta que Darel ya ha llegado, pues mamá y él están en el comedor cenando, miro la hora en el reloj de mi muñeca. Al parecer hoy salió una hora antes de su trabajo.

—¡Provecho! ¡Ya me voy!

Grito. Avisándole a mamá que me pasaré a retirar de la casa.

—¿Saldrás? — escucho la voz masculina.

—Sí, iré a una fiesta, ya le dije a mi madre que regresaré más tarde — remarco lo último para que pueda entender que a quién le debo pedir permiso solamente es a su esposa. No a él.

—¿Vas a tomar? — vuelve a preguntar.

Suelto un suspiro irritado y lo miro.

—Sí, lo haré, ¿por qué?

Darel asiente y mira a la mujer.

—Iba a decirte que podías llevar mi auto, pero ya sabes las reglas de tu madre, avísanos cuando llegues para que no la preocupes, igual más o menos a qué hora regresarás, no la querrás tener despierta toda la madrugada.

—Gracias, pero creo que de todos modos Aitor trae la camioneta de su tío — indiqué.

—Ya te dije, no te pases — mamá me reprende.

—Descuida, todo estará bien — prometo y antes de salir, apunto al hombre —. Darel, Molly andaba preguntando por ti.

Salgo de la casa, visualizando a mi mejor amigo en la esquina, frunzo mi ceño, caminando hacia él, está fuera de la camioneta con el celular en la mano y su rostro siendo iluminado por la luz de la pantalla de este.

—¿Por qué estás hasta acá?

—Repito. Bella Adams y su sermón — dice alzando su vista, ahora, es él quien frunce su ceño —. ¿Por qué esa chamarra? Te ves muy joto.

—¿Qué crees? Soy joto — bromeo.

—Ya entiendo por qué creen que somos pareja — indicándome que suba al copiloto —. Si los rumores siguen de esa forma, me veré con la necesidad de besarte en medio de la explanada del gimnasio la próxima vez que el anciano del director dé alguno de sus aburridos discursos, ¿entiendes?

—Atrévete — le reto.

—Oh, no lo hagas, Howland, porque sabes que si lo haré y no dudaré ni por un segundo en meter mi lengua hasta tu paladar.

—Bien... eso ya no me gustó. Se cancela.

Aitor y yo reímos al mismo tiempo. Activa el GPS para iniciar con su recorrido, puedo ver por la pantalla que el lugar a donde nos estamos dirigiendo está lejos de mi casa, pero bueno, ya estoy aquí arriba, decidido y con todas las buenas vibras... creo.

La próxima semana será abril, lo que significa una sola cosa. Día de Pascuas. Mamá y Molly harían lo que hacen siempre, hacer los huevos de caramelos y de chocolates para regalarlos a la vecindad, aún me pregunto por qué a Bella le gusta ser gentil.

Estaba bien ser amable, llevarte con cierta cantidad de personas, pero no por ello tenías que ser demasiado bondadoso. Algunas no lo valoran y terminan de alguna manera u otra dándote la espalda cuando más lo necesitas, entonces, tener tu distancia y límite siempre será un arma que puedes usar a tu favor.

No todos son tus amigos. No todos serán como tú.

—Hemos llegado a su destino.

—¿Qué mierda? — elevo la voz, saliendo de mi pequeña obnubilación al escuchar la voz rebotica fémica.

—Es la señorita GPS, dice que la disculpes por haberte sacado de tus sucios y salvajes pensamientos sexuales depredadores, no fue su intención.

—Dile que coma estiércol — murmuro y bajo de la camioneta.

Aitor le da la vuelta y llega a mi lado, haciendo sonar la alarma de esta.

—A veces me gusta que seas educado, otras veces no tanto, necesito ese lado grosero y prepotente que habita muy dentro de ti, yo sé que en tu interior el pequeño ser maldito que posees saldrá algún día que ni yo mismo podré reconocerte, ¿no estás aburrido de ser Aidan Daniel Howland Adams?

Enarco una ceja y lo miro confundido.

—¿Acaso tengo otro nombre? Es decir, así dice mi acta de nacimiento que me llamo.

—Eres imbécil — farfulla y comienza a caminar hacia la entrada de la fiesta.

Sonrío ante lo que he logrado y lo sigo, ¿ya he dicho cuanto disfruta sacarlo de sus casillas? Que gran ventaja es que sea un completo intolerante que no soporta por tanto tiempo una broma en donde puedo voltear su barco con tanta facilidad.

Mis pasos disminuyen cada que me adentro a la fiesta, las luces neones y los cuartos de colores me dejan ciego por un instante, obligándome a cerrar los ojos por varios segundos, siento como toman de mi brazo y me hacen a un lado, mis pies tropiezan y cuando mi vista regresa a la normalidad, puedo ver a Aitor junto a Becca.

Señor, ¿qué clase de ángel estoy viendo?

Viste un top negro que se amarra adelante y un pantalón negro, su abdomen está al descubierto y solo puedo pensar que serio esta mujer es hermosa. Las botas negras de hebilla la hacen lucir más alta, casi a mi altura y su collar le da una imagen muy atrevida.

—Me gusta tu chamarra — ella anuncia, con la voz alta para que pueda oír, una sonrisa se asoma en su rostro y escucho como gruñe mi mejor amigo.

—Dime que es sarcasmo, ¡es horrible!

—¡Combina! Sobre todo, se luce más por el tipo de luces que hay, iluminan lo metálico, ¿te das cuenta?

—¡Como sea! ¡Cogeré una cerveza sin tu permiso y me voy a perder con alguna chica por la parte trasera! ¡Adiós!

Becca le hace una seña y yo solo alzo mis cejas ante la acción del chico, me coge de la mano haciéndome caminar entre las personas detrás de ella, vamos hacia una barra donde hay líquido derramado, botellas, barriles, hielo, humo de cigarro y vasos de colores.

La chica me sirve un preparado que desconozco, pero no quiero echarme hacia atrás, así que lo acepto y bebo un poco, siento mi garganta arder ante la cantidad de alcohol que tiene, no se le siente el sabor a toronja, es más de aquel vodka que está haciendo sufrir a mi esófago.

—¡Un poco fuerte! — le grito, escondiendo mi cara de sufrimiento.

—Ya te vas a acostumbrar —dice en mi oído—. ¿Has probado el *Nuvo Vodka*?

—¿El rosado? — interrogo y ella asiente —. No, nunca lo he tomado.

—Tengo unas cuantas botellas, quizá puedas decirle a Aitor que nos acompañe junto a unas amigas, les va a gustar. Vamos, puedes estar en mi círculo de amigos, hacemos ronda y juegos, si te sientes incómodo puedes decirme e incluimos a tu amigo, si es que lo encontramos.

Su voz es gentil y me transmite confianza, sin embargo, no quiero encontrar con su hermano, Brendon, y tener otro disgusto con él, mi madre me había dado la regañada de mi vida por llegar con la ceja rota y morada, Darel simplemente le dijo que se tranquilizara y hablara conmigo sobre qué había ocurrido.

Llegamos a una mesa con unos diez chicos en donde estaban jugando *jenga*, genial, un juego que conozco.

—¿Van a jugar?! ¡Estamos a punto de empezar! —una morena de cabello chino pregunta con alegría.

—¿Quieres?

—Claro, solo terminaré esto — señalo el vaso y asiente.

Nos hacen un espacio para que entremos y comienzan a acomodar la torre, yo me termino todo el contenido, sintiendo como esto es un simple adelanto de lo que vendrá después.

—¡Tú eres el alumno estrella de francés! —una chica de moño azul me apunta—. ¿Dónde está tu amigo el siamés?

—¡No lo sé! ¡Creo que con una chica!

—¡Bien! ¡No es momento para presentarse o decir que conocen a alguien! —un chico aplaude para llamar nuestra atención—. ¡¿Has jugado alguna vez tira y estampa?!

—Mmm, no — niego y hace a un lado a la chica está a mi derecha.

—Bien, jugamos jenga normal, tomamos y a quien se le caiga la torre, tiene que ponerse una de esas en la lengua — me señala al frente y la chica morena alza una bolsa con estampas, tiene diferentes dibujos, asiento comprendiendo la situación y él me regala una palmada en el hombro —. ¡Solo dos estampas por persona! ¡Quien lo tiré apropósito es fondo!

Mis manos sudan por nervios y el juego inicia, duramos varios minutos hasta que una pelirroja lo tira, maldice en voz baja y abre la boca, poniendo la pequeña estampa de *Bob Esponja* en su lengua. Atisbo como Becca solo ríe ante la expresión de sus amigos y bebé de una copa aquel vodka rosa.

Cuatro rondas después, ya hay tres personas riendo, diciendo que nos escuchamos graciosos y que las luces se transforman en arcoíris, justo en ese momento me doy cuenta de lo qué está pasando, esos cuadros diminutos no son cualquier cosa. Mierda. Es LSD.

El chico que me ha explicado el juego, Roy, se pone dos y las traga, junto a un shot, me pregunto si eso no está mal. Antes que le haga efecto, inicia armando la torre, lo ayuda junto a otra chica y finalizamos.

—¡Saca tu primero Aidan!

Genial. Ya se saben mi nombre y yo solo el de Becca y la pelirroja drogada, Darcy.

Estoy riendo, pero la realidad es que en mi interior le suplico al señor de arriba que en ningún momento me desampare y pueda sacar las piezas con éxito, la rubia a mi lado me ofrece de su copa y la acepto, bebiendo todo el líquido.

Rebecca pone el cubo encima y la torre tiembla, pero no se cae. Si mis cálculos no fallan, por el peso y la posición de cada pieza; esta vez no me salvaré.

Y como si fuera un profeta, ocurre. Intento sacar una de las que están arriba, pero la suerte me abandona en ese momento y se desploma, la madera cae estrepitosamente sobre la mesa, escucho los gritos de festejo, como si el premio para ellos fuera el que yo perdiera.

Sonrió de oreja a oreja, lleno de lamentos y rasco la esquina de mi ceja. La morena menea las estampas y me guiña un ojo, no sé si trata de coquetearme porque desde hace rato está haciéndolo. Y joder, no sé qué me da más miedo, si el hecho de que estoy a punto de drogarme o que termine teniendo relaciones con alguien que no conozca.

Bella va a matarme.

Odio aquel tabú que dicen "*no aceptes drogas*". Algunas cosas son adictivas, estoy consciente de ello, pero también sé que tengo fuerza de voluntad y he leído lo suficiente acerca de todas estas mierdas.

—¿Qué dibujo quieres? — me ofrece.

—El del plátano —digo con vergüenza y no puedo evitar reírme.

—¡A Aidan le gusta el plátano! — Roy carcajea.

Me encojo de hombros y siento como estoy mareado por el alcohol que he consumido.

—¡Rebecca, pónselo! — Darcy ánima.

Mamá, perdóname. Espero y estés durmiendo; creyendo que estoy haciendo las cosas bien.

—Hazme el honor — le sonrío a Dankworth.

—¡Pero con la lengua! ¡Yo quiero ver eso! — Roy apoya.

¡Yo también quiero!, grita mi subconsciente.

Joder, aún estoy en mis tres esferas psíquicas y ya pienso de forma estúpida.

—¡Chicos, por favor! —Becca grita, cubriendo su rostro con ambas manos.

—¡No te hagas la santa! ¡Emily, dale esa estampa y que se la coloqué en la lengua!

Mis carcajadas son de felicidad y nerviosismo, igual de miedo y pánico, pero me aconsejo que estos último solo crearan un efecto erróneo, por lo que decido disfrutar el momento y pasarme por el arco del triunfo lo que pueda ocurrir con la señora Adams.

Becca coge la estampa y le enseño mi pulgar hacia arriba, sus ojos se enchinan cuando ríe y todos nos miran, observo como se coloca el pequeño cuadro en la punta de su lengua y se acerca a mí. Acepto con gusto el acto y saco mi lengua, de esa manera es como siento el choque de la suya con la mía.

Ella se aleja y trago la diminuta lámina.

El grito de euforia me ensordece y vuelven a armar la torre de jenga para seguir jugando, todo está tranquilo y la ronda vuelve a convertirse en un bullicio de excitación después de unos veinte minutos.

—¡Aidan, vamos a bailar!

No me fijo siquiera de quien se trata hasta que estoy entre el tumulto de persona junto a la morena, Emily.

Entre el jugueteo de luces miro la forma en que se mueve, su pantalón rojo brilla y su blusa de escote es lo que tengo a primera vista, lo único que sale de mi garganta son risas que no puedo evitar.

—No sé bailar — le confieso.

—Déjate llevar porque en unos diez minutos el ácido comenzará a hacer efecto y te puedes asustar —me murmura en el oído.

Su aliento chocando en el lóbulo de mi oreja crea una sensación y pongo mis manos alrededor de su cintura y siento como se mueve demasiado cerca de mí, conozco la canción, Aitor suele ponerla cada que estamos juntos bebiendo en su habitación, el ambiente se siente caluroso y Emily sabe cómo llevarme a un punto frágil.

Ni siquiera sé si tiene novio, puedo meterme en problemas, pero ya mi lado lógico comienza a fallar, empiezo a notar como las cosas se distorsionan, la escena hace un bucle y la canción se forma como un megáfono con ruidos extraños.

La boca de ella se acerca a la mía y me besa, siento la humedad entre nosotros y como hay un sabor diferente, Emily mete un dedo en la cintilla de mi pantalón, acercándose más a su cuerpo, sujeto con mi mano libre la parte trasera de su cabeza para profundizar el beso.

—¡Aidan!

Gritan mi nombre a lo lejos y luego me separan de la chica, visualizo a Aitor con un cigarro de marihuana en la mano, mirándome con el entrecejo arrugado, está confundido, no puedo evitar reír ante la imagen que tengo de él, es como ver un espejo que deforma y se miran ondas de colores alrededor de su silueta.

—¡No fumes, es malo! —me burlo.

Se acerca a mí, oliéndome como un perro policía.

—No hueles lo suficiente como para estar muy embriagado, ¿qué te han dado?

—*I took a pill in Ibiza* — inicio aquella canción antigua de hace dos décadas que comienza a sonar.

—¡Sí, sí, yo igual tome una, pero estoy más cuerdo que tú!

Me sujeta de la mano, llevándome hacia una barra, todo se encuentra malditamente raro, el sonido, el espacio, la escena y las personas. Podría entrar en un cuadro de ansiedad, aunque la verdad es que lo estoy disfrutando muy bien.

Aitor se sirve algo y lo bebe de golpe, su gesto no cambia ni por un momento como si estuviese acostumbrado al sabor del alcohol, aspira de su cigarro y me lo acerca con confianza, enarco una ceja por lo alto y lo cojo, copiando su acción. No es tabaco, es marihuana.

Sobre su hombro, me fijo en Rebecca y un chico que está a su lado riendo, se da cuenta de mi mirada y me sonrío, le dice algo al castaño y se pone de pie acercándose a nosotros, a pesar de que esté distorsionada sigo pensando que se ve bonita.

—¿Cómo están mis invitados?

—Abandonados — le digo en broma.

—Fuiste tú quien me abandonó por ir a bailar con mi amiga —reprocha, colocándose una pastilla en la boca y tragarla—. Yo tuve que buscar compañía.

—Entonces ya no la necesitas, aquí estoy yo —escucho como Aitor se ríe y le quito la copa a Becca para beber su contenido —. Opino que ya deberías dejar de beber y saques el efecto de la estampa.

—¿Estampa?! ¡No jodan! ¿Le dieron LSD!?! — mi amigo grita — ¿Por qué a mí no?!

—Oh, qué idiota — ruedo los ojos.

—Bien, ahora le digo a Emily que te dé una.

La rubia me toma de la mano y le hace una seña a mi amigo para que nos siga, yo solo observo como su cabello se mueve de un lado a otro, ella le dice algo a la morena y le presenta a Blakely.

Becca bebe lo último que queda en su copa y la deja sobre una mesa. La seguridad en mí se apodera y refuerzo nuestro agarre para seguir la pista, aunque la realidad no está de mi lado, me dejo llevar ante el efecto que va aumentando cada vez más, mis manos en la cadera de la chica y mi nariz juguetea con su cabello y tiene un olor esquisto, quizás es simple tabaco, pero mis neuronas no están haciendo sinapsis con éxito.

Mis labios se arrastran sobre la piel desnuda desde su cuello hasta su hombro, el tacto que mantiene sobre mis manos y las yemas de sus dedos deslizándose sobre mis brazos crean un círculo vicioso de placer.

Sus ojos encuentran los míos y puedo fijarme en que tiene una sola pupila dilatada, las luces rojas iluminan su cristalino.

Estoy casi obnubilado, por eso no soy capaz de medir el lapso de tiempo en que las cosas pasan, solo me veo con la chica dentro de un cubículo besándola, sus manos me tocan con cierta desesperación mientras una de las mías coge su cuello con firmeza y la otra toca por encima de su top.

La obligo a que mire la pared y roza con toda la intención mi erección, suelta una risa ante mi suspiro y beso su espalda, el juego previo se concluye cuando me obliga a sentarme y se pone a horcajadas encima de mí.

La acción es rápida, desabrocha mi pantalón y la sensación en que su mano se desliza me hace cerrar los ojos, ella se detiene y se pone de pie, vuelvo a centrar mi campo de visión a su cuerpo, baja el cierre que se halla a un lado de su pantalón y no puedo evitar morder mis labios.

—Bonito diseño.

—Lo sé — musita y regresa a mis labios, besándome con ganas.

La ayudo a deshacerse de las dos prendas inferiores y quiero hacerle una pregunta antes de que continúe, pero me silencia cuando deja que entre en ella.

Coño, el condón.

Mis sentidos se disipan y no puedo evitar suspirar cada que la evocación me invade, sus gemidos siendo un bucle me crean más percepción llegando al grado de olvidar el asunto de nuestro error.

—Aidan —dice sin aliento.

Lleva mis manos a su pecho y halo del pequeño cordón que mantiene firme su top, este cae y poco a poco mi aliento se va, tomo una postura más cómoda sin hacerle difícil el hecho de que entre y salga de mí. Mi lengua retoza uno de sus senos mientras mi mano lo hace con el otro.

Sus gemidos son más fuertes y sus movimientos algo rápidos, puedo darme cuenta como intenta llegar a su punto máximo ante la humedad que siento y no sé si lo logra, pero a mi cuerpo le da su goce final cuando tiro mi cabeza hacia atrás, abriendo mi boca ante el éxtasis de satisfacción.

—Demonios —maldigo.

Sin embargo, Becca no se queda atrás y termina lo que inició, sus dientes capturan su labio inferior y entierra sus uñas en mis hombros, tal vez dejará marcas, pero sinceramente es algo que no me preocupa en ese instante.

Levo mi mano hacia sus piernas y percibo lo que ambos ocasionamos, una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro, mi mano limpia hace a un lado su cabello y acaricio su mejilla, se acerca a mí para regalarme un beso y apretarme con sus piernas.

—Agh, se siente rico — confieso.

CAPÍTULO 7

Echo otro poco de agua a mi rostro y suelto un suspiro sacudiendo mi cabeza de un lado a otro, me miro en el espejo y veo a Aitor apoyado de espaldas contra la pared mientras se termina su cigarrillo.

—Nos meterás en problemas — siseo, apoyando mis manos sobre el lavabo.

—Cerré con seguro, a parte, es tabaco, no marihuana — gruñe sacando el humo de entre sus labios mientras rueda los ojos al mismo tiempo.

—¿Y cuál es la jodida deferencia? — le demando cotilleado con una ceja arqueada.

—Uno merita castigo social, el otro me puede llevar detenido hasta por meses — se burla, mirando su cigarro y sonreír con burla —. En realidad, quien está metido en problemas eres tú— canturrea y lo miro de mala forma —. ¿Acaso no siempre llevas condones en el bolsillo de tu camisa?

Muerdo mis labios pensativo y giro hacia él para verlo directamente, me doy soporte con cierta parte de mi cintura a la altura del lavabo y cruzo mis pies para mantener mi equilibrio. Aitor está expectativo esperando por mi respuesta.

No sé qué decirle o quizá sí, pero la verdad es que no tengo las palabras correctas para poder responderle sin que suene a algo que él pueda tomar como un chiste más en mi vida.

—Lo único en lo que estaba pensando era en el bonito diseño de su ropa interior.

Murmuré, encogiéndome de hombros y tratando de omitir la parte en que Becca no me dio tiempo siquiera de mencionarle acerca del condón, solo pasó y ninguno de los dos protestó, pero qué podía esperar cuando ambos nos encontrábamos drogados.

—Eso sonó demasiado gay — se burló —. ¿Estás seguro que tuviste relaciones con ella? Ya sabes, el LSD te hace alucinar... ¿Y si realmente con quien tuviste sexo fue con alguna desconocida?

—Buen punto — asentí.

—Mira el lado bueno, no sería la primera vez que pasa algo así —me apoya, curvando la comisura de sus labios a medias—. Solo tendrías que repetir lo de la vez anterior. Olvidar que sucedió.

—No ayudas — mascullo, cogiendo mi mochila del suelo y tratar de acomodar mi cabello con mi mano libre.

El chico apaga el cigarro con los pequeños charcos de agua sobre el lavabo, me fijo como envuelve la colilla en un pedazo de papel y lo tira al cesto de basura, lava sus manos con jabón y finalmente las talla con gel antibacterial, todo eso para que el olor del tabaco se pueda camuflajear un poco.

—Aidan —me llama y lo volteo a ver—, ¿si es niña puede llamarse Diana? Ahora, si es niño me gusta el nombre Amed.

—Tu puta madre se llamará Amed o Diana — siseo entre dientes y salgo de mala gana del baño. Puedo escuchar sus carcajadas de un tono fuerte y burlón atrás de mí.

Mi cabeza duele y tengo ojeras que lucen como si estuviera teniendo una lucha con un insomnio de hace varios meses.

Llegué a las cuatro de la madrugada, el efecto ya había pasado hasta cierto punto, pero el olor a alcohol todavía estaba presente, solo suplicaba porque mi madre no se despertase, con pasos torpes pude llegar a mi habitación.

Cuando sonó la alarma a las siete del día, me odié miles de veces por haber aceptado ir, ¿qué clase de locos hacen una fiesta entre semanas? En ese momento, con el sonido martillando mi cabeza, recordé la razón del porqué casi nunca asistía a estas. Sin embargo, con toda la rabia cargando sobre mis hombros, me puse de pie para arrastrarme al baño y darme una ducha con agua fría.

Ahora, mis ojos pesan y echarme agua en el rostro no ayuda ni un poco. He llegado tarde a mi clase de optativa, el profesor llamó mi atención y yo solo pude murmurar lo pésimo que iniciaba mi día.

—Zaboo, sin importar lo que haya pasado, ¿si irás conmigo el sábado?

Aitor hace presencia a mi lado derecho mientras camina conmigo.

Volteo a verlo y le doy un gesto de pocos amigos, él me sonrío de lado esperando por mi respuesta, yo mantengo mi margen y hablo:

—Por supuesto que no — doblamos a la izquierda y lo escucho ahogar un quejido —. He perdido un poco de vida la noche anterior, quiero recompensar aquello unos cuantos meses, tal vez dentro de unos tres o cuatro vuelva asista a una fiesta. Yo te aviso.

—Tu sarcasmo es una completa mierda — dice de mala gana.

—Repito, no es lo mío.

Aitor se detiene dando una carcajada por lo que he dicho y me obliga copiar su acción, frunzo mi ceño sin entender lo gracioso de mi oración.

—No —alcanza a decir, recuperando la respiración—, le tienes miedo a mostrarte como eres. Soy tu mejor amigo, no me haces pendejo —declara y prefiero mantenerme en silencio—. No asistes porque prefieres evitar que sucedan cosas como las de ayer y hace un mes —menciona con calma, moviendo su dedo índice—. Descuida, Aidan, tu madre no te juzgará porque su hijo sea un completo hormonal que le gusta intoxicarse con bebidas alcohólicas.

—Me gusta —acepto—, pero no al grado de querer ahogarme en ellas cada fin de semana. Aitor, separo la diversión de mis responsabilidades.

—Como sea — él rueda los ojos y se cruza de brazos —. Hay algo que me interesa, si el haberte liado con Becca te acerca más a ella, lo próximo que puede suceder es... ¿una relación?

Bufo con gracia y niego varias veces.

—No creo...

—¿¡Qué!?! — exclama —. Hermano, escucha, repite y analiza lo que dijiste, Rebecca Dankworth es te gusta desde hace algunos meses ¡y tuviste relaciones con ella sin condón! — chilla por lo bajo como un niño a punto de iniciar su berrinche —. Lo primero que pensarías después de aquello sería tener una relación sentimental, ¿no es lo que hace la gente cursi?

Entrecierro mis ojos y le sonrío con sorna, me causa gracia su actitud y el hecho de que se haga el sorprendido cuando sabe perfectamente la respuesta.

—Supongo — dudo —. Aunque no me gusta la idea de estar atado a una persona.

Mi mejor amigo esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Me encanta escucharte decir eso — confiesa —. Sin embargo, me sigue pareciendo raro el hecho de que no pienses de esa forma sentimental cuando te atrae demasiado y mueve tu piso cada instante en que la ves. Te peleaste por ella.

Asiento y retomo mi camino. Mi amigo me sigue.

—La ofendieron, esa es una razón suficiente —me limito a decir —. El hecho de que me guste demasiado no significa que la quiera para una relación. Regla número uno de la atracción; si lo deseas tanto, lo obtendrás.

—¿Y?

—Lo tienes, pero no es tuyo, las cosas vienen y van, las personas también. El que lo tengas no te asegura ni significa que lo necesites, muchos lo conocen como capricho.

—No tiene sentido —hace una mueca.

—Nada en esta vida lo tiene —me encojo de hombros.

—Y ahí vas con tu jodida filosofía barata...

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, Mafoo.

Aitor frunce sus labios y talla su rostro con desesperación, lo escucho soltar un suspiro quejoso.

—A veces se me olvida que eres un hijo de puta — admite —. Luego te comportas como tal y recuerdo que por esa misma razón te conocí — musita —. Bien, dejando todo el tema del sentimentalismo, ve el lado bueno, esta vez no te follaste a alguien que tuviera novio.

Arrugo mi entrecejo y golpeo su hombro, él se ríe.

—Es no se dice en voz alta — le regaño.

—Mira, el estar con Becca te pondrá tres escalones arriba de la jerarquía estudiantil, la mayoría sabe que eres familiar de los dueños de la cadena de cines Village, yo digo que presumas tu apellido paterno

como Satán manda — incita codeándome —. De paso también aceptas el auto que tu abuelo te quiere comprar.

—Mejor me voy a la biblioteca — le corto.

—¡Aidan! — me reprende —. Amo a tu madre, no tengo nada en contra de su hermoso apellido Adams. Solo te digo, deberías pensarlo.

—Paso, ya hay varios ocupando ese lugar —palmeo su brazo.

—Quiero romperte la otra ceja — sisea sin humor.

—Entonces me voy, iré a hacer tarea.

—¿Para qué demonios? ¡Tenemos hora libre!

—Lo sé, pero quiero adelantar mis deberes porque me meteré a un taller de dibujo los fines de semana — hago una mueca —. Igual porque no tengo nada mejor que hacer, honestamente ya me aburrió tu platica. Nos vemos.

—¡Me caes mejor cuando estás dopado! — grita y se queda pensando por un segundo, sus ojos se abren y vuelve a gritar: — ¡Eres un hijo de puta! ¡Yo no soy aburrido!

Le sonrió falsamente y le hago un signo de amor y paz, Aitor me saca el dedo y se da la vuelta para alejarse, retomo mi camino a la biblioteca y una vez que estoy adentro, recuerdo que he dejado la libreta de francés en el casillero, blanqueo los ojos y maldigo en voz baja.

Pienso que me toparé al rubio tatuado, pero ya no lo encuentro por ningún lado, bajo las escaleras esquivando a las personas y miro la hora en mi reloj de muñeca para después bufar con cansancio.

Joder, quiero dormir.

—¡Hey!

Gritan a mis espaldas.

Reconozco esa voz, quizá no me está hablando a mí, pero mi reflejo despierta y volteo, dándome cuenta que se trata de Brendon, quien se acerca con dos de sus amigos, yo enarco una ceja.

Oh, mierda, aquí vamos de nuevo.

—¿Yo? — me atrevo a preguntarle.

Apenas nos cruzamos en los pasillos, deja caer su maleta de entrenamiento y me empuja del pecho, su intención es golpearme contra la pared, pero mantengo la resistencia y solo doy tres pasos hacia atrás.

—Aléjate de mi hermana — masculla con rabia.

Su porte es firme y duro, sin mencionar que se ve decidido a querer molerme a golpes, mientras yo sigo sujetando mi mochila con mi mano izquierda y observo como algunos presentes detienen su caminata.

—¿Y eso cómo por qué? — cuestiono con la voz tranquila, sin usar un tono fuerte ni alto, solo neutral ante él.

—Mira, imbécil, te quiero lejos de ella — repite —. Si vuelvo a enterarme que se han metido mierda en otra fiesta, voy a joder tu vida.

—¿Traes algún tipo de orden de alejamiento? ¿Quieres que te firme con tinta negra o azul? — inquiero, ladeando mi cabeza —. Pero ha sido Rebecca quien la solicitó, ¿cierto?

Brendon me coge de la sudadera, mirándome con enojo, no está de humor y lo entiendo, pero es algo que me viene valiendo triple mierda, me cabeza duele y no tengo ganas de querer jugármelas de la persona intelectual que actúa con palabras porque la verdad es que ya me he cabreado por la manera en que me ha tomado.

—No eres gracioso, basura. Soy su hermano mayor y no quiero que esté con personas como tú, ¿si captas? —indica—. Tú decides, lo haces o mi otra opción es hacer que aceptes con golpes.

Le doy una sonrisa jocosa.

—¿Podrías evitar los puños en mi rostro? Es que a tu hermana le gusta mucho.

Sabía que lo provocaría, por ello intenta golpear mi estómago, pero lo alejo al mismo tiempo que me deshago de su agarre, visualizo como se intentan meter sus gorilas, aunque Brendon habla:

—No se metan.

Festejemos, aprendió a pelear solo.

—¿En serio quieres pelear? — le digo —. Ya tenemos una llamada de atención del director, creo que no le gustará saber que rompimos nuevamente sus reglas. Vamos, sé que eres un idiota, pero no uno tan grande.

Error.

Si es y uno muy grande.

Se va contra mí y no sé cómo le hace para tirarme al suelo. Entonces, pueden apreciar una escena de dos adolescentes peleando en medio del pasillo, dando vueltas para ver quien tiene más resistencia, yo solo quiero deshacerme de él, pero insiste en querer mostrar su lado fuerte, golpeo su rostro y me lo devuelve con éxito.

Señor, que no sea la otra ceja.

—¡Brendon!

Esta pequeña riña finaliza cuando me sujetan de la sudadera y de esa forma nos alejamos Brendon y yo. Visualizo a Rebecca a un lado de su hermano y a uno de sus amigos que lo mantiene agarrado para frenar la pelea, miro sobre mi hombro para darme cuenta que se trata de Borris.

—¿Por qué últimamente que te encuentro estás peleando con alguien? —se burla.

—Porque me da la puta gana.

Mi libero de su agarre y dirijo mi vista a Brendon, su mirada lanza dagas y si estas fueran armas, yo estaría agujereado. Sí, como un queso.

—Lo próxima vez no te avisaré — escupe —. A nuestros padres no les va a gustar saber que te estás drogando — amenaza a la chica y vuelve a mí —. Cuídate, porque a mi familia no le va a doler ni un centavo la demanda que te procedamos.

—¿Tanto por un pequeño dopaje? — me burlo.

Rebecca me mira suplicante para que cierre la boca.

—Espero que tengas buenos abogados o mínimo puedas pagar la fianza.

Limpia con el dorso de su mano la esquina de su boca y coge de mala gana su maleta de entrenamiento para darse la vuelta.

Sus palabras me carcomen y me da odio el hecho de que se crea con tanto poder por el dinero que tienen sus padres, porque repito y lo sostengo, todos los que están aquí y presumen de su riqueza son solo soñados con montaje. Detesto tanto que piensen o tengan la idea de que son los únicos que pueden hacer tanto con unos cuantos billetes.

Así que no puedo evitar quedarme en silencio.

—Se te olvida algo —le recuerdo.

Él se gira para encararme y preguntar:

—¿Qué? ¿Romperte las costillas?

Desgraciadamente el mundo actual se mueve con dinero, por lo que aquel lado viperino que poseo sale.

—Que no se te olvide que soy un Howland, los de Village —finalizo sujetando mi mochila.

CAPÍTULO 8

—¿Qué demonios ocurre contigo?

La mujer cuestiona, su ceño está completamente fruncido y sus labios forman una tensa línea después que las palabras salen hacia el exterior. Su vista está sobre la mía, la cual es una seria, está amenazándome con ella y esperando por una respuesta de mi parte. Me sorprende que no ha parpadeado por un largo tiempo, de verdad.

—Solo me defendí.

Finalmente, respondo lo mismo que le he dicho hace unos minutos atrás. Mi voz es firme y trato de no romper nuestro contacto visual. Mi madre se encuentra delante de mí, tiene apoyado un brazo sobre el respaldo del sofá y la otra en su cadera, haciéndole semejanza a una jarra, la diferencia de estatura me resulta graciosa, pero debo evitar reírme porque creará que me estoy burlando de su regaño.

Ella suelta un suspiro entrecortado y relame sus labios, agotada de la escena que estamos haciendo desde hace quince minutos. Rasca su frente con cierta irritación y agacha por un momento su mirada para después regresar a la mía.

—¿Crees que las cosas se arreglan con agresividad? — intenta reír, sin embargo, su humor no se lo permite.

—Fue él quien vino a golpearme primero — mascullo —. ¡Perdón por defenderme!

—No me levantes la voz — sentencia, apuntándome con su dedo índice.

—Y tú no me señales con el dedo como si fuese el culpable de todo.

—¡Aidan! — reprende.

Ahora, es ella quien alza la voz, talla su rostro frustrada y me vuelve a mirar, de la cocina sale Darel con un vaso en la mano, tratando de pasar por desapercibido para no ser parte del espectáculo que mamá y yo estamos montando justo ahora.

Ese pequeño tic de desesperación se hace presente y rasco la punta de mi nariz, he tratado de explicarme cómo es que han sucedido las cosas y simplemente repite lo mismo una y otra vez.

—Ya son dos veces que ocurre lo mismo — declara —. ¿Ya te viste la cicatriz de la ceja? ¡Ahora ve como tienes esa mejilla!

—¡Solo me defendí!

—¿Y cuando tú lo golpeaste primero?

—¡Ya te he dicho por qué!

—¡No!

—Bella —Darel interviene, acercándose a la mujer enfadada, poniéndose entre los dos, siendo una barrera para que mamá deje de recurrir al recurso paraverbal—. Ambos deberían tranquilizarse —dice, extendiendo sus manos, haciendo una seña de alto como de tránsito—. Aidan tiene razón, si alguien lo está atacando no va a permitir que lo terminen matando, por favor —le da una mirada de soslayo y la mujer una irónica—, solo trata de entender esa parte. Sé que odias la violencia, pero comprende un poco la situación en la que está Aidan.

—¿Ves? — le digo, elevando mis cejas —. Relájate.

—Hey —el hombre voltea a verme —, tampoco actúes así.

—De acuerdo — ella me sonrío falsamente —, pero ten en cuenta que estás castigado. No saldrás los fines de semana y olvídate de ir al taller de dibujo, espero que tus abuelos te digan algo también, no creo que a Lilian le guste saber que su nieto se anda revolcando como un animal salvaje en el instituto.

—¿Hablas en serio? — cuestiono estupefacto.

—Más que nunca.

Es lo último que dice y comienza a caminar hacia las escaleras.

Toco con la punta de mi lengua el interior de mi labio inferior y rio por la actitud que está tomando ante una simple pelea, no ha sido una riña con armas blancas ni mucho menos por razones estúpidas.

Darel me da una mirada apenada, el silencio en la casa es interrumpido por un segundo cuando el ruido de una puerta cerrándose hace eco.

—Deberías de tomar una pastilla para la inflamación — me recomienda dándome un apretón en la parte superior del brazo y se aleja.

Me quedo viendo la lampara de suelo por un largo tiempo, pensando en si sería buena idea salir de casa a pesar del conflicto que he tenido con mamá, pero repasando lo último que me ha dicho, puedo sacar ventaja de ello.

Claramente, solo me prohibió salir los fines de semana, hoy es miércoles, entonces, eso no cuenta como desobedecerla, ¿cierto?

Cojo de nuevo mi mochila junto a mi cuaderno de dibujos y me pongo los audífonos sobre mi cabeza, pienso nuevamente si será buena idea, pero suelto un suspiro y decido ir contra corriente, al momento que reproduzco mi lista de canción, la voz de Jared Leto invade el espacio dentro de mi cabeza.

Me recorrido es hasta la parada de autobuses y no me toca esperar mucho tiempo porque en menos de lo que termina la segunda canción, el bus llega. Pago la tarifa estimada y tomo asiento hasta lo último, lo que parece ser eterno para mí se vuelve un pequeño viaje sin tomarle importancia al tiempo.

Lo malo de transportarme de mi casa a la de Aitor es que debo coger dos autobuses, para tomar el segundo es en la parada que se encuentra a dos cuadras del instituto. Quizá hubiese sido mejor opción hacerle parada a un taxi y acortar todo el camino largo, sin embargo, me gusta ahorrar dinero e igual porque no tengo demasiada prisa para ir con el primer grandísimo de los idiotas geniales. Los *no geniales* son Brendon y Borris, aunque quizás este último ya está cruzando a la sección en donde mi mejor amigo se encuentra.

Llegamos a la parada y desciendo mientras le bajo un poco el volumen a la música, saco mi celular del bolsillo de mi chamarra de mezclilla y le mando un texto a Aitor avisándole que en menos de quince minutos estaría en su casa.

Él me responde al instante.

"Mi casa está un asco, chaval."

Doy una risa y niego por la manera en que me ha llamado. Blakely no es originario de Sídney, de hecho, ni siquiera es parte del continente de Australia, su padre es estadounidense y su madre venezolana. Esto es una mezcla rara. Su familia llegó hasta este otro lado del mundo por asuntos de trabajo de su madre, anteriormente vivió por dos años en Honduras, luego otros dos en Seúl y finalmente llegaron a Sídney. Ella es empresaria y recibía muchos cambios, o algo así me había dicho. Usa ciertas palabras de otros países latinoamericanos en su dialecto y las cuales con el tiempo también a mí me las ha transmitido.

"Pues limpia, chaval. Te daré tiempo, otros cinco minutos más."

Le respondo.

"Naaaah, saludarás a las cucarachas y te harán compañía las ratas mientras yo duermo, limpiaré cuando mamá esté a un día de llegar."

Recibo de su parte.

"Le enviaré screenshot a tu madre sobre esto."

"Coño, que raro se lee saber que tienes el número de mi madre... No te quiero como el sancho de mi padre, por favor. Tampoco tener que decirte papá, al verdadero lo llamo casi todo el tiempo por su nombre."

No puedo evitar soltar una carcajada por lo que me ha mandado al mismo tiempo que recibo miradas extrañas por parte de las personas que se encuentran alrededor de mí.

"Joder."

Me limito a enviarle.

"Ya que vendrás, cómprame de esas paletas de piel con limón que venden en las farmacias para calmar la picazón de mi garganta, igual trae frituras con chile, quiero darle en la madre a mi gastritis. Yo compraré la gaseosa."

Frunzo mi ceño con diversión.

"¿Algo más, jefe? Te aviso cuando esté cerca."

Mi celular vibra y, con una decisión para nada morosa, decido no responderle. Me quedo de pie observando a mis lados en busca de alguna farmacia o tienda que venda lo que me ha pedido, es de esa forma que inicio mi caminata alejándome de la parada, no tengo un destino como tal, pero mi misión es llevarle sus paletas de miel con limón a mi mejor amigo.

Si voy a este paso sin sentido, llegaré a la tienda de antigüedades que está al otro extremo de la calle, diviso la farmacia que está a unos metros más, bueno, una combinación de farmacia y tienda... aunque la lentitud se plasma en mis piernas y disminuyo mis movimientos poco a poco dándome cuenta de la persona que viene al frente.

Ella viene cabizbaja, lee una hoja que sujeta con su mano derecha. De su hombro cuelga un bolso de tela aterciopelada. Nuevamente, la combinación de colores en su ropa es rara, blusa de botones azul, sobre esta porta aquella chamarra verde de aquel día, un pantalón morado y tenis blancos, su cabello ondulado está suelto y muy esponjado.

Toco con la punta de mi lengua el interior de mi mejilla izquierda y sujeto con fuerza el cuaderno, adelanto mis pasos para entrar a la farmacia, sin embargo, al parecer los dos vamos al mismo sitio porque su cabeza choca contra mi brazo derecho cuando intenta doblar.

—Estoy pasando —musita a regañadientes detrás de mí.

—Sí, yo igual —vacilo, dándole un vistazo con una ceja arqueada.

Sue reconoce mi voz y alza su mirada, su ceño se frunce y no puedo evitar sonreírle ante su simple gesto indiferente.

—Tú de nuevo — declara, alejándose un poco.

—Yo de nuevo — afirmo —. ¿Vives por aquí?

—No — responde a secas.

—¿Las visitas con tu abuelo nunca faltan?

—¡Rayos, mira qué hora es! — eleva la voz, tocando su frente con la palma de su mano —. La hora de no querer hacer alguna conversación contigo — me regala una sonrisa falsa y prosigue: — Voy a entrar.

—Yo igual — le digo —, pero de acuerdo, las damas primero.

Ella rueda los ojos.

—De todos modos, yo iba a entrar primero.

Pasa a un lado de mí y se adentra al local, yo le sigo y el aire acondicionado del lugar me recibe, huele a medicina, los estantes son blancos y también la losa, supongo que solo se puede en el mostrador, ¿verdad? ¿Y si le llevo mejor un medicamento para su garganta?

Volteo a un lado y atrapo la mirada de Sue, me observa desde la sección de dermatología, ya saben, la parte donde se encuentra el maquillaje especial para cada tipo de piel, bálsamo y protección de los labios.

Ella me hace una seña para que me acerque y dudo por un segundo si es para mí.

—Ven — dice en voz alta.

Arrugo el entrecejo fruncido por la decisión que ha tomado y me acerco no muy convencido.

—¿Vas a golpearme?

—¿Por qué los hombres piensan como animales? — cuestiona —. ¿Acaso no saben otra cosa que no sea pelear?

—¿Lo siento?

—No me sorprende, ese golpe en la mejilla responde mi pregunta, igual tu ceja rota del otro día — se aleja un poco y coge un bálsamo de cereza —. ¿Alguna vez has intentado comunicarte? Ya sabes, usar el diálogo es algo fundamental en los humanos, de hecho, es lo primero que se debe de hacer para arreglar conflictos.

Sue va hacia donde se encuentran los productos que vienen en paquete. Le sigo.

—Crees que soy del tipo de persona que usa los golpes como solución — afirmo —. No te culpo, has tenido la primera imagen mal de mí en mis peores momentos, pero no soy así, te lo aseguro, *Sue*.

—Mmm — juega —, no sé si creerte, el primer día te vi con un libro en mano y al otro con un golpe, ¿no usaste el libro como método de defensa? Ya sabes, tirárselo a tu contraindicante.

—No — me rio —. El título y los pequeños párrafos que leí me gustaron, usaré el libro para un proyecto.

—Buena elección — asiente observándome.

—Gracias.

Mi gesto no se borra y menos cuando escucho su comentario.

—Dibujas — declara, mirando de reojo el cuaderno que llevo en mano —. Curioso.

—¿Quieres ver? — la invito.

—Tranquilo, joven — me detiene, puliendo una sonrisa en su rostro mientras deja escapar una risilla—. Solo dije que era curioso aquel dato, no me interesa en lo absoluto saber qué cosas dibujas.

—Eres un poco grosera, ¿lo sabes?

Sue se encoje de hombros, restándole importancia a lo que yo he dicho. Mis cejas se juntan al ver que coge una caja de tiras reactivas para el chequeo de la glucosa, muerdo mi labio inferior y prefiero ser un espectador de sus delicados movimientos.

—Aunque... —inicia arrastrando la palabra lentamente reviviendo nuestra conversación, — tal vez si me interese saber quién ha sido el héroe que te golpeó.

—No sé por qué tengo la intuición de que me odias — bromeo, ladeando mi cabeza.

La chiquilla lee un empaque de jeringas y se queda en silencio por unos segundos, quizás está pensando. Su boca forma un puchero inocente y atisbo el uso de estas.

—¿Estás enferma?

Sue voltea a verme y sonrío.

—Sí, pronto moriré.

Mi cara decae y me siento confundido, niego varias veces sin poder creer su confesión, hemos hablado dos veces, pero lo que me ha mostrado de ella, sé que es alguien la cual vacila demasiado.

—Bromeas, ¿cierto?

—Algunas personas tienen su línea de tiempo establecida — rueda los ojos y pone una mano sobre mi hombro —. Tranquilo, no soy *Hazel* con alguna enfermedad cancerígena — ríe —. Es decir, estoy enferma, pero es *degenerativa*.

—¿Hipertensión?

—Noup — dice, dándome su espalda para seguir su camino.

—Ahora ya no sé si estás bromeando.

Ella se gira para verme y suspira.

—*Diabetes*. Tengo *diabetes*.

Me quedo en silencio por un segundo, buscando información acerca de la enfermedad en lo más remoto de mi mente.

—Oh, ya...

—Soy *insulinodependiente*.

No tengo nada bueno que decir, simplemente mantengo mi vista sobre la de ella, tratando de transmitirle de mi mínima falta de consejos. Algunas veces soy bueno para alentar, pero otras... otras no tanto. Sue es una desconocida para mí, no sé mucho de ella, tampoco es alguien que le guste hacerse notar ante los demás o al menos así es conmigo.

El silencio es incómodo. Me fijo en su rostro como la primera vez que la capté, sus ojos cafés, sus pestañas cortas y en gran cantidad, las mejillas con rubor y ese flequillo maltratado que comienza a

cubrir sus párpados. A diferencia de esta vez, puedo darme cuenta que sobre su nariz se esparcen pecas casi invisibles.

—¿Sabes? — soy yo quien rompe el sigilo.

—¿Qué? — usa su voz a la defensiva.

—Creo que iniciamos con el pie izquierdo, no tengo nada en contra de él ni lo discrimino, pero en serio tienes una mala imagen de mí y no quiero que te quedes con ella, ¿podemos comenzar de nuevo?

Sue lo piensa por un instante.

Relame sus labios y forma con ellos una línea tensa, su mirada viaja al suelo y vuelve a elevarla.

—Bien — accede —. Solo hay una regla: *no me ayudes*.

—¿En qué sentido?

—En el de la lástima.

Y entiendo lo que está tratando de decirme.

Suspiro hacia un lado, rendido ante su petición.

—Lo prometo.

—Si la rompes, me voy.

—¿Eso debo tomarlo como amenaza o advertencia? — bromeo.

Ella eleva la comisura de sus labios.

—Soy *Sue Forester Alderweireld*.

Se presenta, ignorando por completo mi pregunta.

—Y yo *Aidan Howland Adams*.

CAPÍTULO 9

"Recuerdo haber leído las páginas de ese libro, jamás creí que la luz y la oscuridad hubiesen tenido cuerpo y nombre, no de manera literal. Sin embargo, a veces la vida te tiene que dar un buen golpe con guante limpio para empezar a preguntarte: ¿qué tan fuerte puede llegar a ser la literatura que te plasma la realidad? Obtuve respuesta, hasta que la conocí a ella"



Mis manos tocan la pasta del libro, su cubierta es de tela azul, suave y aterciopelada, el título se encuentra estampado con letras de color dorado. Observo la costura del maquetado, las hojas son de un color pálido y la contraportada tiene dos grietas pequeñas.

Lo abro y choco con la primera página, en donde se repite el título, en la parte de la dedicación, la estrofa se encuentra abajo en el lado derecho de la hoja. Leo.

"Para mi luz, me hiciste saber que hasta la oscuridad es necesaria para alguien más."

Jugueteo con mi labio inferior, cruzándome al prólogo. Me fijo en el diseño del manuscrito, es dedicada y ordenada, son pequeñas estrellas adornando el margen, se han esforzado en darle una buena imagen, la tinta negra es láser, por lo que a la luz brilla un poco.

—Es hora de iniciar — murmuro para mí —. *Me inventé miles de situaciones intentando creer que esto estaba bien, me hice creer que no me costaba superar la depresión en la que me encontraba desde hace diez meses* — inicio la lectura —, *hubo muchas veces en las que...*

Me pierdo entre líneas y me siento mal por un instante, la narración es cruda y fuerte, sin contar las palabras obscenas que me hay. Al parecer, el personaje es hombre y se refiere a una mujer como la luz, mientras él es la oscuridad, se define a sí mismo como una persona insuficiente y la cual está cansado de seguir sintiéndose de esa forma.

El ruido de algo chocando contra la ventana me saca de mi entorno. Confundido, me quedo mirando el cristal, tres segundos en silencio y vuelve a repetirse el sonido, me pongo de pie para acercarme, echo un vistazo hacia abajo y me fijo de Aitor buscando algo en el suelo, vuelco mis ojos quitando el seguro y abrir.

Mala idea.

Lo primero que recibo no es un saludo de su parte, al contrario, es un maldito golpe contra mi ojo derecho.

—¡Santo coñazo! — grita exasperado.

—Mierda — mascullo, apretándome la zona afectada.

—¡Perdón! ¡No me di cuenta!

—¿¡Por qué puta estás tirando piedras!?! — le grito, sintiendo como el dolor comienza a hacer presencia — ¿¡No puedes tocar la jodida puerta como lo haría una persona normal!?!

—¡Bella Adams y su sermón! — me devuelve — ¡Y no me culpes! ¡Estoy marcando a tu celular desde hace media hora y no me contestas! ¡¿Para qué tienes uno si no atenderás ninguna de las llamadas?!

—¡Bajaré y voy a romperte la cara de imbécil que te cargas! — amenaza.

—¡Te espero! — se burla.

Apenas me giro para salir de mi habitación, mi madre entra con su ceño fruncido junto a Molly, yo me detengo en seco y me quejo en voz alta.

—¿Qué son esos gritos? — me cuestiona.

—Aitor.

Prefiere acortar mi respuesta y alejo la mano de mi cara, mi vista está nublada, siento un líquido recorrer mi mejilla, pienso que se trata de lágrimas, pero rápidamente me doy cuenta que no es así, escucho a mamá soltar un pequeño gemido y sé la razón. La palma de mi mano tiene pequeñas gotas de sangre.

—¿Qué te pasó? — dice preocupada — ¡Aidan!

—Fue un accidente — excuso —, la piedra dio un mal golpe.

—¿¡Cómo que una piedra!?! ¡Te está sangrando el bendito ojo, Adams!

Mamá se acerca la ventana y aprieto mis labios para evitar soltar otro quejido.

—¡Señora Bella! —grita Aitor con alegría.

—¿¡Por qué juegan así!?! ¡Son unos pesados los dos! — la mujer farfulla — ¡Se desangró el ojo este baboso!

—¿¡Qué!?!

Abro mi boca indignado por el adjetivo que ha usado para referirse a mí, ella regresa y me observa, su gesto es de inquietud, sus dedos rozan mi mejilla y se mancha del espeso líquido, niega varias veces y da dos pasos hacia atrás.

—Vamos al doctor.

—Descuida, estoy bien — le digo, rechazándola —. Solo tengo nublada la vista, iré a enjuagarme y en una hora todo va estar igual que antes.

—No te pregunté, ordené que vamos a ir y me harás caso, ¿bien?

Quiero rodar los ojos, aunque ni siquiera eso puedo hacer, pues el dolor me lo impide.

Salgo de mi habitación con ella siguiéndome detrás, en las escaleras, diviso dificultosamente a André con Aitor a un lado de la entrada, ambos se dan cuenta de mi presencia y voltean a verme. Tengo ganas de golpear a Aitor, sin embargo, sé que no lo haré por la mujer que viene pisándome los talones.

André acorta nuestra distancia y su entrecejo se frunce al cerciorarse de lo que me ha ocurrido.

—Eso se ve mal — declara.

—Oh, ¿en serio? — desbordo sarcasmo —. Es culpa de tu hijo.

—¿Hijo? Dios me libre — se burla, apretando mi hombro.

—Por supuesto, tanta perfección como yo no podría ser su primogénito, yo soy un once de diez y él un ocho de diez — mi amigo ataca.

—Te dejaré soñar porque eres un crío y a esa edad todavía es válido creer que los *Reyes Magos* existen — contraataca André.

Aitor ya no tiene más argumentos que decir, por lo que termina sacándole el dedo corazón.

—Está muy bonita y divertida su discusión —interviene la mujer, pasándose al frente y coger su bolsa del sofá —, pero llevaré a Aidan con el doctor, no es normal que tenga la esclera llena de sangre y prefiero hacer mi drama a que pierda la vista.

—¿Puedo ir? — Aitor pregunta —. He venido a matar el tiempo, no quiero quedarme solo — explica —. Igual estaré cerca de mi mejor amigo y darle mi hombro por si necesita llorar dependiendo de los resultados.

—Ahora resulta... —siseo.

—Se puso sentimental la cosa esta — André se une, enterneciendo su voz.

—Lo aprendí de ti, papá — el otro, le sigue el juego.

—No me digas papá — masculla el mayor.

—No te preocupes, yo entiendo que los cigarros hayan sido más importantes, pero mi amor siempre lo tendrás, jamás voy a juzgar tus errores.

—Estás hinchándome las pelotas, ¿entiendes? Las pelotas.

—No me culpes a mí de lo que te está haciendo el cáncer de próstata.

—Mira, mocososo...

—¡Ya! — mamá grita, deteniendo la discusión entre su mejor amigo y el mío —. No tengo más hijos, pero ustedes harán que mi hígado se ponga verde cada que hacen una de sus escenas, escuchen bien, iremos a la clínica y en el camino no quiero que nadie pronuncie ni una palabra. André, tú vas a conducir y yo iré de copiloto, mientras ustedes dos — apunta a Aitor y a mí —, estarán atrás cuidando de Molly.

Todos nos quedamos en silencio y acatamos su orden, cojo de la mano a mi hermana y subimos a la camioneta. Adentro, la mujer me pasa una servilleta para que cubra fácilmente mi ojo.

Bella Adams es así. Demasiado atenta y precavida, cuando tú quieres adelantarle cinco pasos, ella ya está a diez delante de ti, es muy sobreprotectora y procura que nada salga mal, se preocupa hasta por las cosas pormenores, y no solo es así con su familia, lo es con casi todos los seres humanos que conoce.

Lástima que no lo heredé.

Me lo vive reclamando desde que tengo uso de memoria, se queja de lo poco empático que soy y me aconseja que eso puede ser una desventaja en mi vida laboral, yo le digo que no necesito esa virtud porque tengo autosuficiencia y sé que puedo lograr todo lo que me proponga por mi propia cuenta.

Aunque negarme a ella nunca podría. Toda la vida ha visto en mi bien, siendo honesta y perseverante. Es por ese mismo motivo que estoy sentando a lado de ella en la sala de espera a que me nombren como niño de ocho años.

Me pongo de pie y siento esa mirada castaña.

—¿A dónde vas?

—Tranquila, solo iré a la máquina expendedora por una soda — me río.

Palpo los bolsillos de mi pantalón en busca de algunas monedas y con el único ojo que veo, leo el precio, deposito el dinero y al instante recibo mi botella en el orificio que tiene debajo a un costado.

Le doy un sorbo y observo en el mismo pasillo a André, mi ceño se frunce fijándome que está acompañado de una fémina, su cabello es largo y negro, vestimenta elegante y en su rostro hay tristeza, la pizca de confusión me invade cuando reconozco al pequeño que tiene sujetado de la mano.

El niño.

¿Los conoce? ¿Ellos son de la ciudad? Aquella vez, el señor tenía un acento europeo, así que dudo de su residencia. Mis piernas avanzan lentamente y me tambaleo por lo mareado que me encuentro.

—¡Aidan Daniel!

El eco de mi nombre me hace voltear de regreso.

—Cariño, entra — mi madre habla.

Echo un bufido y camino hacia el consultorio, preparándome para una revisión exhaustiva, el doctor llamándome la atención y mis ganas de querer salir corriendo en aumento.

Minutos más tarde, como si fuese algún tipo de profeta que lee su futuro, pasa lo que antes he dicho, al otro lado del escritorio, aquel hombre está escribiendo una receta después de haberme hecho miles de pruebas con esa maldita luz jodiendo aún más el ojo.

—¿De verdad llevaré este parche? — demando, acompañado de ironía.

—Sí, por una semana como máximo — me repite —. Está sensible a la luz solar, evitemos que se irrite, duchas con agua tibia, nada de jabón ni toallas alcoholadas, solo el ungüento que te he mandado, el ibuprofeno es para el dolor y la inflamación — explica —, te lo dañaste, esperemos que en una semana tu vista ya esté mejor, da gracias que no hubo desprendimiento. En las noches te pondrás dos gotas y lo dejarás sin parche, si tienes ventana por donde entren los rayos de sol, procura poner bien las cortinas.

—¿No puedo ponerme lentes de sol mejor? — suplico.

—No — reniega —, pero puedes llevar el parche y las gafas encima. Tal vez así se note menos.

—Genial — susurro a cascarrabias.

—Eso sería todo, tienes cita en siete días — sonrío —Entonces, nos vemos luego.

—Vale, gracias.

Corto y me levanto de la silla, escucho a mamá agradecerle y desearle un buen día. Afuera, recibo la mirada de mi mejor amigo, quien no duda ni un segundo en querer reírse, sin embargo, ha notado que me lleva los mil demonios en mi gesto. Lo único que hace es tragarse al bufón que quiere salir y abrir sus ojos mientras finge sorpresa.

André se aproxima a nosotros. Lleva a Molly en los brazos.

—¿Está todo bien?

—De puta madre — finjo felicidad.

—Esa boca — reprenden detrás mío —. Sí, no ha sido tan severo, no obstante, debe cuidarse por una semana debido que sí le afectó el golpe, la sangre que tenía en el pómulo fue porque se le abrió una herida en la esquina, se trató de piel, no directamente del ojo.

—Qué bueno — eleva la comisura de sus labios. Nos mira serio al chico y a mí —. Deberían dejar sus juegos bruscos, la próxima herida puede llegar a ser grave, ya tienen dieciocho años para pensarlo mejor. Pones inquieta a tu madre, Aidan.

—No creí pegarle — Aitor confiesa.

—Ahora serás un pirata — Molly me dice, interviniendo.

—Por desgracia — le sonrío —. Como todo pirata iré en busca de mi tesoro, o sea, a casa para terminar mi tarea y sacar un diez.

—Suenas a nerd, de hecho, hueles a uno — André ríe.

—¿Disculpa? — dudo —. El cuadro de honor no lo tengo porque le dé fajos de billetes a los profesores ni mucho menos porque me meta con ellos. Mi futura universidad tiene un promedio para entrar y no pienso cambiar de opción.

—¡Ya inició los planes de su futuro y yo no tengo idea de cómo me llamo!

Mi amigo exclama y se aleja de nosotros para ir hacia la máquina expendedora.

El mayor mantiene su mirada sobre la mía y su sonrisa se agranda, hay nostalgia y niega por un instante, sé lo que está pensando. Él era también el mejor amigo de papá, y yo lo considero como un tío para mí, quise llamarlo como tal, pero nunca le gustó el hecho de tener esa etiqueta porque se sentiría muy viejo para su edad.

—Sin duda alguna, tu padre estaría muy orgulloso por la persona sensata que eres — admite —. Hazlo sentir así en donde quiera que esté.



—Es el catorce, ¿cierto? — titubeo al no querer equivocarme.

—Sí — asiente ella, dibujando una sonrisa para mí —, será en el teatro de la ciudad a las siete de la noche, me encantaría que fueras, solo confirma si podrás para que te consiga un lugar adelante, no quiero que esfuerces tu vista.

—Jesús, que considerada eres — vacilo, llevándome una mano al pecho mientras finjo sentimentalismo —. Gracias por preocuparte por este hombre moribundo que casi pierde la visión.

—Muy gracioso — ironiza, ladea su cabeza hacia la derecha y lleva a un lado los pequeños rizos que cubren mi frente —. ¿Qué necesidad tienen de golpear tu preciosa cara?

Río.

—Tu hermano posee ese afán — me encojo de hombros y Becca niega —. Lo bueno de ello, es que acaba de desaparecer el golpe de la mejilla, pero la cicatriz de la ceja ya es una característica más de mi persona, el parche lo será por unos días.

—El parche te va genial — confiesa —. Venga, ¿qué es mejor que tener la pinta de un chico malo que sale en el cuadro de honor y destaca en francés?

—Soy ardiente, lo sé — bromeo y la chica carcajea.

—¿A dónde irás hoy? — me interroga, comenzando a caminar lejos del campus.

Muerdo mis labios pensando en mi respuesta.

—Voy a casa de mis abuelos, hace unos días que no los visito y no tengo ningún tipo de comunicación con ellos.

—Los Howland — sonrío.

—De Village — agrego en forma de burla.

—Puedo llevarte si gustas — se ofrece —, pasaré a casa de mi mejor amiga para ponernos de acuerdo acerca de la presentación, nos quedan pocos días y necesitamos que todo salga bien, luego los promotores no financian bien los eventos.

Asiento sin tener algo más por decir, Becca y yo nos dirigimos al estacionamiento en busca de su automóvil blanco.

En el camino, vamos hablando sobre el instituto, de los profesores y sobre cómo vamos en las materias. Siempre he dicho que Rebecca Dankworth es una alumna ejemplo, aunque en este momento puedo reafirmarlo, la manera de explicarme ciertos temas me deja mudo y lo único que puedo hacer es prestarle atención.

Usa la lógica y le gusta la física, le he dicho sobre astronomía y me ha respondido acerca de los cosmos, su teoría del mundo, lo que es factible y lo que para ella le parece una completa burla, también puntualiza sobre la música clásica, pidiéndome que escuche piezas de jazz.

¿Puedo comerla a besos?

—Somos cosmos — incita, enarcando una ceja —, queda bien para título. Si piensas juntar la astronomía con la literatura, tienes que hacer magia, las personas formamos parte del orden y la armonía universal.

—Lo tomaré en cuenta — digo, deshaciéndome del cinturón de seguridad una vez que nos detenemos frente a la casa de mis abuelos.

Me fijo de la camioneta azul metálico que está aparcada en el garaje a un lado del jardín.

—O constelaciones, ¿conoces esa teoría de que las ciudades mayas están alineadas igual a ellas? — me pregunta, pero ya no le estoy prestando tanta atención —. ¿Te has preguntado si las constelaciones se separan o simplemente cambian?

Y escucho a lo lejos *su voz*.

Regreso a ella y le doy un beso rápido en su mejilla, bajo del auto, pero regreso apoyándome en la ventana para mirarla desde afuera.

—Los mayas tenían como calendario al sol, un símbolo muy sagrado para ellos, el sol es una estrella y las constelaciones son uniones de estas mismas, no me sorprendería que siguieran el mismo patrón en esas cinco ciudades — le respondo —. Y sí, las constelaciones cambian, pues como sabemos gracias a Edmond Halley; las estrellas se mueven, sin embargo, nosotros no nos damos cuenta porque demoran mucho tiempo para desplazarse a una distancia que para el ojo humano es casi inobservable.

—Tu cerebro me enamora — reconoce.

—Y a mí el tuyo, nos vemos luego — me despido, girando sobre mis talones y así trotar a la entrada.

La puerta está abierta, oigo el ruido de las carcajadas en conjunto y, cuando entro, mi campo de visión se centra en toda la familia reunida. Ellos sienten mi presencia y sus ojos se dirigen hacia mí.

—¡Tío Pol! — grito emocionado como un niño pequeño, dejando mi mochila en el sillón.

—¡Aidan! — grita y al verme bien el rostro, agrega: — ¿Qué demonios te pasó en el ojo?

A pesar de ello, me envuelve en un abrazo y me regala varias palmadas en la espalda. Los sentimientos me invaden y siento el nudo en mi garganta, hacía meses que no lo veía. Vive en Nueva Zelanda con su familia, su trabajo no le permite viajar mucho, casi no tengo comunicación con él, pues los mensajes de texto los responde cada tres días.

—¿Y qué hay para la persona más preciosa de esta sala?

A mis espaldas, inquietan en un tono quejoso.

—Tú sobras aquí — mi tío Pol meneaba su mano echándola de menos.

Me alejo del hombre para ir con mi tía Jane, ella me muestra la hilera de dientes en una sonrisa de oreja a oreja y me atrae a su cuerpo.

—El pequeño ser de cinco centímetros ahora es un poste de luz — finge secarse algunas lágrimas — . Y también se convirtió en el pirata Parche de Bob Esponja.

—¡Tía!

—¡No me digas tía! — regaña —. Jane, soy Jane.

—Madura, Jane — su primo ataca —. Ya se te ven las canas.

—Las estrellas como yo jamás envejecemos.

Niego y pasó desapercibido para saludar a mi tía Amanda, la mujer me da un beso en la mejilla y escanea con detenimiento mi rostro, observo como su entrecejo se arruga. Ella fue para médico hace un tiempo atrás.

—¿Qué fue lo que te ocurrió?

—Una piedra — me río —, eso pasa cuando tengo un amigo que le teme a los sermones de mamá.

—¿Bella Adams cuándo no da sermones? — la mujer pelinegra se hace notar —. Aún recuerdo cuando nos regañaba a André, a tu padre y a mí cada que fumábamos. Todo el tiempo estaba detrás de nosotros, era la madre del grupo, dile que pronto iré a visitarla, ya me hacía falta besar los suelos de mi bello Sídney.

—Solo fue medio año. Fuiste tú quien quiso ir con nosotros — mi tía Amanda le recuerda —. Doña Martha, le regreso a su sobrina que allá en Zelanda casi la arrestan junto a Erik.

Martha. Mi abuela se llama Martha Lilian.

—¿Qué? — la mira enojada.

—Una copa de vino no le hace mal a nadie — se excusa Jane —, ¿cierto, Erik?

Mi primo de trece años eleva su pulgar y nuestra abuela le da un manotazo.

—Aidan pronto cumplirá diecinueve y nunca ha llegado borracho a su casa, obedece mucho las reglas que tiene en casa — participa mi abuelo Jason, poniéndose a un lado de mí —. Al menos Bella no nos ha pasado ninguna queja.

—Claramente uno como madre no delatará a su hijo — la esposa de mi tío ríe.

—Oh, claro — suelto una risilla sin humor —, la mía me delata si es posible con la prensa.

—No se emborracha, pero si anda golpeándose en el campus — mi abuela puntualiza.

—Bien, ¿podemos hablar de otra cosa y dejarnos de quemar entre nosotros? — pido —. Luego no quiero saber que practicaron antes de que naciera o lo que el otro hacía mientras se encontraba en el vientre.

—Apoyo a Aidan — mi primo anima.

—Yo igual — dicen los demás.

—¿Por qué mejor no almorzamos? He preparado pasta — mi abuela ofrece y voltea a verme — Amanda trajo del pan que te gusta, cariño.

Asiento elevando la comisura de mis labios y comenzamos a poner la mesa, sacamos un mantel para ponérselo, contamos cuántas personas somos y buscamos vajillas en cantidad, todos ayudan y el olor de la comida abre mi apetito.

Terminamos rápido y hacen chistes sobre algunas cosas sin sentido que nos causan gracia, no puedo esperar mucho de esta familia cuando es disfuncional en ocasiones, aunque muy unida, a decir verdad.

Quiero decir un pequeño dato, sin embargo, Jane se adelanta.

—¿Se acuerdan cuando Zach jugaba con las bolitas de popó de los conejos?

¿Qué?

—¡Por Dios! ¡Es cierto! — tío Pol estalla en carcajadas.

—Solía contarlas, Zachary antes de ser todo un Don Juan, estuvo algo atolondrado — ella se sigue burlando —. Cada que le recordabas eso, se ponía rojo e intentaba asfixiarte.

—Había suprimido ese recuerdo. Era el mayor de todos, pero siempre dije que Zach no tenía sinapsis.

—En todo caso, no tenía neuronas, ellas crean la sinapsis — interrumpo, elevando mi dedo índice por lo alto.

—Diablos, te pareces a Luke con sus datos ñoños — la mujer pelinegra hace una mueca de asco.

—Sí, recuerdo que cuando iban a viajar de Brisbane para acá, Luke me robó algunas golosinas — tía Amanda cuenta —, y le dijo a Zach sobre el tiempo meteorológico, su discusión creció hasta sacar el tema de las categorías de las páginas porno.

—Sí — su esposo asiente —, ese día...

El comedor se queda en un silencio incómodo, no entiendo la razón, no logro captarla. Quizá sea por nombrarlos o lo es la situación que han contado, miro a cada uno y mis ojos caen sobre mi abuelo que está perdido y mirando el centro de la mesa.

—Bien, ahora hablemos de mí, ¿que pensaron cuando supieron que iba a nacer? — intento revivir el ambiente

—*Otro con cara de "odio a todos"* — tío Pol es el primero es responder.

—*Ojalá no tenga el dedo de lado* — Jane se une y todos comienzan a reírse.

Volvemos a tomarle el hilo al escenario, me apetece preguntar sobre los pensamientos de papá acerca de mí, pero no quiero volver lúgubre el momento. Decido mandarlo al fondo de mi cabeza y escuchar lo que siguen diciendo.

Habría sido perfecto tenerte aquí. A ti, a mi tío Zachary y a Ariela, la hija mayor de tío Pol. Espero de todo corazón que gocen de paz, acá siempre vivirán eternamente con nosotros porque ustedes son nuestras constelaciones.

CAPÍTULO 10

—¿Y esto cómo funciona? — pregunto, leyendo el empaque de las tiras reactivas.

—Solo tengo que pincharme el dedo y poner una gota de sangre sobre el cuadro de la tira, en menos de cinco segundos te da el resultado, no es algo que necesite mucha ciencia — Sue me explica, enseñándome ambas cosas —. El glucómetro es muy práctico, simplemente tienes que limpiar con alcohol la zona que vas a picar y listo.

—¿Cada cuánto lo haces?

—¿Para qué quieres saber? — ella demanda, enarcando una ceja.

Le regalo una sonrisa inocente y me encojo de hombros.

—Curiosidad — me limito a responder —. En lo que llevo de vida, jamás he visto a una persona usar este tipo de cosas y se me hace imposible querer averiguar — me encojo de hombros y la miro —, ¿acaso te molesta que te pregunte sobre esto?

Sue comienza a guardar las cosas en el estuche mientras yo solo la observo cada uno de sus movimientos, el cierre de este hace un ruido poco amigable y finaliza metiéndolo en su bolsa de tela. Ella dirige su vista a la mía.

—No — niega —, solo que no muchos me cuestionan acerca de ello, es raro tener que contar cierta parte de mi vida a alguien, ¿entiendes?

Asiento.

—Normal.

La chica me sonrío a medias y después le da paso a su ceño fruncido, formo un mohín con mis labios ante su gesto y es inevitable que ambos no soltemos una risa a causa del otro.

—No puedo evitar reírme de lo fatal que te ves con ese parche, hubiese quedado perfecto para octubre, mínimo tendrías una excusa, igual un paso a tu disfraz de pirata. Tienen algo contra tu rostro, ¿cierto?

—A veces elegimos amistades que nacen para jodernos casi todo el tiempo y otras a enemigos que ven como saco de box tu cara — me burlo —. Quizá en próximo cumpleaños quieras regalarme un casco de fútbol americano, no me vendría mal usar uno como parte de mi persona.

—Lo pensaré — entrecierra sus ojos y duda —. ¿Cuándo es?

—El próximo mes — le respondo.

—¿Junio? — se extraña y asiento, Sue abre sus ojos con sorpresa y toca su pecho —. ¡El mío también lo es!

—¡Habría estado genial si te hubiese preguntado! — ataco divertido, invirtiendo un poco las frases violentas que ella echa hacia mí.

—Buen intento — ríe —. Aquí nadie me roba el papel de majadera. Mejor ve haciendo fila para tu audición de *Jack Sparrow*, ese te quedaría mejor — palmea mi hombro y se aleja de donde nos encontrábamos —. Si eres del veinte en adelante, podría pensar lo del regalo.

—*Tsss*, qué mala suerte tengo, soy justamente del primero de junio, quizás puedas hacer una excepción, soy tu nuevo amigo — cojo una pequeña estatua de cerámica y la examino.

—Claro — ironiza —, por cierto, ¿no iba a venir tu amigo? El tatuado que parece vagabundo salido de un anexo.

Su descripción me causa una fuerte carcajada y niego varias veces.

—Aitor, su nombre es Aitor — la corrijo.

—No me interesa — declara y voltea a verme —. ¿Les han dicho que parecen polos opuestos?

—Algo así, es un gran chico, en serio.

—Por supuesto, es el típico hombre con aires superficiales que intenta coquetear junto a una sonrisa de lado mientras suelta una frase sacada de algún libro de piropos que ha comprado en el mercado a un dólar, en la actualidad eso se llama acoso. Dile que pare.

No intento defenderlo, es verdad todo lo que ha dicho Sue. Sería en vano que dijera algo tratando de quitarle crédito a lo que ella ha declarado, Blakely es así y conozco a la perfección cómo y quién es él. Joder, es mi mejor amigo.

La campana de la entrada avisa que alguien ha entrado a la tienda, por un segundo pienso que es Aitor, pero mi pensamiento se va por la borda cuando atisbo al niño de hace unos días, una niña y al señor, su padre, con un pequeño sobre sus brazos. Ellos se adentran y busco si los acompaña aquella mujer pelinegra, sin embargo, no está presente.

Me quedo escondido detrás de un librero, ignorando a Sue que está a mi lado, el pequeño que se encuentra de pie, revisa alguno de los objetos que yacen sobre una mesa junto a —la que parece ser— su hermana. El señor solo les dedica algunas palabras, aconsejándoles que escojan bien lo suyo y el regalo de su abuela para después hacerle ojitos al menor de ellos quien juega con su nariz.

Sonrío.

—Bonita familia, ¿no? — la voz de Sue murmura en mi oído. Ella deja caer su cabeza sobre mi brazo —. Están de visita desde hace medio mes, tienen a un familiar internado en el hospital que está cruzando el parque. He conversado con la madre de los pequeños un día que se quedó esperando a su esposo, es muy amable, y ni hablar del señor Beckinsale, es un tarro de azúcar, debería ser catalogado como otro tipo de diabetes.

Volteo a verla y niego divertido.

—Eres demasiado payasa — sentencio.

—Lo sé — me hace unos bizcos y saca su lengua —. La verdad es que no sabía cómo asemejar su trato, no se me ocurrió algo mejor — ríe —. Al que tiene en brazos se llama Ruel, es una lindura de bebé, si te acercas podrás apreciar sus hermosos ojos verdes, estoy enamorada de ellos.

—El menor, ¿cierto?

—Afirmo — canturrea —. ¿Quieres conocerlos?

—No, olvídalo, quizá para la próxima — nervioso, me echo para atrás —. Aparte, ya conocí a uno de ellos de forma indirecta, el castaño que se encuentra de pie fue quien casi tira el jarrón, ¿lo recuerdas?

—Oh, cierto — frunce sus labios y me mira —. Si seguimos susurrando desde esta esquina mientras los espiamos, el padre imaginará que estamos tramando algún tipo de secuestro y pedirles dinero posteriormente, más con esa facha que te cargas — crea una mueca de desagrado y continúa: — Mejor me alejo de ti, das mala imagen.

—Una sola cosa, *vete a la mierda*.

Me separo de mala gana y me encamino al mostrador, a mis espaldas, escucho que suelta una carcajada y yo me limito a rodar los ojos.

Sue sabe cómo molestar, me sorprende que en tan poco tiempo y en un simple juego de palabras, ha podido descubrir ciertos puntos débiles que hay en mí, conoce la manera de atacar a mi persona y sacarme de mis casillas sin necesidad de ser tan explosiva. No la culpo, yo tengo un serio problema con la tolerancia y estar picando —como la hace ella—, lo convierte en una perfecta combinación.

El abuelo de la chica no se encuentra, ha salido a almorzar y descansar un rato, o eso es lo que ella me dijo. Por sí misma, está atendiendo a la poca gente que llega, las cuales han sido solamente nueve, sí, contando a los recién llegados. No es una sorpresa que casi nadie visita o compra cosas en una tienda de antigüedades.

Vuelvo a pasearme entre los estantes y llego a la sección de lectura clásica, leo los títulos de algunos y vuelvo a escuchar la campanilla de la puerta, ladeo un poco mi cabeza para cerciorarme de que ya se han marchado, pero no es así. A la incompleta familia, se le une el individuo principal. La madre.

—Mamá, ¿ya iremos a comer? — la niña le pregunta, cogiéndola de la mano —. Ya hemos escogido lo que llevaremos.

—Sí, cariño — le sonrío —. Luca, ¿qué haces?

El hombre aparece en frente de ella, ahora, carga a ambos niños con una cara de sufrimiento, la mujer niega varias veces e intenta sujetar al más grande.

—Tranquila, puedo con los dos — él indica —. ¿Me harías un favor? ¿Podrías pagar? No hay forma de querer sacar mi cartera — pide, su mujer accede. Voltea a su hija y prosigue: — Ve con mami y lleva las cosas de tus hermanos, ¿quieres, amor?

—Sí, papá — la chiquilla asiente y traza el trayecto hacia el mostrador junto a su madre.

Al parecer, es la mayor de los tres. No sé sus edades, pero puedo intuirlo por su estatura y el cargo que le dan, e igual porque ella no es la que quiere estar en los brazos de su progenitor. Claro, eso no aclara nada, aunque supongamos que así es.

Regreso mi campo de visión hacia el estante con libros y decido perderme un rato en el mapa del local, sin embargo, lo pienso unas cuantas veces y termino concluyendo que en realidad sí me gustaría saber quién es la fémina. Es ir directamente a tratar de hacerlo o preguntarle a André.

—Espero que todo salga bien — Sue desea.

Doy la vuelta de nuevo y detrás del cristal veo a Aitor haciéndome señas, mi ceño se frunce al darme cuenta de lo que lleva en la mano.

Salgo de la tienda y me acerco a mi amigo, él dibuja en su rostro una sonrisa de oreja a oreja mientras que en el mío solo hay un gran signo de interrogación esperando por una explicación de su parte, y al ver que no tiene la iniciativa de hacerlo, decido lanzar la pregunta.

—¿Eso qué es?

—No me vas a creer, pero le he jodido el carro a Borrís — jadea y toma una bocana de aire —. Me pareció divertido molestar un rato, él empezó hoy en la mañana jodiendo en clase de física, no podía quedarme con los brazos cruzados.

Toco mis sienes, sin entender por completo.

—Aitor, ¡le has quitado un rin! ¡Un puto rin! — grito sin poder creerlo —. Para empezar, ¿cómo demonios pudiste quitarle la llanta?

—Me salté dos clases y fui a casa de mi tío — se encoje hombros —, él tiene todo tipo de herramientas, quiero aclarar que tuve ayuda por parte de otros dos chicos. Oh, y era solo el rin, le dejé el neumático intacto, si alguien más se lo quiso llevar, es ya no es problema de Blakely.

Me río sin gracia. No puede ser.

—Joder, cabrón, estás demente — niego —. ¡Estás mil putas demente!

—¡Lo sé! — sonrío lleno de orgullo.

—¡Imbéciles! — gritan desde lejos.

Ambos volteamos hacia la dirección de donde proviene la voz y maldigo en todos los idiomas que sé. *Borrís se encuentra al otro extremo de la calle junto a otros tres chicos.*

Fantástico, ha de pensar que soy parte de la obra maestra que Aitor hizo.

—¡Si que corre rápido! — se divierte —. Es hora de huir, Aidan.

—¿Por qué me metes siempre en tus líos llenos de mierda? — cabreado, le repongo.

Sin esperar su respuesta, abro la puerta del local bruscamente para adentrarme, algunas miradas se dirigen a mí y de esa manera capto la atención de la mayor. Aunque no estoy en la mejor posición de disculparme o detallar su gesto. Solo entro a coger mi mochila mientras grito al aire:

—¡Nos vemos luego!

—¡Aidan, espe... — Sue intenta hablar, pero los gritos de mi amigo la interrumpen.

—¡Hola, hippie! ¡Adiós, hippie! — Aitor se burla — ¡Howland, ¿quieres moverte?!

—¡Es un niño pirata!

Es lo último que escucho al salir. Ha sido el niño.

Nuestras piernas se mueven rápidamente por toda la banqueta, vamos esquivando a las personas y a pesar de que algunos sueltan varios insultos, no nos detenemos para nada. Forzando mi resistencia, volteo, cerciorándome de que continúan siguiéndonos y tomar una gran bocana de aire.

Doblamos, metiéndonos en una callejuela angosta que tiene un pésimo olor, hay basura y agua negra en todos lados, no tengo idea hacia donde nos dirigimos ni el por qué aún estoy siguiendo a Aitor.

Bueno, sí sé. No pienso dejarlo solo.

Una malla nos obligaba detenernos y miro alertado a mi amigo. Él relame sus labios y avienta el rin al otro lado.

—Tus manos — pronuncia —. ¡Vamos!

No intento protestar, le hago un puente de apoyo con mis manos, entrelazando mis dedos y lo empujo hacia arriba, Aitor toma vuelo y cruza fácilmente la barda. Yo, al ser el más alto por varios centímetros, la paso.

Una vez del otro lado, visualizo a Borris junto a los otros chicos.

—¡Toma, puto! — mofa el chico a mi lado y le saca el dedo de en medio, cogiendo el rin.

—Están muertos — amenaza Jaén.

Al ver que comienzan a escalar la malla, volvemos a correr.

Nos topamos con la calle de cuatro carriles y me fijo de que el semáforo está en rojo, los demás vienen pisándonos los talones, unos automóviles hacen sonar su claxon. Voy a morir si no nos detenemos ahora mismo

Llegamos a la zona baldía de la ciudad que está detrás del nuevo casino que se encuentra en construcción, mis pies duelen al igual que mi pecho por inhalar y exhalar una y otra vez.

Y me dejo caer.

No puedo más.

—Que... no sea en la-la cara — suplico.

—Da-dale las gracias a... tu maldito amigo — Borrís escupe entrecortado.

—¡Tú iniciaste! — Aitor le grita, poniéndose a mi lado.

—¡Oh por Dios! ¡Decirte marica no equivale a quitarme mi jodido rin!

¿Qué? ¿Era en serio?

Mi sistema se encuentra enervado y colorado. El choque de mi ápex contra la pared torácica vibra, mi mente se nubla y el tintineo de cada latido retumba en mi cabeza. La sensación de aturdimiento inicia subiendo de nivel y quema.

—¿Me tomas el pelo? — me dirijo a Blakely —. ¿Solo por eso?

—Igual necesitabas ya una calentada desde hace mucho — se excusa él.

—Como sea, me la pagarás — Borrís Jaén lo tienta.

—No — intervengo, haciéndole una seña de tiempo.

Todos se quedan esperando a que siga hablando, pero la verdad es que estoy tratando de recuperar mi respiración. Me irgo, poniendo ambas manos sobre mi cintura. En una sonrisa cínica, la acompaño con una relamida de labios tomándome mi plazo.

No sé qué haré a continuación, sin embargo, el ser en mi interior que se alimenta de enojo, sale.

Giro hacia Aitor y le suelto un golpe en el rostro. Puño cerrado, en seco y violento.

—Es a mí a quien se las debe — vacilo, comenzando a caminar lejos del grupo de chicos.

CAPÍTULO 11

Las manecillas del reloj en mi muñeca se mueven lentamente, escucho a la profesora citar en francés mientras todos repiten. Me siento cansado y adormilado. Por otro lado, ya puedo ver bien, pues hace dos días, me han retirado el parche. Mejoré más rápido de lo que el doctor estimó.

—La tâche est en attente — sentencia —. Ils peuvent se retirer.

He entendido lo que dice, aunque me mantengo en mi lugar con los ojos cerrados. A mi alrededor, soy consciente de todo el ruido que hacen mis compañeros de clases para salir del aula. Carraspeo y el sonido de mi celular, haciéndome saber que un nuevo mensaje ha llegado, ocasiona que regrese la faz de la tierra.

Aitor.

"¿Ya salieron? Estoy en biblioteca durmiendo."

Después de dos días sin hablarme por haberlo golpeado, me ha dirigido la palabra para pedirme la copia de varias tareas, llegando a mi casa con una cara de pocos amigos y un golpe aún visible en el pómulo izquierdo. No podía quejarse. Se lo merecía. Fin.

Ruedo los ojos y guardo mi libreta junto al lapicero mientras me pongo de pie y salgo del salón, percibo la mirada de alguien sobre mi espalda. Quizá sea la señora Birtch que contornea mis movimientos, pues ha notado la ausencia de mi mejor amigo.

Me dirijo hacia la parte anterior del instituto para ir en busca del chico, tenemos una hora libre y quiero organizarme un poco con todos los proyectos que nos han empezado a dejar, nunca me ha gustado hacer todo a lo último, suelo desesperarme y arruinar las cosas. Lo último que quiero es sufrir un ataque de estrés debido a la presión que yo mismo provoqué.

—¡Aidan!

Gritan detrás mío y luego unos brazos sujetan mi torso, obligándome a detener mis pasos, toco con la punta de mi lengua el interior de mi mejilla y echo mi cabeza hacia un lado, observando el rostro de Becca asomarse cerca de mi hombro. Enarco una ceja.

—¿Bien? — entro en duda ante su acción desprevenida.

—¿Salimos al término del día?

Dios, sonaba tan educada y eso de alguna forma me ponía. Muy aparte de que su gesto juguetón no ayudaba en lo absoluto.

—Odio tanto tener que rechazarte, pero hoy saldré con mis abuelos y mis tíos, ellos viven en Nueva Zelanda y han venido de visita durante unas semanas — hago mueca de disgusto. Ella se aleja y envuelve mi mano, llenándose de confianza que yo aún no tengo del todo —. ¿Podría ser mañana?

Se queda pensando durante unos segundos y ladea su cabeza, creando una imagen tierna que no podré sacar durante un tiempo de mi mente.

—¿Tienes clases? — me pregunta, dibujando una sonrisa quisquillosa que me atrapa.

—No, iré a biblioteca con Aitor, ¿por qué?

Becca muerde su labio, regalándome una mirada maliciosa. Se queda en silencio y, sin responderme, sujeta mi brazo, haciendo que yo me deje llevar por ella. No pongo resistencia. Dejo que nuestro camino fluya y me olvido por ese instante del chico que posiblemente me esté esperando.

Subimos las escaleras que nos lleva al tercer piso y me doy cuenta que la chica se percata de que no se hallen personas al otro extremo del último pasillo. Sus pasos aumentan y antes de que pregunte la razón del por qué hemos venido hasta aquí, abre la puerta del pequeño salón de alemán para los alumnos avanzados.

Le pone seguro y gira hacia mí, no puedo evitar fruncir mi ceño ante la confusión que siento.

—Rebe...

Intento hablar y me silencia de la mejor manera que existe. Besándome.

Sus manos rodean mi cuello y aprieta su cuerpo contra el mío, yo me quedo en un trance durante unos segundos por la acción tan desesperada que ha implementado hasta que mi subconsciente se revela y me obligo a apretar su cadera.

Su lengua recorre mi boca y yo aumento el tono de este, pasando un brazo alrededor de su cintura, Becca desliza su mano a mi pantalón y me regala una leve acaricia, ocasionando que suelte un suspiro sobre sus labios. Ella esboza una sonrisa, sintiéndose orgullosa de lo que ha logrado.

Se separa un poco y me mira directamente, comenzando a flexionar sus rodillas para llegar abajo, yo la detengo, dándome cuenta de lo que está a punto de hacer.

—¿Estás segura? — le cuestiono, con mi respiración entrecortada.

Jamás he hecho algo así en el plantel. Soy demasiado miedoso cuando se trata de mis estudios y lo que tenga que ver con el instituto, Aitor es el único que ha logrado burlar a mi pequeño nerd y así yo aventarme al precipicio.

—Yo sí, ¿tú no? — murmura —. Si no quieres, dilo.

Sus dedos juegan con el cintillo del pantalón y se desplazan por debajo de mi playera, haciendo un roce suave y lento con su yema sobre mi piel. Y pierdo.

—Joder, olvídalo. Baja.

Mi voz suena tambaleante, pero lo último ha salido con firmeza. Casi como orden.

No falta decir algo más. Rebecca se pone de rodillas y por un segundo me pregunto si esta mierda de escena que estoy viviendo es real, y si estoy soñando, espero de todo corazón que mi madre no me despierte justa ahora.

Regresa a mí y su labio es atrapado entre sus dientes, sujeto su mentón con mi mano e introduzco mi pulgar en su boca, el calor de esta me excita aún más y ella lo nota. Desabrocha mi pantalón al mismo tiempo que baja la cremallera y su palma toca por encima del bóxer.

Trago saliva con cierta dificultad y perdemos contacto visual cuando alzo mi vista soltando un suspiro, alejo mi mano de su rostro y tallo mi frente. Antes que pueda arrepentirme, saca mi miembro con su mano, empezando a deslizar la punta de su lengua sobre el glande.

La sensación es maravillosa, la miro desde arriba y es una imagen mental que voy a conservar toda la vida.

Después de crear un juego previo, en donde su mano me masturba y su saliva participa ayudándose ante la acción de moverse de un extremo a otro creando un vaivén, su boca me envuelve.

—Oh, puta madre — jadeo.

El calor de su interior me parece inexplicable, sin pensarlo, la cojo de su cabello, dándome el acceso de moldearla a mi gusto y eso causa que mi excitación rebase a lo que normalmente estoy acostumbrado, llenándome de placer al saber que puedo hacer lo que quiera justa ahí, sin embargo, a pesar de querer ejercer mucha fuerza para llevarla hasta el fondo, me controlo por tal de no lastimarla.

La cantidad de humedad que siento alrededor de mi miembro, se siente mil veces mejor que antes. Eso es de ley, entre más saliva haya, la sensación se multiplicará.

Sus ojos grises colisionan con los azules míos y el momento se graba. Ella de rodillas en frente de mí, con una mano sobre mi pierna y la otra alrededor de la parte posterior de mi pene que no llega a cubrir su boca, su cabeza a mi disposición, llevándola de atrás hacia adelante.

Succiona pausado y aprieta algunas veces, conoce a la perfección esta estrategia. Trata de ser constante y controlada. Maneja la situación a su manera y lo hace demasiado bien.

—Al fondo — pido.

Accionando al instante causa que suelte un jadeo de mi parte y dejo caer mi cabeza hacia atrás, los pequeños y discretos gemidos salen de mi garganta, disfrutando la ocasión.

Libero mi agarre de su cabello y vuelvo a hablar:

—Hazlo rápido.

Aleja su boca de ahí y continúa masturbándome, su mano se mueve con rapidez mientras la punta de mi pene choca contra su lengua. Muerdo mis labios y cierro mis ojos, estoy llegando a mi punto con cada movimiento que ella realiza.

Se lo hago saber cuándo sujeto de nuevo su coleta y aumenta su velocidad, oigo que dice algo, pero estoy tan metido en querer venirme que no logro comprender. La humedad facilita su trabajo y así llego a mi orgasmo, sensibilizándome por completo.

Bajo mi vista a la chica y me fijo en su rostro que ha sido el blanco de mi resultado, no del todo, pero si tiene su mejilla derecha y la esquina de su labio con resto de este.

—Tienes... — dejo la oración en el aire, haciéndole seña con mi dedo a su labio.

—¿Se ve mal? — ladea su cabeza, usando un tono de voz aniñado.

—Se ve caliente — confieso.

—Tú eres caliente.

—Lo sé — acepto y ella suelta una risa.

Se pone de pie y coge su bolso para sacar unas servilletas.

—¿Me regalas una?

Rebecca accede y continúo con lo mío. Limpio y acomodo mi ropa.

—Iré al baño — me avisa, la atisbo por encima de mi hombro y asiento —. Te veo afuera.

Prefiero no responder y paso el dorso de mi mano por mi frente, sintiendo las pequeñas gotas que traspiran. No puedo creer que los pocos rulos que se escapan estén mojados y adheridos a mi piel.

Salgo de lugar y me encamino al baño de hombres para lavar mis manos y echarme agua en la cara. Me observo en el espejo y me río por lo que acaba de ocurrir hace unos minutos atrás. De acuerdo, ya estaba hecho y no podía arrepentirme. Bueno, igual y no lo lamentaba ni un poco.

Veo la hora en mi celular. No tengo ningún mensaje o llamada de Aitor. Lo conozco de pies a cabeza que estoy seguro de que se ha dormido en la biblioteca.

Afuera, me encuentro con Becca, quien se palpa sus mejillas y me sonrío al verme. A su lado, puedo olfatear el olor a menta que desprende.

—¿Todo bien? — le interrogo.

Asiente.

—Todo bien.

De mal humor, lleno de sudor y jodidamente cansado, vuelvo a mover el estante hacia el lado derecho, intentando ponerlo de acuerdo a la fila en la que debería de estar. Tratando de que no tropiece con algo que se encuentre a su alrededor.

Golpeteo mi cabeza contra este y suelto un suspiro, pidiéndole al todopoderoso que acabe esto. No sé en qué momento ofrecí mi ayuda a Sue para acomodar la tienda y hacerla lucir mejor de lo que aparentaba. Sin embargo, no quería quejarme, me ha dicho que me pagaría con algunos bocetos o libros que yo guste escoger.

Pero eso no justifica lo tan horriblemente indecisa que es.

—Dime que aquí se queda — suplico, dirigiéndole la mirada.

Sue hace un mohín de mal gusto.

—¿Y si lo movemos hacia adelante?

Frunzo mi ceño, negando repetidas veces.

—Estás jodiendo demasiado, estás jodiéndome — farfullo —. Comienzo a creer que solo me has pedido cambiarlo porque te gusta verme frustrado, ¿crees que no te he visto sonreír mientras maldigo al aire?

—¿Hace cuánto te diste cuenta? — juguetea.

—Quiero aventarte un libro. Déjame golpearte con un libro.

—¡Oh, mi Dios! — exclama —. ¡Sería un gusto ser golpeado con un libro por un chico guapo!

Entrecierro sus ojos y atrapo un pedazo de su oración, volviéndola a repetir en voz alta para que ella pueda hacer algo ante su defensa.

—Has admitido que soy guapo — le sonrío.

—Lo he hecho — afirma, poniéndose de puntitas para mover un marco que cuelga en la parte lateral de estante.

—¿Piensas que soy guapo? — insisto, acercándome a su anatomía.

Sue eleva su vista, permitiéndome ver sus orbes castaños y las pecas que se esparcen sobre los pómulos, la chica se mantiene en silencio y se encoje de hombros, restándole importancia y quitándole crédito a su comentario.

—Lo eres, ¿eso ha ayudado a tu ego para mantenerse?

Muerdo mi labio y finjo pensar.

—Tal vez — tomo una bocana de aire y prosigo —. Gracias, Sue Forester.

Blanquea sus ojos y avanza hacia adelante, golpeando mi hombro y causando una carcajada de mi parte. Evito que continúe su camino y la sujeto del brazo, forzándola a que me mire de nuevo.

—¿Te gusta el cine? Claro, ¿a quién no le gusta el cine? Mañana. Tú y yo. A las ocho de la noche.

—¿Qué?

—Tú puedes escoger la película.

—Dios, no — arruga su nariz —. ¿Por qué querría salir contigo? Solo dije que eres guapo.

—Joder. Es simplemente una invitación, acepta. Hey, el cine será gratis, puedes pedir lo que quieras, palomitas, golosinas, gaseosa y morir de azúcar.

Sue abre su boca indignada.

—Eso fue un chiste cruel — reta —. Estás cancelado como amigo.

—No funcionará, ¿qué te parece aceptar por quinientos dólares en artículos de la tienda?

—Ahora compras mi compañía — refuta.

—Es ayuda, ¿entonces?

No me responde, se deshace de mi agarre y se aleja yendo atrás del mostrador, la sigo creando ruidos con mi boca y me posiciono a su lado. En realidad, no tengo nada mejor que hacer, he terminado mis deberes, realicé mis responsabilidades en casa, Aitor se ha perdido de mi radar y Becca tiene comida con sus padres.

Estar con la castaña tampoco es tan malo, al principio me solía lamentar. Hemos hecho las pases y ha cogido la tienda por las tardes cuando su abuelo suele sentirse mal o va a almorzar. Al observarla durante varios días, llegué a la conclusión de que no tenía una vida social tan activa, no es como si yo fuese un ejemplo digno, aunque si la he percibido tan sola.

—¿Me enseñarás a manejar la máquina registradora?

—¿Acaso me ves con cara de maestra?

—Mmmm, déjame te visualizo mejor — bromeo. Escucho la campanilla de la puerta sonar y Sue echa un vistazo al frente, yo continúo con mi escaneo —. Tienes bonita nariz.

Me mira.

—Estás incomodándome — declara.

—Genial, te voy a examinar hasta que te sientas en presión y aceptes venir conmigo.

—¿Se supone que así conquistas a alguien?

—¿Funciona?

—Eres un fracaso — niega.

Arrugo mi entrecejo, dispuesto a defenderme, pero su celular suena y contesta, yo me volteo en dirección a la pared y apoyo mis codos sobre el mostrador.

Observo cada uno de sus movimientos y la manera en que mueven los labios, reclamándole a la persona que se encuentre al otro lado de la línea. Me agrada presenciar esta escena y detallar cada acción que realiza, echo mi cabeza hacia un lado y me pregunto qué tanto podré conocer de ella. No obtengo ninguna respuesta.

—¿Por qué no terminas de acomodar los libros que quedaron encima de la mesa? — Sue murmura, tapando la bocina con su mano.

Asiento.

Llego hasta donde está la pequeña pila de libros con pasta dura e inicio con mi —no— trabajo. Los ordeno por sagas, trilogías, independientes y orden alfabético, hay muchos cuentos e historias clásicas. ¿Será que aún hay personas que las lean?

Giro para coger otros seis y choco con un cuerpo mucho más chico que el mío. Lo reconozco. Por favor, alguien póngale lente, GPS o direccional a este niño.

—Lo siento — el menor murmura.

Evito rodar los ojos.

—¿Estás perdido? ¿O buscas algo? — le intento ayudar.

—Mi papá me ha dado dinero para comprar un libro — menciona. Parece ser menor, pero la forma en que se explica es demasiado buena —. Practico mi lectura.

Ya veo.

¿Por qué lo mandarían a una tienda de antigüedades en lugar de llevarlo a una librería en donde venden historias para su edad? ¿Cuántos años ha de tener?

—Puedo ayudarte, ¿tu edad?

—Mmm, ocho años — me responde.

Niño aplicado.

Leo algunos títulos y cojo algunos, me siento sobre el suelo y él hace lo mismo. Sonrío.

—¿Has venido solo?

—No, mamá está aquí — inicia —. ¿Tienen de magia y dragones? Quiero uno en donde salgan muchos dragones con magia.

—Quizás te pueda gustar este, *Percy Jackson* — se lo alcanzo —. Es fantasía, hay magia y dioses que tienen poderes muy admirables, unos pueden mover el agua, fuego o controlar objetos, es una serie de libros antigua, pero es bonita. Quizá puedas mejorar tu lectura con ellos, solo tenemos el primero y el tercero. Al parecer, no está completa la saga.

—Me agrada, ¿hay más?

—Supongo.

Rebusco entre el montón y él niño vuelve hablar.

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo Luca.

—*Cool* nombre, soy Aidan.

—¿Tienes favoritos, Aidan? — inquiera, sujetando un libro. Me fijo en que sus pequeños ojos brillan —. ¡Se llama como mi papá!

No puedo evitar reírme de su actitud.

—*Harry Potter* — leo —. Fantástico, es una buena saga de libros, muy fluida y entretenida. Tiene años y se sigue manteniendo en una de las mejores historias de fantasía. Contiene mucha magia, ¿la leerías?

—Está volando en una escoba — detalla —. Quizá si lo lleve.

—Mira, si te llevas el primero, yo te regalo el segundo, así los puedes leer seguidos y tus padres tengan tiempo de conseguir los otros. Por aquí debe de andar el de *La Cámara Secreta*. ¿Qué te parece?

—Me parece genial — asiente varias veces.

—Listo, *Harry Potter* será.

Su alegría me la llega a transmitir y trato de buscar el otro, encontrándolo a un lado.

—¿Luca, cariño?

La voz de una mujer me obliga a ponerme de pie. Su madre.

—¡Mamá, el libro se llama igual que papá Harry! ¿Me lo puedo llevar?

—Por supuesto, mi amor.

Me pongo de pie y me sacudo la parte trasera del pantalón, conecto mi mirada con aquella mujer pelinegra y el azul de estos me atrapa.

—¡Él me ha regalado otro! ¿No te enojas?

Su gesto decae, frunciendo su ceño y me siento atrapado, como si hubiese hecho algo. El problema es que no sé qué cosa. ¿Se ha enojado porque le obsequié un libro a su hijo? Puede ser, soy un desconocido que se ha portado amable.

—No piense mal, solo trato de ayudar y también a que las cosas en este lugar se vendan, no me molesta pagar, a parte, es bueno fomentar la lectura en los niños — me apeno —. Disculpe.

Ella cierra sus labios y niega.

—Descuida. Está bien.

—Joder — murmuro —, qué vergüenza. Soy amigo de Sue, la nieta del dueño de este lugar — le explico, aun sintiendo todos los pelos de punta —. El segundo libro es totalmente gratis, corre por mi cuenta. No tengo más qué decir, yo estoy hablando de más.

—Tranquilo — se ríe.

—Está nervioso — su hijo le susurra.

—Ya, no pasa nada. Es un lindo gesto, ¿verdad, Luca?

—Sí, los voy a leer y cuando termine te voy a decir que me parecieron, ¿puedo, mamá?

—Adelante, mi vida — lo anima y la mujer me voltea a ver, dibujando una media sonrisa en su rostro —. *Hasley Beckinsale*.

Su mano se aproxima a mí y algo en mi mente se proyecta. Llevándome a recuerdos vagos de mi niñez, escuchando ese nombre en algún lado, con alguien, saliendo de la boca de un familiar cercano que no logro descifrar.

—Un gusto, *Aidan Howland*.

Cierro su mano en un saludo y ella la deja caer suavemente. Su mirada es intensa y guarda silencio por un instante.

—¿Los Howland de la cadena de cines? — cautelosa intenta saber.

Orgullosamente respondo:

—Sí, los cines *Village*. Soy nieto de los dueños.

—*Nieto* — repite y su voz es inestable.

—Sí, ¿por qué?

—Es curioso, el parecido no se pierde, ¿eres hijo de *Pol*?

El que sepa de mi tío me deja en duda y varias preguntas me atacan una tras otra. Ella conocía a mi familia, es por eso que André habló con ella aquel día en el hospital. Siempre tuve una espina que me decía que la mujer y él se conocían, sin embargo, no lo suficiente para que supiese del lado paterno.

—¿Es alguna clase de *amiga* usted?

Suspira

—Lo fui, viví hasta los diecinueve años aquí. Conozco un poco a la gente de hace una década y media.

—Ya veo — comprendo —. Y no, no soy hijo de *Pol*, *es mi tío*.

La pelinegra sujeta al menor, pasando sus dedos entre el cabello castaño y rizado de su hijo. Por su parte, él no interviene, solo se mantiene escuchando la conversación que su madre y yo tenemos, ¿dónde está Aitor cuando lo necesito? ¿Sue? Esto comienza a tornarse raro.

—Parecerá raro, pero estoy confundida — parpadea y respira hondo —. ¿Entonces quién es tu padre?

Le veo interés en el tema, puedo desviarlo y ser un completo grosero al no responderle. Viendo el lado objetivo, no sé quién sea, ni cuáles son sus intenciones, aunque, vale, es una mujer con hijos y esposo. No hallo incongruencias en esto.

Relamo mis labios y aprieto mis dientes, creyendo que soltar solo el nombre hará rápido el asunto.

—*Soy hijo de Luke Howland*. Él era mi padre.

CAPÍTULO 12

—¿Luke Howland? — interroga con un timbre dudoso, yo asiento al mismo tiempo que sonrío de lado.

—Sí, dije era porque falleció cuando yo tenía algunos meses de edad — confieso, dejándole en claro que mi padre murió hace mucho.

Tal vez es un dato sin ninguna pizca de disimulo, no tengo ninguna idea si ella dejó de ver a mi padre cuando estaba vivo y el simple hecho de que yo le haya dicho esto fuese algo que la tomase en curva.

Su mirada se vuelve suave y aprieta sus labios, esbozando una sonrisa nostálgica. Observo como pasa sus manos por el pecho de su hijo y lo atrae a su cuerpo.

—No lo conociste — indica.

—Nop — niego y sus cejas se juntan ante lo que he dicho —, pero estoy bien. He sabido sobrellevar las cosas, tengo una excelente madre y ni hablar de mis abuelos paternos. Me han dado todo el amor que han podido, estoy eternamente agradecido con la vida.

—Me alegra tanto — admite. Ladea un poco su cabeza y entrecierra sus ojos —. Eres la viva imagen de él.

—Supongo que debo dar las gracias — chisto entre dientes.

—Padre dice que siempre se debe dar las gracias, ¿cierto, mamá? — el menor interviene, viendo a su progenitora.

—Claro, mi amor — le confirma, mirándole con dulzura.

—Hay personas que no lo merecen — suelto, dándome cuenta que he dicho algo en contra de la educación que le han dado a su hijo.

—Y tienen los mismos comentarios — ella dice, soltando una risa por lo bajo.

De acuerdo, al parecer no lo tomó a mal.

—No entendí — Luca murmura.

¿Ese era su nombre, verdad?

—Descuida — lo anima, peinando con sus dedos el cabello castaño del pequeño.

Su mirada azulada regresa a mí y me doy cuenta que en este espacio hay tres pares de ojos azul celeste. No me sorprende, en este país y otros de Europa, aquel color es muy común, la única diferencia de algunos es el tono, brillo y que tan opacos lucen.

De pronto, la incomodidad que sentía hace algunos minutos, ha desaparecido. Ya no quiero huir y siempre me ha gustado escuchar acerca de papá. Oírla decir que tengo los mismos comentarios que él, me hace sonreír por la manera en que lo ha dicho. Quizá a su mente vino algún recuerdo y me siento feliz que al menos se lo he recordado de una forma alegre y no triste.

Igual pido eso para mi abuela.

—Muchos dicen que somos como dos gotas de agua, no lo sé. A mamá le molesta un poco que nos comparen.

—Está en todo su derecho — apoya y frunzo mi ceño, se pone de cuclillas para estar a la altura de su hijo y vuelve a hablar —. Cariño, ¿por qué no vas a pagar el libro por el momento? Así esperamos a Padre para irnos a almorzar, ¿bien?

—No quieres que escuche la plática — alcanzo a escuchar que le dice y evito reírme.

—Luca — sentencia.

El niño ya no le rechiste a su madre y cabizbajo empieza a caminar hacia el mostrador donde se encuentra Sue con el libro que va a comprar y el que yo decidí regalarle en mano.

La mujer se irgue nuevamente y vuelve a mirarme. Yo muerdo mi labio inferior y espero a que hable primero. No tengo una idea de quién sea, pero de algo estoy muy seguro, y es que es una persona tan cercana hasta el grado de que André la conozca y se haya permitido un tiempo para hablar con ella en el hospital.

—Puede que Luke y tú sean iguales respecto al físico, claro que varían muchas cosas, los lunares, ese cabello rebelde que se quiere volver castaño, la altura que no dudo ni por un segundo que seguirás creciendo, pero la esencia es de cada uno. Él era Luke y tú eres Aidan.

—Lo mismo que dice mamá.

—Porque así es, espero y no hayas heredado esa horrible adicción al cigarro — comenta.

—¿Fumaba? — cuestiono —. Eso no lo sabía, realmente no sé mucho de él. En casa no se toca ese tema, para mis abuelos es aún doloroso.

—Debe serlo —asintió—. Tu padre no fumaba, no, lo que le seguía. Yo solía decirle que parecía una chimenea.

Su sonrisa llega hasta sus ojos y la alegría que desprende me la contagia.

—No puede ser — niega, cubriendo su rostro —. Tienes el hoyuelo. Cielos, eres un mini clon, ¿te tragaste a tu padre?

Se me hace tan graciosa la pregunta que de mi garganta sale una carcajada, hay vibración por todo mi cuerpo y me relajo demasiado, algo dentro de mí siente tanta paz que por primera vez puedo hablar

con alguien acerca de Luke Howland sin que llore y me muestre una mirada de dolor. Hay confianza y no tengo idea de porqué.

—Quisiera vomitarlo, pero no puedo — formo un mohín —. ¿Cómo me dijo que se llama?

—Hasley — dice —, para tu padre era Weigel.

—¿Weigel? ¿Por qué?

—Guao, primer intento y lo pronuncias bien — me felicita y elevo mis pulgares —. Weigel es mi apellido de soltera, él tenía una manía de llamar a las personas por su apellido, no a todas, más bien, a quienes consideraba especial. Podía ser muy duro, pero tenía sus facetas vulnerables y sentimentales.

Podría escucharla hablar un día entero, su voz tiene un timbre poco común y suave, no es aburrido. Mucho menos si el tema es sobre mi padre. Ver como se expresa, me llena tanto y me hace dar cuenta que sabe demasiado acerca de él, que fue alguien cercana, sabía lo que más le gustaba y lo que no.

Entonces, eso me pone en duda acerca de toda la información que tengo en mi cabeza.

—¿Qué relación tenían ustedes dos? — interrogo en un tono laxo.

Hasley sonrío a medias.

—Amistad — le pesa —, fue corto, pero lo suficiente hasta el grado de conocer cada mueca que hacía, reconocía cuando estaba a punto de soltar algún comentario tajante, burlón, pesado o bonito. Era muy expresivo con sus gestos. Un hombre de pocas palabras. Cortante. Borde. Directo y sincero. Sin embargo, en su cara siempre había un rostro neutro y filoso que cuando te quedaba viendo así, te podías llegar a sentir la persona más inservible y avergonzada del mundo.

—No lo creo, ¿en serio? — río —. Qué humor.

—Dímelo a mí, todos los benditos días me echaba en cara lo tonta que solía ser, con un cigarro en la mano y soltando el humo junto a una de sus frases mágicas — interpuso, haciendo la semejanza de tener un cigarrillo entre sus dedos —. *Eres patética.*

Cubro mi rostro con una de mis manos y niego. No podía creerlo. Papá era un show en su tiempo.

—Por favor, es grandioso — picoteo.

—¿Mamá?

Al final del pasillo, su hijo aparece con un libro en mano y un cuadro de madera.

—¿Qué es eso, Luca?

—Sue me dijo que te preguntara si podía comprar una pintura encuadrada, me sobra dinero —le explica—. ¿Se lo podemos llevar a mi abuela?

Muerdo mis labios y pongo los ojos en blanco. Sue queriendo vender todo lo de la tienda teniendo un objetivo puede ser demasiado intensa y cómica. Lo digo en serio, a veces suele ofrecer tantas cosas a los clientes que llega a asustarlo. Prácticamente los obliga a que paguen por lo que tocan.

—... tenemos condiciones —es lo último que la escucho decir hacia el niño—. Es muy detallista con las personas que quiere. Su padre es el causante.

—Es inteligente para su edad — confieso.

Claro, omitiendo todas las veces que ha tropezado con algo o alguien. Eso vamos a dejarlo, por un lado, que ella sola descubra que su hijo necesita un GPS y un censor que le avise cuando tiene algún objeto o cuerpo a su alrededor. Demonios, eso jamás pararía de sonar.

Aunque siendo honestos, tiene ocho años y piensa con objetividad. Es amable, respetuoso y no debemos olvidar lo tan agradecido que es. Yo a su edad pedía libros de dibujos sobre estrellas y él está a punto de leerse uno antiguo con miles de palabras donde la única imagen es la portada.

Mis respetos.

—Ojalá esa inteligencia la usara para evitar pelearse con su hermana, hace unos días la encerró en el baño de la clínica — abre sus ojos y niega.

—Qué... mmm... ingenioso.

—Es terrible cuando quiere — ríe —. Nunca creí conocerte, Aidan. De hecho, no pensé que Luke hubiese tenido un hijo.

—Soy como una sorpresa — musito, extendiendo mis brazos.

—La verdad, sí — admite —. ¿Cómo está tu abuelo? ¿Vive bien?

Mi ceño se frunce, no me molesta que me pregunte por él, pero la cuestión es cerrada y la segunda interrogación es la que me mantiene un poco confundido. ¿Por qué no referirse en conjunto a mis dos abuelos? ¿Por qué solo a él? Con gusto puedo responder, aunque la duda me pica, prefiero contestar.

—De maravilla, en casa todo marcha a la perfección, mi abuelo es lo más preciado que tengo en mi vida, claro, igual mi abuela. Sin embargo, he tenido más conexión con él, es quien ha visto por mí desde que mi papá falleció, es como mi ejemplo a seguir, lo quiero ayudar en esto de los cines, pero mi abuela no me deja porque no quiere que me desconcentre de mis estudios. Así que por el momento mi tío Pol está a cargo junto a mi tía Jane, bueno... ella casi no hace nada.

—Qué ironía — murmura —. A tu padre lo obligaban a trabajar detrás de un mostrador casi todos los días.

—¿Obligaban? No, no, a él le gustaba ir.

—Por supuesto, no tenía más opciones, era cobrar cada entrada o...

Su voz se va apagando al mismo en que se fija como le muestro un gesto confundido, pues comienzo a perder el hilo de sus palabras. Por más que quiero unir lo que dice, no le hallo un sentido.

—Una pregunta — cautelosa, retoma su habla —, ¿cómo murió tu padre?

Si antes estaba perdido, ahora estoy peor. El giro que ha dado la plática me saca de mi dirección, se vuelve dudoso y ya no entiendo el objetivo de esto. ¿Acaso no sabe cómo falleció? ¿Quiere que se lo rectifique? ¿O me está midiendo? ¿Pero, para qué?

Arrugo mi entrecejo y suspiro, rascando la punta de mi nariz con nerviosismo. Ahora si quiero que nos interrumpen, ¿es mucho pedir?

—En un accidente vial con su moto, ¿por qué?

Hasley no pierde su semblante, solo mira al suelo durante unos segundos y vuelve a mí. Ahí está. Esa mirada nostálgica que no creí ver en ella se hace presente al frente mío. Algo en su interior se ha roto.

—Gracias. No sabía.

Las preguntas que me hice anteriormente cobran sentido ante su respuesta y me siento culpable al pensar mal. Bueno, no tanto.

Aprieto mis labios y meto una mano en el bolsillo de mi pantalón. Siento como me observa y ambos nos quedamos viendo, sus ojos sobre los míos. Soy capaz de sentir ese espacio de tristeza y como la escena se tensa poco a poco.

La campanilla de la entrada suena, miró sobre mi hombro creyendo que es Aitor el que ha entrado, pero la voz de una niña riendo junto a su padre me indica lo contrario.

Regreso a la mujer pelinegra y en un movimiento rápido, limpia la esquina de sus ojos y me regala una sonrisa forzada. Susurra un "*permiso*" y se aleja, dejándome de pie con un vacío en mi interior, no hay una razón ni mucho menos una explicación. Me encuentro desorientado y un sabor amargo inunda mi boca.

Escucho parloteos y con pasos lentos me dirijo hacia Sue, depositándome detrás del mostrador. Al frente, cerca de la puerta, atisbo a la familia tan contenta y feliz. Van de la mano, el señor lleva al más pequeño en una cangurera, mientras ella con su otra mano libre coge la de su hijo y su esposo del otro lado a la niña.

Hay una melancolía dentro de mí y pierdo todo tipo de paz cuando su mirada azulada me da un último vistazo.

—Más vale que me des el dinero del libro — Sue interviene —, todo aquí tiene un precio.

—Sí...

—¿Ocurre algo?

Volteo a verla y la imagen se nubla.

—Aidan — me llama, dejando a un lado su tono duro —, ¿qué tienes? ¿Vas a llorar?

—Es una bonita familia. Muy bonita —digo casi inaudible.

Una que yo hubiese querido.

CAPÍTULO 13

Dos Meses Después

—Ayúdame poniendo esa caja ahí en la esquina, son las que ya no voy a usar.

André me pide, lanzándola a mi dirección, yo la acacho y me encamino, haciéndole caso a su petición. Volvemos a repetirlo varias veces hasta que se apilan tres columnas y termina con cinco cajas en medio de su sala, abriendo cada una para cerciorarse de que su contenido sea el acertado.

—¿Qué harás con ellas? — le preguntó, fisgoneando.

—Voy a vender lo que ya no me sirve — se encoje de hombros —, o tal vez done lo que sea útil. No lo sé, tiene años que he estado recolectando todo lo que veo y al final del día se ha vuelto innecesario, no sabía que eran demasiadas cosas... ¿no quieres revisar? Quizá te guste algo.

Hago un mohín, pensando en su propuesta, sé que debería haber algún objeto de valor o también él tendría ciertos artículos que le pertenecieran a papá, entonces lo dudo, no sé si quiera seguir sumergiéndome en esto. Es decir, sí quiero, pero no ahora. Bueno...

—Creo que, en esa caja verde, cuando mis padres se fueron del país y me quedé aquí porque se suponía entraría a la universidad, me dejaron mucho material escolar. El año sabático me hizo olvidar que existían, puedes llevarlas o escoger — comenta, extendiendo una playera roja al frente —. Uy, cuando jugaba fútbol — dibuja una sonrisa y niega —, ¿ya te conté como conocí a Luke?

—Sí, como unas tres mil veces. Lo golpeaste con un balón — sujeto la caja que me ha indicado y la abro, mis cejas se elevan y miro al mayor —, ¿en serio tus padres creían que estudiabas?

—Estás ofendiéndome, niño — me sentencia —, nunca fui el mejor promedio como tú, pero tampoco fui el peor, te recuerdo que soy contador, cuando tengas tu título universitario puedes venir a restregármelo en la cara. Por ahora, soy yo quien puede presumirlo.

—Esa es mi meta, aunque será mi doctorado el que te echaré en cara.

André abre su boca indignado y sorprendido a la vez.

—¿Doctorado? — repite —, quiero llorar. No sé en qué instante el pequeño de la carriola roja creció, ayer te vi pegado al biberón y hoy te veo queriendo llegar a hacer un doctorado con las mejores notas. Mi corazón se está volviendo a uno de pollo.

—Me estás avergonzado — canturreo.

—Y tu enorgulleciéndome — se ríe.

Niego divertido y cojo asiento, revisando el contenido de la caja, pongo algunas a un lado y otras las regreso, al final, me doy cuenta que me estoy llevando casi todo, por lo que opto regresarlas a la caja y llevarla conmigo a casa.

Luego me tomaré el tiempo para decidir qué hacer con lo demás.

—¿Has logrado algo con la chica que te gusta? — André retoma la plática —. Rebecca es su nombre, ¿no?

Relamo mis labios y suelto un suspiro.

—Sí — asiento, rascando la punta de mi nariz.

—Uy, ese gesto — murmura, entrecerrando los ojos —, conozco ese gesto. Lo que me dirás no es para nada bueno, ¿qué ha ocurrido?

—No sé — me burlo de mí —. Se supone que me ha gustado desde hace algún tiempo, unos años tal vez, pero ahora que está a mi lado, he dejado de sentirme atraído de cierta forma, me gusta compartir horas con ella, sin embargo...

—No quieres nada serio — termina mi oración.

Le hago una mueca de culpabilidad.

—Algunas cosas no siempre son como uno las espera.

—Eres complicado — ríe —, cualquiera en su sano juicio, moriría porque su platónico le hiciese caso. Conozco a alguien que jamás imaginó que su flechazo de la niñez, se fijara en él hasta su adolescencia. Supongo que es la ley de la vida, mientras unos tienen suerte, otros la desaprovechan.

—¿Me estás tratando de decir que...?

—No — me interrumpe —, te daré un consejo. Aléjate de ahí, quizás estás ocupando el lugar incorrecto, posiblemente el tuyo está vacío y no te das cuenta. No es bueno convertir los gustos en caprichos.

—Ahora me sales filósofo — musito.

—Aidan — sentencia.

—Tío...

—Piénsalo bien, dices que Rebecca es maravillosa, ¿por qué no hablas con ella? Es horrible que te llenen el corazón de falsas esperanzas.

—¿Y si llego a perder su amistad?

Se encoje de hombros y me sonrío.

—Tendrás la dicha de haber conocido a un ser irrepetible.

—¿Eso en qué me ayuda?

—Hey, Howland — me llama —. La vida está llena de momentos que se multiplican, pero nunca serán iguales. Disfruta y aprende de ella. Todo estará bien, solo no quieras ganarle, porque, recuerda, la vida va a seguir aún tú te detengas.

Bajo mi mirada al suelo y asiento. Siento tantas cosas que me conectan y quiero preguntarle acerca de la mujer con la que he hablado hace dos meses, aunque aún no estoy listo para la formulación de mi cuestionario.

No hoy.

—¿Comerás conmigo? Creo que vendrá Jane, voy a preparar pasta con champiñones y pollo.

—Sí, me quedaré.

—De acuerdo, iré a ver si la pasta ya quedó.

Se pone de pie y se dirige a la cocina.

Sin nada por hacer, comienzo a revisar las otras cajas, hay ropa vieja, amuletos y discos, esos de vinilo que mi abuela guarda porque son de mi padre. Igual veo mantas y juguetes de colección, si estos son de marca, valdrían mucho actualmente.

El celular de André vibra y le echó un vistazo, son mensajes. Lo paso por lo alto y continúo fisgoneando, a pesar de ello, la persona insiste. Ruedo mis ojos y lo cojo para llevárselo. Mi intención no es leer, pero la pantalla se ilumina y capto los textos.

Me paro en seco y mi ceño se frunce, comenzando a sentir un mundo de perplejidad y sorpresa.

*«Amoooooooooooo no encuentro la maldita caja de galletas #morir #morir
#DameDeBajaDeLaVidaXfavor*

Espero que sí esté embarazada porque si no lo estoy eso significa #EngordÉ #SubiDePeso»

Poco a poco mis pies avanzan hacia donde se encuentra el hombre y me detengo, sin mostrarme por completo. Mis labios están entreabiertos y sé que mi cara muestra un gesto de confusión ante lo que he leído sin querer.

—¿Te gusta la salsa de soja? —me pregunta, sin mirarme. Al ver que no le contesto, posa su vista en mí—. Igual puedo hacerla con otra salsa.

—Tu-tú — balbuceo.

—¿Ah?

Le enseño su celular y enarca una de sus cejas.

—¿Desde cuándo...? ¿Desde cuándo tú y mi tía Jane están saliendo? — digo en voz baja —. No, no, no, ¿cómo es que está embarazada? ¿Por qué tú y ella? Y-yo... mierda.

André se acerca y estira su brazo para sujetar lo que es suyo. Mira la pantalla de este y vuelve a mí.

—Ouhm, ¿sorpresa?

—¿Qué? Oh, puta madre. Esto no me lo esperaba, internamente estoy en shock.

—Y por fuera también.

—Cállate, shhh — intento ordenar, él suelta una carcajada —. Papá moriría de nuevo por esto, siento que voy para allá.

—Dios, qué exagerador eres, Aidan. No metas a tu padre en esto, pero sin duda, él nos mataría a ambos, siempre me decía que su prima no, y a ella que su mejor amigo tampoco — mira al techo de la casa y prosigue —. Luke, si me escuchas, perdóname, ¡yo no quise!

—Claro, no quiso, accidentalmente metiste tu...

—¡Aidan, joder!

—Aún no me cabe en la cabeza que ustedes dos son algo, mucho menos que serán padres, para empezar, ¿cómo? ¡Mi tía estuvo en Nueva Zelanda!

—Eso es lo de menos — hace un manoteo —, siempre hemos sido unidos, todo gracias a Luke, nuestros lazos se fortalecieron, en ocasiones, encuentras tu paz con alguien que conoces hace años — toma una bocana de aire y sonrío —. Una amiga me dijo algo que su actual esposo le planteó.

—¿Volvemos con los toques filósofos?

Se acerca y sujeta un lado de mi cabeza, obligándome a verlo fijamente.

—*Tienes la opción de tomar el dolor como tu única alternativa para la felicidad.*

Le sonreí.

—Felicidades, tío.

—¿Nos vemos otro día? —Becca me cuestiona, acariciando con una de sus manos mi cabello.

Con mi cabeza sobre la mesa, la observo. Sus ojos grises escanean los míos mientras esboza una sonrisa. Estoy cansado y tengo sueño, no he dormido lo suficiente y lo que quiero es llegar a casa para tirarme sobre la cama. Quizá despertar dos días después o al término del curso, no pido más.

—Claro, mañana — le intento sonreír, sin embargo, mi gesto se transforma en una mueca.

—Mmm, no quiero ser pesada — inicia titubeante, alejando su mano de mi cabello. Yo me mantengo en la misma posición —. ¿Ocurre algo? Te siento un poco... apagado. No tengo idea si se debe a nosotros o es un asunto personal.

Me irgo, acomodándome en el asiento. Becca no rompe nuestro contacto visual. Paso la punta de mi lengua sobre mis labios y escojo las mejores palabras para darle una respuesta, repito la oración en mi mente y dudo.

Tengo un dolor de cabeza que comienza a palpar. Situaciones que pierden sentido y un rompecabezas que no me deja pensar de manera correcta. No sé cómo explicarle lo que tenemos sin que suene tan burdo.

—Rebecca, no quiero que lo tomes a mal — agarro una gran bocana de aire y sonrío a medias —. No tienes por qué preocuparte si esto se torna raro, oficialmente no somos nada, no hay que cuidarlo como si fuese un compromiso lo que tenemos. Después de todo, ambos nos buscamos para ciertas cosas...

—¿Qué? — me interrumpe, su ceño se frunce y la confusión se presenta en todo su rostro —. Estoy perdida — confiesa —, sé que el inicio no fue la mejor manera para darnos un acceso como tal, pero... creí que no solamente nos basábamos en lo sexual, he tratado de conocerte, Aidan. Llegar a ser.

Mierda.

Lo que está diciendo se refiere a... no, no, no. Imposible.

Becca Dankworth me ha gustado desde hace algunos años, siempre me ha parecido atractiva. Hermosos ojos, su cabello se vuelve mi debilidad, su voz cerca de mi oído y una mente demasiado brillante. Jamás creí que ella me voltease a ver, de hecho, esto en todos los aspectos se vuelve un sueño hecho realidad para cualquier individuo.

Sin embargo, todo ha sido tan fácil obtenerlo que me resulta extraño. El que se haya fijado en mí se ha vuelto una desventaja, el que yo tuviese conocimiento de que estaba con ella de una forma u otra me hizo perder el interés de intentar llegar a más.

Ahora me siento tan pésimo al darme cuenta que la tengo que rechazar.

—Y yo igual te he estado conociendo, Rebe — dije por lo bajo —, y lo poco que me has mostrado se vuelve brillantina entre mis dedos. Ten en cuenta que eres hermosa por tu inteligencia y no completamente por tu físico — cierro mis ojos durante unos segundos y vuelvo a mirarla —. La verdad es que no busco una relación seria en este momento, es satisfactorio pasar tiempo contigo, pero desde mi punto de vista, estamos bien así por ahora.

Becca muerde sus labios y asiente varias veces. Me fijo en sus ojos y la manera en que estos se van apagando poco a poco. Joder, va a llorar.

—Ok— ríe.

—Rebecca — la llamo.

—Descuida — niega.

—No, Becca, escucha — insisto, sintiéndome mal por estar haciéndola pasar por esto —. No estás obligada a permanecer, si te afecta seguir estando conmigo así y te quieres alejar, lo voy a entender. No quiero que te sientas incómoda.

—Tranquilo, Howland — habla firme, poniendo una mano al frente —. Sé aceptar un rechazo, que no me duela; aún lo estoy aprendiendo.

Se pone de pie, cogiendo su celular de la mesa.

—Hey, Becca...

Aunque me deja con la palabra en la boca porque se aleja de la mesa, dejándome a mí solo. Me quedo sentado, lamentando un poco de lo sucedido.

Tallo mi cara con ambas manos y suelto un bufido por lo alto. Esto es una completa mierda. Entre mis planes esto no lo había programado, de hecho, no creí que sería necesario, siempre pensé que llegarían a un límite nuestros encuentros sexuales, sí, hemos salido algunas veces... a fiestas donde terminamos teniendo sexo.

O el oral en su auto.

—Demonios — maldije en voz baja lleno de frustración.

Cojo mi mochila del suelo poniéndome de pie, claramente hoy no me llevaría a casa, por lo que coloco mis cascos sobre mi cabeza y me encamino a la parada de autobuses.

Lo único que espero es que mamá haya hecho algo de comer porque he estado tan ocupado escribiendo ese puto ensayo de literatura que no me ha dado tiempo de ir a cafetería, solo me quedan tres perras semanas para terminarlo y yo aún no descifro que título le pondré.

Quisiera ir con Sue, pero me ha dicho que saldrá y, honestamente, me preocupa más mis deberes. Igual fingir que estoy muerto por tres horas. En el camino, Aitor viene corriendo hacia mi dirección, disminuyo mis pasos y lo observo de pies a cabeza.

—¿Por qué llevas manga larga y cuello alto? ¿Tienes oxígeno en el cerebro aún?

—Un gusto, también te extrañaba, hijo de puta — dice con sarcasmo, pasando un brazo sobre mis hombros —. Coño, eres más alto que yo, casi me tengo que levitar para llegarte.

—Entonces...

—Tengo una mmm... ¿cita? Sí, esa mierda. Tengo una cita — sonrío de oreja a oreja.

—Ja, *Bob Elegante* — río.

Aitor arruga su entrecejo.

—¿Ya te tomaste la temperatura? Comienzas a actuar más raro de lo normal.

—Chúpala — mascullo.

—No, gracias, ojalá me desees suerte, quizá la necesite.

—A ver, ¿cómo conseguiste una cita? ¿Y por qué vas vestido así? Te ves genial, pero, maldita sea, hace un puto calor de mierda.

—Solo me acerqué a ella y le dije "*¿te gustaría comer hamburguesas? tú pagas todo*", me mandó al carajo y me dijo que ella pagaba lo suyo y yo lo mío — carcajeó —, con la condición de que me cubriera los tatuajes, no quería dar la impresión de que convivía con un reo.

—Muy romántico, se lo contaré a mis hijos.

—Por supuesto, sin duda, Sue será mi mejor anécdota de citas.

Al inicio, no logro captar por completo lo que ha dicho hasta que repito de nuevo el nombre de la chica en mi mente y caigo en cuenta, dándole sentido a sus palabras. Sue es su cita, Sue es con quien irá a comer, Sue es la causante de que esté vestido así.

Parpadeó varias veces, queriendo no demostrar las dudas que comienzan a llenar mi cabeza. En ese instante, enlazo las cosas y llego a la conclusión de que me ha dicho que saldrá por la tarde, y la situación se enfoca en Aitor.

Me siento traicionado, no por mi mejor amigo, por la chica. Tres veces le estuve proponiendo ir al cine y en una de ellas, me canceló. De acuerdo, no es su obligación aceptar, pero critica demasiado al chico en mi cara que me parece poco creíble que hoy estén a punto de salir. Mi mente está colapsando, vaya que sí lo hace.

—¿Saldrás con Forester?

—¿Quién?

Ruedo los ojos.

—Su apellido, Sue.

—¡Ohhh! — exclama, apuntándome — ¡Buen dato! Usaré su apellido cada que me moleste en algo.

—Suerte, campeón.

—Coño en la madre, me estoy asfixiando — se queja, soplándose.

En serio envidio a este tipo, ese que es mi mejor amigo.

—A ver — inicio, sujetándolo de los hombros —, irás a esa cita y será la mejor que tengas, sé tú mismo, usa tus bromas y ten confianza en ti mismo. Te irá muy bien, nada de nerviosismo, solo bájale dos rayas a tu majadería.

—¿Y si la cago?

Esbozo una sonrisa y recuerdo lo que me ha dicho André ayer por la tarde.

—La vida está llena de momentos que se multiplican, pero nunca serán iguales. Disfruta y aprende de ella, ¿quedamos así?

Resopla y asiente.

—Deséame suerte — murmura, dando unos pasos hacia atrás.

—No la necesitas — picoteo —. *Ya la tienes.*

Él eleva los pulgares y se aleja. Me mantengo de pie durante unos segundos y desvío mi camino hacia unos árboles, apoyándome en el tronco de uno. Saco mi celular y reviso mi chat con la castaña, su última conexión fue hace media hora.

Frunzo mis labios y cierro mis ojos, respirando mi tranquilidad que obtengo en ese lapso.

Quiero desmentir que no me siento mal, aunque es todo lo contrario. Algo muy adentro me está navajeando, queriendo lastimarme y sentir cólera por la posición en la que me encuentro. No quiero abrirle las puertas al sentimiento de impotencia porque no debería ser así, no hay nada que haya perdido. En lo absoluto.

A pesar de que me hago una idea diferente a la que tengo, mis ánimos han cambiado. No puede gustarme Sue, pero no me quiero engañar porque sé es todo lo contrario a lo que deseo.

—¿Intentas dormir de pie?

Mi campo de visión regresa y capto a Borris al frente, mirándole con su ceja arqueada.

—Que te valga, ¿no? — espeto.

—Por favor, te has vuelto muy agresivo, ¿dónde está el Aidan que reparte serenidad y ataca con amabilidad? — vacila.

—Justo donde se halla tu inteligencia, en el excusado de tu madre — sujeto mi mochila y maldigo en voz baja —. Me lleva el mismo infierno.

Paso a un lado y obligo a mis piernas a detenerse.

—El infierno no te puede llevar, en todo caso, sería Satán, ¿qué así no funciona el reino de los pecados? — insiste en llevarme la contraria.

Muerdo mis labios y atisbo por el rabillo del ojo al chico.

Ya se me han quitado las ganas de ir a casa a dormir o realizar mis tareas, quiero perder el tiempo por un rato, he estado solo muchas veces, sin embargo, el día de hoy pido una compañía, alguien con quien pueda ir a tomar un refresco y saber que no preguntará si estoy bien o mal.

Inhalo lentamente y apunto a Borris con mi dedo índice.

—¿Quieres ir a comer?

—¿Ah?

—Yo invito, vamos — es lo último que menciono y continúo con mi camino.

Oh, Celestial, baja y llévame contigo en un ataúd.

CAPÍTULO 14

1 de junio

—¿Tu tío Pol no se había ido de nuevo a Zelanda? — Aitor me interroga, llevándose a la boca la bolsa de frituras.

—Sí — afirmo —, pero regresó ayer para festejar mi cumpleaños.

—¿Con toda su familia?

—Con toda su familia.

—¿De dónde saca tanto dinero para ir de un lugar a otro cada que quiere? — se pregunta a él mismo y me mira de pies a cabeza —. Malditos lujos que se da la gente que tiene dinero. Yo solo puedo tomar un bus y eso si me alcanza.

—¿Te he dicho que eres demasiado dramático? — ataco, viendo la hora en mi celular.

—Para ti soy demasiadas cosas, para los demás soy el amor de tu vida — se ríe, le doy una mirada de pocos amigos y ruedo los ojos —. Ya, que va, ¿por qué eres tan gruñón, Aidan?

Me quedo en silencio, ya no me apetece hablar con él. De hecho, desde que se sentó al frente de mí, lo único que he pedido hasta ahora es que tome sus cosas y se vaya, vamos, sé que le falta una clase, él está repitiendo *lógica*.

Resoplo con lentitud y estiro mis piernas por debajo de la mesa, nos encontramos en el patio, yo meditaba algunas cosas. Hoy era mi cumpleaños y al parecer me harían una comida en casa de mis abuelos, algo sencillo por tener otro año de vida. Viva la vida.

A lo lejos, observo esa cabellera castaña que sostiene una botella de agua y habla con una chica.

—Aitor — lo llamo de mala gana, poniéndome de pie para coger mis cosas —, a las cuatro tendré un convivio en casa de mis abuelos. Nos vemos allá.

—¿Ya te vas? — cuestiona, mostrándome su ceño fruncido.

—Hasta luego.

He oído que me ha gritado algo, pero no logro entenderlo. Evito voltear y pedir que lo repito, por lo que, en unas cuantas zancadas, llego a la par de Borris, quien enarca una ceja al notar mi presencia. No lo culpo.

—Me quedé con tus auriculares — le informo, llevando mi mochila al frente y revolotear uno de los bolsillos para sacar lo que le pertenece.

—Nos vemos — se despide de la chica y me mira—. Creí que los había perdido — murmura, cogiéndolos —. Los estuve buscando en toda mi habitación el día de ayer, según yo no los saqué. Gracias.

—De nada — suspiro, frunzo mis labios y pienso dos veces antes de soltar la pregunta: — ¿Fumas? El entrecejo de Borris se arruga y me echa un gesto confundido.

—No, no fumo, ¿por qué?

—¿Te molesta el olor? La verdad es que ocupo a alguien que me acompañe.

—¿Tú fumas? Nunca te he visto con un cigarro en la mano o entre los labios, esto es demasiado raro, ¿desde cuándo?

—Lo hago, solo cuando quiero, tal vez una vez al mes. Joder, ¿puedes?

Él se encoje de hombros.

—De acuerdo, ¿a dónde quieres ir?

—A cualquier parte — digo sin ganas de querer hablar.

—Podemos ir al parque que está cerca del centro comercial, ocupo comprar una *USB* para los proyectos de taller — propone.

—Putra madre, el proyecto — recuerdo, lanzando unas cuantas maldiciones al aire.

—El tabaco mata — canturrea él y le saco el dedo de en medio —, vamos, mi auto está en el estacionamiento.

Mi subconsciente intenta hacerme ver la realidad de lo que está pasando, desde hace una semana que he comenzado a llevarme con Borris, no de la mejor manera, pero sí con un gran avance a comparación de lo que éramos antes.

"Éramos", que puto asco.

No quiero definir esto como una amistad, porque no lo es. Al menos yo no lo considero como tal, simplemente es un conocido con el que puedo pasar tiempo y ponerle mi cara de *mierda* sin que me interrogue como Aitor lo haría normalmente. Así que estar con el chico me da una ventaja, mostrarme tal cual me encuentro.

Llegamos al parque y sin mirar o decirle algo a Borris, bajo del auto y camino a la parte trasera, cogiendo asiento en uno de los troncos que yacen en el suelo, saco la cajetilla que he comprado hace dos días y enciendo un cigarro, iniciando con una calada profunda.

—No te conozco lo suficiente, pero se nota que tú y Aitor han peleado — él dice, apoyándose contra un árbol.

—No, no nos hemos peleado.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Entonces por qué no haces esto con él? Desde hace unos días, o es él quien te deja o eres tú quien lo hace, me siento como un reemplazo.

—Eres algo así — confieso, creando una mueca con mis labios.

—Lo suponía. Me ofendería si viniera de alguien que fuese especial, pero solo eres Aidan — se burla.

Bufo de mala gana y doy otra calada al cigarro. Varias. Seguidas. Me he mareado. No me he preocupado. Me pasa cuando no fumo por mucho tiempo, aunque ayer lo he hecho. Necesito ir despacio.

Reviso mi celular y me fijo que tengo un mensaje de mi mejor amigo. Todavía lo es. O quizá. Mierda, claro que lo es. *Solo cállate, Aidan.*

Lo guardo de nuevo al bolsillo de mi pantalón y olvido por un momento todos mis pensamientos. Últimamente me he sentido como toda una señora, casi como mi abuela cuando entro sin avisarle a la cocina o mi mamá el día que se perdió Molly en la casa cuando tenía tres años.

Jalo dos caladas seguidas y suelto el humo de golpe.

—Siempre supe que eras ese tipo de personas que tienen una cara de odiar a todos, pero no creí que fueras de esos que se fuman sus problemas — Borrís comenta, tomando asiento a un lado —. ¿Sabes que el tabaquismo puede convertirse en un tema serio?

Lo miro.

—¿Sabes que con solo decir tabaquismo ya es un tema serio? Se le denomina como tal porque se considera adicción, imbécil.

—Oh, interesante...

—¿Por qué siempre me rodeo de gente estúpida? — suelto al aire —. Iniciando con Aitor y terminando contigo.

Escucho como carcajea.

—¿Qué ha pasado con Aitor?

Tiro la colilla al suelo y la aplasto con mi zapato. Medito por algunos segundos mi respuesta y hago un mohín con mis labios, no muy convencido de darle una respuesta como tal. Sin embargo, supongo que, si no es ahora, lo será nunca.

—No nos peleamos — inicio —, solo que me he sentido incómodo estar a su lado, la chica que me atrae, está interesada en él... y él de ella. Mierda, que cliché.

—Ouch... — murmura —. No es un tema que puedas hablar en su presencia, mucho menos demostrar lo tanto que eso te desagrada.

—No me desagrada, es mi mejor amigo, es un Don Juan que odia las citas, que haya tenido una con ella significa demasiado, no pienso joder nada, yo... sospecho que me lo merezco.

—¿Acaso tú no salías con Rebecca? ¿Cómo fue que pasó?

—No, no, no es Becca.

—Raro, pensé que te referías a ella, los he visto hablar en el gimnasio el día de ayer, él llevaba su maleta — platica, posando su vista al frente. Mi ceño se frunce ante lo que ha dicho —. Ahora ya no sé dónde quedó el código de amigos, ese típico en el que uno debe meterse con la chica del otro.

—Para — lo detengo —, ¿Becca y Aitor?

—Sí, ayer, gimnasio, los dos.

Sus palabras de desconciertan.

Muerdo mis labios y trato de coger aire por completo en mis pulmones, hago esa acción de exhalar e inhalar lentamente, tratando de encontrarle un sentido a lo que Borrís me ha dicho. Conozco a Aitor, sé que coquetea con cualquiera, pero claramente no lo haría con Becca, muy aparte de que ellos comenzaban a llevarse por mí.

—Al parecer no te robó nada más a una chica — el castaño vacila.

—No es gracioso — farfullo.

—Lo es, ¿te imaginas? — refuta —. Tú pensando en su bienestar con la chica y él... ¿cómo le dicen vulgarmente? Oh, sí, comiéndote el mandado.

—Cierra tu puta boca de mierda, Borrís — mascullo enojado —. Comienzo a considerar que solo me dices esto para que me pelee con Aitor.

—¿Qué ganaría yo? No es como si amara pasar tiempo contigo, pero es entretenido verte enojado porque tu párpado comienza a brincar — sonrío —. ¿Por qué no hablan? Ustedes son mi pareja homosexual favorita de todo el instituto.

—¿Intentas ofenderme de nuevo con eso? — vuelvo los ojos.

—Perreo ocular — dice por lo bajo.

—¿Qué?

—Lo de tu párpado, perreo ocular, ¿no has visto las imágenes en internet?

Abro mis ojos a la par y pongo de pie. Renuncio a seguir con esta plática. Repito. Soy un imán que atrae a gente estúpida. ¿Por qué Dios no hizo que naciera en Japón? Un país rico en tecnología y con personas magníficamente inteligentes.

Sacudo la parte trasera de mi pantalón y dudo si fumar otro cigarro o no. Al final, opto por no hacerlo y guardar la cajetilla a mi mochila, observo a Borrís hablar con alguien por mensajes de texto, la manera en que sonrío y la inseguridad que hay antes de mandar cada.

Siempre tuve sospechas.

—Borris — le llamo —, ¿eres gay?

Él se queda en blanco. Dudando. No muestra confusión y eso lo delata.

—¿Por qué la pregunta?

En ningún instante desví mi vista. El chico no insiste ante mi cuestionamiento y asiento comprendiendo la situación.

—Tengo un convivio en casa de mis abuelos por mi cumpleaños, por si gustas ir — le comento.

—Gracias, pero tengo cosas que hacer con mi padre — curva a medias la comisura de sus labios —. Felicidades.

—De acuerdo, me tengo que ir, me sirvió haber soltado lo que sentía, necesitaba decírselo a alguien más que no fuese a mi subconsciente — me río —. Se volvía una tortura.

—Genial, si quieres te puedo llevar — ofrece.

Niego con mi dedo índice.

—Iré por mi cuenta, deberías tomarte este tiempo para pensar mejor las cosas, te falta *aceptación* y considerar que *no está mal* — esbozo una sonrisa y meto una mano al bolsillo de mi pantalón —. Nos vemos.

Giro sobre mis talones y trazo mi camino, de mi mochila, saco mis cascos para colocarlos y ponerle *play* a la lista de reproducción.

Al inicio, no reconozco la canción, aunque conforme la letra avanza y el ritmo se hace repetitivo, así como pegadizo, caigo en cuenta que se trata de Aitor. Al parecer es la playlist que compartimos cuando salimos juntos. Por favor, qué *vulgar*.



—Bien, yo estoy más indignada porque se supone que soy su mejor amiga desde la infancia y me lo ocultó — mi madre se toca el pecho y finge estar dolida por la situación.

—Aún no estábamos preparados — André carcajea —. Todo es culpa de Aidan, él fue el chismoso que nos obligó a decirlo, todo por andar leyendo mis mensajes.

—¿Yo? En algún momento lo dirían, no es como si pudiesen ocultar la panza tumorosa de mi tía — refuto.

—Sí, pero sería ya con el bebé en nuestros brazos, Jane fingiría irse del país — el hombre explica —. No lo habíamos preparado bien, sin embargo, iba a funcionar.

—Tus planes nunca funcionan, André — mamá lo expone.

—¿Cómo pasó todo esto? — tío Pol interroga —. Sigo sin poder asimilarlo, un día estaba en Nueva Zelanda conmigo bebiendo vino con mi hijo menor de edad y hoy ya será madre.

—Larga historia, pero ya comenzábamos a tener conexión antes que se fuera contigo, digamos que el dolor une a las personas para poder sobrellevar todo, es como una autosuperación en pareja, nos ha venido bien todo este cambio, cuando regresó comenzamos a salir de la misma manera que siempre...

Nos quedamos en silencio y escuchamos con atención al moreno, una que otra vez alguien intervenía para poder tener en claro el proceso de su relación.

A pesar de que sus explicaciones son concretas, algunos aún no pueden aceptar del todo que dos personas tan liberales como ellos se unieran para forjar un futuro juntos. A la vez es lindo y algo digno de una historia que se desarrolla desde la infancia-adolescencia.

—Hace dos meses decidimos juntarnos — mi tía musita —, para ser honestos, no teníamos planeado el embarazo, pero pasó y conversamos un poco, hace una semana me decidí hacer una prueba de sangre para corroborar que mi atraso no fuese por factores externos.

—Tiene un mes y medio, quizá el sexo del bebé lo dejaremos como sorpresa para ambos.

—Estoy tan feliz por ustedes — madre los mira enternecida.

—Dios mío, tendremos otra criatura en la familia — mi abuela se hace presente, trayendo el pastel con velas sin encender —. Me siento nostálgica, no visualicé nunca a Jane como mamá, mucho menos con el atolondrado de André.

Todos en la mesa carcajean y mi tío le da una mirada ofendida a mi abuela.

—Lilian, con todo el respeto, pero ya no soy un atolondrado.

—Claro, eres medio — mi abuelo le corrige.

—Amor, tu familia me está ofendiendo — el hombre se queja con mi tía y deja caer su mejilla contra el hombro de su mujer —. André está dolido.

—Si lo siguen maltratando, se traumará — ella hace un puchero y reímos.

—Oh, vamos — Darel palmea al moreno —. Serás padre de familia, ya no puedes ocupar el lugar del achiquillado.

—¿Me retas? — enarca una ceja este.

—¿En serio ellos dos serán padres? — mi tío Pol los apunta.

—Tranquilo, Pol, no puedes echar tu veneno porque entre Erik y tú, Amanda dice que el aniñado sigues siendo tú, mi prometido te querrá hacer la competencia.

—¿Prometido? — mi madre cuestiona.

—Exacto, ¿prometido? — André repite, mirándole confundido.

—Tal vez te estoy proponiendo matrimonio...

—¡No, no, no! ¡Busquen otra fecha, no el día de mi cumpleaños! — exclamo, denegándome.

—¿De qué te quejas? — Erik me reclama —. Igual como sea sigues siendo el favorito de toda la familia.

—¡Erik! — mi abuela lo reprende.

—¿Dónde está la mentira? — Jane interviene —. ¿Alguien la ve? Yo no.

—Cálmense, por favor — mamá pide.

—Yo quiero pastel, Aidan — Molly me dice.

Le sonrío.

—Ya va, preciosa — le hago una seña de espera.

—¿Y si partimos el pastel? —mi tía Amanda interroga.

—¿Hijo? — mi abuelo me cuestiona, sobándose la cabeza.

Enarco una ceja observándolo.

—¿Te sientes bien? ¿Tienes dolor? — me pongo de pie, yendo a su lado.

—Descuida, todos parlotean al mismo tiempo y da migraña — rueda los ojos.

—¿Seguro?

—Sí — asiente, revolviendo mi cabello en un gesto de gracia —. ¿Quieres que iniciemos ya?

Porque el guiso que hizo tu abuela para comer está delicioso, tu madre y tus tías la ayudaron, es tu favorito.

—Me agrada la idea, pero quiero esperar a Aitor, ya saben que es muy impuntual.

—Aitor — suspira el hombre mayor —, Aitor es el André de esta generación.

—Don Jason, tampoco me ofenda, ese mocoso es peor.

—No hables así de tu hijo — vacilo.

—No empieces — me apunta —, esta mujer es muy celosa, no quiero llegar a casa y que piense realmente que el chiquillo ese es algo de mi sangre. Es capaz de obligarme a hacer una prueba de paternidad para que me crea.

Jane abre su boca indignada y le da un manotazo en el brazo, alejándolo de su lado.

—Amor — la mujer me habla, ganándose mi atención —, ¿por qué no le hablas a Aitor y le preguntas qué tanto tiempo tardará?

Asiento, alejándome de donde todos se encuentran hablando y marco al celular de mi mejor amigo. Este suena varias veces y me manda al buzón. Relamo mis labios y lo vuelvo a intentar.

Nada.

Observo en la barra de notificaciones el símbolo de que tengo un mensaje nuevo sin leer, lo quiero abrir, pero una llamada me interrumpe. Aitor. La cojo.

—Heeeeey — me saluda alegre.

—¿Hola? ¿Dónde estás? — le demando —. Te dije una hora y tardaste más de lo normal, no hemos partido el pastel porque te estamos esperando.

Escucho una risa de fondo.

—Perdóname, ¿no viste el mensaje? — dice —. Aidan, no podré ir, ayudaré a Sue con algo y se lo prometí, no me fijé que sería hoy. Iré cuando termine, saldremos en la noche, yo pago todo, ¿de acuerdo?

—Ok, como sea — pongo los ojos en blanco.

—Zaboo — canturrea.

—Nos vemos, Aitor.

Le cuelgo.

Me siento como una novia a la que han dejado plantada. Desilusionado y enojado, pero sobre todo enojado.

Todo lo que Borris me ha dicho, me hace dudar de lo que me diga Blakely. Repito. Estoy en la posición de una novia que sospecha de una infidelidad de su novio. O es Sue o es Rebecca, ¿por qué demonios se hablaría con la rubia? ¿Una fiesta? ¿Tachas? ¿LSD?

Mi cabeza explotará.

Doy media vuelta y regreso a la mesa con toda mi familia, quizá mi cara no es la mejor, pues todos me miran en silencio y mi expresión de furia siempre ha sido muy evidente. Lo siento, no soy de controlar mis emociones.

—¿Y?

—Vamos a partir el pastel — delineo cada palabra.

—¿Seguro? — alguien insiste.

—Sí, no importa — intento sonreír.

—¿Se pelearon? Aitor jamás se ha perdido tus cumpleaños desde que se conocen, igual podemos seguir hablan...

—¡Qué no va a venir! — alzo la voz, dejando caer con fuerza mi celular sobre la mesa —. No hay diferencia si está o no, solo continuemos.

—Está bien, amor, cálmate — mamá posa su mano sobre mi espalda —. Vamos a encender las velas para cantarte *feliz cumpleaños*, Molly quiere ver cómo pides tu deseo.

—Vaya, que sorpresa, el mismo carácter de Luke — mi tía Jane puntualiza —. Cuidado que al rato nos manda a la mierda a todos.

—No ahora, Jane — tío Pol le llama la atención.

—De hecho... él lo hacía a la primera — André interviene.

—Y aquí vamos — mi abuela niega, tomando asiento.

—Aíñ, Bella, gracias por nivelarlo...

—Ya, por favor, yo encenderé las velas — abuelo se pone de pie y lo hace. Él deja a un lado la caja de cerillos y me mira sonriéndome —. Iniciemos.

Todos se levantan de su silla, excepto mi abuela, sin embargo, continúa con el canto al mismo tiempo.

—*¡Feliz cumpleaños a ti! ¡Feliz cumpleaños a ti!*

Se oye un coro y no puedo evitar reírme de lo tan desafinado que están. Lo repiten varias veces hasta que llegan al grado de confundirse y le piden a mi tía Jane que se calle por lo ruidosa que comienza a ser mientras dice "*Aidancito*".

—*¡Deseo, deseo, deseo!*

Observo a cada uno con una sonrisa, y me centro en mis abuelos, mi tío Pol, mi tía Jane, en mi mamá, en André que ahora se une más que nunca a la familia, y finalmente, visualizo mi reflejo en el plato, sabiendo lo que quiero. Espero que vean lo que soy hoy en día y no a quien me parezco.

Deseo que les deje de doler el recuerdo de papá.

CAPÍTULO 15

—No quiero que tomes — me sentencia, mirándome por encima del libro desde el comedor, camino hacia ella y le sonrío, cogiendo su rostro con una mano y darle un beso en la frente —. En serio, Aidan Daniel.

—Solo dos o tres copas — vacilo —, o unas seis o diez, las que sean bien recibidas en mi organismo.

Mamá me da un manotazo y su ceño se frunce, mostrándome lo tan desagradable que le pareció mi comentario. Escucho una risa de fondo y alzo mi vista, visualizando a Darel bajar de las escaleras con Molly entre sus brazos.

—¿Quieres llevar el auto? — el hombre me ofrece.

Hago una mueca con mi boca y niego.

—Vendrán por mí, gracias, aun así — elevo la comisura de mis labios y él asiente —. Llegaré a las tres.

—Eso no suena a pregunta — la mujer refuta.

—Porque no lo es — le doy un guiño y se pone de pie rápidamente —. ¡Dios, no! ¡Es broma!
¡Tranquilízate mujer!

—Harás que te encierre en el sótano y no salgas hasta el lunes por la mañana, ¿entiendes? — me señala con su dedo y deja a un lado el libro para mirarme directamente a los ojos —. ¿Con quién irás?
¿Con Aitor? ¿A dónde?

Relamo mis labios y ladeo mi cabeza, luciendo como un niño pequeño que no entiende sus palabras, mi madre me reta con la mirada y me río.

—Iré con otro amigo, no lo conoces, la fiesta es por la Villa Santa Lucía, son chicos del instituto, no hay por lo que te tengas qué preocupar. Me voy sobrio, llegaré sobrio. Lo prometo.

—Eso espero — suspira —. No quiero que estés haciendo cosas malas, eres un gran hijo y lo sabes muy bien — acorta la distancia entre nosotros y acaricia mi mejilla —. Te amo mucho, moriría si te pasa algo, mi vida.

Muerdo mis labios por unos segundos y sonrío.

—Yo igual te amo — confieso —. Descuida, todo estará bien, no es la primera vez que salgo a esta hora... y paremos, por favor, estamos haciendo una escena cursi frente a tu esposo y Molly — susurro lo último —. Comienza a darme, ya sabes, no me hagas decirlo.

Ella rueda los ojos y regresa al lugar donde se encontraba, cogiendo nuevamente el libro para seguir con su lectura. Observo como Darel juega con mi hermana menor a un rompecabezas que han comprado hace dos días y frunzo mis labios, ahora tengo ganas de jugar también...

Mi celular vibra y lo saco del bolsillo de mi pantalón, leyendo un mensaje de Borrís. Ok, es hora de irnos.

—Bien, ¡hasta la próxima! — grito, yendo hacia la puerta de la entrada —. Les aviso cuando ya esté de regreso.

Escucho como me gritan que procure cuidarme y salgo de la casa, palpando los bolsillos de mi chamarra para asegurarme que llevo todo lo necesario. A ver, repaso mental.

¿Documento de Identidad? Sí.

¿Celular? Sí.

¿Llaves? Sí.

¿Cartera? Sí.

¿Dinero? Sí.

¿Condomes? Sí.

Traigo conmigo todo lo esencial.

Visualizo el auto de Borrís al frente de mi casa y sonrío ante el recuerdo de que Aitor se suele estacionar en la esquina por mi madre. Qué loco, ya tiene tiempo que no sale para despedirme y decirle a mi mejor amigo que maneje con cuidado.

El chico se asoma por la ventana y enarca una ceja, observando cómo voy vestido, abro mis ojos, incitándole a que suelte lo que está pensando. Vamos, estoy acostumbrado a que Blakely siempre dispare algo en contra de mí.

—¿Camisa con diseños de lentejuelas? — cuestiona.

—Sí, ¿tiene algo de malo?

—Mmm, no, solo que es demasiado extraño verte de tenis sucios y jeans desgastados en los pasillos del colegio y en la noche pareces como si fueses a modelar, ¿te gusta ser el centro de atención?

—En ocasiones — me encojo de hombros y rodeo el auto para subirme al copiloto —. ¿Sabes? A veces se siente grandioso salir de tu zona de confort, deberías pensar en hacer algo diferente, nunca sabes si te podrá gustar.

—Lo he intentado — murmura, gira la llave encendiendo el motor e inicia el recorrido a nuestro destino —, pero ahora creo que prefiero abstenerme a mis actos, quizá más adelante lo haga, no lo sé.

—Como quieras.

Desbloqueo la pantalla de mi celular y busco entre mis contactos el nombre de ella. Me quedo pensando si mandarle un mensaje sea lo mejor, ¿y si me deja en visto? Joder, no perdía nada, de todos modos, nos faltaba hacer las paces, tal vez hoy podría ser el momento.

"¿Irás?"

Lo lee. Se queda así durante unos segundos hasta que me responde.

"Ya estoy aquí:), supongo que tú estás en camino"

"Ajam, en unos minutos estaré llegando... ¿puedo estar contigo?"

La chica tarda en responderme.

"No lo sé, déjame pensarlo."

Una duda, si Aitor está aquí, ¿tú con quién vienes?"

Muerdo mi labio inferior.

"Con un amigo, ¿acaso siempre tengo que estar con él?"

—Me está dando sueño — Borrís llama mi atención, dirijo mi vista a él.

—¿Es en serio? — hago una mueca —. Santa Madre, no vayas a quedarte dormido a media fiesta porque juro bañarte de vodka o de lo que sea.

—Qué agradecido, por un segundo creí que te ofrecerías a manejar, pero descuida, yo puedo — farfulla con ironía.

—¿Quieres que maneje? — le cuestiono.

—De regreso, ya estamos llegando — rueda los ojos.

<Claro, si crees que estaré consciente para cuando regresemos>, pienso.

Suelto un suspiro y una notificación de un nuevo mensaje aparece.

"Solo preguntaba, qué genio te cargas en estos días."

Creí que no querías hacer mal tercio."

Mi ceño se frunce al sentirme confundido.

"¿Mal tercio?"

"Trajo consigo a una chica..."

A pesar de que no quiero hacerme una de quien se trata, mi mente me mutila y bloqueo la pantalla del celular, guardándolo de nuevo en el bolsillo de mi chamarra. Dejo caer mi cabeza contra la cabecera del asiento y cierro mis ojos, escuchando el aire que entra por la ventana junto al ruido exterior de las calles de la ciudad.

No mido el tiempo hasta que Borrís me avisa que ya hemos llegado, con todos los santos sobre mis hombros, bajo del auto y cierro la puerta, echándole un vistazo a la casa. Es grande. Blanca y con diseños dorados. La música electrónica suena. Puedo ver que en su interior hay luces de colores.

¿Ya he dicho que quiero una de esas esferas para tenerla en mi habitación?

Miro sobre mi hombro, percatándome que Borrís venga conmigo, nos adentramos y con mi mirada busco a cualquier persona que se me haga conocida. Aunque yo fallo en el intento, alguien me sujeta de la mano, atrayendo a su cuerpo con fuerza.

—¡Pero qué hombre más sexy han captado mis ojos!

Arrugo mi entrecejo y me fijo que se trata de Darcy, aquella pelirroja que en la anterior fiesta fue quien se adueñaba de las estampillas de LSD.

—¿Gracias? — dudo.

—¡Tenía tiempo que no te veía! — se ríe —. Te agradezco tanto porque mis ojos ya no aguantaban ver tanta miseria por aquí, eres mi platillo favorito, Aidan.

Su comentario me causa gracia y me arrastra al centro de la casa, donde visualizo a Becca, Emily, Roy y a otras personas. Volteo a Borrís y lo cojo de la camisa para que no se separe, él parece estar perdido en aquel lugar.

—¿Desde cuándo ustedes dos se llevan?

Esa voz me hace girar al lado contrario en el que estoy de pie y es de esa forma en que me doy cuenta de la presencia de mi mejor amigo, aprieto mis dientes y vuelco mis ojos.

Aún sigo enfadado con él. No asistió a mi puto cumpleaños y nunca fue a verme, sino fue hasta el día siguiente que me felicitó en media clase de francés, juro que quería meterle un puñetazo por maldito mal amigo.

Aitor ve mi camisa y vuelve a mis ojos.

—¿Lentejuelas? ¿Ya detente con tu absurda moda?

—Vete al diablo — le doy un empujón con mi mano y escucho como carcajea —. Ya duérmete.

Una mirada castaña me atrapa y la atrapo.

Sue me regala una sonrisa a medias y se la devuelvo de la misma forma. Tomo asiento enfrente de Becca, y Borrís a un lado de mí, la mesa se llena de vasos y botellas de vodka, algunos escuchan las anécdotas que otro platican mientras el grupo de Roy corea las canciones.

Aitor saca un cigarrillo y lo enciende para tomar largas caladas, observo a su acompañante que le dice algunas cosas al oído y ambos ríen, algo dentro de mí se remueve, pero no es un sentimiento de celos o envidia, es de felicidad. Me siento bien por mi mejor amigo.

Borrís y yo damos tres shots seguidos de tequila, sin embargo, él los escupe, las risas inundan el espacio y niego con gracia. Esta acción me marea y me veo con la necesidad de sujetar mi cabeza para darle algunos masajes a mi sien.

—¿Quieren jugar? — Darcy pregunta, alzando una botella por lo alto, varios asentimos.

—Yo no, yo no juego — Sue se hace notar.

—Ay, por Dios, ¿a qué le temes? — Emily la mira mal —. Estás de aburrída.

—¡Emily! — Rebecca la reprende, golpeándola con su brazo —. No quiere jugar, no tienes por qué atacarla, por favor.

La rubia rueda los ojos y se deja caer contra el respaldo del sillón.

—¡Bien, beso manda!

—¿Beso? — Borrís cuestiona extrañado.

—Sí, aquí no manda el pico de la botella, manda la base donde estará el beso — ella explica y antes que pidamos más explicaciones, besa la parte inferior, dejándole un beso con labial rojo intenso —. Es verdad o reto, se cumple, se dice la verdad y si pasas, bebes todo tu vaso, ¿entendido?

Todos asiente y Darcy hace girar la botella sobre la mesa, todos se quedan esperando a que esta se detenga.

—¡Wuuu, Becca manda a Borrís! — gritan.

—¿Verdad o reto?

—Verdad — elige él.

—Nombre de la persona con quien tuviste relaciones sexuales — le pide.

Observo al castaño y este niega, cogiendo su vaso y bebérselo por completo.

—¡Oh vamos! — Aitor carcajea.

Borrís gira la botella y se detiene. Interesante.

—¿Verdad o reto? — mi mejor amigo le interroga a Becca.

—Verdad — se limita a contestar ella.

—Uy, a ver... ¿qué es lo que más te gusta de Aidan Howland?

Tallo mi rostro y niego ante esa pregunta.

—Mmmm, su inteligencia. Es una persona muy brillante.

—¡Oh, vamos, estaba esperando a que dijeras que su pene!

—¡Aitor! — mascullo, sintiendo el calor por toda mi cara.

—¿Inteligente? — la voz de Sue hace presencia —. Imposible de creer.

—No por nada es uno de los mejores promedios — Becca me halaga, mirándome retadora mientras coge la botella y la hacer girar.

Se detiene.

—¿Verdad o reto? — Roy le demanda a Aitor.

—Verdad.

—Del uno al diez, ¿qué tan rico folla Emily?

¿Qué? ¿Con Emily? ¿Se metió con ella?

Mis ojos se abren y los de mi amigo también, ambos volteamos hacia Sue quien enarca su ceja. Volteo hacia Aitor tratando de que me mire y así lo hace, disimuladamente niego con mi cabeza, haciéndole entender que no vaya a responder.

<No la cagues>, pienso.

Él logra entenderme y se bebe de golpe todo su contenido.

—¡Uhhh! — todos corean.

—¿¡Tan mala fuiste!?! — Darcy se burla de ella.

La rubia se limita a sacarnos el dedo corazón.

Mi amigo gira la botella y... suelto una carcajada.

—Oum, ¿verdad o reto, cariño? — Dankworth desliza sus palabras.

—Reto — suelto, encogiéndome de hombros.

—Pero miren esas pelotas — un moreno se burla, seguido de Roy.

—Te reto a que beses a la persona que más se te antoje — habla con claridad, sintiendo superioridad.

Tomo una bocana de aire y asiento varias veces, poniéndome de pie, me tomo mi tiempo mientras siento todas las miradas sobre mí, rodeo la mesa y antes de llegar a la rubia gimnasta, me detengo en su amiga pelirroja y la beso.

La chica no tarda ni un segundo en seguirme el juego y puedo sentir que tiene un piercing en la lengua. Algo tengo que puntualizar y es que se siente tan jodidamente bien sentir el metal de este en mi boca.

Me separo luego de unos segundos y regreso a mi lugar, dirigiendo mis ojos a los de Rebecca, está seria. Está odiándome, pero lo trata de disimular. Estira su mano con la que sujeta la botella y me la ofrece. La tomo.

Hago que gire en el centro de la pequeña mesa y se va deteniendo poco a poco. Ahora los papeles se invierten.

—¿Verdad o reto? — Dankworth le dice a Blakely.

—Otra, dame reto.

—Genial, te reto a que hagas un beso de tres entre tú, Aidan y Borris — sonrío —. El beso tiene que durar diez segundos y si no hay toque de lengua, no cuenta.

—Coño e' tu madre — murmura —. ¡Tú estás loca si crees que voy a besar con mi mejor amigo! ¡Es como mi hermano, mi compa, mi brother!

Háblame en español, no entendí lo primero — ella le dice entre risas —. Vamos, escogiste reto, no te hagas.

—Aitor — lo llamo.

—¡A parte, quieres que me bese con este piripicho!

Una fuerte carcajada sale de mi garganta y me pongo de pie.

—¿Piripicho? — Borrís pregunta confundido, copiando mi acción.

—Joder, estás haciendo un drama total — le digo —. Ven, trata de tranquilizarte, solo es un puto beso, ¿no lo ibas a hacer en el gimnasio? La única diferencia es que habrá una tercera persona, no es nada que no hayas hecho antes.

—Tengo dolor de cabeza — susurra.

—Mafoo — lo hablo.

Él voltea a verme y, sin esperar, le cojo la cara y lo beso. Lo conozco y sé que no se echará atrás una vez que ya está en la acción. Ocurre, él mueve sus labios y... sí, estoy besándome con mi mejor amigo. Su boca se mueve a la par y escucho todos los gritos eufóricos a nuestro alrededor.

Se separa y carcajea.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi ángel Daniel? — se burla.

—¡Dije beso de tres! — la rubia canturrea.

—Ven, cabrón — le dice Aitor a Borrís —, más te vale que valga la pena.

Ambos acceden y se besan frente a mí.

Oh, puta madre. Esto es demasiado raro para mí porque Aitor es bisexual y ahora que tengo conocimiento de que Borrís es gay. No sé cómo lo tomaría mi amigo al saber esa información. Por favor.

—Yo paso, jamás he dado un beso de tres, no quie... — intento zafarme de la situación, pero uno de ellos me atrae al beso.

Ok.

Este es mi primer beso de tres, nunca soñé que fuese así, sin embargo, ya no importaba si me quejaba o no.

Y como Becca lo pidió, el beso dura diez segundos, siento la saliva de ambos y como el sabor del alcohol está presente en nuestras bocas. Mi pequeña personita corre en círculos dentro de mi cabeza y suplica que no sepa de quien es la lengua que choca con la mía. Prefiero morir ignorante.

Nos separamos y diviso a Aitor salir corriendo a la cocina por más alcohol. Borrís vuelve a su lugar y yo me mantengo de pie. Por el rabillo del ojo, me fijo en como Sue se aleja de nosotros y carraspeo, yendo hacia ella.

—¿Ocurre algo? — le interrogo una vez que estamos afuera.

La castaña gira sobre sus talones.

—Es desagradable estar aquí — masculla con una mueca.

—¿Desagradable? ¿A qué te refieres con eso?

—No me agrada la gente como ustedes — niega —. Son muy... liberales.

—¿Liberales? ¿Qué tiene de malo eso?

—No me entenderías, eres igual que ellos, los dos, tú y Aitor — ríe —. Piensan que tienen el mundo a sus pies y a veces hacer todo lo que hacen no deja nada bueno.

—Te equivocas — hablo lento.

—No, no lo hago. Son hijos de papi, son ricos y creen que jamás se les acabará. Eres un Howland, ¿no? — relame sus labios y suspira —. Por un momento creí que Aitor no se envolvía como aparenta, sin embargo, su padre es embajador de Escocia, él sabe que si se mete en problemas su padre vendrá corriendo para soltarle dinero.

Mis cejas se juntan.

—Detente, el hecho de que su padre sea rico no quiere decir que dependa de él, lo conozco mejor que tú y es un chico tan simple...

—¿En serio crees que no depende de su trabajo? Por favor, todos ustedes son una bolita de dinero que imaginan tener una vida tan fácil, van a fiestas si es posible todos los días, toman hasta la última gota de alcohol, fuman lo que se pueda quemar, no se tienen respeto y no me sorprendería que sus calificaciones estén arriba con signos de dólares — se cruza de brazos y se percata de que no venga Aitor —. Lo poco que vi hoy me hace saber que no me gustaría mezclarme en ese círculo.

Abro mi boca, tratando de procesar toda la mierda que ha dicho, porque es eso. Una completa mierda. No tiene ni un poco de sentido y cree conocernos a la perfección con tan solo ver lo que le hemos mostrado. Una sola capa.

Aquello me enoja, la cólera me llena, quiero contenerme y no decir absolutamente nada que pueda ser veneno, Sue está siendo demasiado injusta y no es la primera vez que lo hace.

—¿Te gusta juzgar a lo estúpido? — demando, ella pone en alto su cara —. No tienes ni una puta idea de lo que somos como personas. Vas por el mundo con tu imagen de chiquilla que no daña nada haciendo suposiciones de la vida de otros — acorto un poco la distancia entre nosotros y prosigo —. Crees saberlo todo porque dependes de unos malditos medicamentos, piensas que otros "*arruinan*" su vida mientras tú tienes que cuidarte — hago énfasis y comillas con mis dedos ante tal palabra —.

Detente. No todos tienen la culpa de lo que le pase a uno, cada quien es libre de disfrutar su jodida vida

como quiera, y tampoco creas que tenemos nuestra eternidad resuelta por el simple hecho de tener dinero.

—¿Ahora tú me estás juzgando? — retó.

—No, Forester, yo no te juzgo, nunca lo hice cuando te conocí, solo te estoy leyendo como tú lo hiciste con nosotros — di un paso hacia atrás —. ¿Sabes por qué? Porque a mí me enseñaron a conocer a las personas antes de sentenciarlas por lo que aparentan.

—Te estás contradiciendo — musitó.

—Sabes perfectamente que no. Oh, y cuando quieras puedo darte clases de cualquier materia, mi promedio es por lo que sé y no por el dinero de mis abuelos, porque sí, soy un Howland, pero también me apellido Adams — finalicé, girando sobre mi propio y alejarme de ahí.

CAPÍTULO 16

Vuelvo escribir la oración y tras varios intentos logro completarla, mi cabeza me duele y el párpado inferior de mi ojo derecho pulsa, sé que es por tanto estrés, igual por no dormir bien. Continúo con las otras y relleno la hoja del examen, alzo mi vista en busca de mi mejor amigo que está en otra mesa, no tengo idea si está respondiendo bien o solo escribir por rellenar los espacios.

Nos hemos peleado por culpa de Sue. La pequeña demonio lloró con él y no le dijo la verdad, solo le mencionó que yo la estuve molestando, no sé qué planea y tampoco la reconozco, esa no es la chica que conocí en la tienda de antigüedad, todo comienza a irme mal. A pesar de querer tirar la toalla por instante, prefiero seguir adelante en el instituto.

Rebecca se ha discutido conmigo por celular. De acuerdo, no debí besar a Darcy solo para molestarla, pero eso no fue lo peor, lo fue el acostarme con una amiga de ella que se llama Lizzie, a pesar de que Becca no lo supo, me siento demasiado culpable, soy estúpido cuando me enojo y, sobre todo, mis hormonas me controlan.

He visto a Borris con una bolsa de hielo, aún me pregunto para qué la traje consigo.

Miro el reloj que cuelga en la pared y me fijo que falta media hora para que la profesora recoja los exámenes, le doy una última mirada a Aitor y me pongo de pie, alzando las hojas de papel, la mujer asiente, dándome acceso para que le entregue el examen y me retire.

Mi mejor amigo no me mira ni por un segundo, por lo que sin rechistar ni perder otro segundo, salgo del salón de clases. Algunas personas van y vienen por los pasillos, con mi mano sobre mi hombro, camino al baño y me adentro para enjuagar mi cara y mis manos.

Una vez afuera, tomo una bocanada de aire, me dirijo hacia el gimnasio, diviso a Becca practicando junto a otras chicas y chicos.

—¿No tenías examen?

Escucho esa voz a mis espaldas, detengo mis pasos y dejo que Borris me alcance. Lo miro.

—Ya terminé.

—Guao, qué genial — murmura.

—Ajá.

Nos adentramos al gimnasio y ambos recibimos todas las miradas, sin embargo, a mí solo me interesa una, en serio necesito hablar con la rubia. Ella rueda los ojos y sigue con su ejercicio de calentamiento, le hago una seña al castaño para que se quede sentado y me acerco.

—Tenemos que hablar — susurro.

Becca sonrío falsamente.

—Hoy no puedo, tengo práctica y necesito ejercitarme, la semana pasada falté por cosas que tú y yo sabemos, así que si me permites... — pasa a un lado de mí, alejándome con su hombro —, voy a continuar con esto.

—Rebecca — arrastro su nombre con laxitud.

—Aidan — me copia.

Bufo de mala gana y doy un paso hacia atrás.

—Entonces, me veo con la necesidad de decirlo en voz alta... — inicio, cruzándome de brazos.

Aunque el ruido de las puertas del gimnasio abriéndose, me interrumpen. Brendon y sus otros dos amigos, Jean y Riley, se adentra. Vestidos con el uniforme del equipo y el casco en sus manos, el hermano de Becca me ve con furia y sé que viene contra mí.

Putra madre, ¿ahora qué hice?

—¿Qué este imbécil no anda contigo? — le interroga a su hermana.

—¿Ahora qué quieres Brendon? — ella suspira, acercándose a él.

—Pasa que este imbécil se folló a Lizzie — indica —. Mi novia.

Mi mandíbula se tensa y miro a la chica, quien forma un gesto de confusión, su ceño se frunce y me mira esperando a que responda. Vamos, esto no lo tenía que saber. Maldita sea. Me metí de nuevo con alguien que tenía novio.

¿Cómo fue que se enteró?

—¿Es cierto? — Becca me pregunta.

Carraspeo y miro por el rabillo de ojo como Borris se pone de pie.

—Lo siento — menciono y ella pasa su mano por su cara —. No sabía que era tu novia, se supone que tú andabas con Maddison.

—¡Son novios desde hace tres días! — la chica farfulla.

—¿Qué no te enseñan a respetar relaciones? Desde que te topaste con mi hermana, solo me vienes jodiendo la vida día tras día, te dije la última vez que esto no se quedaría así, decidí dejar todo por la paz por mi hermana, pero se acabó.

Rasco la punta de mi nariz y lo encaro.

—Para empezar, quien mantenía un compromiso aquí es tu novia, yo no tenía ni una idea de que era algo tuyo, ya te dije. Si le vas a reclamar a alguien, es a ella.

—¡Aidan! — la menor grita.

—Estoy hasta la madre de ti — refuta.

Y es lo último que dice porque suelta un golpe. No con el puño, lo hace con el casco. Intento meter la mano y recibo el impacto en el brazo, lo alejo de mí y me vence tirándome al suelo, el hecho de que esté arriba de mí le da acceso a su objetivo y recibo varios golpes de su parte, uno en la esquina de la boca, el cual hace que me desangre.

Me fijo en como vuelve a sujetar el casco y me golpea con este, los gritos de Becca y Borris se oyen, no sé si los estén sujetando o algo, pero sé que comienzo a ver borroso, un movimiento en falso por parte suyo, me da ventaja y lo tiro boca abajo.

Tengo todo encontrado, lo de Aitor, la pelea con Sue, mi dolor de cabeza, que él siempre quiera hacer una riña, que me haya expuesto frente a su hermana, todo me llena de rabia y hago lo mismo, si él juega sucio, también lo haría yo.

Cojo el casco y con una mano lo sujeto, solo me limito a darle tres con todo lo que cargo, la fuerza es demasiado, pues mi mano entre las rendijas se lastima por como las sujeto.

—¡No, Aidan, Aidan!

Me toman de los hombros, alejándome del cuerpo de Brendon. Mi vista sigue nublada y miro mis manos que tienen un poco de sangre, mi respiración está agitada, alzo mi mirada y observo al director que está con sus ojos sobre mí, completamente impactado.

★.....★.....★

—Estás suspendido por un mes — sentencia.

—No, es broma, tengo proyectos finales, estamos en fechas de exámenes, no puede — niego repetidas veces —. Director, afectará mi promedio y mi carpeta estudiantil.

—Aidan, eres uno de mis mejores alumnos, pero no puedo permitir estas faltas — niega —. Los dos estarán expulsados, y deberías preocuparte por lo que hiciste, no sabemos si los padres de Brendon levanten una demanda, está herido — me informa —. ¿Qué es lo que te ocurre?

Bajo la vista al suelo y asiento lentamente.

—Lo siento, él empezó.

—Lo que haya sido. Yo lo siento más, no quisiera afectarte, sin embargo, lo que hiciste está mal, ya tienes tres reportes. Necesito que el día de mañana venga tu tutor para que firme.

Fijo mis ojos sobre lo de él y suspiro.

—Mi mamá está de viaje y regresa en dos semanas, ¿puede venir mi abuelo? — intento saber.

—Claro, solo es para que le informe tu situación y firme que está de acuerdo con tu expulsión.

—Bien, gracias.

—Cuídate, piensa bien las cosas, Aidan.

—Hasta mañana — me despido, sujeto mi mochila y salgo de su oficina.

No pienso hablar con nadie hoy, no a alguien de este puto instituto de mierda. Estoy cansado de todo esto y tener que hacer lo rutinal, voy a repetir el curso a menos que los docentes con quienes tengo clases me quieran ayudar.

Tendría que suplicar y mandar correos electrónicos a cada uno. En qué situación más pendeja me he metido.

Me pongo mis cascos e intento poner música, sin embargo, me doy cuenta que mi celular se ha descargado. Los dejo colgando en mi cuello y voy a la parada, haciéndole seña a un taxi. Le doy la dirección y en el camino pienso la manera en que le explicaré a mis abuelos que me han sacado del colegio por un mes, no quiero alararlos, pero ocupo que sean como mi barrera mientras busco la forma de lidiar con mi madre.

El señor me avisa a que hemos llegado y le pago lo indicado, bajo del auto deseándole buen día y me adentro, a pesar de mi mal genio, me percató de que la reja ya no chilla. Le han puesto aceite. Hurra.

Doy una risa. La puerta de entrada está abierta, con cuidado entro y me asomo, mirando el interior de la casa, dejo mi mochila en el sillón y escucho unos gritos al fondo. La cocina.

Mi ceño se frunce, son parloteos de mis abuelos, distingo la voz de mis tíos y hasta la de André.

Entre más corto la distancia, mejor voy distinguiendo lo que dicen. Antes de llegar a la puerta, me paro en saco al escuchar mi nombre.

—¡Aidan ya no es un niño! ¡Ya tiene diecinueve años! ¡¿Cuándo pensaban decirle?! — la voz de mi tía Jane demanda —. ¡¿Cómo creen que lo vaya a tomar hoy en día?!

—Jane, cálmate, te hará mal. Estás embarazada — tío Pol menciona.

—¡Un demonio! — grita.

—Sé que no debería meterme, pero...

—Oh vamos, André — mi tío lo interrumpe —. Tu apoyaste por completo a Bella cuando decidió no decirle nada a Aidan. No me sorprendería que tú supieras que ella estaba embarazada cuando escapó de Australia para irse a Canadá sin decir nada.

—Yo no sabía — se defiende —. Me vine a enterar de la existencia de Aidan el mismo día que Jane y que todos ustedes.

Aquello me deja confundido y me obliga a repetir en mi mente lo que ha dicho él. ¿Mamá escapó del país conmigo? ¿Se fue a Canadá? ¿Cómo es que todos supieron de mí el mismo día? Estoy colapsando y mi vista borrosa regresa.

—Por favor, ya — mi abuela pide.

—Tía, usted sabe que es lo correcto. Ya no pueden seguir esperando, tienen que decirle todo, fue estúpido que apoyasen la idea de Bella, todo por el bienestar del niño, él ya es un hombre, tarde o temprano se enterará.

—Hasley ya lo conoce — mi tío André murmura —. Me lo dijo hace unos días, lo conoció en una tienda. No sabía nada. Imaginen, enterarse muchos años después que la persona que más amate y te amó, tuvo un hijo con su primera novia.

¿Qué? ¿Primera novia?

—Es injusto y egoísta no decirle la verdad a Aidan, y me duele porque es un gran chico que no merece vivir en esta mentira — la voz de mi tía Jane se rompe y solloza —. Sé que se le partirá el alma enterarse, pero necesito limpiar mi consciencia, todos... tío Jason...

—Si le decimos todo... tendríamos que hablar de su adicción, tendríamos que revivir su ansiedad, su problema de autolesión, la muerte de Zach... todo, decirle que murió por alguien más — mi abuelo se escucha cansado y triste, puedo sentir su voz.

—Su intento de suicidio — André prosigue.

Mi espalda choca contra la pared y me siento la persona más débil e impotente, entonces, entiendo por qué no les gusta hablar de él cuando les pregunto.

—André — su prometida lo reprende —. Tío, yo sé que tiene miedo de perder lo único bueno que tiene en su vida, teme a que Aidan le agarre un odio irreversible, pero es justo que lo sepa, si realmente ama a su nieto y se arrepiente de todo el maltrato físico y emocional que usted le proporcionaba a Luke, le dirá la verdad. Luke lo perdonó y siempre lo quiso, yo sé que Aidan igual lo hará y lo seguirá haciendo. Ya perdió a dos, no pierda a uno en vida.

—Aidan es lo único que me queda de Luke, y yo sé que nunca voy a remediar todo lo que le hice a mi hijo, sin embargo, intenté ser lo mejor para el suyo, en serio que hago mi mejor esfuerzo.

—Papá, Aidan te ama demasiado, creo que hasta más que a su propia madre, pero es justo hacerle saber todo lo que le hiciste a Luke, él nunca te juzgó por los golpes e insultos y mucho menos te dejó de querer, nunca quiso verte mal, así que hazlo solo por su memoria — tío Pol sorbe por su nariz y escucho algunos pasos.

Mis labios se entreabren y mis ojos se cristalizan, llenándose de lágrimas que no tardan en salir, recorriendo por mis mejillas. Siento un dolor en mi pecho y la imagen que tengo de mi familia se rompe en trizas.

—Opino que Bella le explique el por qué se fue estando embarazada, es su madre, ella debe ser quien le diga que Luke nunca supo de su existencia — mi tía Jane dice —. Me siento mal.

Y eso me colapsa en su totalidad. Mi mundo se viene abajo, todo lo que tengo de vida se resume a una completa mierda, una puta mentira con la que me han segado diecinueve años, he vivido en una familia donde prefirieron colorear mi vida de rosa, con arco iris y nubes perfectas.

—¿Qué tienes? — escucho a André.

Mi respiración se agita y el aire me hace falta, mis pulmones se hacen pequeños y mis manos tiemblan, me siento enfermo y quiero gritar, necesito llorar y quitar el puñetero dolor que aplasta mi pecho. Me siento del asco, me siento enfermo y me siento una completa replica de alguien que ellos esperan revivir por toda la culpa que los invade.

He tenido un mundo falso, amor que no sé si es por lo que soy o por lo que valgo como imagen, como un puto Santo al que velan cada domingo en una iglesia, me han llenado de mentiras, diciéndome año tras año lo que mi padre según pensó cuando supo de mi existencia. Él nunca supo que yo venía a esta jodida línea de vida.

Saber que la persona que tanto amo es la misma que le hizo vivir un jodido infierno a quien fue mi padre, hace que me queme, que desee morir un rato mientras pasa todo este dolor.

El dolor de cabeza aumenta y un odio a mamá nace en mí por decir que me ama tanto cuando ella fue quien decidió irse. Me impidió conocer a quien hoy habría sido mi padre.

Exploto de llanto y grito todo lo que puedo, sintiendo como mis cuerdas vocales raspan y mi garganta duele. Mis manos se hacen puño o las pocas uñas que tengo se entierran en mi palma.

—Aidan — escucho un murmuro, obligándome a abrir los ojos.

—Cariño — Jane intenta acercarse y me alejo, tropezando con unos objetos.

—Aléjense de mí, todos ustedes son unos putos mentirosos — siseo, tengo un odio, uno que me alimenta —. Todo este maldito tiempo, me han visto como su ofrenda para que puedan pagar sus pecados. Solo soy como un... — me río sin gracia —, como un acto benéfico para limpiar sus consciencias, ¿verdad, abuelo?

—Hijo — Pol intenta acercarse y doy varios pasos hacia atrás.

—Cállate, cállense, todo este tiempo escuché sus mierdas, ahora todos ustedes escúchenme a mí. Me alegro que su historia bonita de la familia feliz y perfecta les haya salido bien, casi veinte años sosteniendo cada bazofia — las palabras me duelen, tengo dagas en la garganta, dagas que no me matan y eso hace más lento mi sufrimiento.

—Aidan, por favor — André suplica.

—¿Qué tú no eras su mejor amigo? Que decepcionado debe de estar de ti al saber que le estuviste mintiendo a su estúpido hijo en su memoria, ¿cómo podías contarme todas las maravillas que según él

esperaba de mí? ¡Pura mierda! — replico, mi respiración es agitada y pesada, poco a poco me comienzo a sofocar.

—Amor — mi abuela murmura y la miro con el corazón roto.

—Desde que nací me han visto como él — suelto un sollozo y los observo —, por eso siempre me comparaban, que si Luke hacía esto, que si Luke era así, que si a Luke le gustaba no sé qué... solo lo visualizaban en mí porque la consciencia de todos ustedes no estaba limpia. ¡Pues entérense de una puta buena vez que no soy él! ¡Jamás lo he sido! ¡Y jamás lo seré! ¡Luke Howland está muerto! — finalizo gritando lo más fuerte que puedo, haciéndoles saber que esto acabó, que ya no pienso seguir y todo lo que construyeron ya no volverá a levantarse.

CAPÍTULO 17

Aidan Howland

El silencio es incómodo y mi campo de visión solo es oscuridad, hay dudas y un rompecabezas sin armar en mi mente, mientras los minutos pasan, esto se vuelve sufrible. Ahogo un jadeo, mordiendo mis labios con fuerza y me aferro a la sábana, cerrando mis ojos, queriendo más resistencia para mi débil umbral de dolor.

Decido erguirme sobre la cama, tanteando la orilla de esta, los dedos de mis manos se encuentran helado y mi aliento se ha vuelto endeble, el vacío que siento me hace saber que esto es real, no se trata de un sueño.

En toda la oscuridad en la que estoy sumergido, una tenue luz alumbró a mi lado, mi celular vibra y lo cojo. El brillo de la pantalla me daña la vista por unos segundos, obligándome a entrecerrar los ojos, el texto que Aitor ha mandado me importa tan poco que decido mandarlo a papelería.

Me pongo de pie para encender la luz de mi habitación. Mi resistencia emocional es tan frágil que me apoyo de espaldas contra la pared, mirando directamente a la ventana, la cual está cubierta con cortinas oscuras, negándole el paso a la luz solar, la impotencia de ser no poder ser fuerte me gana y mis ojos vuelven a deshacerse en lágrimas contenidas de odio, ira y tristeza.

Me desplomo por completo y abrazo mis piernas, sabiendo que solo me tengo a mí.

Estoy como un guerrero inerme y con la guardia en bajo, sin armas con las cuales defenderme, desnudo y desolado. Soy un astronauta que ha perdido su ruta en el espacio o como un satélite completamente solo.

Ahora todo es diferente, he despertado y grito a todo lo que me hace daño, mi nave ha explotado, la gravedad me consume y lo único que quiero es regresar, regresar a la tierra y saber que hemos preferido abortar la misión, pero sé que no es posible, estoy lo suficiente lejos para que alguien me encuentre.

Mis ojos están hinchados, rojos y cansados de llorar, el golpe en el abdomen y el del rostro ya no duelen, pues la miseria en la que vivo los ha eclipsado.

Seco las lágrimas y me pongo de pie, haciendo mi mejor esfuerzo, necesito salir un rato de esta mierda, debo continuar y sumergir lo que me intenta arrematar, sin embargo, sé que será difícil, jamás me había sentido así, no con el alma y el espíritu roto. Nunca tuve monstruos internos, pero ahora los acabo de conocer y al perecer tienen años práctica porque nadan muy bien cada que los intento hundir.

Cojo mi toalla y entro al baño, no me importa la temperatura del agua, esté helada o caliente será bien recibida, quiero sentir otra cosa que no sea este nudo en mi garganta que me corta la respiración.

El ruido de la regadera se vuelve mi sonido favorito y le permito a mi mente que juegue de nuevo.

Toda mi familia me mintió, mi abuelo, la persona que yo más amaba, me usaba como medicina para su remordimiento, André que siempre me llenó de falsas historias, Jane que no paraba de compararme con él, mamá que huyo del país, son tantas cosas que no sé cuál de todas ellas es la que más me duele, si el que todos siempre me hayan mirado como la resurrección de él o que fueron capaces de hacerme creer que siempre supo de mí.

Al finalizar, prefiero vestirme de la manera más sosa, no tengo ganas de verme bien, de todos modos, solo huiré. Completamente de negro, pants, sudadera y tenis.

Busco mis llaves junto a mi cartera y guardo todo en mis bolsillos, reviso en unos cajones de la cómoda aquel gorro gris que le he robado a Aitor hace unos meses y me lo pongo, trato de ocultar algunos espirales de mi cabello, pero fallo porque ya está largo y algunos se escapan volviéndose visibles.

Tomo una bocana de aire y salgo de mi habitación para bajar hacia la sala, mis pasos son despreocupados, pero largos. No quiero toparme con ella, no quiero mirarla, siquiera puedo escuchar su voz.

El día en que me enteré de todo, ya le habían avisado, porque apenas abrí la puerta de la casa, ella me esperaba de pie detrás del sillón pequeño con una mirada desolada y culpable, sus ojos rotos al igual que mi voz.

Solo me murmuró un *"lo siento"*, uno que me hizo explotar de ira al borde del colapso.

Mis ojos arden al igual que labios de tanto que me los he mordisqueado. Entro a la cocina y cojo una botella de agua, giro sobre mi propio eje para regresar y me paro en seco al verla en el marco de la puerta.

—No puedes seguir así — murmura, arrastrando cada una de sus palabras.

Trago saliva y me acerco, acortando el peso mientras le miro a los ojos.

—Obsérvame — siseo, pasando a su lado.

—Aidan, por favor — suplica.

En medio de la sala, vuelvo a encararla y rasco el puente de mi nariz, sintiéndome desesperado por la situación.

—¿Por favor qué? — gesticulo, juntando mis cejas —. ¿Quieres que te escuche? ¿Que los escuche a ellos? ¿Para qué maldita sea? Si todos ustedes son una bola de mentirosos, que nunca se pusieron a

medir todo lo que podían destruir en un futuro, ¿por qué debería tenerles consideración cuando ustedes no lo tuvieron conmigo durante más de quince años?

—Amor, te juro que yo solo quise protegerte, eres mi bebé y... lo único que siempre he querido es verte bien, no podía permitir que la verdad te causara daño.

Y ahí están de nuevo, las putas lágrimas que me vuelven jodidamente incapaz de no querer mostrar sentimientos, pero no puedo hacer nada, si la realidad es que estoy hecho mierda por dentro.

—¿La gran y firme Bella Adams decidiendo eso? — me burlo con toda la intención de herirla.

—Aidan, no me hables así — sentencia.

Echo una risa irónica y seco debajo de mis ojos.

—No querías causarme daño — repito —. Déjame decirte que tú y todos ellos lo han hecho de la peor forma, ¿jamás has escuchado que es mil veces mejor la verdad que la mentira? Todos ustedes creen que me hacían un bien cuando nunca fue así, me dejaron vivir en una jodida mentira que alimentaban cada vez más, hacían que la bola de nieve creciera con el paso del tiempo, pero no se dieron cuenta que en cualquier momento esta chocaría y se desmoronaría.

» Viví creyendo que él me vio nacer, dejaron que mis ilusiones crecieran para después romperlas con una bola de demolición, me lamentaba por no tenerlo a mi lado, sin embargo, creer que supo de mí se volvía reconfortante para mi puto sentimentalismo, ahora enterarme que él jamás me contó como parte de su vida se ha convertido en un suplicio del cual no hallo la manera de salir. Me está quemando, y permíteme decirte que no exagero cuando te digo que me duele de verdad.

Mamá me sostuvo su mirada quebradiza y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Me valía un carajo que estuviese llorando, pudo haberse ahorrado todo este melodrama si ella me hubiese dicho todo desde el inicio.

—Algunas cosas duelen, las cuales son mejor no decir — musita, su voz tiembla, está a punto de quebrarse frente a mí —. Yo nunca lo vi reflejado en ti, tú lo sabes, Aidan.

—Que bien, porque yo no soy él.

—Lo sé — asiente, dándome la razón.

—Solo lo preguntaré una vez, ¿cómo murió? — digo a cascarrabias —. Quiero la verdad, nada más te estoy pidiendo la verdad.

Ella aprieta sus labios y mira al suelo por un momento, está pasando la colera e impotencia combinadas al mismo tiempo. Vuelve a mis ojos y respira hondo, pasando el dorso de su mano por su nariz.

—Murió por salvar a una chica — titubea —. La chica era especial para él, su amor desde la infancia — sonrío con dolor —. Fue un accidente de tránsito.

No hago ningún movimiento, hay algo dentro de mí que se estrangula.

—¿Quién es o era esa chica? — hablo por lo bajo, teniendo la respuesta bajo mi lengua.

—Amor... — pide.

—Dime. Tú lo sabes.

Mamá se toca el pecho y respira varias veces.

—Ya la conociste.

Lo sabía. Lo supe cuando André lo dijo aquel día, cuando pronunció su nombre y mi mente viajó a la vez que conocí a la madre del pequeño. Ahí entendí su actitud y el hambre de curiosidad que tuvo al decirle quien fue mi padre, la manera en que me miró y no dejó escapar ningún detalle de mí.

"Para tu padre era Weigel. Nunca creí conocerte, Aidan. De hecho, no pensé que Luke hubiese tenido un hijo."

El recuerdo me convirtió en alguien desvalido. Mis piezas no se unían, no encajaban, es como si fueran de otro rompecabezas y las pequeñas partes se hacían diminutas, en añicos y no había poder que las arreglara.

—¿Por qué papá nunca supo de mí?

—Te lo contaré todo, pero necesito tiempo, necesito que estés bien, cariño — se lamentó lagrimeando.

—¿Tiempo? ¿¡Cuánto tiempo más necesitas!? ¿¡Qué tiempo!? ¿¡Para inventar otra historia!? — grito, dejando salir el cúmulo de emociones que comienza a desbordar mis murallas, mi caja de protección y los vendajes de mi corazón desangrando—. ¡No voy a estar bien! ¡No ahora! —sollozo—. No me... no me pidas eso — balbuceo —, no me pidas que esté bien cuando tú participaste en lo que soy ahora. Un maldito niño que se siente acorralado.

—Luke no me amaba, Aidan — jadea —. Al saber que estaba embarazada de ti, lo mejor que hice fue huir, no quería atarlo, él ya vivía lo demasiado infeliz para obligarlo a estar con alguien — confiesa, cubriéndose la boca con ambas manos y sollozar —. Pensé que era la mejor opción, tenía planeado decirle sobre ti, pero las cosas salieron mal...

—Tuviste seis meses para decirle la verdad y a mí diecinueve años, parece que ocultar las cosas se te dan bien — mascullo.

—Aidan, tus palabras duelen — admite.

—Y tus mentiras también — devuelvo.

Me mira dolida y con sus manos sobre su pecho, suplicándome que me detenga.

—La vida de tu padre no fue un cuento de hadas, y preferimos darte una imagen más pulcra de él. Perdóname, bebé.

Guardo silencio, midiendo mis palabras. Ya no quiero continuar, estoy cansado de esto, necesito dejar de escuchar, igual de sentir. Dormir un rato y bloquear el dolor que esto me causa. Poso mis ojos sobre los de ella, dándole una mirada filosa.

—Al parecer sí tenemos algo en común él y yo, que las personas que más amamos son quienes nos han jodido la vida.

Es lo último que decido soltar y salgo de la casa, dándole la espalda sin dejarla decir otra cosa. Siento mi cabeza enorme, mis ojos pequeños y mi vista está completamente nublado, a pesar de todo eso, quiero llorar, quiero seguir haciéndolo mientras grito, también prefiero estar, aunque la verdad es que ocupo el hombro de alguien.

Le hago la parada a un taxi y le doy la dirección, el hombre asiente y le pago para no tener que esperar el cambio una vez que baje del carro.

Mi frente choca con la ventanilla y el sonido de mi celular, priorizando una llamada me obliga a contestar, no me fijo de quién se trata, solo lo llevo a mi oreja y escucho esa familiar voz.

—Aidan — Becca dice —, necesito decirte esto.

Relamo mis labios y suspiro, haciéndole saber que la estoy oyendo.

—Dime — murmuro con la voz ronca.

—Mis padres han levantado una demanda en tu contra — me informa, sonando preocupada.

—Lo supuse — suspiro, tragando saliva.

—Les he dicho que Brendon igual te golpeó con el casco, aunque prefirieron que un juez evalúe los golpes de cada uno. Le pusieron puntos. Te aviso para que puedas hablar anticipadamente con tu familia.

Oír esa palabra me decae.

—Gracias, Becca. Nos vemos.

Ella se despide igual y cuelgo. El conductor me avisa que ya hemos llegado y le agradezco al mismo tiempo que bajo. Mi celular regresa al bolsillo de mi sudadera, el pasto está seco, pero mantiene su color verdusco, acomodo nuevamente el gorro en mi cabeza y me adentro, hay pocas personas, algunas sumergidas en su pérdida y otras recitando.

Me dirijo hasta el fondo y con pasos titubeantes me acerco al lugar, su nombre escrito y el diseño de color crema me deja pensando en muchas cosas.

El peso en mis hombros se hace presente y a mi cabeza vienen todos los problemas que se me han acumulado, la expulsión, mi distanciamiento con Aitor, la pequeña demonio de Sue, Becca queriendo odiarme, mi familia y ahora la demanda de Brendon.

Joder.

Me dejo caer de rodillas frente a su lápida y me transformo casi como un niño pequeño que se ha extraviado, que soltó la mano de su madre y no la encuentra. Hay vacío y soledad, frío y miedo. Hay de todo, pero a la vez veo nada.

—Siempre vine a la tumba de alguien que no supo nunca de mí, de alguien que no sé si me escucha, de alguien que solo creo conocer por anécdotas, unas anécdotas que se han vuelto mitos, historias y cuentos para que pudiese vivir en paz. La verdad es que perdí la noción de qué si es cierto y que no. Entonces, en este punto de mi vida me encuentro fuera de lugar, lejos de tu constelación porque nunca fui parte de ella.

» No tengo ni una jodida idea si me hubieses amado como yo te logré amar a ti por medio de mentiras, sin conocerte, sin haber tenido un mínimo contacto o sin saber si realmente eres mi padre. No sé qué ocurrió en tu vida, pero algo dentro de mí ha muerto contigo. Sólo ayúdame a perdonar como tú lo hiciste con mi abuelo, porque siento que el odio me consume y me estoy perdiendo en un laberinto del tamaño de un hoyo negro. Me duele la cabeza, también el corazón. Me duele seguir de pie y odiar... me duele vivir.

CAPÍTULO 18

Aidan Howland

—¿Por qué una perforación? — Borrís me pregunta, manteniendo su mirada en el camino.

Lo miro durante unos segundos y, antes de regresar a la ventanilla del auto, sonrío a medias.

—¿No crees que sería una buena opción hacerme una justamente aquí donde está mi cicatriz? — cuestiono, apuntando la esquina de mi ceja a pesar de que no voltee a verme —. A parte, si en un año me la quito puede cerrarse de nuevo, ¿no?

—Tal vez — dice encogiéndose —, no sé cómo funciona el cuerpo — se ríe —. Se te vería genial... creo, pero ¿por qué esa decisión tan repentina?

Frunzo mis labios.

—Solo desperté y pensé "*oh, creo que hoy se me antoja hacerme una perforación*", tengo unos ahorros y he decidido gastarlos en mutilación — vacilo.

—Eres raro — murmura —, cada día me sorprendes.

—¿Por qué no te haces uno conmigo? — le propongo.

—¿Qué? — arruga su entrecejo, soltando irónico —. Nunca, no me voy a perforar.

—¿Por qué no? Uno en la nariz, podría decirte Toro.

—Ja, ja, que gracioso eres, Aidan.

—¿Eso es un *sí*?

—Eso es un *no*.

—Lo tomaré como un *sí*.

—Ni de coña — niega —. No pienso hacerlo.

—Piensa, una perforación en conjunto.

Borrís alza una ceja, tomándole otro sentido a mis palabras. Mi ceño se frunce y pongo mis ojos en blanco.

—Sí, ya sé, ha sonado raro, olvida que dije eso — hago una seña con mis manos y retomo un tema que me interesa —. Necesito conseguir un trabajo en el mes que estaré vagando por las calles, ¿sabes de alguno?

—¿Para qué quieres trabajar? ¿Acaso no eres un mantenido como casi todos los adolescentes?

Sí, lo soy, solo que he tenido problemas con mi familia y no quiero recibir ni un peso de ellos, prefiero ganar dinero por mi propia cuenta, aunque sea una misera en lo que sea, pero sería por mi esfuerzo y no tener que mirarles la cara.

—No quiero ser un holgazán, vuelvo a preguntar, ¿conoces algún puesto en donde me puedan aceptar?

—¿Tus abuelos no son dueños de los cines Village? ¿Por qué no le pides que te den un puesto por ahí? Ya sea de limpieza, el que está detrás del mostrador, el que cuenta los productos o el que prepara las palomitas.

—Joder, no — farfullo.

Borris me da una mirada rápida, enarcando una ceja. Un suspiro sale de mi boca y dejo caer mi cabeza hacia atrás, tomándome el tiempo para volver a hablar.

—Me he peleado con mi familia, ¿vale? — inicio, explicándole mientras acorto toda la situación —. En su totalidad, con todos, incluyendo a mi madre y abuelos, no estoy teniendo buenos días, Borris, todo se resume a una completa mierda que aún intento controlar para que deje de doler un poco. Solo quiero distraerme en algo que no los incorpore.

El chico guarda silencio, posiblemente analizando mis palabras... o quizá solo le he dicho algo que no le interesa en lo absoluto.

—Discutir con tu familia es horrible — musita, ganando mi atención —. No sé qué ha ocurrido entre ustedes, pero me han dicho que todo tiene solución si la intentas encontrar, y si no lo haces, pronto llegará.

—¿Y mientras qué? ¿Debo soportar el peso y mi mente traicionándome?

—Relájate, si se puede resolver, ¿para qué te martirizas? —ladea su cabeza, doblando a la derecha—, y si no se puede, ¿para qué te martirizas? —bromea—. A veces las situaciones que nos rompen nos hacen fuertes, y creo que toda una vez en la vida debemos pasar por eso, tienes que tocar fondo para conocer y probar de lo que está hecha la vida.

Mantengo mis ojos sobre la palanca de cambios y repito en mi mente lo que ha dicho. Wow, en serio que Borris me ha dado un buen discurso de cómo comportarme ante la vida, me ha gustado lo que dijo.

—No te pareces en nada al chico que me mostrabas cada que me jodía — admito —. Suenas como una persona madura y eso comienza a darme miedo — me río y él igual —. Honestamente me agrada conocer esa parte de ti, me hace sentir un poco mejor y de verdad estoy agradecido. Necesitaba escuchar algo así.

El chico asiente y acelera, subiendo a velocidad. Miro la hora en mi celular y me fijo que darán las seis de la tarde.

Borris ha querido salir conmigo después de clases, quería salir un rato y abrirle hoyitos a mi cuerpo, luego de mirar una serie y ver que uno de los actores tenía un piercing, me he querido hacer uno igual.

Pude haberle dicho a Aitor si gustaba acompañarme, sin embargo, he visto sus estados en las redes sociales y se encuentra con Sue haciendo mandalas. Sí. Aitor haciendo mandalas. Le he tomado captura de pantalla para quizá luego molestar.

Han subido fotos juntos y tiene una foto de perfil de ella en su e-mail, así como también en otras redes, llegué al grado de tener que silenciar sus estados por unos días, es incómodo ver a mi mejor amigo de esa forma.

La ha acompañado al hospital para su control de la diabetes hace dos días, recibí una llamada de él preguntando si necesitaba algo. Le comenté un poco acerca de mis problemas, preferí evadir algunos temas como la denuncia de los padres de Brendon, mi desagrado por la nueva Sue y extorsioné cierta parte de la pelea con mi familia.

Algo dentro de mí siente felicidad por él, aunque al mismo tiempo quiero gritarle que Forester tiene sus caretas bien puestas para cada uno. Sigo sin comprender cómo es que ambos se han juntado.

«*Por ti*», canturrea mi subconsciente.

O sea, sí, pero la actitud de ambos choca, Aitor es extrovertido, liberal y todo un coqueto, igual un pesado que no se mide, mientras Sue es demasiado payasa, nunca se calla lo que piensa y tiene ideales diferentes a los de él, ellos dos podrían darse de trompadas si así lo permitiesen.

—Llegamos — Borris avisa, regresándome a la realidad.

Mis ojos se dirigen al frente, observando cada detalle exterior del local. Me vuelvo hacia el chico y pregunto:

—Entonces ¿te harás la perforación?

—¿Para qué quieres que me haga una?

Me encojo de hombros.

—Sería divertido.

—Claro, nada más divertido que abrirse hoyitos... ¡Dios, estoy tan aburrido! ¡Oh, ya sé que haré, me abriré una perforación porque es emocionante! — grita desbordando sarcasmo.

Entrecierro mis ojos, lanzándole una mirada de pocos amigos.

—Vete a la mierda — siseo, saliendo del carro.

—Es que, literal, así sonaste diciendo eso — se excusa, alcanzándome —. Se educado, quizá mi prima quiera hacerte una promoción.

—Pero si educado es mi segundo nombre — sonrío.

Borris crea una mueca de disgusto.

—Lo dudo, ¿sabes?

Bufo de mala gana y lo empujo con mi hombro, adentrándome yo primero al local.

El diseño es vintage, hay cuadros de artistas y bandas antiguas. Figuras públicas reconocidos por sus tatuajes, modelos extremadamente perforados, las sillas de espera son de color rojos y las losas del suelo le hacen la semejanza a un tablero de ajedrez.

—¡Borris! — un chico tatuado lo saluda.

—Hey, Kaspey, ¿y mi prima?

—Está haciendo una perforación, ya es el último por el día de hoy — le informa —. ¿Le avisaste que vendrías?

Ignora por completo su conversación, en realidad es algo que a mí no me interesa. Volteo hacia mi derecha y el aire de un ventilador que cuelga sobre una pared choca con mi rostro, el impacto de este trae consigo alguna especie de polvo o basura que entra en mi ojo derecho.

—Putra madre —maldigo, pestañeando varias veces para que salga.

—¿Ahora qué? — Borris interroga, volteándose hacia mí.

—Algo entro a mi ojo — le señalo —. Está molestando.

El chico aleja mi mano y lo examina, retrayendo un poco hacia abajo la línea inferior de mis pestañas, de esa misma forma lo hace con la línea superior.

—Está en la esquina, ¿meto mi dedo?

—¡No!

—Cierto está sucio, ¿le soplo?

Estoy a punto de alejarme y decirle que lo olvide, pues no le permitiré ninguno de esos métodos, cuando la voz de otra persona se proyecta detrás de Borris.

—¡Aquí no se permite que se besuqueen!

El pelinegro da un brinco, ocasionando que pique mi ojo con su dedo, yo cierro ambos de golpe y me quejo en voz alta, como si fuera poco, empiezo a lagrimear. Mierda, me ha dolido.

—¡No me estaba besuqueando! — Borris se defiende — ¡Se le ha metido en el ojo una basura!

—¡Igual tu puto dedo! — agregó.

—Aquí somos de mente abierta, lo sabes, Jeán — ríe —. No somos un armario, y tampoco lo usamos para guardar la ropa.

—Deja tus estúpidos chistes, es un amigo, se ha venido a perforar — él corta.

Tallo por encima de mi parpado y pestañeo varias veces, dándome cuenta de que la pequeña basura ha salido después de todo, sin embargo, todavía hay ardor y mi vista de lado derecho se encuentra borrosa.

Alzo mi vista, encontrándome con chica pelirroja, usa lentes, no sé si sean graduados o los usa solo por gusto, a pesar de eso, puedo fijarme que sus ojos son de un verde esmeralda, estos resaltan por su pálida piel.

—Aidan, ella es Darling, mi prima — nos presenta —, y Darling, él es Aidan.

La chica me regala una sonrisa y es así como veo que ella usa el frenillo. Siendo sinceros, cuando Borris me dijo que tenía una prima que tatuaba y hacía perforaciones, me imaginé a alguien que es fan por completo de estos y que su cuerpo se asemejaba a un banco de secundario todo rayado, aunque ha sido todo lo contrario, al menos no le veo nada en los brazos, cuello, manos ni piernas, o eso es lo que me permite ver aquel short y blusa de tirantes.

—Un gusto — asiento, dándole la mano.

—Genial — murmura —, ¿dónde querrás tu piercing?

—En la ceja izquierda — señalo —. Justamente donde está la cicatriz.

Darling se acerca y se pone de puntitas, causando una risa de mi parte, ella se da cuenta y me mira unos segundos para luego estirar mi ceja. No tengo idea de por qué ha hecho eso.

—Bien, ¿Kasper? — se gira al chico y le hace una seña, alejándose de mí.

—Tenemos una promoción por ser jueves, dos por uno, puedes escoger otro si gustas o quedarte con el que pediste y ya — él dice.

—Puede ser en otra zona y no importa el tipo de material que elijas — Darling dice encendiendo el clima —. Nariz, labio, lengua, oreja, mejillas, clavículas, nudillos...

—¿Nudillos? — su primo dice incrédulo.

—O en el pene — Kasper añade.

—¿Pene? — Borris vuelve a decir.

—El primer chico de hoy se lo hizo ahí, en el glande, un *ampallang*.

—Ok, esto me confirma que la gente está enferma —murmura y me mira, cambiando a un gesto burlón—. Vamos, ¿acaso no es divertido abrirle hoyitos a tu cuerpo?

—Bien — le resto importancia —. Aceptaré la promoción.

—¿Te harás una palangana? — dice horrorizado.

—*Ampallang* — Kasper le corrige.

—No — frunzo mi nariz —, no me voy a perforar el pene.

—¿Entonces?

Muerdo mi labio y me quedo pensando, no sé si esto sea una buena opción, pero me causa risa el hecho de que Borris esté al borde del colapso por enterarse de cosas sin que él estuviese queriendo saber.

—Lengua, me haré uno en la lengua — afirmo.

—Perfecto, puedes pasar, iré preparando las cosas — Darling me avisa y se aleja de nosotros.

Observo como se aleja la chica, su cabello es largo y lo mantiene atado en una coleta. Es bonita. Demasiado bonita. De hecho, estoy dudando que sea pariente de Borris porque no se parecen en nada, o quizá me falta descubrir un poco más.

Intento avanzar, pero Jaén me lo impide, mirándome con recelo.

—Me he fijado en como la miraste, mi prima no, ¿vale? — sentencia.

Arrugo mi entrecejo.

—Es una chica bonita, de eso se da cuenta cualquiera, ¿dónde está el pecado?

—Oh, bueno, no confío en alguien que besa a la amiga de la chica con la que se ha liado días atrás y después dice atraerle el ligue de su mejor amigo — ataca, hablando por lo bajo —. Eres un cabrón, uno que sabe esconder muy bien esa faceta, así que, Darling no. Me estás empezando a caer bien para querer odiarte, pero esa carita de ángel que te cargas no la uses con ella.

—Tranquilo, no pienso hacer nada — me río.

—Eso espero — masculla, alejándose.

Lo alcanzo, rodeándole los hombros con mi brazo y preguntar a su oído.

—Pero... ¿sí está soltera?

—¡Aidan! — me reprende en un grito, su actitud me parece tan graciosa que no puedo evitar soltar una risa y alejarme de su lado dando unas zancadas.

Estoy lo demasiado jodido como para querer agregarle otro gramo más de problemas a mi vida, así que definitivamente, no pienso ni quiero pretender algo con otra persona, por ahora, solo quiero priorizarme para sentirme bien.

CAPÍTULO 19

Vuelvo a crear sombras con la punta del lápiz y difumino, repito el proceso varias veces hasta que obtengo un resultado satisfactorio, me incorporo, observando el dibujo y frunzo mis labios.

«*No está nada mal*», pienso.

Suelto un suspiro y cambio de hoja, dispuesto a hacer el cuarto dibujo del día. Mi cabeza comienza a doler, tengo sueño y estoy totalmente aburrido. Tiro el lápiz sobre el escritorio y doy vueltas con la silla giratoria, echando mi cabeza hacia atrás mientras observo el techo.

La puerta de mi habitación se abre, detengo mi acción y miro a la persona que entra con una ceja enarcada.

—¿Crees que tu madre se dé cuenta que le he acabado la salsa?

—No — niego —, lo hará Darel, pero igual no hay ningún problema con ello, mañana hacen la despensa.

—De acuerdo — asiente, sentándose en la orilla de la cama y me observa —. ¿Ya terminaste de dibujar?

—Sí, los retratos se me dan con facilidad — me cruzo de brazos y bufo —. Es la segunda semana sin ir al instituto y me siento completamente inservible. Hacer las tareas y enviarlas ya se volvió monótono, agradezco tanto a los docentes que accedieron a ayudarme, pero es un martirio todo esto. Por favor, mátame.

Borris me avienta una fritura y ríe divertido.

—No eres inservible, el que respire le favorece al mundo, bueno, al menos eso me enseñaron en clases de biología — comenta, llevándose un poco de comida a la boca —. ¿Qué harás con lo de Brendon?

Muerdo mis labios y suelto un quejido.

El citatorio ya ha llegado, lo cogí antes que mi madre lo viera, esa es una de las ventajas de mantenerme en casa. No es como si hiciera mucho aquí, solo me despierto, desayuno, me baño, salgo a matar el tiempo, regreso, vuelvo a bañarme y me la paso todo el día en mi habitación hasta que me da hambre u opto por acompañar a Borris.

Lo he ayudado con algunas tareas, sobre todo en álgebra y taller, he visto como entrena box y lo hace muy bien, me alentó para que yo lo hiciera igual. Me hizo sentir bien. Pude sacar un poco toda la presión y mierda que sentía, fue un método de liberación que sin duda alguna escogería. Lo repetiría, claro que sí.

Me incorporo en la silla y apoyo mis codos sobre mis piernas, balanceándome hacia delante.

—Necesito conseguir un abogado — musito —. Joder, qué fácil se escucha.

—Mmm, ¿por qué no intentas hacer las paces con tu familia y pedirles ayuda? — aconseja —.

Deberías de hacerlo. Podrías ocupar a uno de oficio, pero dudo que puedas ganar tratándose de un Dankworth, es mejor uno privado. Ya sabes, el poder del dinero.

—Sí, lo sé — me río —. Tengo una semana y media para pensarlo, sin embargo, mi familia será mi última opción. Husmearé por ahí a ver qué encuentro, ¿no conoces a uno de confianza?

Borris se queda pensativo, mirando a la ventana. Prefiero guardar silencio y acompañarlo con este.

—Puedo recomendarte un despacho, papá trabajó con uno de ahí — recuerda —. Te mandaré la dirección apenas llegue a mi casa, aunque mi duda es... ¿cómo obtendrás el dinero? No creo que la comisión sea una leve caricia.

—Descuida, ya estoy viendo eso. Necesito saber primero cuánto me cobraría.

—Lo más seguro es que pagues una fianza — el chico ladea su cabeza, pensando —. No creo que sea capaz de querer verte en la cárcel solo por meterte con su novia, su hermana y golpear su rostro con un caso.

Lo miró fijamente, arqueando una de mis cejas.

—¿Estás de coña?

—Ok, sí, es capaz — corrige —. Sigo sin entender, ¿cuál era la necesidad? Pudiste ahorrarte todo este tremendo lío, Aidan. Mierda, le has golpeado con odio, hasta a mí me ha dolido. Le abriste la ceja como una incisión cuando van a operar, le brotaba sangre, ¡pude ver su hueso!

—¡Oh, no exageres! — farfullo, aventándole una bola de papel —. ¡Él me rompió primero la ceja y no fui a demandarlo! Solo me dieron tres pastillas, me pusieron dos putas tirillas de cintas y me robé una paleta, ¡una puta paleta!

—¿Paleta? — cuestiona confundido.

—Sí, ¡paleta! ¡Y ni valió la pena, estaba muy chiquita!

—¿Fue en el servicio de enfermería del instituto?

—Justo ahí.

—Vaya servicio de mierda — se burló —. En ese lugar te terminan contaminando la herida.

—A parte, si te perdura el dolor, te dan como recomendación tomarte la otra pastilla.

—¿Y dónde queda el ir a un centro médico?

—¡Oh, no lo sé! — alzó mis manos y me encojo de hombros —. El naproxeno es el Santo de enfermería, luego para bajarte la fiebre solo te ponen paños remojados en agua fría, tal vez estás a

punto de tener una convulsión por la temperatura de casi cuarenta grados que te cargan y ellos seguirán diciendo que ya está bajando.

—¿Y esa es nuestra segunda casa?

—No estamos para exigir — juego con el piercing de mi lengua teniendo cuidado.

Me duele, no tanto como los primeros días, pero ya he podido tener más movimientos, cuido mi alimentación y he evitado fumar. Al final del día, llegué a casa y mi madre me observó desde el comedor, dándose cuenta de lo que tenía puesto en la ceja. Me preguntó. Le respondí y le saqué la lengua, no de forma grosera, sino mostrándoselo.

Su cara se puso pálida y asintió, evitando decirme todo lo que pensaba.

—Esto de las convulsiones recordó a un incidente que hubo hace cuatro años en la escuela secundaria. Había un chico que sufría de epilepsia y en media clase de dio un ataque, recuerdo que la profesora intentó "*ayudarlo*" — musita, haciendo una seña de comillas con sus dedos —. Lo más normal sería pedir ayuda... bueno, ella comenzó a rezarle.

—¿Rezarle? ¿Qué?

—Sí, creían que estaba siendo poseído, de hecho, habiendo tres hospitales alrededor del colegio, ¿adivina a quién llamaron?

—*Fuck*, no es lo que pienso, ¿cierto? — dije incrédulo.

—Al sacerdote de la iglesia que estaba a cinco cuadras, recuerdo muy bien a la profesora con un rosario en la mano, poniéndoselo en la frente mientras decía "*Dios Padre Bendito...*" — suelta una risa —, y al señor echándole agua bendita pidiéndole al espectro inexistente que saliese de ese cuerpo. Fue traumático.

Cubro mi boca con ambas manos y ahogo una carcajada.

Con Borris me divierto todos los días, siempre tiene anécdotas qué contar, de cualquier tipo y estilo. De algún tema del que estemos hablando, él tendrá algo bueno para platicar, sea de conocidos, algo que le haya pasado o historias que ha escuchado por parte de otras personas.

—Hoy en día el chico odia la religión, igual a la Señora Jameson.

—Hasta yo la odiaría — menciono obvio —. ¿Estudiaste en Unicampus? Es el único colegio con tres hospitales cerca.

—Así es — sonrío —. Me preguntó que será del chico, la última vez que lo supe de él fue hace un año y medio, recuerdo que trabajaba en un taller mecánico.

—Quizá su odio creció y prefirió hacer metanfetaminas para ponerlas en la copa de los sacerdotes — murmuro junto a una sonrisa maliciosa —. ¿Te imaginas? En media misa con sus toques, o LSD, los efectos alucinógenos pueden traicionarlo.

—Y termina confesando que es ateo.

—Que tiene un culto satánico y todos los que llegan son ofrenda.

—Muy predecible — su voz desborda sarcasmo —. ¿Qué religión eres tú?

—Agnóstico creyente — me encojo de hombros —. No me gusta pelear, pero tampoco que cambien mis ideales. Creo que hay un dios, pero lo desconozco. Es absurdo ponerle historia, cara y padres. Mi opinión, si la tuya es diferente, genial... no me interesa. Cada uno con lo suyo.

—Tu mente enamora, ¿eres consciente de eso? — me apuntó con su dedo índice.

—¿Me estás coqueteando? — interrogué, poniéndome de pie.

Borris me miró con los ojos entrecerrados.

—¿También eres consciente que tienes un ego más grande que Rusia?

—Sí — admito sin culpa —, ¿quién soy yo para decir que no?

Borris rasca su barbilla mientras desvía su vista hacia el suelo. Mantengo la mía sobre él. Va a responderme, solo que anda pensando en algo o quizás está escogiendo las palabras, no lo sé, aún no logro leerlo por completo.

Vuelve a mí y se pone de pie para estar casi a mi altura.

—Entonces, ¿cómo fue que la chica de Aitor no se fijó en ti?

Hijo de puta.

Hijo de puta.

Repito, hijo de puta.

El chico da un paso hacia atrás y aprieta sus labios, mi rostro tiene un gesto serio, haciéndole saber que su pregunta me ha dejado un amargo sabor de boca. Sabe perfectamente que eso ha sido un gran golpe bajo. No porque me duela tratándose de Sue, sino porque ha dañado mi ego.

Seamos honestos, un hombre que siempre ha tenido confianza en su persona, que sabe lo que puede ofrecer o cómo es ante las miradas de otros, joderlo con algo de su orgullo, le pega al narciso que habita en él.

—¡Es un musical! — bromea nervioso.

—Aléjate de la ventana, no quiero tirarte por ahí — sentencio y los ojos de Borris se abren por completo.

—¡Sé que ha sido un chiste malo! — alza la voz, rodeando la cama —. ¡Cuenta eso como todas las veces que me has dado una pedrada de mal gusto! ¡Tú amistad duele!

Blanqueo los ojos y regreso a mi escritorio, escucho sus pasos y, antes de que avance, cojo el libro azul para darme la vuelta y aventárselo. Este golpea contra su pecho y una queja de dolor se escucha.

Vaya, realmente siempre quise golpear a alguien con un libro.

Hoy lo logré.

—Maldita sea — jadea.

—Va te faire foutre! — mascullo.

—Hablaste en francés — me dice y toma asiento sobre la cama, sobándose el pecho —. Yo igual te quiero... — mi ceño se frunce. Él niega varias veces. — Ya sé, ya sé, no significa eso, igual no quiero saber.

—¿Sabes francés? — interrogo, acomodando la silla giratoria.

—Sí, un poco. ¿Tú qué tanto sabes?

Suspiro.

—Puedo sostener una conversación, entiendo el idioma y hablo lo necesario — le comento.

—¿En serio? — se sorprende —. ¿Eres bilingüe?

—No sé si considerarlo así — arrugo mi nariz —. Solo se me hace fácil.

—¿Has tomado clases de francés que no sean las del instituto?

Maldita sea. Pregunta mucho.

Relamo mis labios y camino hacia la ventana, corro las cortinas para abrirla y echar un vistazo hacia fuera, ya se ha hecho de noche. Aún no es tan tarde. Mamá no ha llegado, está en el cumpleaños de una compañera de Molly, tampoco Darel, todavía sigue en el trabajo.

—No, solo las clases con la señora Birtch — inicio —. Uhm, yo tampoco entendía por qué se me hacía fácil el idioma, al inicio creí que nos habíamos ido a Canadá mis padres y yo, fue así... sin contar a papá — bufo en un tono burlón —. Nací en Montreal, Quebec.

—¿Montreal? Espera, ¿eres canadiense? — cuestiona sorprendido. Jugueteo con el piercing de mi lengua y asiento de un lado a otro —. Eso explica el acento que llegas a obtener cuando hablas rápido o en francés... ok, ¿cuánto tiempo estuviste viviendo ahí?

—Basándonos en lo que me contó mamá hace unos días, se supone que solo los primeros meses de mi vida, luego nos mudamos a Sídney cuando yo tenía seis o siete meses — me encojo de hombros —, aunque no fue por mucho, regresamos a Canadá cuando cumplí el año y estuvimos ahí hasta por un buen tiempo. Trato de acordarme, pero solo tengo memorias muy vagas. Deduzco que el hecho de vivir en una ciudad donde el idioma oficial es el francés me hizo aprender ciertas cosas, tal vez conviví con personas donde el *oui* o *mère* es lo primero que se dice.

—¿Cuántos años fueron?

—Cuatro — respondo, sentándome en la ventana —. Quizá el hecho de tener clases desde hace tres años con Birtch ha ayudado a que recuerde un poco.

—Tú y tu familia son un caso especial — resopla.

—La mentira es una completa mierda que se hace grande si no la detienes, pero... hey, la vie est belle in famille.

—Wow, a pesar de todo, siendo irónico en francés te escuchas genial — halaga —. Hasta los insultos se escuchan divinos. De hecho, ofenderme con ese acento se trata de un privilegio.

—Comienzas a actuar demasiado gay — le advierto y suelta una risotada.

—Oh, Aidan, puedes abofetearme mientras me hablas en francés, creo que me excita.

—Aléjate — barbullo.

Borris mantiene su sonrisa y niega, coge su celular y mira la pantalla.

Volteo hacia fuera, mirando al cielo, las estrellas son numerosas y brillantes, la luna se dibuja a la mitad, la luz que proyecta le hace una sombra en sus bordes. Recuerdo el libro que he comprado en la tienda del abuelo de Sue y sonrío a medias. Las palabras de la dedicatoria y del inicio tienen sentido.

Algo más capta mi atención y bajo mi mirada a la calle.

—Me tengo que ir, Aidan — el chico en mi habitación avisa, vuelvo a él y me pongo de pie.

—Claro.

—Nos vemos mañana o el viernes — dice, caminando hacia la puerta. Lo acompaño.

Bajamos las escaleras y observo como saca las llaves de su carro.

—Te aviso cualquier cosa, recuerda mandarme la dirección del despacho.

—De verdad — se lamenta —. Lo había olvidado. Yo la mando más tarde.

Asiento y abro la puerta principal, Borris sale primero y me mantengo en el pórtico de la casa, metiendo las manos a mi bolsillo. Tanto el castaño como yo, miramos al frente y decidimos no avanzar. Siento ese ambiente tenso cuando la mirada filosa de mi mejor amigo se posa sobre nosotros.

Aitor se aleja de su camioneta y se acerca a nosotros, su entrecejo se encuentra arrugado. Está confundido o sorprendido, tal vez ambas. Él se queda al pie de las escaleras, dirigiéndose de Jaén a mí.

Esto se mira como una escena de una pareja en donde uno ha sido atrapado siendo infiel. Puede ser que yo sea el que ha errado.

—No quiero que esto suene tan dramático, pero ¿esta es la razón por la que me has estado desviando las llamadas e ignorando los mensajes? — Blakely ataca, apuntando a Borris.

—¿Quizás? — dudo.

—¿Quizás? ¿Qué mierda, Aidan?

—Bueno, yo ya me iba — avisa el otro —. Buenas noches, hasta luego, Aitor.

—Ajá, si, como sea, vete de aquí, zorra — grama él.

—Adiós, come mierda — Borris le regresa y se aleja.

Observo como el castaño se pierde y me quedo con Blakely. Me balanceo con mis pies de un lado a otro y mi amigo me mira, sube los tres pequeños escalones y con una de sus manos aleja el cabello que me cubre la frente.

—¿Quieres decirme qué demonios ha pasado contigo? ¿Desde cuándo tienes una jodida perforación? ¿Por qué no me dijiste que te expulsaron por un mes? ¿Al menos recuerdas quién soy yo? Muerdo mis labios y me mantengo en silencio durante unos segundos antes de hablar.

—Eres Aitor.

—No te hagas el puto gracioso, Aidan — habla entre dientes —. Lo digo en serio, me preocupa el hecho de que ni los mensajes me dejes en visto. Peleamos, de acuerdo, todos los amigos lo hacen, pero ya pasó, estamos bien, ¿vale?

Bostezo sintiendo sueño y cubro mi boca.

—¿Para qué has venido? — interrogo, apoyándome de espalda contra el marco de la puerta y los brazos cruzados.

—Porque no he sabido nada de mi mejor amigo desde hace una semana, cuando vengo a tu casa, no estás y ahora entiendo, te la has pasado con Borris — responde —. ¿Desde cuándo tú y él son amigos? No a cualquiera le das tanta confianza. ¿Puedo saber qué ocurre?

—¿Qué ocurre de qué, Aitor? No ocurre nada — me río.

Talla su frente y suspira para mirarme directamente a los ojos.

—Ocurre que siento que estoy perdiendo a mi mejor amigo.

Desvió mi vista al suelo y siento un vacío en mi pecho. Hay un sentimiento que me invade, creando un nudo en mi garganta. Su frase me deja sin nada que decir e intento recuperar la estabilidad, sin embargo, vuelve a hablar:

—Me mentiste, se supone que solo discutiste con tu mamá y André, cuando la verdad es que fue con toda tu familia — dice —. Becca me comentó que sus padres te demandaron — prosigue y me veo con la necesidad de verle —, así fue como me enteré de que te suspendieron un mes, no una semana como me dijiste, por eso no llegabas a las clases de francés. Mínimo quiero saber la razón por la cual no quisiste decirme nada, yo...

—No quería molestarte, ¿de acuerdo? — lo interrumpo, tomando una posición firme —. Te he visto tan feliz con tu no sé... novia...

—Sí, ya es mi novia — confirma.

Genial. Perfecto.

Trago saliva y asiento.

—Tu novia. Sabes que nunca me ha gustado tener la atención, se ve que disfrutas tanto pasar tiempo con ella que no soy capaz de joder los planes que tengan, no me justifico, pero jamás te había visto así, si el no llamarte hará que añores esa etapa, yo puedo cargar con mis asuntos. Lo que menos quería y quiero es envolverte en toda mi mierda.

—¡A la mierda mi relación! La quiero, realmente quiero a Sue, pero para eso somos amigos, Aidan, para apoyarnos. Siempre lo hemos hecho, y con más razón ahora, no puedo permitir que te derrumbes solo.

—Tarde. Ya pasó.

—Aidan...

—Sé que eres mi amigo, sin embargo, necesito que te ocupes de tu vida, de lo que tienes ahora. Déjame a mí. No quiero personas involucradas en esto.

—Que gracioso, ¿y por qué a Borris sí?

—Está siendo un gran apoyo, no te voy a mentir — admití —. ¿Sabes? A veces solo te centras en ciertas personas que te pierdes de lo que otras te pueden aportar, el llevarme con Borris me ha estado ayudando, me siento liberado y no es monótono, descubres nuevas cosas, a más gente y eso es lo que me mantiene todavía con una sonrisa.

—Eso ha dolido — Aitor se ríe.

—Nos hemos acostumbrado a estar los dos juntos durante varios años que llegamos a pensar que dependemos de uno. Es hora de conocer nuevas amistades. No estoy cortando nuestro lazo, en lo absoluto, solo es aprender a estar sin el otro.

—¿Qué mierda estás diciendo? Deja esa labia barata. Te conozco, Aidan Daniel, y si te hiciste amigo de Borris es porque a él sí le puedes contar algo que a mí no. Dime si me equivoco.

Trueno mi lengua y rasco la punta de mi nariz.

Bien.

Sería sincero si así lo pedía.

—Me gustaba Sue — confieso.

Aitor frunce su ceño y ladea un poco su cabeza, captando mi oración. Lo ha tomado por sorpresa, lo veo en su expresión.

—Antes que tú y ella salieran, me atraía su forma de ser, se me hacía o se me hace bonita. El día en que me dijiste que tenían algo como una cita, me sentí celoso porque a mí me rechazó tres veces y a ti te aceptó a la primera invitación. Sin embargo, jamás les deseé mal, te di toda la suerte del mundo y fui sincero, por esa razón no quise nada serio con Becca, me vi con la necesidad de dejárselo en claro, pero creo que era tarde ya que ella si nos veía para algo formal. Desde ese entonces ya cargaba con la

culpabilidad, Borris se acercó a mí, al inicio fue majadería, luego bromas y finalmente se volvió mi apoyo. Se volvió alguien capaz de obtener el título de ser mi amigo.

» Te juro que nunca quise estropear tus asuntos con Sue, solo quería mi espacio porque no me apetecía escuchar su nombre ni saber que estaba contigo, quizá fue egoísta, pero no lo sería arruinando la relación. Menos ahora que ya son algo, quiero enfocarme en mi vida, no estoy de humor para ver relaciones sentimentales, me siento jodido, Aitor. Quiero mi espacio. Tú te ves mejor con Sue, es tu pareja, normal que la puedas preferir. Y si te hace sentir mejor, mi gusto desapareció aquella noche que me atacó, no solo a mí, a ti y a las personas con las que convivíamos, sobre todo cuando te mintió. La hice llorar porque ella fue quien se llenó la boca de palabras descriptivas creyendo que nos conocía.

Aitor se mantiene serio y rasca la parte trasera de su cuello. Un suspiro lento sale de sus labios y niega, soltando una risa.

No le encuentro lo divertido a esto y tampoco me sorprende su actitud. Lo conozco, sé que tiene algo por decir, es imbécil, pero no estúpido. Ha escuchado perfectamente todo lo que he dicho y en su mente solo se quedaron las partes más importantes desde su punto de vista.

—Bien, ahora entiendo por qué Becca me contó tu cambio de actitud aquella vez que la vi en el gimnasio — habla, relamiendo sus labios. Eso tiene sentido, Borris me lo había dicho. — Genial, omitiré todo lo de Sue, ya pasó, yo no sabía que te gustaba y tú no sabías que yo la estaba pretendiendo. Lo último, ella me lo confesó después, fue algo tremendamente estúpido, lo aceptó y se disculpó, pero trata de entenderla, su vida no ha sido fácil, depende de medicamentos desde hace quince años, no puede comer cualquier cosa, jugar lo que sea, arriesgarse o actuar como nosotros porque o le hace daño o la mata.

—Aitor, no había necesidad de echar la cantidad de mierda que ella echó, estoy hasta la puta madre de mi vida y no por eso trato mal a quien se me tope ni mucho menos ando juzgando lo que veo.

—No lo compares, Aidan — musita —. Lo tuyo se arregla platicando, lo de Sue no.

—Es inútil que haga esto — farfullo por lo bajo.

—Mira, no trato de minimizar tu problema, pero no hay punto de comparación.

—Como sea, tú querías respuestas, ya las tienes, ¿algo más? Tengo tarea que entregar y tú estar bien con tu relación.

El chico muerde sus labios y asiente, pasa su mano por su rostro, soltando un quejido.

—Tomando una parte de lo que dijiste, se me hace injusto — se encoje de hombros —. Es injusto que no me llamas creyendo que estaba mejor con Sue y que no tenía tiempo para estar contigo. No. Me jode aún más que hayas dicho que quizá la prefiera a ella antes que ser tu apoyo y por eso preferiste contarle todo a alguien más. ¡Está bien que tengas nuevas amistades, es normal! —alza la voz —. Sé

que no soy un gran candidato de amistad, te meto en problemas, que no actúo como un mejor amigo, que quizá sea una mala influencia y siempre termino dañando cierta parte de ti, pero si querías una opinión, un consejo, si querías gritar o llorar, aquí estaba yo que soy quien más conoce a toda tu familia, pero no lo hiciste por todo lo que sentías. ¿Y sabes qué es eso? ¡Es orgullo, Aidan!

—Estás siendo feliz.

Intento sonreír y fallo.

—Que poco dices conocerme — Aitor murmura negando, echando una risa irónica.

—¿De qué hablas? — ruego los ojos mientras me cruzo de brazos.

El chico se mantiene en silencio durante unos segundos para después darme una mirada filosa, está enojado y posiblemente algo que he dicho le ha dolido. Lo puedo sentir.

—Que yo sí te hubiese puesto por encima de Sue, pero tú no me pusiste por encima de tu puto orgullo. Pensé que éramos mejores amigos, Aidan.

Al finalizar su oración, me da la espalda y se aleja, dirigiéndose a la camioneta sin mirarme. No hay ninguna despedida y se siente el vacío que comienza a quedar. Yo no me muevo, me quedo de pie, observándole mientras sus palabras me calan. No intento detenerlo y explicarle, porque lo que me ha dicho tiene tanto valor que pesa.

Creo que he perdido una amistad de hace años, sin embargo, no me duele. He perdido mucho últimamente que ya comienzo a dejar de sentir.

CAPÍTULO 20

—¿Gangrena? —Borris vacila. Lo miro por el reflejo del espejo y pongo los ojos en blanco—. No me has dicho como te fue con el abogado, ¿pudiste llegar a un acuerdo con él? ¿O te ha resultado muy costoso?

Me encuentro en casa del chico, es fin de semana y hemos querido perder el tiempo buscando alguna alternativa de trabajo para mí. Su prima igual está en su casa, solo que ella se ha perdido en la cocina comiendo e ignoro por completo si nos escucha.

Termino de acomodar la pieza de mi perforación y giro hacia el chico, ladeando mi cabeza un poco.

—¿Crees que dar clases de francés me pueda ayudar a juntar el dinero? —cuestiono.

Él crea una mueca de insatisfacción.

—La pregunta aquí es; ¿realmente crees que alguien quiera aprender otro idioma? —se lamenta.

—No, pero sin duda alguna tú pagarías por verme hablar en francés, cinco dólares más y te abofeteo mientras lo hago —bromeo, regalándole un guiño. El chico abre la boca indignado, antes que pueda decir algo, me apresura a hablar: — Diez más y dejo que me beses.

—Por favor, ¿ahora te prostituyes? —finge sorpresa, tomando asiento—. ¡Y no! No pienso darte diez dólares solo por besarte —refuta, me mira con su ceño fruncido y prosigue—. Para ser alguien muy inteligente también eres estúpido, ¿lo sabes?

—No, Borris, se llama "*¡necesito dinero, puta madre!*" —le hago saber, resaltando lo último haciendo comillas con mis dedos—. ¿Hacer retratos? ¿Enseñar astronomía?

—Puedes leer el destino de las personas —él opina.

—¿Qué? — arrugo mi entrecejo.

—Astronomía, Borris, no astrología — Darlin sale de la cocina con un vaso de jugo.

—¿Cuál es la diferencia? —reclama.

—Terminaré aventándome un puto florero, Jaén —le amenazo. Se ríe.

—Tienes una manía de golpearme con cualquier cosa —chista, negando varias veces. Sí, tiene razón y si sigue actuando de esa manera terminaré echándolo de su propia casa, puede que sea difícil, pero no imposible.

—Astronomía es acerca del universo, astrología es a lo que tú te refieres —su prima le explica, dejándose caer al sillón y lo vuelve a mirar—. Ubícalo por el telescopio, ¿ya?

—Vale, ya capté —asiente y su celular suena, observo como lo coge y suelta un quejido en forma de desaprobación—. Ya vuelvo.

—¿Quién es que no podemos escuchar? —la chica intenta averiguar.

—Tu madre —la jode.

La pelirroja entrecierra sus ojos y le lanza una mirada de odio. Muerdo mis labios para evitar soltar una risa, tragándome la carcajada que amenaza con salir.

Borris gira sobre su propio eje y sale de la sala, dejándome con Darling. Me quedo observando al frente, haciéndome el tonto, fingiendo que me interesa prestarle atención a todos los cuadros que cuelgan en las paredes, desde las pinturas hasta las fotografías.

La verdad es que me siento incómodo con ella en el mismo espacio, ¿ya he dicho que a veces suelo ser penoso con algunas personas? Sí, coqueteo, me gusta seguir el hilo o el juego, pero solo cuando estoy en una fiesta o si ese alguien es una persona que ya conozco. Darling Jaén me está haciendo sudar, pero por nerviosismo y no como estoy acostumbrado. Joder, mi simple pensamiento me pone peor.

—Entonces, ¿tú y mi primo no son novios? — su tintineante voz me obliga a aterrizar, tambaleándome en mi posición.

La miro y mi ceño se frunce exageradamente, negando varias veces.

—No, solo somos amigos —titubeo.

—¿Tampoco es un gusto culposo? ¿No te llama siquiera la atención? —baja sus ojos al sitio desocupado a su lado—. Siéntate, tus piernas comenzarán a flaquear —dice riendo y vuelve a mí—, no quiero que te delates.

—Por favor —mascullo, yendo al lugar que me ha cedido—, sé que no me gusta, tengo en claro que solo es mi amigo.

—¿Jamás te ha llamado la atención besarlo a él o a otro chico?

—¿Qué clase de conversación es esta? —le recrimino—. Si esto te deja tranquila, déjame decirte que ya he besado a dos chicos y uno de ellos es tu primo, estoy muy seguro de que los chicos no son mi gusto-

—¿Un beso? A veces se necesita sentir otra cosa —me interrumpe, diciéndolo en doble sentido.

—Detente —pido.

—Vamos, dar y recibir. Eso.

—¡No, basta! Me gustan las vaginas, ¡las amo! ¿Estamos de acuerdo? —suelto sin pensar en el sentido de mis palabras.

Entonces, Darling abre sus ojos y estalla en una fuerte carcajada.

Ay, maldita sea.

—Eso fue tan innecesario decirlo —me lamento, cubriendo mi rostro con ambas manos, un bufido sale de mis labios y niego—. Esto es-

—Estás rojo —declara—. Te sientes avergonzado.

—Lo estoy, lo estoy —asiento, evitando a toda costa su mirada.

Darling se queda en silencio, dándome mi espacio para poder recuperar un poco de mi dignidad perdida frente a ella. En serio que me ha visto la cara, sus palabras han sido tan simples que pudo dejarme en ridículo sin tener que pedalearle mucho. Quizá para la próxima aceptaría con gusto que me gusta de todo.

—¿Lo volverías a besar? —murmura.

Dios, llévame contigo o Satán arrástrame a tu lado.

Destapo uno de mis ojos y la miro por el rabillo del ojo, soltando un suspiro agotador. Me rindo seguir luchando con ella ante esta guerra de insistencia. La declaro ganadora, no puedo mantenerme así.

—Sí, Darling, lo repetiría, ¿algo más?

Sonríe de oreja a oreja.

—Hagamos un trato —dice, girando todo su cuerpo hacia mí—, hazme diseños con significado que la gente se podría tatuar y te pago por ellos, no será mucho, pero te puede ayudar, ¿te parece?

La miro dudoso.

—¿Por qué me quieres ayudar?

Se encoge de hombros y voltea hacia donde su primo se ha ido para después volver a mí.

—Lo hago por él y porque eres su amigo. Borrís nunca ha tenido alguna persona que le llegara a decir amigo, mucho menos que le haya confesado su orientación, él es muy cerrado respecto a ese tema. Vinimos de una familia un poco-

—Conservadora —termino por ella.

—Exacto —asiente—. Desde niño siempre ha tenido problemas acerca de eso. Me alegra saber que se sienta en confianza con un amigo. Tal vez no de manera romántica, pero disfruta ser quien es con alguien más que no sea yo, eso le abrirá más puerta a su seguridad.

—Es una gran persona —admito—, pero imbécil.

—Quizá por eso son amigos...

Deja su frase en el aire y enarco una ceja, atrayendo sus ojos a los míos. El verde esmeralda tiene un toque de diversión y con eso me doy cuenta de que le gusta ser bromista. Relamo mis labios, dejándome caer de espaldas contra el respaldo y echo mi cabeza hacia atrás.

—¿Cómo vas con tu perforación de la lengua? —interroga, llevando un brazo al respaldo y sostener su cabeza contra su puño.

Giro unos cuantos grados para poder observarla mejor.

—¿Tú cómo lo ves? —saco mi lengua y la echa un vistazo.

—Parece que le has hecho un oral a un pitufo —musita.

La comisura de mis labios se curva.

—La paleta de hielo —recuerdo—, se siente raro que conserve por un tiempo el frío, uhm, hablando de eso, se me ha antojado otra. Puede que pase por una antes de ir a mi casa.

—Es normal. Déjame verlo de nuevo —pide y le hago caso. Darling lo examino durante unos segundos y sus orbes verdes se dirigen a los azules míos —. Felicidades, no te tendrán que cortar la lengua.

—Qué bien, imagínate —hablo y vuelvo a sacarla, sin embargo, esta vez hago un bizco, causando que suelte una risa—, sería una desgracia, suelo manejar y usarla demasiado bien.

La menor enarca una ceja y prefiero quedarme en silencio, sin añadir nada y esperar a que esta escena acabe rápidamente. Aunque ella se queda igual que yo, solo me examina, a pesar de ello, me gustaría saber qué piensa, pero al mismo tiempo, me alegra ser ignorante ante aquella información. Hay una posibilidad que esté reclamando lo tan idiota que soy.

Borris vuelve a hacer presencia, su rostro muestra una mueca de confusión. Mira a su prima y la apunta con su dedo.

—Hasta el patio se han escuchado tus carcajadas —declara.

La sonrisa de la chica se agranda.

—¿Qué te ha dicho mi madre? —molesta, siguiéndole el chiste que él inició antes de contestar la llamada.

—Que debes ir a la iglesia para que el señor te perdone todos tus pecados —ataca, tomando asiento.

—Pero si ya estoy resignada a arder en la paila —mofa, haciendo un puchero con su labio.

Oír esa palabra de su parte me causa gracia.

—¿Ahora qué te pasa? —el chico se dirige a mí.

—*Paila* suena gracioso viniendo de ella —confieso.

—Darling, ¿segura que no le has tocado algún nervio durante la perforación? —pregunta, simulando preocupación—. Ha actuado muy raro últimamente. Aidan no era así, prototipo de varones como él no hay en cualquier esquina.

—Esquina suena mal —intervengo—, y varones muy latín.

—Oh, creí que lo de prostituirte iba en serio... y he aprendido palabras nuevas por ti, ¿ya soy intelectual?

—Eres un poco menos estúpido. Te daré punto cinco porque hoy me caes mal.

—Y ayer también. Dos veces seguidas.

—Genial, también ya sabes contar —le felicito—. ¿Has intentado inscribirte en el concurso de matemáticas? Demuestra al nuevo genio que se está forjando en tu interior. Vamos, Borris Jaén, brilla más que la luna.

—¿Y por qué no como el sol? —reniega.

—Porque el sol tiene luz propia y la luna necesita del sol, y ese soy yo.

—Cuando creo que no puedes ser más ególatra o narcisista, dices algo que supera lo anterior —me dice y esbozo una sonrisa—. Siempre que quieras puedo romper tu orgullo, solo avísame cuando tu ego esté a punto de llegar al cielo.

Mi sonrisa se desvanece y le echo una mirada de pocos amigos.

—Ustedes son un caso muy peculiar —Darling se hace notar, dejando caer su cabeza sobre su brazo. Le doy un vistazo rápido y regreso al castaño.

—Que dice tu prima que nos quiere ver como novios —vacilo, chocando mi pie contra el de suyo. Borris lo aleja.

—No —niega—, eres muy guapo, pero no tengo idea de dónde ha estado esa boca. Quizá ya hizo un recorrido por toda la ciudad de Sídney.

—¡Por supuesto que no! —me indigno.

Sé por qué lo dice. Es con doble intención. Busca y quiere dejarme mal frente a Darling, no tengo dudas, él ya me lo ha advertido hace unos días atrás cuando la conocí. Bien, no lo culpo, sin embargo, eso es jugar sucio.

—No lo digo yo —alza sus manos en señal de inocencia.

—Te voy a joder —lo amenazo y una sonrisa maliciosa se muestra en su cara.

—Declaraciones que duelen —canturrea la pelirroja.

Pongo mis ojos en blanco y mi celular vibra. Lo saco del bolsillo de mi chaqueta y la pantalla se ilumina, un nuevo mensaje. Lo leo. Rebecca. Una sensación de preocupación me inunda y bufo, teniendo en cuenta que son noticias malas.

Me fijo en la hora y me pongo de pie, guardando de nuevo el celular.

—Es hora de irme, tengo que hacer algo antes de ir a mi casa —aviso, mirando a ambos.

—¿Gustas que te llevemos? —ofrece.

—No, iré por mi propia cuenta. Quiero respirar solo y pensar solo.

—Pero si siempre has respirado solo, ¿no? —el chico pregunta confundido.

—Borris, es una manera sutil de decir que tener compañía lo estorba. Hay que dejarlo ir.

—Gracias, Darling —asiento—. Nos vemos luego.

—¿Y qué harás con lo del dinero?

—Me las arreglo. Espera.

Es lo último que digo y me dirijo a la puerta, siento como alguien está pisándome los talones, antes de salir, doy media vuelta y la chica detiene su paso a mi par. Elevo una ceja y miro por detrás de ella como Borris se encuentra atento a cualquier movimiento por parte de ambos.

—¿Aceptarás el trato? —dice por lo bajo.

Jugueteo con la perforación de mi lengua mientras pienso. Tengo tareas, pero también tiempo de sobra. Podría aceptar y conseguir la otra cantidad en algún lado o con alguien, sé perfectamente quién.

Mantengo mi mirada sobre la verduzca a través de sus anteojos y sonrío de lado. Ella sí usa los lentes por su astigmatismo, o eso me ha dicho su primo el día de ayer. ¿Por qué estoy pensando eso?

«*No ahora, Aidan*», me regaño.

—De acuerdo, te haré un álbum completo, treintaicinco diseños.

—Genial —se alegra—. Trato hecho, *Señor Ego*.

Tomo una bocanada de aire y, sin poder evitarlo, respondo:

—Trato hecho, *My Darling*.

CAPÍTULO 21

Vuelvo a llamar a la puerta y golpeteo mi frente contra esta varias veces seguidas. De un momento a otro, se abre y me sujeto con el marco para evitar que me vaya de boca. Me irgo por completo y miro a la ojiazul.

—Aidan —dice sorprenda.

—Hey —saludo y mis labios se vuelven una firme línea.

—¿Qué te ocurre? Te vas a lastimar —me reprende preocupada—. Te ha quedado roja la frente.

Planeé demasiadas veces esto para que no saliese mal, sin embargo, al parecer todo se ve estropeado porque me quedo estático, en silencio y con la mente en blanco sin saber cómo continuar.

Sus ojos están sobre mí llegando al grado de incomodarme. Ella me conoce tan bien que ya sabe cómo me encuentro. Paso saliva con dificultad y dejo salir un suspiro tembloroso de entre mis labios.

«*Vamos, vamos*», me intentó animar.

Alzo mi vista a la suya y relamo mis labios, aunque de mi boca no sale nada, ya que ella lo hace primero.

—¿Qué te hiciste en la lengua? —cuestiona, frunciendo su ceño poco a poco.

—Una perforación —me encojo de hombros y se la enseño—. ¿E gudta?

La manera en la que lo he dicho le causa gracia que suelta una risa llena de energía, me la contagia por unos segundos ocasionando que la comisura de mis labios se eleve un poco por ello.

—Te ves sexy —me halaga—, pero supongo que es algo que ya sabes ¿verdad?

—¿Herencia? —me uno a su juego.

—Somos Howland —dice con orgullo y eleva sus manos.

—Claro —ironizo.

Mi tía Jane regresa a una postura seria y toca mi mentón, obligándome a mirarla.

—¿Cómo has estado?

Me quedo pensativo. Todavía tengo mis emociones revueltas, sin embargo, con ella no puedo mantenerme así, lo poco que he escuché aquel día y lo que me ha dicho mamá, es que Jane fue una de las primeras personas al estar en contra de lo que todos ellos planeaban hacer. Mucho menos puedo permitir darle disgustos cuando está esperando un bebé, no me perdonaría que mi comportamiento le afectase durante su embarazo.

—¿Cómo crees que estoy? —le regreso.

—No muy bien —habla por lo bajo.

—De hecho, ni siquiera estoy dentro de la escala de "bien", ¿sabes a lo que me refiero? —le hago saber—. Siento que cada día me hundo un poco más, las cosas han estado yendo mal y a ninguna le veo arreglo.

Mi voz se vuelve inestable y mis ojos arden, pero me obligo a desvanecer esa sensación de debilidad que me ha estado consumiendo en estos días.

—Deberías visitar a tu abuela, ella es la que menos culpa tiene de todo esto —aconseja.

—Pero sabía lo que pasaba con mi padre—

—No, ella es quien vivía en una mentira —me interrumpe—. No pienses así, Aidan. Necesitas sanar. —sus ojos se cristalizan y acaricia mi mejilla—. Necesito que tú sí lo hagas.

—No sé cómo —admito y respiro hondo—. ¿Qué ocurre cuando veías a una persona como tu héroe, tu ejemplo a seguir, y al final esa imagen se convierte en una completa mierda? ¿Cómo se supone que pueda sanar una herida que fue causada por una mentira alimentada durante diecinueve años? Si mi propia familia me ha mentado, ¿cómo se supone que debo confiar en los demás?

—Tienes razón —asiente—. No es fácil, pero quiero lo intentes.

Me trago las lágrimas que quieren salir y niego varias veces, botando las ideas hacia el fondo de mi cabeza. Prefiero concentrarme en lo que me interesa y la razón por la que he venido hasta aquí.

—Olvídalo —meno mi mano, restándole importancia al tema anterior—. Vine porque quiero su ayuda, necesito dinero, lo suficiente para pagar un abogado.

—¿Abogado? ¿Qué? Dios mío —carraspea—. ¿En qué lío te metiste, Aidan?

—Golpeé a un chico de mi instituto, esa es la razón por la que me suspendieron por un mes, le abrí algunas heridas en el rostro que requirieron suturas. Sus padres levantaron una demanda en mi contra y... ya me llegó el citatorio. Me quedo menos de una semana.

—Ay, mierda —maldice—. ¿Tu madre lo sabe?

—No, no quiero que sepa nada, no por miedo, sino porque, no quiero nada de ella. En serio, estoy siendo demasiado orgulloso, tal vez, pero algo dentro de mí sigue sin aceptar todo lo que ha estado ocurriendo gracias a su casi-perfecto plan.

—Para ser muy aplicado en la escuela eres muy ingenuo —masculla y mi ceño se frunce—. No te hagas el indignado, entra a la casa, hablaremos acerca de este problema. ¿Por qué pensaste que podías solo? Es un problema legal, Aidan.

Cierro la puerta detrás de mí y mis pasos perezosos hacen un recorrido hasta la sala.

—Creí que se podría pagar una fianza solamente, ¿no es así?

—No —me desanima—, todo depende de las heridas, qué tanto daño le hiciste o qué tan buenos abogados tienen.

—Son de familia rica —le comento.

—Peor aún, ¿tienes el citatorio?

—Sí —asiento y descuelgo mi mochila para abrirla en busca del sobre. Se lo alcanzo.

—¿Ya conseguiste abogado? —cuestiona, leyendo el contenido del citatorio.

—Algo así, pero cobra demasiado —hago una mueca con mis labios de disgusto.

—Deberíamos conseguir uno de confianza para que nos asesore, sobre todo a ti —toma un respiro y se toca el vientre, ella voltea a verme y me sonrío a medias—. Quizá no estés de acuerdo, sin embargo, lo mejor sería que hablemos con André.

—No, no, definitivamente no se verá involucrado en esto.

—Cariño, sí, pero-

—Pero nada, André igual es del montón de mierda que se formó en mi vida. Lo lamento mucho porque sea el padre de mi prima o primo, igual por ti. Yo no pienso ocupar su ayuda.

—Él sabe más de esto.

—Prefiero ir a la cárcel.

—Por favor, sólo escúchate —una tercera voz suena en el segundo piso. Mi estómago se revuelve y alzo mi vista hacia las escaleras. El hombre está apoyado sobre la barandilla plateada —. Eres tan insoportablemente testarudo, tu orgullo puede más.

Desvío mi mirada a otro punto inespecífico y escucho como mi tía Jane suspira, esperando a que haya una nueva pelea.

—¿Para qué necesitas un abogado? —intenta saber. No le respondo. —¿Me dirás para qué estás ocupando un abogado o no?

—Lo han demandado —Jane le responde—. Tuvo una pelea con un compañero y lo lesionó. No quiere que Bella sepa.

Resoplo con lentitud y rasco la punta de mi nariz. Volviendo a ambos.

—¿Y pensabas resolverlo tú solo? —demanda.

—Sí, ¿por qué? —me atrevo a hablar.

—Ni siquiera conoces algún abogado de confianza, Aidan Daniel, aparte, ¿sabes qué tipo de abogado es el correcto para estos casos? —pregunta—. Pueden mentirte y quedarse con el dinero.

—Bueno, que me mientan no es algo con lo que nunca haya experimentado —y ahí estoy yo, encendiendo la mecha de rencor—. Gracias por prepararme. Sólo que esta vez dolería la pérdida del dinero.

André baja la hoja de papel y me mira con seriedad. Reconozco esa mirada. Es de enojo. He tocado su fibra más sensible.

—Iré por ti a tu casa a las nueve de la mañana, conozco a alguien que nos puede asesorar.

—No ocupo tu ayuda —barbullo.

—Estás actuando de una forma muy inmadura —indica.

—No, no lo hago.

Él da unos pasos hacia adelante.

—André —Jane lo intenta llamar, pero este la ignora.

—Sabes que te quiero mucho —dice firme—. Quiero que eso lo tengas en cuenta.

—¡Por favor! —me río lleno de ironía—. Una mierda.

—Los dos, ya —la mujer pide.

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón aquella vez que dijiste que tú no eras como tu padre. No eres igual. Él sí sabía hacer a un lado su orgullo de toda su mierda familiar cada que se le presentaba un problema con el que no podía lidiar. Así que, perdóname por compararte alguna vez con él.

Lo que ha dicho me jode, no en su totalidad, pero lo hace.

—No tienes ni una idea de lo que hablas, ¿qué diablos puedes saber tú de mi dolor?

—Tienes razón, no puedo saber —acepta—, pero te diré algo y espero ser claro.

—No empecemos, ya. André, Aidan, por favor.

—No, déjalo. Vamos a escuchar con qué otra cosa saldrá ahora.

Él ríe sin humor.

—Te sientes así porque siempre has sido un niño mimado y al ver que rompieron tu burbuja; no sabes a dónde ir. De eso se trata la realidad, Aidan. Romperse y abrir los ojos de una puta vez. No debimos mentirte, no debimos apoyar a tu madre, no debimos seguir con todo esto. Lo siento. Lo siento mucho. No queríamos que supieras la manera en que tu padre abrió los ojos, la forma en que conoció la realidad —coge un respiro profundo y prosigue—. No tengo una idea de por cuánto dolor estás pasando, pero tú tampoco sabes qué tanto daño ocasionó su partida, no sabes cuántas noches lloré en esas malditas escaleras lamentándome por haber perdido a mi mejor amigo, a alguien que me consideraba su hermano y yo el mío, el menor, porque eso era para mí, un hermano menor. Sé que eso no justifica ni un poco lo que pasó. Lo sé. El duelo fue y es difícil.

Mi pecho siente esa presión y mi vista se nubla. No quiero llorar. Lo no lo haré. Ya me he cansado de todo eso, de verme tan débil y poco fuerte para poder superarlo. Estoy hartos y vivir en un melodrama que cada día se hace más pesado.

—Te pido perdón. Lo digo en serio. Te pido perdón, necesito que me perdones porque yo aún no me puedo perdonar, y no por mentirte, no. Sino por haber accionado antes de tiempo, por haber llamado en el momento equivocado —su voz se quiebra y niega.

—André, ya hemos hablado de eso —Jane suplica y no comprendo.

—No, Jane. Siempre he creído que fue mi culpa. Tu padre odiaba los teléfonos, y fue uno que inició todo. Si yo te decía que él te quería era porque sé perfectamente que Luke con toda su inestabilidad te habría amado, lo digo en serio, Aidan. Perdóname por mentirte, por mantener viva esa imagen asegurada de él. Perdóname por haberlo llamado.

—Amor —la mujer se acerca a él y aprieta su hombro, el hombre sorbe por su nariz y seca sus lágrimas, volviendo a mirarme.

—Sí, te dolió la mentira, sin embargo, te dolió más saber que nunca existió la familia perfecta. Te acostumbraron a una vida completamente de rosa —ríe—. Yo siempre dije que eso estaba muy mal. Ahora mírate.

Una primera lagrima sale y la seco rápidamente. Aceptaré que sus palabras me han dolido de diferentes formas. Han dado al clavo, y al parecer, he sido yo a quien le tocó su fibra más sensible.

André se ha echado todo este tiempo la culpa.

Me duele todo lo de mi familia. Esa es la verdad. La imagen. Las palabras. Mi vida. Lo que tengo. Lo que me han dado. En lo que me transformación. En cómo me crecieron. Me jodieron todo y hui por miedo, porque estoy acostumbrado a ser casi el núcleo de todos ellos, pero lo soy por lo que significo. Eso es.

—Cada día me demostrabas que no eras igual. Hoy más que nunca lo has hecho, tú tienes un carácter más fuerte y muy necio —admite sonriendo a medias—. Deberías conocer a cierta persona que formó parte de su vida, alguien que lo hizo vivir y ser.

Sé que de quien se trata. Ya lo he intuido. Varios tienen su punto de vista, y averiguar más de papá es meter el dedo en la llaga, abrir la herida y no dejar cicatrizar. Duele. Es reciente, no sana aún. Tía Jane me ha pedido hacerlo. Sanar. Querría saber más acerca de él, conocer esa faceta y escuchar todo eso sin que doliera.

Así que, por el momento, no estoy bien. No podría sobrellevar las cosas. Es por eso por lo que, con un nudo en la garganta, me limito a responder:

—No. No quiero conocerla. No quiero saber nada de ella.

CAPÍTULO 22

Nunca ha sido un problema para mí fingir una sonrisa. Nunca. El problema ahora es con quien lo hago. Mantener mi cara de fastidio, la cual parece que odio a todos, me sale con tanta naturalidad que elevar la comisura de mis labios se vuelve un reto difícil. Quizá cuando yo nací, mi ceño se encontraba fruncido y el doctor le dijo a mi madre "*¡Felicidades, trajo al mundo a alguien que no quiso venir!*".

Bien, no estoy del todo lejos.

Aitor siempre me decía que algunas personas podían malinterpretar mis gestos y no faltaría el humano que se diera sus aires de retador para interrogarme si tenía algún problema por mirarle así. Sin embargo, yo decía que me valía una completa mierda. Solo sería cuestión de responder: "*No es mi culpa por haber nacido con esta cara*".

Uhm, Aitor.

A pesar de haber sido recibido de la mejor manera por una mujer de una edad avanzada, la firme línea de mis labios no cambió siquiera un poco.

André intercambia palabras con ella y asiente para, posteriormente, alejarse de nosotros. Él se voltea a mí, sosteniendo mi mirada. Yo la alejo, haciéndole saber que si he aceptado ha sido por mi tía... y también porque no me quedan más opciones.

Escucho que suspira.

—Señor Evans —la voz femenina le llama—. Puede pasar.

—Aidan —pronuncia. Tragando saliva y creando un gesto de inconformidad, me dirijo a él. Su dedo índice me apunta, su señal me confunde y enarco una ceja—. Te quedas aquí, conversaré sobre algunas cosas y, si te solicita, te hablaré para que entres, ¿estamos?

—Uh-huh —musito, jugueteando con mi lengua.

—Deja tus sonidos incomprensibles —reprende, poniendo los ojos en blanco.

—Ok.

—Y tus monosílabos —agrega.

Cuando André cree que ya no tengo nada bajo la manga, me limito a asentir.

—Agh, me estresas —murmura, alejándose y negando con su cabeza.

Me quedo de pie en medio de la sala, me balanceo sobre mis talones y observo alrededor de mí. Lámparas en cada esquina, escaleras con azulejos y un espejo con marco dorado en una pared, hay cuadros y en la entrada hay un perchero. Demasiado elegante y grande para alguien que vive en una casa donde se escucha el sonido de los gatos pelear al otro lado de la calle.

Sí, mi casa.

Sujeto mi mochila y me aferro a mi cuaderno de dibujos, deslizo mis pies sobre los pies, sin alzarlos, solo me desplazo de un lado a otro. Ladeo mi cabeza leyendo la descripción de cada pintura, ¿es una casa o acaso es una clase de museo?

Algunas cosas están escritas en francés, otras en italiano. Llego a una repisa llena figuras de cerámicas y retratos. Una mujer de pelo negro y ojos azules abraza a una niña y un niño. Reconozco a ambos, pero no a la señora. Sé en donde estamos. En la casa de ella. Son sus hijos y su esposo es ese "alguien" que André ha comentado que nos ayudará.

Me fijo en que aquel caballo blanco está mal acomodado, llevo mi mano hasta este y lo muevo, haciéndolo mirar al frente.

—¿Qué haces?

Alguien pregunta a mis espaldas. Alerto, giro sobre mi propio eje para descubrir de quién se trata.

La hermana de Luca. Mediana estatura, cabello por debajo de sus hombros y con una diadema verde, porta un overol violáceo con calcetas blancas cortas. ¿Es consciente de la pésima combinación que lleva?

Aviento el pensamiento de mal gusto al fondo de mi cabeza y recupero mi postura.

—Colocaba en su lugar una figura —respondo, apuntando el sitio.

Sus ojos se entrecierran.

—¿Quién eres tú? —hace otra pregunta.

¿Quién soy? Es decir, no puedo presentarme por mi nombre, ¿o sí? Soy un desconocido. ¿Qué se supone que deba decirle?

—Yo... soy... ¿un cliente de tu papá?

—¿Es pregunta o afirmación?

—¿Afirmación? —dudo.

—¿Y eso también?

Wow, es inteligente. Buen contraataque.

Ruedo mis ojos porque mi nerviosismo me ha estado ganando últimamente, ya ni sé lo que digo. He quedado en vergüenza varias veces en un solo escenario frente a Darling, quizá comenzaba a auto humillarme.

—Sí, lo es. Lo que sucede, es que soy cliente de tu papá, pero mi tío está con él hablando justamente ahora sobre otras cosas. Así que, prácticamente, estoy esperando mi turno. Estoy siendo paciente.

—De acuerdo —asiente y termina de bajar el último escalón de las escaleras—. Entonces, tu mejor opción para esperar es fisgonear en mi casa. Ya veo.

Mi ceño se frunce, sintiéndome ofendido.

—No, yo hacía una obra de ayuda a quien acomodó aquí que, de hecho, lo hizo mal.

Rodea el sillón y queda al frente de mí, separándonos unos tres metros.

—Mi abuela arregló ahí antes de enfermar —me informa.

—Auch —digo por lo bajo, sabiendo que he metido la pata.

—¿Algo más qué decir? —cuestiona, cruzándose de brazos.

—Para ser pequeña tienes un buen uso de las palabras —murmuro, siendo audible para sus oídos—.

No es una ofensa, al contrario, cuando estés grande tendrás una de las mejores tácticas, las palabras suelen herir más.

Su frente se arruga y toma una bocana de aire.

—Eres alto... —indica, echándome una mirada de pies a cabeza. Sonríe sin despegar mis labios porque es algo que ya me he acostumbrado a oír a lo largo de mi vida —y tonto.

¿Bien? Eso no me lo esperaba, ¿desde cuándo comenzamos a agarrar confianza? Yo no he dicho nada malo, ni he actuado mal. Lo de su abuela no cuenta, eso le puede pasar a cualquiera y no es porque me esté justificando. Bueno, un poco. Solo un poco.

—Estás siendo agresiva —declaro.

—Te equivocas. —Mira hacia sus zapatos y hace un sonido con su boca—. Tú has sido quien fisgoneó en mi casa y luego atacó la forma en que se colocan las cosas aquí. Pide perdón.

—¿Qué? —Por primera vez en todo el día, suelto una carcajada llena de energía. Intento tranquilizarme y vuelvo a mirarla—. Agresiva y mandona. Tienes un genio insoportable, niña. ¿Esa es la razón por la que Luca, tu hermano, te encerró en el baño de la clínica?

Recuerdo lo que su madre me dijo aquel día en la tienda. Yo igual tenía mis tácticas para atacar.

—¿Cómo sabes eso tú? —interroga, curiosa y confundida a la vez.

—Luca es un gran amigo mío —le miento, sonriéndole de oreja a oreja.

Ella infla sus mejillas y se queda mirando un punto inespecífico. Por un segundo creo haber ganado, aunque vuelve a mí.

—Maravilloso, igual de tonto que tú. —En sus labios se dibuja una sonrisa.

—¡Por favor! ¿Por qué no vas a jugar con tus muñecas o *flamear* en los videojuegos? —farfullo, sintiendo que mi paciencia se está agotando.

Esto no puede ser verdad. Estoy teniendo una discusión con una niña que ha de tener un par de años menos que yo. Por si eso fuera poco, también es quien ha colmado mi serenidad, todo en uno. ¿Puedo patearla? Bien, no puedo, tampoco quiero ni lo haría.

—¿Problemas de ira? Abuela dice que para ello lo mejor es asistir a terapia.

—Te dejaré de atacar con la condición de que ya me dejes de ofender, ¿qué te parece?

—Tú empezaste. —Sus labios se fruncen y da unos pasos hacia mí.

—¡Claro que no! —mascullo—. ¡Me has dicho tonto y fisgón!

La niña levanta su cabeza, mirándome. Sus ojos son de un color raro, tienen un tono verdoso, pero igual uno azulado que se revuelve perfectamente bien. Sin duda, ella es candidata para que su agudeza visual disminuya con el paso del tiempo, sobre todo en lugares con luz despampanante. Debería empezar a usar lentes oscuros.

—Tienes algo en la ceja —comenta, cambiando el tema por completo.

—Se llama perforación, igual tengo una en la lengua. —Por un instante, quiero enseñársela, pero me abstengo. Ella es demasiado inteligente, puede usarlo en mi contra.

—¿Te dolió?

—No, es soportable.

Se queda en silencio y desvía su vista. Por otra parte, yo me mantengo de pie, incomodándome mientras los segundos pasan, tener a una niña interrogando todo lo que haces, dices o tienes se vuelve un escenario lleno de... rareza. En serio, es... raro.

—¿Dibujas? —Su voz vuelve a hacer eco.

Su mirada está sobre mi cuaderno que se encuentra debajo de mi brazo. Lo llevo al frente, sosteniéndolo con ambas manos para que tenga una mejor visión.

—Sí, estoy trabajando en algo —respondo, refiriéndome al trato que he sellado con Darling.

Recuerdo el apodo que me ha puesto hace unos días y, evidentemente sin poder controlarlo, sonrío a medias. No es que me guste. La chica es bonita, me cae bien, sin embargo, últimamente aprendí de la peor manera que no hay que dejarse llevar por la primera impresión.

Evaluado y confirmado por Aidan Howland Adams.

—¿Puedo ver?

Elevo mis cejas.

—¿Ahora tú serás la fisgona?

La menor pestañea varias veces de manera burlona.

—Yo estoy pidiendo permiso, ¿tú lo hiciste? —Como era de esperarse, me ataca.

Suelto una risa irónica y asiento. Ella tiene razón. Buen golpe.

—*Touché* —suspiro y le tiendo mi cuaderno.

Sin dirigirme la mirada, lo coge y camina al sillón. Toma asiento, dejando un espacio a su lado, no tengo una idea si sentarme a su lado o esperar al otro extremo a que termine de mirar. Lo que menos

quiero es que las cosas se malinterpreten y ahora reciba una demanda por creer que estoy acosando a una menor de edad.

Su padre es abogado. Eso sí da miedo.

—¿Te gustan las estrellas? —me mira.

—Sí, también los planetas, cosmos, el universo en general, sus teorías y cosas así. Es un tema muy interesante. Igual hago retratos, se me dan bien... ¿Tú dibujas?

—No, pero me gustan las estrellas, mi papá me compró una lámpara que al encenderla ilumina mi habitación con varias de ellas.

Esbozo una sonrisa.

—Se ha de ver genial.

Vuelve al cuaderno y ladea su cabeza.

—¿Somos cosmos?

—Oh, escribí algunas opciones para el nombre de un proyecto de literatura. Nada interesante, es de la escuela... Joder, la entrego en una semana —Mis ojos se abren con cierta preocupación.

—Literatura es mi materia favorita, de hecho, es la clase que acaba de terminar hace media hora —me comenta.

—¿No fuiste?

—Sí, solo que mi hermano y yo tomamos clases en línea.

—¿En serio?

—En serio —afirma—. El horario de Londres varía mucho con el de aquí. Es por ello por lo que las clases se quedan grabadas y a una hora definida tenemos que tomarlas, es una opción para no perder el ciclo escolar. Viajar de un lugar a otro nos lo dificulta, pero lo hacemos por mi abuela. Entonces, vale la pena.

—Me alegra escuchar eso, por lo que veo... eres una niña muy aplicada.

—Somos cosmos suena mmmm... simple.

—Puede ser. Mi plan es combinar a uno como persona con el universo, no sé si me entiendas. Estoy leyendo un libro donde nos hace ver como luz, pero igual nos podemos considerar oscuridad, aun no lo termino. Quiero crear una metáfora, ¿sabes lo que es?

—Sí, una expresión donde se usa una idea que se aplica en una frase para crear una similitud. De hecho, usamos algunas de ellas sin darnos cuenta en nuestra vida cotidiana.

—Lees demasiado —aseguro.

—Papá desde pequeña me leía y me cedió sus libros cuando aprendí a leer.

«Lo sé. Tu hermano igual me sorprendió al escoger un libro con más de doscientas páginas para leer», pensé.

—¿Qué significa la A y H?

—Son las iniciales de mi nombre. Lo que me recuerda que no me he presentado, soy Aidan Howland.

—Tienes cara de Theo. Te diré Theo.

—¿Theo?

—Definitivamente.

—Definitivamente te gusta molestar a tus mayores. ¿No me dirás cómo te llamas?

—Mis padres dicen que nunca diga mi nombre a desconocidos.

Abro mi boca indignado y es inevitable echar una risa por lo que ha dicho. Esa pequeña es todo un caso. Debería ser el orgullo de mamá y papá, por puesto que sí lo ha de ser. Si fuese mi hija —que ojalá jamás tenga una— yo la pondría en mi testamento como la única heredera.

—Estás de chiste, me has dicho fisgón, tonto, me atacaste, te conté sobre mí, me presenté y no me dirás el glamuroso nombre de la niña enana que está sentada en frente.

—Bien, bien —repite—. Didi, llámame Didi.

—De acuerdo. Bonito nombre, Didi.

—Gracias, Theo.

Me río.

—Ok, no pienso discutir eso.

—¿Y qué edad tienes? —vuelve a preguntar.

—¿Cuándo iniciamos este cuestionario? —me burlo—. Tengo diecinueve. Los cumplí en junio.

Déjame adivinar... —Entrecierro mis ojos y Didi mantiene un gesto confundido — tienes entre doce y catorce años, ¿me acerqué?

—Le atinaste, sin embargo, solo diré que cumplo años en diciembre.

Jugueteo con la perforación de mi lengua pensando en otra cosa cuando escucho unas voces al fondo, visualizo como André viene a lado de un hombre elegante. El padre de Didi. Este sonrío de oreja a oreja haciendo marcar con profundidad sus cuatro hoyuelos. Wow, yo nada más tengo uno.

Él señor de traje se percata de la presencia de su hija y le da una mirada interrogativa.

—¿Y la clase de italiano?

—No hubo, la profesora me avisará después —le explica. Didi se pone de pie y me extiende el cuaderno, yo lo cojo —. Suerte, están muy bonitos. Bien, me retiro, permiso.

—Propio —musito.

—Cariño, en una hora vamos por tu madre y tus hermanos para almorzar —le dice antes de que la niña comience a subir las escaleras.

—¡Sí, padre!

La educación en esta familia me sorprende mucho.

Aprieto mis labios en una fina línea y me balanceo sobre mis talones, esperando a que algunos de ellos dé el primer paso o diga algo porque yo no lo haré. Es decir, no tengo en mente nada.

—¿Tú eres Aidan? —el hombre castaño me mira, dibujando una sonrisa cálida en su rostro.

—Uh-huh, Aidan —titubeo.

—De acuerdo, mañana nos vamos a ver a las ocho de la mañana, iremos a un café para conversar, ya eres mayor de edad, ¿cierto?

—Sí.

—Perfecto. Relájate, estás muy tenso. —Me tiende su mano y la cojo, haciéndome entrar en confianza—. Soy Harry Beckinsale, abogado, profesor y posiblemente sea quien lleve tu caso.

CAPÍTULO 23

Oculto el cabello que sobresale debajo del gorro de lana y observo por el reflejo a mamá entrar a la cocina. No me ha dirigido la palabra en toda la mañana, solo la he escuchado discutir con Darel y reprender a Molly por no dejarse peinar para ir al colegio.

Observo mis ojeras y elevo mi ceja izquierda, entreteniéndome por un momento en la manera en la que mi piercing se mueve. Suelto un suspiro, empañando el espejo, dibujo una seña obscena y me río por lo bajo.

La mujer regresa a la sala, cogiendo una carpeta de la mesa. Me giro para verla.

—Voy a salir —le aviso. Ella alza su mirada y asiente—. Regresaré más tarde.

—Cuídate —se limita a decir.

Quiero acercarme y darle un beso en la frente como es de costumbre hacerlo. Sin embargo, antes de decidir, ya he comenzado a caminar en dirección a la puerta principal para salir. Me coloco los auriculares, camino a la parada y espero a coger el bus que me llevará hacia mi destino.

Mi celular vibra, notificándome un nuevo mensaje.

Aitor Blakely:

nos podemos ver???? No ahora, más tarde, cuando salga de clases puedes??

sigues durmiendo?

Me quedo en duda, releyendo lo que me ha escrito. No tengo idea si eso es algo bueno o malo. Tiene días que no hemos hablado, ha reaccionado a mis historias de música y yo no he visto las de él, no porque las evite, sino que, simplemente no me aparecen. Quizá me ha bloqueado. No lo sé. No me importa.

Yo:

Supongo que sí, estaré en mi casa a las tres de la tarde.

Aitor Blakely:

okkokok, nos vemos!! Bonito día!!

Automáticamente, mi ceño se frunce. Él jamás es de desear lo último. Me extraña demasiado, aunque, a decir verdad, desde que Aitor ha pasado de un día a otro de odiar todos los detalles cursis a hacer mandalas junto a su novia dejándose fotografiar por ella... dudo que eso sea lo más confuso que tenga para mí.

Siendo las 7:35 de la mañana, el cielo se encuentra nublado, hay nubes grises danzando por el cielo y el sol se oculta entre ellas, su luz es casi eclipsada. Ya no me sorprende los cambios climáticos de la ciudad, se ha vuelto impredecible, un día puede llover y al otro existe la posibilidad de que haya una sequía.

Dejo caer mi cabeza sobre el cristal del bus y me dedico a tararear las canciones que se oyen a través de mis auriculares. Me llevo alrededor de veinte minutos de camino hasta que pido la parada y continúo adentrándome al fraccionamiento.

El guardia que cuida la entrada me mira de manera interrogativa y... ¿ya he dicho que odio ese tipo de miradas? De acuerdo, puede ser que parezca un ladrón o sicario por vestir de negro, sin embargo, no sería uno estúpido que se arriesgaría a realizar su acto en la mañana en un lugar con seguridad de primera mano.

—Vengo a visitar al abogado Beckinsale —Trato de recordar el apellido del hombre.

—¿324-A? —pregunta.

Mi ceño se frunce.

—Venga, no sé qué código sea, pero solo debo ir a verlo, llegaré tarde. Si gusta puede escoltarme hasta la puerta de su casa.

Quiero avanzar y él me lo está impidiendo. El guardia suspira asintiendo varias veces.

—Es el lote —indica—. ¿Me puedes prestar tu identificación?

Aprieto mis dientes, repitiéndome que la paciencia hace al humano. Saco mi cartera del bolsillo trasero de mi pantalón y le tiendo mi Id. Este la coge y apunta algunas cosas, al final, termina regresándomela e diciendo que puedo pasar, con las mínimas ganas de querer seguir ahí; me obligo a dar zancadas huyendo de él.

Trato de recordar la casa y alrededor de otros diez minutos doy con ella. Después de que mis nudillos han tocado el portón varias veces, me fijo que hay un timbre a lado, ¿eso estaba ayer que vine con mi tío André? Tal vez me habría dado cuenta sino lo hubiese ignorado.

La misma señora de ayer me recibe con una sonrisa. A medias, le saludo de la misma forma y atravieso todo el jardín, a mi izquierda observo una camioneta blanca con diseños negros en las orillas de las puertas y luces.

«*Por favor, yo quiero una así*», pienso.

Y aquí estoy nuevamente de pie en la sala, balanceándome con mis pies mientras jugueteo con mi perforación pareciendo lo más entretenido que puedo hacer entre esas cuatro paredes.

—Buenos días, Aidan —Una voz ronca saluda a mis espaldas. Volteo al instante, viendo al hombre abrocharse los botones de la manga de su camisa.

—Buenos días —le devuelvo, asintiendo en señal de respeto.

—¿Trajiste lo que te he pedido? —pregunta, me indica con su cabeza que lo siga.

—Sí —afirmo.

Me deja pasar a —lo que parece— su despacho. Él rodea el escritorio y coge asiento, invitándome a que yo lo haga también.

—Antes que nada —inicia—, te debo una disculpa; te cité al final en casa porque mi esposa tuvo que salir por asuntos personales y los niños se quedaron conmigo, espero y no te sientas incómodo.

—Descuide —Le resto importancia.

—De acuerdo. Necesito que me des el citatorio y me cuentes bien lo que pasó, la razón por la que se pelearon, quién inició, si tuviste cicatrices o golpes, igual debes recordar si hubo presentes, es decir, testigos que puedan validar tu testimonio. No me mientas porque si lo haces; me complicarás el que yo pueda accionar ante tu caso. ¿Entendido?

Sus palabras son claras, su voz es calmada y lenta como si estuviese remarcando cada palabra con una finalidad de que comprenda a la perfección.

—Sí, está todo entendido.

—Bien —suspira, cogiendo una libreta café junto a un bolígrafo. Me extiende la palma de su mano y en mi cara se forma un gesto de confusión—. El citatorio.

—Oum, cierto, lo siento —me disculpo. El señor Beckinsale suelta una risa.

Hurgo en el interior de mi mochila y doy con este. Se lo entrego. Él le da un vistazo, leyendo detenidamente. Su ceño se frunce suavemente y rasca su barbilla. Tiene dos anillos. Uno en el dedo anular y otro en el medio. Sé que uno es de matrimonio. Ladeo mi cabeza, intensificando mi mirada sobre el pequeño rodete, es de un color dorado y brilla con el reflejo de la luz.

Me pregunto de qué es el otro... ¿alguna promesa?

Retomo mi posición cuando dobla la hoja y la pone debajo de su libreta. Apoya sus brazos en el escritorio y yo esbozo una sonrisa nerviosa ante la mirada seria que me da. Si algo me ha quedado en claro, es que sus ojos verdes pueden tornarse oscuros si se lo propone, sí, qué miedo daría verlo enojado.

—Te acusan de haberlo golpeado con un casco, le has hecho una herida en la ceja donde se realizaron tres puntos de sutura, otra abierta en el labio de casi dos centímetros y múltiples golpes que dejaron marcas —destaca—, lo más seguro es que tengan pruebas mediante fotografías, eso complica un poco las cosas. Ahora bien, dime tú, ¿qué fue exactamente lo que pasó? La verdad, solo eso quiero que me digas.

Joder, me siento un completo niño regañado.

—Él inició—

—Aidan —me interrumpe—, necesito seriedad. Prometo ayudarte, puedo hacer que pagues una fianza muy pequeña, sin embargo, cuéntame bien lo que pasó. Ya te he dicho qué es lo esencial, vamos, tengo todo el día para escucharte... claro, hasta que mis niños necesiten algo.

Lo última suena tierno por lo que no puedo evitar elevar la comisura de mis labios.

—Ok —Me obligo a recordar el suceso.

Inicio pestañeando varias veces, siendo titubeante y dubitativo en todo el transcurso ante la firme mirada verdosa del hombre. Sé que he tenido culpa, yo siempre estuve en contra de la agresividad, pero con Brendon nuestros roces y pequeñas peleas hacían crecer esa línea tensa que nos dividía para que al final la decidiéramos cortar en medio del gimnasio. Yo no he jugado sucio metiendo el casco, quién cogió esa táctica ha sido él y yo solo quise finalizarla al ver que se estaba sobrepasando por algo que yo no tuve la culpa. Me lleva la mierda, si todo fue por su exnovia a quien me he tirado en aquella fiesta, la misma en la que Sue me hizo conocer a su diablillo.

«*También el beso de tres, no olvides el beso de tres*», mi subconsciente salta.

Oh, sí, súper importante, eh.

Cuando termino de hablar, el hombre desvía su vista a otro punto, pensando y recapitulando todo lo que le he dicho. Tal vez a estas alturas esté creyendo que la mejor opción sería dejarme en la cárcel por ser un completo salvaje. No lo culparía, pero tampoco quiero que lo haga.

Soy demasiado joven y definitivamente el color anaranjado no me quedaría.

Claro, lo que más temo es saber que no me vería *cool* siendo parte de los reos con aquel uniforme. Igual tendría comida gratis y cama... estoy pesando de manera estúpida. Lo sé. Me he dado cuenta. Fuck, no ir a clases comienza a afectarme.

En mi rostro hay una sonrisa de lado que intento ocultar ante mis pensamientos. No mentiré al decir que no siento presión por todo lo que me pasa, aunque tampoco puedo darle mala cara a... *mejor cállate, Aidan, siempre tiene mala cara.*

—Necesito que me digas quienes estuvieron presente —La voz del señor Beckinsale me regresa a la realidad—. Tal vez podríamos hablar con alguna de esas personas y puedan testificar lo que vieron. El hecho de que Brendon haya dado el primer golpe, no te quitará las consecuencias que tu respuesta ocasionó.

—¿Y qué se supone que iba a hacer? —arremato— ¿Dejar que me golpeará hasta quedar inconsciente y no defenderme? No es la primera vez que lo hacía.

—Te entiendo, pero a veces las peleas solo ocasionan más problemas. En el aspecto legal no importa quien haya sido primero, sino quien ha resultado más dañado.

Mi entrecejo se frunce. Sé perfectamente que no fue la mejor decisión. Igual necesito que me comprendan, no ocupo que me estén repitiendo lo que ya me sé de memoria, mucho menos que me hagan sentir mal. Parecen putas grabadoras.

—Esto es una mierda —siseo, dejándome caer contra el respaldo de la silla.

Él enarca una ceja y niega.

—Es lo que parece justo ante la ley.

—Pues la ley es una mierda —repito, acomodando la frase.

Se ríe y alarga un suspiro.

—¿Por qué no dejamos a un lado la mierda y lo que parece justo o injusto? —me pide— Cuéntame, ¿tu familia lo sabe? Exceptuando a André.

—No es mi familia, no directamente —digo de mala gana—, y no, nadie de mi familia lo sabe, solo mi tía, la novia de André. Prefiero pasar por esto solo, yo... no tengo... solo no quiero.

Mueve una figura de cerámica y coge un bloc de notas. Mi atención va hacia los pequeños retratos que tiene a su lado, puedo fijarme que uno es de su familia.

Últimamente me siento vulnerable, débil, tan triste por dentro e intento esconderlo porque ya no quiero seguir así. Estar acompañado se vuelve como un antídoto para no caer y volver a ese hoyo del cual no he salido, solo doy brincos creyendo que estoy bien y las cosas se solucionarán de forma automática.

No es así. Sigo ahí adentro. Solo. Y cada vez se hace más profundo.

—Deberías pensarlo —murmura, inclinándose sobre su escritorio—. En momentos así es mejor tener de apoyo a nuestros seres queridos. No has matado, sin embargo, esto es catalogado como una riña, ¿sabes qué significa?

—No quiero sonar grosero, pero no me importa —digo de mala gana, mirándolo directamente a los ojos—. No pienso solicitar la ayuda de ellos, sería otra obra caritativa.

Lo último suena tambaleante. El nudo en mi garganta regresa y esa presión, a la cual le hice caso omiso durante un tiempo, regresa haciéndome saber que todavía me ahoga.

Él quiere volver a hablar. No pasa. El sonido de su celular indicando que ha entrado una nueva llamada lo interrumpe. Una mueca se forma en su rostro y mira la pantalla, quizás intentando saber de quién se trata.

—Discúlpame —se lamenta, cogiéndola.

Hago una seña con mi mano, restándole importancia.

Vuelvo a la fotografía que yace en su escritorio y cierro los ojos durante unos segundos, escuchando lo que dice a la persona que se encuentra al otro lado de la línea telefónica.

—Neisan, ahora no puedo... —Se queda en silencio—. Vamos, me platicas más tarde. Sí... Neisan, solo deja de quemar velas aromáticas y arregla esa fuga, hablamos luego.

Su voz se ha elevado y cuelga soltando un bufido.

El ambiente se ha tornado tenso y yo me obligo a olvidar lo que mi mente ha traído de regreso. Un silencio casi sepulcro envuelve su oficina, no sé si está analizando lo que le han dicho en la llamada o en cómo retomar la conversación que teníamos.

—¿Tienes idea de la cantidad de dinero que se tiene que pagar para una fianza? —Finalmente, cuestiona.

No soy capaz de decir algo al respecto, mis párpados tiemblan y mis ojos se abren, mi campo de visión es el mismo punto de hace unos minutos atrás.

—En eso estoy, buscaré la forma. Lo prometo —musito.

Suspira.

—¿Qué te está atormentando, Aidan?

—¿Qué clase de terapia psicológica es esta? No recuerdo haber pedido un grupo de apoyo —Me río, sintiendo mis ojos arder.

—No se trata de eso —dice con calma—, soy una persona empática. Por la manera en que te expresas de tu familia y actúas a la defensiva, solo puedo intuir que estás un poco roto. Es difícil digerir el dolor ajeno, lo sé, creo que todo esto del asunto de la demanda te pone más estresado. No tengo conocimiento sobre lo que ha pasado con tu familia para que estés así, aunque en tiempos difíciles es mejor mantenerla cerca. Todos necesitamos que nos sujeten cuando nuestras piezas están a punto de caer.

Sus palabras se vuelven sublime y no puedo digerirlas bien debido al nudo que se mantiene en mi garganta. Debo admitir que una capa se ha caído. No mentiré. Llevo queriendo escuchar algo como eso. También me duele, porque hay más interés en alguien que no me conoce que en otros que sí lo hacen.

Mi vista arde y se nubla, de esa manera, cae la primera lágrima.

—¿Cómo me podrían sujetar las mismas personas que me rompieron? —Mi voz se rompe y seco por debajo de mis ojos—. Yo-yo solo quiero —tartamudeo. No quiero sollozar, por lo que me quedo callado e intento controlarme— quiero que todo regrese a la normalidad. Me harté de la situación y de sentir que estoy haciendo mal... quiero paz. Nece-necesito paz.

Me deshago de mi gorro de lana. El calor ya se ha apoderado de mi cuerpo y la inestabilidad de mi respiración. Paso mi mano por mis mejillas y trago saliva. Mierda, estoy llorándole a un tipo desconocido con acento británico.

—Estamos hechos de errores y consecuencias, ¿y sabes? Eso nos hace humanos. Eres muy joven para alimentarte de odio y rencor.

—Pero me duele —murmuro, mordiendo mis labios.

—Y es normal —continúa.

—¿Aunque me hayan mentido? —me burlo. Las lágrimas me distorsionan la imagen del hombre —. Me quisieron proteger a base de mentiras y solo me destruyeron cuando supe toda la verdad, y ni siquiera me la dijeron ellos.

—La descubriste —comprende asintiendo —. Ya veo.

Hay un peso aplastándome por completo. Entierro mi cara entre mis manos y sorbo por la nariz, al mismo tiempo que cojo una bocanada de aire que llene mis pulmones.

—No voy a justificar ese acto, sin embargo, solemos tomar decisiones que creemos mejor para quienes amamos sin pensar en las repercusiones que vayan a haber más adelante. Míralo desde ese punto de vista. Pregunta y medita. A veces tomar el dolor, moldearlo y comprenderlo puede ser una buena alternativa.

Lo último me recuerda a lo que me dijo André hace unas semanas antes de que todo esto ocurriera.

Alzo mi vista al hombre y hablo:

—¿Para la felicidad?

Él sonrío.

—Exactamente.

Apoyo mis brazos sobre el escritorio y dejo caer mi cabeza sobre ellos con la intención de ahogar un pequeño sollozo. Escucho como arrastra su silla y el sonido de la suela de sus zapatos chocar con el suelo.

Lo último que espero de su parte es sentir palmadas pausadas en mi espalda, tratando de calmar mi estúpido llanto que se ha creado en pequeños lapsos, su tacto no es repetitivo, es intermitente y se mantiene en silencio durante unos minutos, dejándome liberar lo que siento en mi interior sin agregar algo más.

Más tarde, aprieto el gorro de lana entre mis manos, encontrando tranquilidad luego de unos segundos.

—¿Por qué hace esto? —pregunto. Mi nariz está tapada y mi voz se escucha griposa.

—¿Hacer qué?

Volteo para verlo y su gesto es serio.

—Aguantar el lloriqueo de un adolescente. —Una risa sin humor se escapa de mi boca.

—Trata a la vida y a las personas como quieres que te traten, o hubieses querido que te trataran —sonríe a medias—. En algún futuro mis hijos tendrán tu edad, en algún momento se romperán, todos lo hacemos, y quizá para ese entonces sus padres ya no estén, quiero creer que tendrán a alguien que, no importa si son unos desconocidos, sentirán empatía por ellos y le darán la libertad de llorar en su hombro.

Por favor, esos niños tienen un padre que daría la vida por ellos.

—Aidan, tienes diecinueve años, ante mis ojos eres un niño todavía. ¿Sabes? Las miradas no deben reflejar un punto de quiebre, mucho menos a tu edad.

—Ya no quiero llorar —digo por lo bajo.

El señor Beckinsale aprieta mi hombro.

—Hazlo, tal vez necesitas llorar, romperte lo suficiente para que pueda iniciar de nuevo. En ocasiones es mejor caer por completo —comenta—. El día que las Torres Gemelas cayeron, pensaron que ya nada podría levantarlas, tuvieron razón. En su lugar se levantó el One World Trade Center, ¿y sabes? Es el edificio más alto de todo Estados Unidos.

—¿Es una metáfora? —Sonrío.

—Lo es. Derrúmbate, pero cuando te sientas bien, construye la mejor versión de ti. Estarás bien.

—¿Debo tomar eso como un consejo de abogado o terapia?

Él se pone de cuclillas con el objetivo de estar casi a mi altura, se sostiene de mi silla y se queda pensando, aprieta sus labios y niega, volviendo a mí.

—Toma el consejo como el padre de familia que soy.

✱

Mis pasos se detienen poco a poco y me quito los auriculares. Él me ve desde el otro extremo y se aleja de la camioneta. Al estar a unos metros, me fijo en su apariencia. Ok. Está de puta madre su nuevo corte de cabello, ¿pero no iba a dejarlo crecer más?

—¿Qué le han pasado a tus rizos? —cuestiono, enarcando una ceja.

—Solo es un nuevo estilo —Aitor responde.

—¿No se supone que lo querías largo? No comprendo.

—El cabello crece, ¿bien?

Mi ceño se frunce por su actitud. No diré que esto es obra de Sue porque no se trata de echarle toda la culpa a ella de las decisiones de Blakely... al demonio, claro que esto es obra de ella.

—Lo entiendo, nada más que no te creo que sea un nuevo estilo. No cuando estuviste meses peleando con los preceptores cada que te reprendían por llevarlo largo. Sé geometría, por lo tanto, cuadrado no es igual a triángulo.

—Wow, ahora iniciamos con los chistes matemáticos.

Pongo los ojos en blanco.

—¿A qué viniste? —cambio el tema de conversación, yendo al punto principal.

—Buena pregunta —ríe—. Quiero decirte que tienes razón.

—¿Razón en qué? —interrogo confundido.

—He sido un pésimo amigo, ¿vale? Puse varias cosas por encima de otras que se trataban de ti, debí ir a tu cumpleaños en lugar de ir a donde Sue, estuve excusándola cuando también tuve que comprenderte. No es fácil pasar por todos los problemas familiares, tú siempre me has ayudado en los de mi padre. Quizás esa vez no quise entender mejor las cosas porque creí que la perra de Borris me estaba robando a mi mejor amigo, cosa que aún no duda y pienso encerrarla para la próxima en la bodega del conserje.

—Ok? —musito dudo y divertido.

—Oye —me llama—, somos mejores amigos. Eso jamás va a cambiar. Somos Aitor y Aidan, yo voy primero porque ya te dije que, en una relación entre los dos, yo sería el activo y-

—Sí, claro, sólo en tus sueños, imbécil —le interrumpo.

El chico deja escapar una carcajada.

—Te daré la razón porque no pienso herir tus sentimientos —se burla—. Hey, en serio, lo lamento. No voy a permitir que el Zaboo y Mafoo se acabe. Mucho menos por un tercero, eso incluye a Sue. Si te pierdo, perderé a la mejor persona que he conocido. Así que no me volveré a ir. De hecho, soy capaz de hablar con mi padre si necesitas dinero...

—No, no, no —niego rápidamente—. No voy a permitir que le pidas perdón por algo que fue su culpa, prefiero ir a la cárcel antes que te chantajee, estás estúpido si crees que aceptaré. Bien, viéndolo desde este punto, sí lo estás, pero no te dejaré.

—¿A quién has ofendido ante mi ausencia? —Se cruza de brazos.

—No te sientas importante, eres reemplazable —me encojo de hombros.

—Y tú un completo hijo de puta —farfulla y esbozo una sonrisa a medias.

—Eres reemplazable, más no irrepitible. He de admitirlo.

—¿Entonces me perdonas?

—¿Por qué debería de hacerlo?

—Porque tú igual tuviste culpa, me estuviste ignorando.

—Eso es verdad.

—Y porque de ahora en adelante seremos tú y yo, no pienso perder a mi mejor amigo por una chica, mucho menos si esta nos hace pelear, encontraré alguien que igual... me haga feliz como ella —Lo último suena bajo y su semblante cambia a una melancólico.

Ese gesto lo conozco. *Ay, no. Por favor, dime que no es cierto.*

—¿Qué quieres decir con eso?

Se encoge de hombros.

—No quería que nos distanciáramos, así que le terminé.

Por la puta madre.

—¿Qué? No, no debiste, oye-

—Tranquilo —corta e intenta sonreír—, no hay problema. Fue mi decisión. Estoy bien, en serio, lo estoy.

Si antes me sentía mal, ahora estoy peor, porque mis indiferencias con Sue no tenían que afectar lo que había entre ella y él. Porque Aitor realmente es feliz a su lado, y no, él no está bien. Le ha dolido dejarla, y a mí me ha dolido saberlo.

Maldita sea.

CAPÍTULO 24

—Los amigos de Darling dan miedo —le susurro en el oído a Borris, viendo a todas las personas que hay en la casa.

—Darling da miedo, ¿qué esperas de con quienes se junta? —El chico hace una mueca de disgusto.

—Ella no da miedo —defiendo.

—Porque no ha entrado en total confianza contigo, espera que lleve unos cuantos vasos encima y te terminará obligando a tatuarte su cara en la espalda.

—Puedo tatuarme su nombre también, sería un gusto —Le guiño un ojo.

—Repítelo, lo quiero grabar para enseñárselo cuando ya esté siendo lo suficientemente dominante para meter tu cabeza en una cubeta de hielos con alcohol —bromea—. Ándale, desearás no haber dicho eso.

—Haces ver a tu prima como un monstruo.

—Ella lo es —afirma.

La chica se acerca a nosotros con unos vasos y cada uno recibe el suyo junto a una sonrisa. Borris huele la orilla de este y se dirige a su prima con los ojos entrecerrados a lo que ella solo se limita a sonreírle.

—¿No tiene droga?

—Aquí la droga es ingerida al cuerpo de uno mediante su consentimiento, ¿va? Vamos, bébele, es vodka, tenemos algo más, pero eso será para después —se dirige a mí—. ¿Te gusta esa música y quieres algo más? Creo que falta menos de una hora para que las luces comiencen a dejarte ciego, Kasper y su pequeño fetiche por la esfera brillante.

—Así está bien —le sonrío.

Ni siquiera sé bailar.

El ambiente —dentro de lo que cabe— se siente fresco y no tan encimoso como en otras fiestas. Varios beben y otro fuman, el humor se puede ver, de hecho, siento que ya estoy en un viaje al saber que todo lo que respiro se trata de marihuana. No hay respeto, pero igual no me importa.

Mis pies avanzan y mi respiración se dificulta, viéndome con la necesidad de dejar caer mi cuerpo sobre uno de los sillones, sorbo el último poco de líquido que hay en mi vaso y lo dejo a un lado. Visualizo a Borris cantando en voz alta la canción que está sonando y una risa sale de mi garganta.

Darling se acerca a él y se susurran cosas al oído. Ambos se ponen a bailar junto a otras personas y tallo mi cabeza, esto comienza a hacer efecto muy rápido.

La chica viene hacia mi dirección y se sienta a mi lado.

—¿Así que te tatuarás mi nombre? —demanda.

Mis ojos se cierran y es inevitable dar una carcajada.

—Maldito, Borris —siseo.

—Tomaré eso como un privilegio —Su voz tiene un timbre de ego.

—Vale —Me encojo de hombros.

—¿Has probado el LSD?

Se pregunta se desvía completamente del tema y mi ceño se frunce, sin embargo, asiento dudoso.

Esa pregunta es una invitación, lo sé perfectamente. Tampoco es como si lo quisiera evitar, ¿a quién le mentiría? Obvio que sí quiero.

—¿Quieres?

—Sólo si tu escoges el dibujo —le propongo.

La comisura de sus labios se curva y descuelga unos anteojos de sol, a continuación, me los pone y se levanta, cogiéndome de la mano para que la siga. Soltando un bufido, dejo que me guíe.

Pasamos por todas las personas mientras ella baila ante cada paso que da, Borris se interpone en nuestro camino y me abraza del cuello, cegándome con el flash de su celular. Está tomando fotos, le dice a su prima que se una y la sesión continua hasta que nos vuelve a dejar libres para seguir con los otros chicos que se encuentran atrás de nosotros.

Al parecer alguien ya está soñando despierto.

Nos alejamos de casi todas las personas y saca una bolsita de plástico del bolsillo de su short, me escanea de pies a cabeza y observa los pequeños cuadros que tiene en su mano, finalmente, escoge uno y me lo enseña.

—¿Una fresa?

—A veces hueles a una —dice con sarcasmo—. Ponla en tu párpado inferior.

—¿Qué? —digo incrédulo— ¿Me lo meteré por el ojo?

—Es lo mismo que en la lengua, solo que el efecto será más rápido por esa vía, igual puedes hacerlo como quieras.

Muerdo mi labio inferior y asiento.

—Quiero ver cómo te lo colocas tú y lo hago después, ¿puedes?

—Perfecto —accede.

Coge un cuadro y vuelve a guardar la bolsita, ella lo coloca en su meñique y con delicadeza lo pone en el sitio. Miro su acción detenidamente. Una vez que termina, me hace una seña para que ahora yo lo

haga. Me retiro los lentes, poniéndolos en el cuello de mi camisa y —no tan convencido— lo hago, al inicio molesta mi ojo, aunque puedo tolerarlo.

—Wow, eso fue raro —río.

Darling dibuja una sonrisa en su rostro y vuelve a sujetar sus lentes para ponérmelos.

—Se te ven mejor a ti, las luces están como para hacerte un vídeo promocional de alguna marca.

—¿Cómo de qué? —acorto un poco la distancia y relamo mis labios.

No hace falta que mi subconsciente me recuerde lo que le he dicho a Borris hace unos días atrás.

Soy una persona muy impulsiva y hormonal, lo admito y no me da vergüenza. Darling es muy bonita y yo soy muy caliente, no me digan que no lo haga porque lo terminaré haciendo de todas formas. Y eso es lo que haré.

La chica pone sus manos sobre mi pecho y las desliza hasta el cintillo de mi pantalón, atrayéndome a su cuerpo. Esto me agrada.

El tiempo es oro y solo me está deduciendo con sus movimientos junto a lo que ella cree que es mi perseverancia, lo que no sabe, es que no soy alguien que espera. Soy alguien que lo hace realidad.

Sujeto su cuello con firmeza y la beso, la chica lo sigue al instante y nuestra boca hace una mezcla perfecta que disfruto. Mi otra mano va a su cadera y la aprieto, por su parte, ella sigue aferrada a mi cintillo.

Me permite introducir mi lengua y siento como juguetea con mi perforación... joder. Qué sensación. Sabe cómo jugar con esta y eso aumenta mis ganas de querer hacer algo que un simple beso.

«Piensa en tu juico, Aidan, pienso es eso», me repito.

Darling sube sus manos a mi cuello y...

—¡Ándale que aquí no se permiten besos!

Aquella voz nos obliga a separarnos. Es Kasper, su amigo.

Carraspeo acomodándome los lentes para tratar de desviar mis pensamientos a otro lado. Solo espero que mi pene no esté erecto y se vea. A quién engaño, si lo está.

—Interrumpo el coito fallido para decirte que Borris está solo en el patio, no quiere entrar, creo que le ha pegado mal lo que le has dado, también que Loscalzo y Meli están discutiendo porque una se ha metido con el novio de la otra.

—Si quieres ve con ella, trataré de calmar a Borris —le propongo.

—¿Seguro?

—Tranquila, te aviso si ocurre algo más —Rasco la punta de mi nariz y le doy la espalda para poder salir de ahí.

El chico me mira y una risilla traviesa se escapa de su garganta.

—¡Amigo, tienes algo en la entrepierna!

—¡Kasper! —escucho a Darling reprimirlo.

Putra madre. Siento mi rostro caliente y no es por las hormonas.

Apresuro mis pasos y salgo. Busco a Jaén con la mirada y lo veo tambaleándose en la orilla de la piscina, troto hacia él, sujetándolo de la camisa para alejarlo de ahí.

—¿Estás bien?

Me voltea a ver.

—Te veo distorsionado y me está dando pánico.

—Ok, no estás teniendo un buen *trip*, ven aquí conmigo —Lo tomo del brazo y él me sigue—. Está bien que me veas de esa forma, ¿sí? Necesito que te relajes y no vayas a asustarte, es normal.

—¿Aidan?

—Soy Aidan, aquí estoy, no me voy a ir. Solo dime cuando te sientas mal.

—Quiero ir a la piscina —balbucea.

—No, estás mal, no te dejaré-

Antes que pueda terminar, Borris se deshace de mi agarre y huye como un niño pequeño.

—¡Borris, no!

Corro detrás de él, aunque no soy consciente de que se para en seco y antes que pueda detenerme, mi cuerpo choca con el suyo yéndonos ambos al agua, esta se encuentra fría y lo único que me preocupa es tener al chico con la cabeza fuera del agua.

—¡Maldita sea, mi celular! —maldigo al aire.

Me fijo que está flotando mientras yo me apoyo en la orilla, tiene una sonrisa en su rostro. Dios, quiero golpearlo. Él se acerca a mí y copia mi acción, saco mi celular y lo dejo encima del césped.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

Sin embargo, Borris no responde. Ignorando por completo mi pregunta, solo hace una cosa: me besa.

Yo me quedo estático sin poder hilar lo que está ocurriendo, estoy sintiendo sus labios moverse sobre los míos, sé que nuestra piel está mojada, pero a pesar de ello puedo sentir su saliva. Realmente me está besando y no es por una apuesta.

Cuando sólo hago un movimiento con ellos; se aleja asustado. Se apoya con sus manos en la orilla y pega su frente contra la losa. Trago saliva por lo alto y suelto un suspiro. Me esperé todo, menos esto.

[...]

—Me dijiste que el autor moría, me quedé con una idea diferente, ¿sabes? —Aviento el libro sobre el mostrador y la chica gira apenas escucha mi voz.

—¿Y eso a mí qué me importa? —ataca. Poniendo una caja sobre el asiento.

Uy, alguien está enojada. Puedo saber la razón y realmente lo disfruto que esté en ese estado. Vamos, Sue, sufre.

«*Eso fue demasiado infantil, Aidan*», me regaño.

—Vengo a comentarte que me he quedado confundido con el final, pero logré captarlo después de todo —Apoyo mis brazos sobre la superficie de madera y le doy una mirada—. ¿Hoy estás a la defensiva?

Ella suelta un suspiro y se gira para poder darme la cara. Su flequillo ha desaparecido, ahora su cabello está partido a la mitad y parece más largo que antes. Se ve pálida y eso hace que sus pecas sobresalgan.

—Aidan, ¿qué quieres?

—Me he enterado de que terminaste con Aitor —admito.

Aprieta sus labios y asiente.

—Así es. Él me ha terminado.

—¿Y cómo estás? —jugueteo con las preguntas.

—¿A qué quieres llegar con todas tus preguntas? De hecho, ¿a qué has venido exactamente? —arquea su ceja derecha—. El que te presentes luego de terminar con tu mejor amigo me da mala espina. De hecho, no se ve bien.

Le sonrío.

—Es que lo majadera no se te quita, ¿eh?

—Y a ti lo imbécil, ¿eh? —devuelve.

Coge algunas cosas y rodea el escritorio, yéndose a la parte donde se encuentran los cuadros. La sigo. Vuelvo a escuchar sus quejas y puedo ser un presente de lo que dice a continuación:

—¿Cuándo te meterán a la cárcel?

Mi ceño se frunce.

—¿Qué dices?

—Que me he enterado de que casi matas a un chico y ahora irás a la cárcel, ¿puedo ir a fotografiarte cuando tengas el uniforme que todos los reos usan?

—¿Cómo te has enterado de eso tú? —cuestiono.

—Te recuerdo que me llevo con la hija del Señor Beckinsale —dice acomodando—. Es buena oyente de lo que habla su papá.

—Sí, también una habladora... —digo por lo bajo, recordando a la chiquilla.

Ella será la próxima persona que golpee con un libro.

Claro.

Luego de que su padre me saque de este problema.

—¿Te molestan las chicas que te dicen tus verdades? —sonríe falsamente.

—¿Mis verdades? ¿Seguiremos con esa misma mierda? —demando—. Vamos, Sue, he venido porque quiero hacer los pases contigo, no es bonito saber que un día me odias, al otro; alejas a mi mejor amigo de mí, luego enterarme que te ha terminado y que ahora tu odio se haya multiplicado por mil.

—No te odio —farfulla—. No todo gira alrededor de tu gran ego, Aidan. Tienes que aprender que ese lugar únicamente es del sol. No eres el centro de atención, Howland, no te sientas así.

—¿Entonces?

—No intentes culpar a uno de lo que tú ocasionas. Yo no alejé a Aitor de ti, tú solo lo hiciste apenas te enteraste de que él y yo éramos novios.

—¿En serio? Me abandonó el día de mi cumpleaños por ti y te creyó sobre encima de-

—¡Huh! ¡Detente! —me interrumpe—. Te refresco la memoria diciéndote que me ha terminado porque quiere estar bien contigo, ¿qué clase de amigo hace eso? Tú lo alejaste, Aitor no te abandonó porque yo se lo haya pedido, aquel día me acompañó al hospital porque casi caía en un coma diabético, no lo hice a propósito porque se tratase de tu maldito cumpleaños.

—Él no me dijo eso.

—Porque no tiene que andar dándote explicaciones de lo que hace o no, es una persona, es tu amigo, no tu jodido esclavo, Aidan. Los amigos se comprenden, el que haya faltado a uno sólo de tus cumpleaños no es traicionar su amistad. Te pregunto directamente, ¿qué habrías hecho tú en su lugar? Yo te atraía, ¿no? Bien, velo desde ese punto, responde y piensa bien si quien actuó mal fue él o tú.

—De acuerdo, tienes razón, pero igual sabías que me gustabas, no es fácil ingerir la noticia que de un día para otro estés saliendo con mi mejor amigo. Tenía un poco de esperanzas.

—Las cosas pasan, Aidan. ¿Sabes por qué preferí a Aitor antes que a ti? —me mira, alzando un poco su cabeza—. Porque él si sabe la clase de persona que es y no pretende esconderse bajo una piel de oveja.

Ouch.

Me quedo callado.

El sabor del dolor se siente tan bien que me hace sentir jodidamente mal. No he tenido buenos días y no creo tenerlos por un largo tiempo. Estoy tan cansado, fatigado y creo que mareado, todo esto me consume, pero me lo merezco. Sé que he dañado y actuado de manera no tan orgullosa.

—Sue-

Pero entre sus planes no está el dejarme hablar, ella me gana, quitándome la palabra de la boca. No puedo hacer nada, así que decido apoyarme contra la pared para darle la cara y escuchar todo lo que dirá una vez más.

—Sé que yo tampoco he sido una blanca paloma, te ofendí y también a tus amigos. Perdón. Quizá una palabra no va a remediar todo, sin embargo, quiero que se vea la intención, a veces me frustró mucho y no encuentro positividad en mi vida. No debí decir las cosas que dije aquella noche, pero el ambiente en donde me encontraba solo me hacía sentir miserable, sé que ustedes no tienen la culpa... sólo que tuve un ataque al verlos... si le di otra versión a Aitor fue porque no quería confesarle cómo me siento en ocasiones.

Comprendo lo que ha dicho y trago saliva. El vago recuerdo de cuando nos presentamos por segunda vez viene a mi mente y se repite un diálogo que tuvimos. Es de esa manera que todo aquel vómito verbal tiene sentido.

—No quieres sentir la lástima de las personas —declaro—. Por eso me pediste que no te ayudara.

Asiente lentamente y se deja caer al suelo, apoyando su espalda contra un librero.

Exhalo de forma exagerada.

—Es bonito que se preocupen por ti, aunque tampoco quiero que mi pareja se sienta obligado a estar conmigo por mi enfermedad. Aitor se enteró de mi insulinodependencia el mismo día que te dejé plantado, él siguió actuando igual que antes —ríe—. Sentir tu atención sobre mis métodos diagnósticos o lo que me suministraba se volvió raro... no sé.

—Entiendo —musito. Copio su acción y deslizo mi espalda sobre la pared hasta llegar al suelo—. Temías que mi cercanía fuese por lo que te pasaba y no por lo que eras en realidad, no te culpo, a veces todos tememos a eso.

Hace un mohín.

—Lo lamento, Aidan.

Esbozo una sonrisa a medias y Sue desvía su vista a otro lado. Me mantengo observando su silueta en silencio. Creo que este escenario es mi favorito entre ella y yo, vaya que lo es.

—Sue —la llamo y vuelve a mí—, *yo realmente sí te quería.*

CAPÍTULO 25

Alrededor de quince minutos me he tardado en convencer al Señor Hauser, el portero, para que me permitiese el paso al plantel, en menos de una semana estaría pisando de nuevo el instituto, pero para eso primero tenía que evitar llegar a la cárcel con éxito junto a la ayuda del Señor Beckinsale.

Solo me ha pedido tres cosas y las enlistaré a continuación:

1. Convencer a Rebecca para que testifique lo que sucedió en realidad.
2. Pedirle a Borris Jaén lo mismo.
3. Cerrar mi boca en el juicio y que mi lado insolente no me domine.

La uno y la tres serán un gran reto para mí, por ello, estoy caminando al único sitio que puede ser mi salvación. Visualizo las puertas del gimnasio y miro a través del cristal, echándole un vistazo a su interior. Ahí se encuentra ella, sentada mientras revisa algo en su celular y talla su cuello con una de sus manos.

Me percato de que nadie esté mirándome y entro, el ruido de las puertas llama su atención y alza su vista, ocasionando que nuestras miradas choquen. Becca baja su celular, su desagrado no tarda en hacerse presente, pone sus ojos en blanco y con una ceja arqueada me recibe de la mejor manera.

—Ya te veía con los reos —se burla—. ¿No te hacía falta una semana para regresar a clases?

—Qué graciosa eres, Dankworth. Para tu información, he persuadido la seguridad del instituto, aun sigo baneado, hashtag Aidan sigue expulsado —Hago una seña con mis dedos para hacer referencia a la etiqueta y acortó la distancia entre nosotros.

Ella relame sus labios y me observa detenidamente.

—¿Qué te has hecho en la ceja? —pregunta frunciendo su ceño.

—Una perforación, bebí una pócima de rebeldía y este fue el resultado, también tengo una en la lengua —le cuento y me abro paso a enseñársela.

—¿Acaso igual te tatuaste?

—Lo estoy pensando, tsss —chisto y le regalo una sonrisa a medias.

—Preguntaría sobre dónde ha quedado el Aidan Santificado, pero me temo confesar que nunca ha existido. ¿Te cansaste de usar la piel de oveja? ¿O acaso ya te dejó de venir ese disfraz?

Ok. Ya van dos personas que me dicen lo mismo.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Estamos bravos, ¿eh?

—Como sea, ¿qué quieres? —Coge su bolso de tela y comienza a guardar algunas cosas que se encuentran a lado de ella.

—Oye, sé que estás enojada o crees que te estuve utilizando-

—De hecho, no. No estoy enojada —interrumpe—. Solo que las cosas se dicen al inicio de todo, Aidan. No esperas a que la otra persona te confiese lo que quiere para que tú des el siguiente paso y dispararle "*ay, es que yo no quiero nada*". —Ladea su cabeza— Te falta honestidad.

Golpe bajo. Lo digo en serio, eso es por lo he estado peleando con mi familia.

—Pero no estás enojada... —musito.

Rebecca me da una mirada fría.

—Me da tristeza y no voy a negar que dolió enterarme que te metiste con la ex novia de mi hermano —Aprieta sus labios—. Eres demasiado inteligente, aunque muy imbécil también. Supongo que algunas personas no valen la espera.

—¿Qué quieres decir?

Suelta un suspiro y se mantiene pensativa durante unos segundos.

—Creí que ser perseverante daría buenos resultados entre tú y yo... soy ingenua a veces, digo, también espero que algún día mi hermano cambie su actitud de machito —bufa—. Ok, ya superé eso, si estás aquí es por otra cosa, no para venir a disculparte por lo que ha ocurrido.

Becca sabe usar las palabras correctas para poder darte una paliza limpia. Ahora no tengo idea de cómo pedirle ese favor con todo lo que me ha contado, a lo mucho me desearía suerte en el juicio y se iría meneando su coleta alta.

Tampoco es como que me hayan quedado ganas de pedirselo, ¿suplicar podía ser una opción? Por supuesto, solo esperaba de todo corazón que no me respondiera con una cachetada. Lo merecía, sin duda alguna.

Me mantengo en silencio, fijándome en cada uno de sus movimientos al terminar de guardar todo. Resoplo sintiendo toda esa presión en mi interior e intento armarme de valor. Ya, como sea.

—Quería pedirte un favor —digo—, que testificaras el día del juicio lo ocurrió. No me vas a defender, sólo dirás la verdad.

—¿Y echar de cabeza a mi hermano?

—Ha salido más dañado que yo, pero tampoco es justo que a mí me culpen de todo cuando él fue quien inició dando el primer golpe con el caso. Me defendí, y tú sabes que no ha sido la primera vez.

—Te recuerdo que tú diste le diste un puñetazo aquí en el gimnasio, ¿por?

Arrugo mi entrecejo.

—¿Hola? ¿Te recuerdo que te dijo estúpida y te trató mal frente a varias personas?

Becca frunce su ceño.

—¿Te peleaste con él por eso?

—Sí, ¿creíste que eras por el asiento? ¡Dios! ¡Tu hermano es un grandísimo idiota!

—¡Oh, cállate!

—¡Por favor, las veces que nos hemos peleado es porque siempre tiene que salir una mierda de su maldita boca! ¿En serio esa cosa es tu hermano!?

—Dios mío —dice por lo bajo—. Eres un completo caso perdido.

—Y también lo seré en el juicio —Le sonrió sarcásticamente.

La chica se queda viéndome, quizás está teniendo un debate con ella misma, en si ayudar el idiota que la ilusionó o a su sangre, no me sorprendería que eligiera la segunda. Me lo merezco, soy alguien que acepta cuando la ha cagado y yo lo he hecho demasiadas veces.

Por favor, pongan F en el chat.

Su silencio sepulcral es como una pequeña forma de matarme, espero lo esté disfrutando porque yo estoy sufriendo y mi mente maquina tanto que no sé con cuál de todas las posibles respuestas pueda aceptar. Mis neuronas comienzan a hacer apoptosis.

—Bien, lo haré, pero no por ti. Lo haré porque yo sí soy mejor persona que tú.

Me quedo saboreando sus palabras, bueno, tratando de digerirlas. Estas son pesadas y frías. Una excelente respuesta.

Entonces, me doy cuenta de que Rebecca Dankworth es demasiado justa y una chica de excelencia, tal vez me estoy arrepintiendo de haberla dejado a último instante. Ella realmente es todo lo que está bien y... ahora me ha echado al suelo, haciéndome sentir un completo bastardo.

Me da una última mirada y gira sobre sus talones, alejándose de mí, dejándome con un sabor amargo de despedida en la boca. Aprieto mi mandíbula y cierro mis ojos durante unos segundos, cuando creo que esto ha finalizado; me pongo frente a ella obligándola a detenerse.

Sí, sí, a la mierda. Nunca es suficiente para mí, ¿va?

Pone en blanco sus ojos grises y me hace un gesto de "*me hinchas lo que no tengo*".

—Lo siento —confieso—. Lo digo en serio, no por la respuesta que me has dado, lo siento de verdad. No quiero que nos dejemos de hablar, me agrada convivir contigo, lejos de lo otro, como amigo, las pláticas y-

—Entiendo —me corta—. Eres agradable, siempre lo dije, tu conocimiento te hace muy interesante. Tranquilo, mi amistad siempre la tendrás, podemos seguir saliendo y compartir fiestas, claro, siempre y cuando tengas en cuenta que cada uno está por su propia cuenta.

—¿Advertencia o aviso? —Le sonrío de lado.

—Vuelves a hacer alguna referencia y prometo que voy a darte una cachetada —enarca una ceja.

—Eso me gusta —musito.

Sé perfectamente que la estoy provocando, es por eso por lo que recibo un manotazo sobre mi mejilla de su parte. Me ha abofeteado.

—Fuck, me lo merecía —suelto entre risas.

—Eres un caso perdido —vuelve a decir.

—Ya me lo has dicho antes —le hago saber.

—Y lo reafirmo.

Da un paso hacia atrás y rebusca en su bolso, por mi parte me mantengo observándole y me fijo de que saca un pliego de papel azul. Ella me lo extiende y con una pizca de duda, lo cojo.

—A pesar de todo lo que ha estado pasando, uno de mis objetivos siempre fue ayudarte con tu proyecto, en especial con el nombre. Sé que entregas pasado mañana, me la pasé hasta las dos de la madrugada leyendo acerca de las teorías del universo y todos los tipos de estrellas que existen en este. Las metáforas suelen un accesorio estético para literatura.

Su voz es suave y dulce. Prefiero no decir nada y desdoble la hoja, hay un pequeño dibujo junto a tres párrafos. Son títulos.

—Intenté dibujar algo, pero finalmente decidí dejártelo a ti, en eso eres bueno.

—¿Agrupaciones de cosmos?

—Al inicio me gustó la idea de que somos hijos de las estrellas, en una forma metafórica; nosotros somos el universo tratando de conocernos a uno mismo, pero ¿qué pasa si las uniones de un cuerpo forman un cosmos? ¿Le damos vida a otros?

—Tiempo, tu mente está avanzando más que la mía —río.

—Unión, Aidan.

Recuerdo lo que he leído del libro y esfuerzo a mi cerebro en recapitular frases.

—Estaríamos conectados a otras personas...

—Exacto, ¿y a eso se le llama?

Vuelvo a mirar la hoja azul y sonrío.

—Pero es casi imposible que uno sienta lo que a otro le pasa.

—Ignora la física, no hablamos de átomos —niega—, céntrate en una agrupación de estrellas, casi como el cinturón de Orión.

—Eso es un asterismo.

—De...

—La constelación de Orión.

—¿Y el cinturón de Orión qué representa?

—A los Reyes Magos... —mi voz disminuye y creo captar a lo que Becca quiere llegar— y estos son nombre de personas.

—Que juntas representan a un individuo —concluye.

—Ya entendí.

—Puedes hacer tu proyecto sobre quienes compongan tu constelación, una literatura fresca y personal, aquellos quienes se conecten a ti. Que te hagan brillar y todo lo que conforman un significativo asterismo, imagina que las personas fueran eso. ¿Te lo imaginas?

Sonrío. Trayendo a mi mente todo lo que me ha pasado con mi familia, los puntos buenos y malos.

—*¿Si las personas fueran constelaciones? Completamente.*

La apunto con mi dedo índice y lo meneo de un lado a otro. Rebecca arruga su entrecejo y asiento con mi cabeza lentamente mientras dos pequeños pasos hacia atrás. Eso la confunde.

—¿Ocurre algo?

—Ocurre que me he dado cuando que del caos nacen cosas espectaculares, el universo está hecho de eso. ¿Te suena el "*todos debemos rompernos alguna vez para crear nuestra mejor versión*"?

—Sí, a veces tocar fondo es nuestra manera de decir que "*nosotros somos el universo tratando de conocernos a uno mismo*" —repite lo que me ha dicho anteriormente—. No me sorprende que la colisión de algo en el espacio dé como resultado a algo mucho más maravilloso. Te recuerdo que el ciclo de vida de una estrella termina en un agujero negro, en una estrella de neutrones o una enana blanca. Si somos hijos de estas, entonces nunca morimos, permanecemos ahí.

Mi padre.

—Ya no hables —suplico creando una mueca en mi rostro—, haces que me arrepienta de haberte perdido.

—Ya vete —bromea—. Entregas en menos de 48 horas.

Le doy una última mirada y salgo trotando del gimnasio, esquivo a algunas personas y llego hasta la salida, me despido del Señor Hauser quien lo hace de la misma manera.

No estoy para esperar el bus, por lo que tomo el primer taxi y le indico la dirección, muerdo la uña de mi pulgar mientras los minutos pasan, estos se me hacen eternos. Necesito llegar rápido. Necesito hablar. Necesito escuchar. Necesito sanar.

El semáforo se encuentra en rojo y solo estamos a dos cuadras. A la mierda, mi paciencia ya se ha terminado y no pienso seguir esperando, muchos menos cuando estoy casi cerca, pero a la vez lejos. Le digo al conductor que hasta aquí he llegado y le pago la cantidad que dicta, bajo el carro y comienzo a correr.

Mi respiración está dificultosa y mi alrededor de vueltas. Me siento aturdido. Visualizar la entrada de la casa de mis abuelos me llena de buena vibra e ignoro toda la pesadez que hay en mí.

La puerta está abierta, así que entro sin importar que haga ruido, sin embargo, me paro en seco cuando me encuentro con mi tío Pol en la sala, él me da una mirada sorprendida, intento recuperar la estabilidad de mi respiración apoyándome en el respaldo del sillón.

—Estás bañado en sudor —declara.

—¿Don-dónde están mis abuelos? —A penas puedo hablar.

—No están aquí —me responde, acercándose. Atisbo como su esposa sale de la cocina.

—¿Aidan? —Ella se acerca—. Por Dios, ¿estás bien?

—¿A-a qué hora van... a venir?

—Hijo, mamá vendrá más tarde, pero papá está internado —me informa.

—¿Qué? —alzo mi vista y veo pequeños puntos negros.

Estoy fatigado, cansado, con dolor de cabeza y mis pulmones no se llenan por completo de aire.

La mano de mi tía Amanda toca mi frente, alejando mi cabello y yo intento dar un paso atrás, esperando por su respuesta.

—Estás frío, ¿seguro que estás bien? ¿Te has estado alimentando?

—¿Cómo qué internado? —cuestiono y aprieto mis ojos para después volver a abrirlos—. Yo-yo veo puntos...

—Se va a desmayar —escucho decir a su esposa—. Pol, sujétalo.

Como si fuese alguna clase de adivina, sucede. Mi cuerpo colapsa y mi visión se vuelve completamente oscura.

CAPÍTULO 26

Mis párpados pesan, la luz se vuelve mi único campo de visión que se encuentra borrosa, puedo sentir como late mi cabeza al igual que mi corazón, sólo hay silencio y eso me asusta. Mis ojos se abren por completo y de esa forma que me doy cuenta en dónde estoy.

Mi respiración es lenta, el aire que respiro es frío, llegando a irritarme la nariz. La punta de mi lengua acaricia mis labios e intento alzar mi mano, pero una pequeña punzada me lo impide.

Oh, hay una aguja en mi vena.

Trago saliva y observo el interior de la habitación. Un hospital. Eso desde ya me ha quedado en claro. No hay nadie conmigo, solo soy yo y ese pequeño sofá gris a mi lado derecho.

Intento incorporarme en la camilla y, con mi otra mano libre, tallo mi frente.

—Joder —maldigo en voz alta. Me duele la puta cabeza.

Escucho un par de voces fuera de la habitación, no distingo bien lo que dicen, sin embargo, sé que se aproximan porque cada vez las palabrerías se hacen más fuertes. La puerta se abre y entra una mujer de tez morena con afro y una bata blanca, detrás de ella mi tío Pol y... mamá.

—Ya despertó —anuncia, lo que parece ser, la doctora.

—Amor. —Mi madre se acerca

Tomo una respiración profunda y trato de sonreírle para evitar que su preocupación crezca.

—Aidan Howland, ¿cierto? —me llama la mujer y asiento—. Soy la doctora Aldrige y quien lleva tu evolución, ¿cómo te sientes? ¿Te duele algo? ¿Sientes nauseas o algo más?

—No, estoy bien, aunque... me duele la cabeza.

—De acuerdo, en estos últimos días, ¿te has alimentado bien? ¿Has sentido que te falta el aire, te cansas rápido o hay dolor en algunas zonas específicas?

—Me he desvelado. —Me encojo de hombros— Y me alimento con lo necesario-

—Falso —mi madre interviene y la miro con el ceño fruncido—. Desde hace días que desayuna cuando quiere y se va a la cama sin cenar.

—Dios —me lamento, tallándome la cara.

Escucho la pequeña risa de tío Pol al fondo.

—Estoy bien —vuelvo a hablar—. Sólo he perdido el apetito.

La doctora se acerca y alza su tabla para leer. Todos nos mantenemos en silencio, lo único que se escucha es el sonido que ella crea cada que cambia de hoja, mamá pone su mano sobre mi pierna y me sonrío a medias. Le devuelvo el gesto.

El hombre está al fondo de la habitación viendo la pantalla de su celular, no sé si nos presta atención o le informa a alguien más que me han internado... mierda, mi abuelo.

Quiero hablar, pero alguien más me arrebató las palabras.

—¿Has donado sangre en este último mes?

Alzo mi vista a la mujer morena.

—No, no lo he hecho.

—¿Tuviste problemas intestinales o has presentado alguna enfermedad parasitaria?

—No —niego—, ¿por qué?

—Tienes diecinueve años, ¿verdad? —cuestiona y asiento. Su mirada se dirige a la mía—. Muy bien. Aidan, te hicimos una biometría hemática y nos arroja valores fuera de lo que se considera normal.

Aquello logra captar la atención de mi tío Pol. Me fijo por el rabillo del ojo que se aleja de la pared y a pasos lentos se une a nosotros mientras guarda su celular.

—Tienes anemia —declara—, todo parece indicar que es ferropénica grado dos, así que tenemos trabajo tú y yo, te haré una serie de preguntas y me tienes que responder honestamente. Esto con el objetivo de descartar alguna otra enfermedad o si solo se trata de una mala alimentación, de esa manera vamos a proceder con el tratamiento.

—¿De acuerdo? —dudo.

—En unos minutos me entregan los resultados de otros análisis que te hemos mandado a hacer por orden de tu madre —indica, dirigiéndose a la castaña.

Ella me mira.

—Me preocupas —se excusa—. Nunca te habías desmayado... mírate, pareces un fantasma recién anexado.

Mi boca se abre, sintiéndome indignado por el uso de sus palabras.

—¿Gracias? —alzo la voz—. Eres mi madre, ¿no?

—En el baño hay un espejo —me reta.

Arrugo mi entrecejo.

Mamá en ocasiones parece ser mi fan y en otras querer arruinarme la vida un poquito más. No la culpo, sin embargo, mis ojeras se justifican, dejando a un lado que he jugado videojuegos unas dos o tres noches. ¡He estado entregando tareas!

—No era necesario-

—Aidan, luces mal. —La voz masculina de mi tío me interrumpe.

Me mantengo en silencio. No pienso seguir hablando, es claro que yo la llevo de perder y quizás ellos tengan razón. Tampoco me siento bien para debatir porque todo está respaldado por la palabra y el criterio de la doctora Aldrige.

Y justo ahora sé tres cosas.

1. Estoy enfermo.
2. Mamá manda.
3. Quiero vomitar.

Siento náuseas, mi alrededor da vueltas y las pulsaciones en mi sien aumentan. Una mueca se forma en mi rostro y agacho la cabeza.

—Llevo conmigo los resultados del examen toxicológico que te hemos hecho.

Al instante en que escucho esa palabra, alzo mi mirada.

Sé perfectamente lo que significa eso. Mierda, me está lloviendo sobre mojado, sí, como ese viejo dicho. Hay una parte de mí que se quiere mantener tranquila y otra que corre en círculos dentro de mi cabeza, no sé el tiempo en que el LSD se mantiene en el cuerpo y tampoco cuál ha sido el método que han utilizado, ¿orina? ¿saliva? ¿sangre? ¿o cabello?

Relamo mis labios y tomo una bocana de aire disimuladamente. No quiero hacerle saber a ninguno que me he puesto nervioso o que voy a colapsar, esto ha sido obra de mi madre, por supuesto que sí. No te hacen ese tipo de examen solo por venir inconsciente. Claro que no.

—Salió todo normal, no hubo presencia de alguna sustancia tóxica, hubiésemos optado por una prueba de orina, sin embargo, en tu estado fue imposible; por lo que preferimos una prueba de saliva.

«*Dios, eso estuvo cerca*», gimo en mis adentros.

El aire que ha sido retenido en mis pulmones en todo ese tiempo sale despacio.

—¿Qué diferencia hay entre una prueba y la otra? —mi madre pregunta.

—La de orina es para un gran campo de drogas y puede detectar el consumo de éstas en los días previos, la de saliva se reduce a un grupo pequeño y solo detecta aquellas que fueron ingeridas en un lapso de 48 horas.

La mujer castaña dirige sus ojos a mí. Me está analizando. Lo sé por la manera en que acaricia el dorso de su otra mano, estoy seguro de lo que dirá a continuación:

—Hágale la de orina.

—Es una broma, ¿cierto?

—El que nada debe, nada teme.

—Estás siendo injusta —sentencio, tragando saliva.

¿Quién tuvo la grandísima idea de traerme un hospital? Cualquiera se despierta con un algodón empapado en alcohol. Tía Amanda lo sabe, ¿por qué no lo hizo? Por favor, quiero desaparecer justamente ahora de la vista de mi madre.

—Sabes que no —dice en un tono serio.

—¿Por qué desconfías tanto en mí? Ya te han dicho que salí negativo en la prueba, ¿quieres detenerte?

—¿Doctora Aldrige? —una voz desconocida se hace presente en la habitación. Se trata de una enfermera.

—¿Me permiten? —se disculpa—. Regreso en un momento.

—Adelante —musito junto a mi madre.

Ella carraspea y me coge de la barbilla, obligándome a verla.

—Lo harás.

Mi mandíbula se tensa y me alejo de su agarre.

—¿Tanta desconfianza te transmito?

Observo como mi tío se aleja y sale de la habitación, dejándonos a solas. Bien, es hora de morir como un caballero... mentira, no pienso acceder ni mucho menos admitir que sus sospechas son ciertas.

—Sólo quiero asegurarme de que no estás yendo por ese camino, Aidan —dice en voz baja—. Si sale negativa te pediré disculpas y lo lamentaré demasiado, pero prefiero eso a que mi peor miedo se haga realidad.

Su confesión me hace sentir mal. Es cierto que no está confiando en mí, pero la realidad es que yo le estoy mintiendo. Ella es quien tiene razón de los dos, aunque, repito, no quiero admitir ni acceder.

—Te entiendo —finalmente, le digo.

—Bebé —me llama—, cada día te veo mal que antes.

A pesar de que sus palabras me conmueven, no puedo decir o hacer algo, pues las náuseas regresan y, a diferencia de antes, una arcada se me es provocada automáticamente, alejo a la mujer con una de mis manos y me giro para vomitar, el sabor es ácido y el contenido líquido que siento mi garganta irritarse.

—Aidan, Aidan. —Intenta ayudarme.

El dolor de cabeza se mantiene y mi alrededor se mueve. Esto se detiene sólo por un segundo y luego siento como me debilito poco a poco.

—Creo que me volveré a desmayar —es lo último que logro articular.



Parpadeo varias veces y giro mi cabeza hacia el sofá, mamá se encuentra acostada. La observo por unos minutos y una sonrisa se dibuja en mi rostro, recordando aquellas noches en que se acostaba a mi lado para que yo pudiese conciliar el sueño.

Cuando se juntó con Darel sentí celos, no quería que nadie más fuese parte de la familia que formábamos ella y yo. Nunca me gustó la idea de tener —casi— una imagen paternal viniendo de él. Sin embargo, los años pasaron hasta que el hombre se ganó mi confianza y también un poco de mi cariño.

Siempre me ha dado mi lugar y respeta el de mi padre. Me apoyó desde el inicio y lo sigue haciendo actualmente, no puedo quejarme, ha sido un gran hombre.

Con la llegada de Molly algunas cosas se complicaron, ella creció y me cuestionaba la razón por la cual no le decía "*papá*". Amo a mi hermana, es mimada y terca, pero la quiero y daría mi vida si la suya llegase a estar en peligro.

Es la única que me puede poner a jugar muñecas o beber el té mientras una canción de algún programa infantil suena desde el iPod que Darel le compró hace seis meses. Igual le permito que me maquille y me ponga esmalte en las uñas con brillitos que ella considere llamativos.

Molly Embley Adams y Bella Adams son las mujeres más importantes en mi vida junto a mi abuela. *Y últimamente no lo he demostrado.*

Aprieto mis labios y desvío mi vista al suelo. En mi ser hay culpabilidad, solo eso. El enojo y el pequeño rencor que estuve sosteniendo hace unas semanas se vuelve pequeño.

No debería actuar así. Yo no soy así.

—¿Qué te pasa? —murmuro.

Miro al techo y deslizo la yema de mis dedos sobre mi frente.

Un dolor se hace presente en mi abdomen ocasionando que me queje, aprieto la zona con mi mano libre e intento ponerme de pie poco a poco, me fijo de la bolsa con líquido que cuelga y prefiero arrastrar conmigo el aparato para acercarme a mamá.

Mi boca sabe mal.

«Joder, que he vomitado. Me doy asco.»

Al parecer no soy del todo silencioso porque mientras me encuentro quejándome en mis pensamientos, el tripié del suero choca con la cama haciendo sonar ambos materiales metálicos.

—Putra madre —maldigo en voz alta.

—Aidan —pronuncia, aún somnolienta—, ya estás despierto, ¿cómo te sientes?

Ay, no escuchó mi insulto.

—Hola, mejor que antes —sonríó—. Ya no me duele la cabeza y no tengo náuseas.

Ella se acomoda en el sofá, brindándome un espacio para poder sentarme a su lado. Accedo. Me ayuda con la vía y acomoda la posición de esta para que no tropiece con la aguja que se halla en el dorso de mi mano.

—La doctora dijo que te daría de alta hoy, pero te has desmayado de nuevo y va a posponer el interrogatorio para mañana temprano, por el momento solo te está suministrando un suero. Se está asegurando que no tenga algo más.

Asiento comprendiendo la situación.

—Decidí quedarme contigo. He hablado con Darel para que cuide de Molly, mañana vendrá por nosotros, le pedí que te trajera una muda de ropa, tal vez vayamos a comer, ¿a dónde quieres ir?

Mis ojos van a un punto inespecífico. A pesar de que la he escuchado, lo que sale de mi boca no es una respuesta para lo que me ha preguntado, es algo totalmente fuera de la conversación.

—Consumí LSD y cannabis.

—¿Qué?

La miro.

—No te alteres, ¿bien? No lo hago seguido, sólo cuando voy a fiestas y quiero entrar en el ambiente, sé que está mal, aunque me mido, en serio.

—¿Fines sociales?

—Algo así, me agrada sentirme parte de algo que, estúpidamente, se considera genial.

—Aidan, no necesitas eso para encajar —dice con calma—. Eres un niño inteligente, no seas ese tipo de gente que quiere entrar a un estatus porque sólo así sienten que valen como personas. No ocupas la aceptación de absolutamente nadie, nada más importa la tuya, ¿entiendes?

Muerdo mi labio y suspiro. Es cierto, algunas cosas las he hecho por eso, antes de Becca y Darling yo asistía a fiestas, solo logré consumir a lo mucho un porro de marihuana, y eso, una calada. Me iba más por los cigarros normales y los vasos de vodka con jugo de arándanos.

Tal vez después de todo había un poco de verdad en la boca de Sue.

—Soy muy estúpido —me río.

—¿En serio eres uno de los tres mejores promedios de tu generación? —ataca, usando un tono burlón.

—Tal vez este curso no lo sea, esta expulsión me ha arruinado, sin embargo, sí lo soy, madre. Tienes un hijo aplicado e inteligente.

—Y arrogante.

—Quisiera discutir eso, pero no tengo fundamentos factibles para ello.

Me sonrío.

—No lo vuelvas a hacer, Aidan —me pide—. Una de las razones por las que te he querido lejos de todo eso es porque tu padre las usaba como una anestesia ante cada situación que se le presentaba en su vida. Esa es la verdad.

Ha tocado el tema de papá y los pelos se me han puesto de punta. Normalmente quien lo pronuncia siempre soy yo, aunque esta vez ella ha iniciado soltándome una de las tantas cosas que me habían ocultado.

Sinceramente, estoy agradecido que lo haga, a veces es mejor traer el dolor del pasado para poder comprender el presente.

—El día en que murió Zachary, la vida de tu padre se convirtió en un infierno, se echó la culpa del accidente en donde falleció tu tío, nunca se perdonó por ello y tu abuelo intentó desquitar todo su dolor en agresiones físicas hacia él —habla, manteniendo la serenidad en sus palabras.

La presión en mi pecho se hace presente y un sentimiento de decepción crece.

—¿Por qué jamás lo denunciaron? —pregunto en un hilo—. ¿Por qué abuela no hizo nada?

—Tú papá no quiso hacerlo, le aterraba la idea, decía que después de todo era su padre y en el fondo lo quería a pesar de... eso. Martha nunca supo nada, bebé. La engañaron por mucho tiempo, le pagaban las clases de cocina o Luke desaparecía de casa hasta la noche.

—¿Y por qué no lo dejó cuando se supo la verdad? No permaneces con alguien que hizo sufrir a una persona que tanto amabas.

—Te diré que hay muchas cosas en la vida que no tienen respuesta. Falta de valentía o no querer romperse sola, deberías preguntarle a ella.

Mis ojos pican y me dirijo a mamá.

—¿Sabes que la realidad duele? Jason Howland era como mi ejemplo a seguir, mi super héroe favorito, mi figura paterna y... todo eso se ha jodido.

Sé que se encuentra internado. Lo tengo en cuenta. Una parte de mí necesita saber qué ocurre con él y la otra prefiere ignorarlo.

Mamá estira su mano hacia mi frente y retira mi cabello, acariciándola unas cuantas veces. Lentamente me dejo caer a su regazo. La verdad es que quiero derrumbarme de nuevo, pero a su lado, porque sé que ella no me dejará y no quiero que lo haga.

—¿Te duele? —susurra.

—Me quema —respondo de la misma manera.

Silencio.

Así nos mantenemos durante unos largos segundos, sigue pasando su mano sobre mi frente y el mundo de sentimientos me envuelve, creando a un Aidan frágil que puede derrumbarse con una mínima palabra.

—Perdóname, amor. No quise lastimarte de esta forma, sé que no tomé la mejor decisión, pero créeme que tu padre fue una gran persona. Lo sien-

—No —la interrumpo, abrazándome a sus piernas—. Perdóname tú a mí. Sólo te pido que no te separes, ¿bien? No lo hagas. *Me estoy volviendo a romper y mis piezas no pueden sostenerse solas.*

CAPÍTULO 27

—¿Ya tomaste tu medicamento? —mamá me pregunta, adentrándose a la cocina.

—Eso hago. —Levanto mi vaso de agua, indicando que estoy a punto de hacerlo.

Ella asiente y abre una puerta de la alacena, observo como se pone de puntas para alcanzar algo.

Echo una risa.

—¿Ocupas una escalera?

Me mira.

—Ocupo que me bajes el cereal, ¿puedes?

Sonrío sin despegar mis labios y ruedo mis ojos con diversión. Trago la pastilla y dejo a un lado el vaso para acercarme, alcanzo lo que me ha pedido y también el bote que contiene galletas de avena.

—¿Irás a ver a tu abuelo? —me pregunta, echando un poco de cereal en un tazón.

Le quito la tapa al bote y cojo una galleta.

—No sé —me encojo de hombros—. Tío Pol me ha dicho que está en observación porque tiene síntomas de un posible infarto, le están controlando la presión.

Asiente, vertiendo la leche y revolverlo con la cuchara.

—Es tu decisión, cariño —murmura—. Aún tenemos una plática pendiente.

Prefiero fingir que sigo comiendo una galleta antes de hablar, ella se da cuenta de mi acción y niega varias veces.

—Aidan —sentencia.

—Lo sé —musito.

Al final no me hicieron el examen toxicológico de orina. Mamá confió en mí, tuvimos una larga plática al día siguiente, hubo regaños y por supuesto que también su lado exagerado entró en la conversación, entre sus opciones; querer anexarme era el número uno.

Me victimicé porque es lo mejor que sé hacer.

—¿Mami? —Molly hizo su entrada.

Viste su pijama favorito y lleva una varita de juguete en su mano.

—¿No deberías estar dormida ya? —me dirigí a la pequeña.

—Estaba viendo una película con papá —balbucea—. ¿Me das?

Me acerco a ella para cargarla y la siento en un taburete, abro de nuevo el bote y se lo acerco para que pueda coger una.

—¿Me puedes servir un poco de leche, por favor?

—No —bromeo y su pequeño ceño se frunce—. Mentira, no hagas esa cara que te ves fea.

—Tú te ves feo —canturrea.

—Claro que no —niego, alejándome de ella para verter leche en un vaso—. Hace un tiempo dijiste que era el Príncipe Aidan. Los príncipes no son feos.

—Tú sí —se ríe.

—Es el Príncipe Aidan feo —mamá se une.

—Bien, me comienzo a indignar —ironizo, fingiendo decepción.

—Serías guapo si te cortaras el cabello, pareces Tarzán versión chico surfista —la mujer me señala, llevando una cucharada de cereal a su boca.

—Y la barba —Molly completa.

—No tengo barba, enana —pongo los ojos en blanco. Ella piensa que los tres pelos de durazno en mi barbilla son una gran barba. Soy más lampiño que un feto en desarrollo.

Me apoyo contra el mesón, observándolas.

—¿Quién parece Tarzán? —Darel entra preguntando.

—Aidan.

Él abre el refrigerador y saca la jarra de agua, me mira a través de toda la cocina y me sonrío.

—No les hagas caso, eres de los pocos que se ven bien con cabello largo.

—Já, ¡gracias! —exclamo feliz—. Igual no necesitaba afirmación para saber algo que ya-

—Tú tienes una autoestima más elevada que Narciso —el hombre me interrumpe—. A tú edad mi autoestima se reducía al uso de vaqueros que ocultaban mis flacas piernas... parecían unos popotes, no toda mi vida fui llenito, eh.

—¡La época de los pantalones de colores! —mamá le recuerda.

—¡No, pésima moda! —se carcajea.

—¿De colores? —interrogo.

—Sí, parecía concurso de "*gana la persona que combine de la peor forma los colores*" —la mujer hace señas con sus dedos indicando unas comillas—. Pantalón verde, blusa rosada, chamarra roja y diadema morada.

Darel suelta una risa que se me contagia. La descripción de mamá me recuerda a Sue, ella acostumbra a vestir igual. Y no le importa lo que otros piensen de eso.

—Aidan— el hombre me llama—, ¿la siguiente semana sigues vetado del instituto?

—Sí, ¿por qué?

—El lunes iremos a un picnic, Molly lo ha estado pidiendo desde hace dos semanas, ¿cierto, cariño?

—¡Sí! —chilla—. ¿Me ayudas a hacer una cometa? ¡Quiero que vuele!

Me quedo en silencio. La mirada de los tres cae encima de mi cuerpo y trago saliva.

Ninguno tiene conocimiento de mi demanda, no puedo mentirles. Soy consciente de que, así como tengo buena suerte, igual tengo un poco de la mala. Justamente el lunes es mi juicio. Las excusas se me acaban.

Qué va.

Ya no puedo seguir mintiendo, debo decirles la verdad.

—¿Aidan?

Mientras busco la manera correcta de confesarles que estoy metido en un lío, el cual ya está controlado gracias al Señor Beckinsale, igual me preparo para el gran sermón de Bella Adams.

«*Esto va en honor a ti, Aitor*», me burlo.

—¿Recuerdan que me expulsaron por pelearme con un chico de la escuela? —entrecejo mis ojos creando una mueca con mis labios—. Bueno, uhm... se me pasó un poquito la mano y... ¿me demandaron?

Los ojos de mamá se abren por completo y su entrecejo se arruga.

—Darel —pronuncia, sin romper nuestro contacto visual—, agárrame porque le voy a aventar el bote de galletas.

Doy un paso hacia atrás y luego... empiezo a correr alrededor de la cocina con mamá queriendo sujetarme de la playera.

—¡Espera, espera! ¡Lo tengo todo bajo control! —intento defenderme.

—Bella, cálmate —su esposo le pide.

—¿Oh, en serio?! ¡¿Tú solo?! ¡¿Cómo?!

—¡Tío André me ha estado ayudando, él me consiguió un abogado!

Mala idea.

Juro que vi al mismísimo Satanás en la mirada de mi madre.

—¿¡Qué!?! —grita—. ¡Oh por Dios! ¡Ese grandísimo imbécil me va a escuchar! ¡Voy por el teléfono!

Y sale de la cocina hecha una furia.

—¡Imbécil! —Molly se ríe.

—¡Molly, eso no se dice! —le reprendo.

Darel se apoya con una mano sobre el mesón, aprieta sus labios y deja salir un suspiro lento.

—Creo que alguien está metido en problemas —me mira—, y no me refiero a ti.



—Te dije que no lo hicieras —barbullo sin detener mi caminata.

Aitor apresura sus pasos para poder estar a la misma distancia que yo y vuelve a hablar:

—Me has dicho que no te llevas con tu familia —comenta—, ¿de dónde pensabas sacar el dinero, Zaboo?

Me detengo, poniéndome frente a él. El chico me mira con su ceño fruncido.

—Ese era mi problema, Aitor. No había necesidad de ir con tu padre.

—Sólo dame las gracias y olvídale, ¿vale? Lo he hecho porque quiero ayudarte, no seas orgulloso, conmigo no funciona tu carácter de mierda.

Tenso mi mandíbula y lo señalo con mi dedo índice, queriendo decirle un par de palabrerías, aunque estas se quedan dentro de mi boca al instante que veo por encima del hombro de mi mejor amigo a Borris aproximándose a nosotros.

—¿Qué? —Aitor pregunta.

Da una media vuelta tratando de averiguar la razón de mi silencio.

—Oh, ya llegó la zorra roba amistades —dice, saludando al otro chico.

La sonrisa en el rostro de Borris se elimina al escuchar la oración de Aitor y su entrecejo se frunce. Se siente completamente confundido. Lo entiendo, no es común ser recibido de esa manera como él lo ha sido.

Me limito a rodar los ojos y me encojo de hombros.

—¿Zorra es mi apodo? —cuestiona, ladeando su cabeza.

—No, es tu nombre. Zorra.

—¿A quién se supone que te he robado? ¿A Aidan?

—Error, no me lo has robado. Sigue siendo mío.

Borris le regala una sonrisa maliciosa.

—Por ahora —musita.

Aitor abre la boca indignado y se acerca a él.

—Olvídale —le reta.

—Ok, les recuerdo que estoy presente y puedo escucharlos. —Les hago saber y levanto mi mano agitándola.

—Aidan, ¿nos permites? —el pelinegro me dice, mirándome por unos segundos y volver a mi mejor amigo.

—Sí, Aidan, por favor —suplica el otro.

Genial.

Justamente ahora me siento como el sol. Oh, sí.

Cada que se quejen de mi gran ego, les recordaré este espectáculo que están montando delante de mí. Vamos, vamos, aumenten más mi autoestima que a veces toca el cielo. Es incómodo, lo es, pero también resulta ser un privilegio.

Me apoyo de espalda contra la pared y me cruzo de brazos, dispuesto a escuchar su pequeña pelea.

Luego de confesarme que terminó con Sue, hablamos sobre otros temas, nuestra amistad la pusimos en orden y le comenté que Borris ya era parte de mi círculo social, y él terminó echándome en cara el beso de tres que nos dimos en la fiesta.

"Al menos compartimos algo más que un amigo; la saliva del otro", se había burlado con orgullo.

Por esos comentarios, cuando tenía alguna plática seria con él, me daba miedo. Aitor no puede sostener lo sensato por mucho tiempo. No. Eso sólo dura unos cinco minutos, suelta algo informal e intenta de nuevo recuperar su postura.

—¿Este es el momento en donde sacamos frases de señoras que pelean con la amante de su esposo?
—Borris le pregunta.

—Parece ser, en todo caso la oficial sería yo y tú el entretenimiento —Aitor recrimina.

—Un entretenimiento suficiente que tú no fuiste —le sonrío.

—Oh, pequeña mierdita —sisea.

¿Esto es en serio?

Dejo de prestarles atención cuando mi celular empieza vibra, lo saco del bolsillo de mi sudadera y me fijo que se trata de una llamada. Sue.

Alzo mi vista, percatándome que ambos chicos mantienen el hilo de su discusión, al inicio dudo en atenderla, pero no tardo ni dos segundos que, como una tortuga silenciosa, me alejo de ellos para poder contestar.

—¿A qué se debe tu dudosa llamada? —le digo.

—El sábado a las ocho de la noche —me responde—. Sólo eso necesito, ¿te puedo pedir un favor?

—Quizás...

—No le digas a Aitor.

Volteo hacia mi mejor amigo, sintiéndome mal, sin embargo, repaso en mi mente que el hecho de que ellos hayan terminado no debería arruinar mi... ¿relación? No sé si después de todo puedo considerar a Sue como una amiga.

¿Qué cosas digo? Si por mi culpa han terminado.

Suelto un suspiro y trago saliva, estoy teniendo un debate interno que se vuelve eterno entre más analizo las cosas. Perderé la cabeza en poco tiempo si me sigo manteniendo en esta situación.

—Bien —acepto finalmente.

—Gracias. —Y cuelga la llamada.

No hay que pensar mal. No estoy intentando nada ni mucho menos ella. Hemos quedado para algo más.

Frunzo mis labios y regreso a pasos perezosos con los chicos.

Quiero decirles que esto ha culminado, pero mi atención va al cuello de Aitor. Estiro mi mano al cuello de su playera y halo de esta para tener una mejor visión de lo que parece ser un nuevo tatuaje.

—¿Cuándo te tatuaste eso?

Él me mira, enarcando una ceja.

—¿Hace una semana?

—¿Es pregunta o afirmación? —Uso las mismas palabras que Didi, la hija del Señor Harry.

—¿Afirmación?

Echo una pequeña risa.

Ya veo por qué somos amigos.

—La inteligencia suprema te la dio Dios, ¿eh? —Borris se ríe.

—Y a ti las puertas abiertas al cielo —contraataca.

—Uhh —suelto, pareciéndome divertido lo que dicen.

—Deja la cizaña, Aidan.

—Como sea, solo espero que ese tatuaje no refleje tu compromiso roto con Sue. Por otra parte, debes detenerte, había olvidado que ocupas tu cuerpo como un método de desahogo. Iré a entregar mi proyecto, regreso en unos minutos... sólo traten de no discutir.

Escucho que agregan algo, pero los ignoro.

Aitor Blakely tenía una costumbre, sus tatuajes significaban algo, fuese un acontecimiento pequeño o lo demasiado grande que lo ha marcado en su vida. Las decepciones amorosas forman parte de esta última. De verdad, él decía que cualquier relación —fuese mala o buena— le dejaba algo de enseñanza y lo quería mantener consigo. Un tatuaje. Por esa misma razón, prefería alejarse de los compromisos serios, ya que, de alguna manera u otra, cuando esa persona se fuera; terminaría dejando un vacío junto a un pequeño gramo de dolor.

Aquel dibujo de tinta que se encuentra en su antebrazo derecho representa a sus padres. Se trata de un rompecabezas de tres piezas, dos de ellas unidas —su madre y él— y otra alejada —su padre—.

No se llevaba del todo bien con el hombre, si el matrimonio de ellos sigue es porque de manera social les convenía. Aitor no recibe apoyo económico del señor desde aquella vez que él descubrió que le era infiel a su madre, hubo pleitos y decidieron terminar su relación, viven juntos, pero por pisos separados.

Fue una pelea muy intensa, y también llegaron a una conclusión demasiado rara.

Mamá me decía "*Aitor necesita ser feliz*".

Vaya que sí.

Ahora, sólo he venido al colegio para entregar personalmente mi trabajo, a pesar de que ella ha dicho que lo podía enviar por e-mail, no accedí. Siento que trabajo mejor escribiendo a mano que tecleando, uhm, son honestos para mí.

Asomo mi cabeza por la puerta y escaneo toda el área del salón, la profesora está detrás de su escritorio, mirando sobre sus anteojos algunos escritos que tiene entre sus manos. Con los nudillos de mi mano doy pequeños golpes tratando de llamar su atención. Lo logro. Ella alza su vista y se percata de mi presencia, automáticamente sonrío.

—Aidan, adelante —me saluda sorprendida—, se supone que lo harías por vía electrónica.

Asiento, adentrándome.

—Lo sé, pero he hecho algo más que escribir —explico mientras me acerco—. Usted sabe que me gusta relacionar mucho el arte con la astronomía, por lo que también he fusionado dibujo con literatura.

—¿Dibujo?

Aprieto mis dientes.

—Agregué un tipo cómic para poder representar de forma metafórica mi conclusión —sonrío lleno de inseguridad.

Le acerco el sobre de color manila sobre el escritorio y ella lo coge. Me da una última mirada y lo abre, cerciorándose de la cantidad de hojas, su contenido y la portada que se presenta ante ella.

—La he dibujado yo, siento que representa todo lo que he escrito. Me gustó poder agregar un poco de todo lo que me apasiona. Sé que va en contra de lo que usted ha dicho, pero necesitaba hacerlo.

—¿Por qué?

Muerdo mis labios y rasco la punta de mi nariz. Por favor, me estoy poniendo nervioso.

—Porque para que el lector pueda comprender mejor un escrito el autor debe de hacerlo primero. Yo necesitaba entender el sentido de mis palabras.

Asiente y se quita sus anteojos para poder mirarme directamente a los ojos.

—¿Te perdiste?

Guardo silencio por un momento.

—Sí —pauso—, *pero ya me encontré*.

CAPÍTULO 28

Jugueteo con el pequeño cachorro que lame la palma de mi mano, es tan bonito y su pelaje lo hace ver esponjoso, parece un peluche que me dan unas ganas de abrazarlo y apretarlo por la ternura que despierta en mí.

—¿Igual coquetearás con Hensen? —Becca me pregunta.

Alzo mi cabeza y frunzo mi ceño, dándole una mirada de pocos amigos. Ella jamás dejará de atacarme, ya he aceptado este trato de su parte.

—Ahora crees que soy zoofílico —murmuro—. Genial.

Me regala una sonrisa y niega varias veces.

—Te tengo entre ceja y ceja. No te librarás tan fácilmente de mí, sólo dame tiempo de superarlo y puede ser que tu honorífico nombre regrese a mi lista de gente que quiero dentro de mi área.

—Así que... ¿mi nombre es honorífico?

—Oh, bájale, por favor —suplica, comenzando a caminar con Hensen.

Le permito que se aleje y me quedo pensando si venir con ella ha sido buena idea. La respuesta es sí, Rebecca me pidió conversar un rato... mentira, lo hice yo. Quería darle las gracias por su ayuda con el título para mi proyecto, igual platicarle acerca de lo que he escrito y discutir un poco sobre lo que pueda ocurrir en el juicio.

Cuando le envié el mensaje, ya había aceptado que me rechazara, sin embargo, me llevé una gran sorpresa al instante en que me contesto con un simple "*yo paso por ti*".

Como acompañante, vino en el asiento de atrás su mascota, el pequeño cachorro de tan solo tres meses, muy juguetón y pachoncito. Un algodón blanco, redondo y chico. Todavía no descifro de qué raza se trata.

—¡Aidan! —Su voz llamándome me hizo regresar al espacio. La miro—. ¿Vendrás o piensas quedarte ahí en lo que resta del día?

Pongo los ojos en blanco y me aproximo a ella trotando.

—¿Cómo te ha ido con el ensayo? —vuelve a hablar.

Bufo, ladeando mi cabeza hacia la derecha.

—La profesora ha quedado encantada —admito—. Dibujé un cómic al final explicando la conclusión que escribí, tal vez en algún futuro puedas leerlo —Me encojo de hombros, restándole importancia a lo que he dicho—. Me gustaría saber qué opinas acerca de mi pequeña metáfora.

—¿Pequeña? —cuestiona en un tono irónico—. Pregunta, ¿cuántas palabras y hojas fueron?

—Uhm —pienso—, no recuerdo la cantidad de palabras exactas, pero sé que ocupé diez hojas sin contar la portada.

—Woah

—Becca se sorprende y esboza una sonrisa—, confiaré en que esa pequeña metáfora se extendió lo suficiente para querer expresar tu objetivo principal, sé que has tenido días malos, todo el mundo los tiene. Es bueno que hayas sacado provecho de ello, es lo mejor que podemos hacer, convertir el cero en diez o la F en A.

Metó las manos a los bolsillos de mi pantalón y formo una mueca con mis labios.

—En mi caso, la F no la pude convertir en A —vacilo—. Hice lo mejor que pude, ahora intento llevar por un buen camino mi propio escrito. Tengo mis pensamientos en orden... sólo que aún me falta un paso. Sólo uno.

—¿Cuál?

—Poder perdonar por completo —trago saliva—. Es difícil hacerlo cuando se trata de alguien importante en tu vida...

—¿No sería fácil?

—No —niego—, porque en ocasiones el amor que se le tiene a alguien se puede convertir en decepción, y la decepción es una completa mierda, sobre todo cuando la imagen que tienes de ese alguien se reduce a nada. Es como cuando compras una pintura creyendo que es original y luego te enteras de que es una réplica demasiado chafa.

—Tus comparaciones son un cien de cien.

—Tú eres un cien de cien y yo un diez de cien. —Paso una mano por mi cabello y suspiro.

—¿Qué clase de halago es ese? —se ríe.

—Uno sincero. Eres grandiosa, Rebecca Dankworth. Lo digo en serio, siempre me ha agradado salir contigo, conversar y reír, eres la chica con la que más he convivido y estoy agradecido por haberte conocido. Todavía recuerdo cuando te miraba desde lejos, no creí que algún día tú y yo estuviésemos de esta forma.

La chica suaviza su entrecejo y muestra un gesto de confusión. Le he dicho lo que nunca planeé hacer, estoy listo para su interrogatorio y explicarle todo desde el inicio, no intento que me dé otra oportunidad. Me ha quedado en claro que esto ya terminó, ella lo decidió así, y respeto su decisión.

—A ver, dale reversa que eso no me lo has dicho, ¿mirarme desde lejos? ¿A qué te refieres con eso?

Suelto una risa y detenemos nuestra caminata en medio del parque, Rebecca alarga un poco más la correa de Hansen y pone toda su atención sobre mí.

—¿Me creerías que eras mi platónico? —Le regalo un guiño.

—Bromeas —deduce.

—¡Qué va! ¡Lo digo en serio! —carcajeo—. Puedes preguntarle a Aitor, saber que eras el mejor promedio, la gimnasta principal del instituto y una belleza inigualable llamó demasiado mi atención. Eras mi top número uno... eres.

Me fijo que sus mejillas se sonrojan y aprieta sus labios, asimilando lo que le he dicho. Pone una mano sobre su cara cubriéndola por completo para que yo no pueda verla y escucho su risa nerviosa.

—El día en que caí en el asiento vacío a tu lado no fue un accidente, Aitor me empujó a propósito. Él quería que te hablara. Estaba nervioso, desde mis pies hasta la cabeza, por eso balbuceé al inicio, me sentí incompetente y luego... —pauso— llegó tu hermano. Madre mía, sigo sin entender cómo Brendon es tu hermano. Tú eres un rubí y él-

—Una piedra de grava —me interrumpe.

—Iba a decir una de río, pero eso me agrada más —asiento feliz—. Dime, ¿será que tus padres me quieren recibir como su yerno después de que pase el juicio?

Becca me mira con fastidio y golpea mi pecho con su mano libre.

—Primero te echo yo de mi casa.

Llevo mi labio inferior hacia afuera y creo un mohín con este, tratando de lucir tierno ante los ojos de la chica. Fracaso. Ella me sigue mirando igual.

—Ya entendí —alzo mis manos, dándole a entender que me he rendido.

—Sé que mi hermano es una pésima versión de nuestra familia, la culpa la tiene mi padre que le cedió el poder de sentirse superior a mí por ser mujer. Cree que proteger es pisotear.

—Y por eso pisoteé su orgullo con un casco.

—Definitivamente lo hiciste —me apoya—. Gracias a eso papá le recortó sus tarjetas y se enteró de otras cosas, ¿adivina quién es la favorita ahora?

—Por Dios, Dankworth, ¿tu lado malvado ya ha salido de su cueva por fin?

—Tranquilo, Howland. Nadie te quita tu papel de oveja que cubre a tu lobo interior, ese es exclusivo para ti —bromea—. Sólo estoy ocupando el lugar que merecía desde hace años, Brendon todo este tiempo les estuvo enseñando la parte benévola a ellos, sus insultos llegaban a doler.

—Entonces espero que le hayan dolido mis golpes —admito—. Aidan pone a las perras en su lugar.

Aquello causa una fuerte carcajada de su parte, esta es contagiosa por lo cual le sigo. Es un sonido vivo y me siento tan bien al hacerlo, he llorado demasiado este último mes que esta sensación me llena por completo, no quiero que acabe, necesito estar así por unos minutos más, sólo un poco más.



Me quito el gorro de mi sudadera y apenas dejo atrás al guardia, vuelvo a colocarla. Muevo impaciente mi pie en espera del elevador, este abre sus puertas y me adentro apretando el botón del piso que tío Pol me ha indicado. En el interior, hay una música instrumental que aumenta mi desesperación.

El sonidito indicando que he llegado se hace presente y salgo del cubículo.

Miro la placa que cuelga en cada puerta hasta que doy con la correcta. Me mantengo frente a esta y un mundo de dudas comienzan a invadir mi cabeza, no tengo idea si ha sido buena idea venir, todavía estoy resentido, algo dentro de mí no cierra por completo.

Paso la punta de mi lengua por mis labios y tomo una bocanada de aire al mismo tiempo que giro la perilla.

La luz se vuelve tenue, las paredes son azules con diseños blanco, hay una temperatura ambiente y el sonido de la puerta cerrándose detrás de mí hace eso por toda la habitación. Las zuelas de mis tenis crean un sonido cada que los arrastro por la alfombra, mis ojos escanean todo lo que hay alrededor.

No se encuentra nadie a excepción del hombre en la camilla. Y claro, yo que acabo de llegar.

Me detengo a lado del sillón marrón para observarlo detenidamente.

Él abre los ojos poco a poco. Su mirada se ilumina cuando me ve y mi respiración comienza a pesar. Esto es más difícil de lo que imaginé.

—Aidan —pronuncia.

Su voz es ronca, pero a la vez frágil, como si sus cuerdas vocales chocaran entre ellas más de lo normal. Percibo una vibra baja que se intenta endurecer ante mí, aunque no lo logra.

—Hola —musito.

—Por un momento pensé que no vendrías-

—No lo iba a hacer —lo interrumpo.

—Comprendo —asiente, intentando acomodarse para tener una mejor posición—. ¿Al final por qué lo hiciste?

En ningún momento desvío mi vista, la mantengo sobre la suya y hago mi mayor esfuerzo en conservar mi postura firme. No voy a irme de aquí hasta tener respuestas de su parte y dejarle en claro cómo me siento.

Mi labio inferior tiembla, amenazándome.

—Supongo que por la misma razón por la que mi padre no te demandó —expongo.

—Hijo...

—No me llames así, no soy tu hijo —vitupero—. Tú hijo ya no está aquí, yo soy tu nieto.

Las palabras raspan mi garganta, el dolor aumenta cada que hablo, me quema y mi pecho se oprime, esa presión que daña si le permites que crezca. Nunca imaginé tener que actuar tan vil con mi abuelo, no él estando en una camilla de hospital, enfermo y sin armas. Derrotado por completo.

Sin embargo, esto es real. Está sucediendo y ya no puedo evitarlo.

—Ahora entiendo la razón por la cual siempre desviabas los temas sobre él, las veces que callabas a tía Jane porque hacía alguna referencia a papá. Todo este tiempo se trató de ti y no querer que el remordimiento te comiera vivo.

—Aidan, no es así —niega.

Respiro hondo y vuelvo a hablar:

—¿Cómo podías mirarme a los ojos cuando lo hiciste vivir un infierno? —me quito el gorro de mi sudadera y prosigo—. El amor que me diste debiste dárselo a él... papá lo necesitaba, yo no.

—Lo sé. —Me da la razón.

—Oh, ¿en serio? —echó una risa sin humor—. Bien, lamento informarte que tu alcancía de obras caritativas ya llegó a su fin, evita intentar remediar tus malos actos con el hijo de tu hijo. Se acabó. Eres mi abuelo y siempre lo serás, pero la imagen que tenía de ti la he enterrado como tú lo hiciste con sus recuerdos. Tres metros bajo tierra.

—Daniel.

Me ha llamado por mi segundo nombre. Sé lo que significa, sólo lo usa cuando requiere mi atención, conozco sus palabras, también las razones y eso me hace sentir tan mal porque de alguna forma u otra, él y yo estamos conectados.

—Tengo en mente todo lo que he hecho, no hay un solo día en que no escuche su voz llamándome y recordando la última plática que tuvimos. Estoy consciente que voy a pagar cada una de las cosas que le hice —desvía su vista al suelo y regresa a mí—. Acepto tu rechazo, me lo merezco —su voz se quiebra—. Pero no dejaré que te vayas con la idea de que contigo quise remediar el daño que le ocasioné, la mejor versión de mí que te mostré y el amor que te di fue de verdad, no se trató de remordimiento, eso es algo que ni naciendo en otra vida a su lado podría reparar.

Me rindo.

Mis paredes se derrumban y mi defensa de vuelve débil, ha roto mi fortaleza, la ha hecho venir abajo. Estoy consciente de lo que sucede, tengo los pies sobre la tierra, ya he pasado por suficiente, solo me falta superar esto y aceptar que mi vida debe continuar, me he cruzado con piedras, caí y me levanté, aunque todavía cojeo.

—¿Por qué lo hiciste? —Mi voz tiembla.

Se queda callado, mirándome con lágrimas en los ojos.

—Por cobarde —susurra—, por no ser capaz de aceptar el dolor.

Me dejo caer sobre el sillón café y mi vista se nubla, la imagen que veo de él se distorsiona, la cual no está tan alejada de la realidad.

—¿Jamás le pediste perdón?

Sonríe a medias, desvía su mirada al frente, hay tanta melancolía en su rostro. Abuelo se encuentra destrozado, lo conozco demasiado bien, él sufre y yo también lo hago, a pesar de todo, sus sentimientos me afectan.

—Lo hice, no como debí, pero le hice saber que estaba arrepentido y sé que me escuchó, él me escuchó. —Me voltea a ver y algunas lágrimas recorren sus mejillas—. Nunca obtuve una respuesta.

—Pues entérate que él te quería —le digo.

—*Y ese será mi eterno castigo.*

CAPÍTULO 29

Hago cachitos la servilleta para después convertir estos en pequeñas bolitas. Estoy demasiado aburrido. Alzo mi vista en busca de la castaña y la atrapo robándose unos paquetitos de cátsup.

—Qué rata —le recrimino una vez que llega a mi lado.

—Hay privilegios. —Arrastra su bolso de tela y toma asiento.

Echo mi cabeza a un lado.

—¿Robar cátsup es uno de ellos?

—Bien, para ti no hay cátsup. —Abre una de las pequeñas bolsas y le pone a su hamburguesa. Me dedico a observar cada uno de sus movimientos al mismo tiempo que me llevo una papa frita a la boca.

Tengo que resaltar algo. Es la primera persona que no le quita absolutamente nada, mantiene los pepinillos, las rodajas de tomate, la lechuga y cebolla. Siempre que vengo al local acompañado; terminan deshaciéndose de algo o escogiendo alguna hamburguesa que no contenga cierto ingrediente.

Algunos son un poco delicados con lo que se llevan a la boca.

Sue muerde un pedazo y alza su mirada, se queda quieta sin hacer otro movimiento. Por mi parte, me mantengo en la misma posición. Mirándole descaradamente. No me inmuta en redirigir mi vista lejos de la suya, al contrario, intensifico más mi acción.

Ella termina de dar su mordisco y aleja la hamburguesa de su boca, dejándola sobre la superficie. Se sonroja. Es la primera vez que la veo con un color rojizo en la cara, lo cual me sorprende viniendo de su parte.

—Ya detente —musita con la boca llena.

—¿De qué hablas? —Me hago el desentendido.

Traga con dificultad y relame sus labios.

—De hacer eso... mirarme. —Apoya su codo sobre la mesa y con esa misma mano se talla la frente.

—Oh, ya veo, ¿te incomoda? —insisto.

—Me molesta —corrige—. No me gusta que me miren mientras estoy comiendo.

—¿Por?

—Dios, ¡qué lacra eres! —chilla, dejándose caer de espaldas contra el respaldo del asiento.

—¿Lacra? —me río— Qué graciosa eres.

Doy un vistazo a nuestro alrededor, todo está tranquilo, hay poca gente en el lugar, las luces son brillantes. En la calle, los autos van y vienen, los semáforos, que se encuentran en la esquina, cambian de color indicando el tiempo de paso para los conductores, las personas caminan sobre la banqueta

portando suéteres o chamarras, algunas llevan una sombrilla en la mano, quizá vieron las noticias del clima. Lloverá más tarde.

Me gusta. Es una bonita imagen de la ciudad.

—Entonces —inicio—, ¿cuál es el motivo de esta reunión tan íntima?

Sue sorbe un poco de su bebida.

—Pensé que sabías...

—¿Lo sé? —Enarco una ceja.

—Sí, Daniel.

Mis ojos se entrecierran y medito antes de hablar. Usó mi segundo nombre para dirigirse a mí. ¿Yo se lo he dicho? ¿O Aitor lo ha hecho?

«¿Por qué últimamente piensas mucho, Aidan?», mi subconsciente inquiera.

Ok. Esto de hablar conmigo mismo me comienza a perturbar. Suelo hacerlo, pero últimamente con frecuencia, es normal hasta cierto punto, sin embargo, deja de serlo cuando se crea una discusión en mi cabeza.

—Comienzas a echar humo —Sue me regresa a la realidad, usando un tono burlesco—. Las paces, Daniel, las paces.

Ya veo.

Carraspeo y apoyo mis codos sobre la mesa, no sin antes llevarme otra papa a mi boca. Los ojos de la chica se mantienen sobre los míos, no rompemos el contacto visual, ella ladea su cabeza y en su rostro se dibuja una sonrisa a medias.

—Tu silencio me asusta —admite.

Síp.

Me gusta crear ese entorno que se puede traducir a drama. Uno que solamente yo pueda controlar cada que quiera. Mierda, a veces me gusta salirme con la mía. Espero que eso no se vuelva un defecto. En ocasiones, tener el control resulta satisfactorio, demasiado, a decir verdad, sobre todo en escenarios que incluyan intimidad, así es, de *esos escenarios*. Es placentero para el humano...

«Basta, Aidan», me regañó.

—Tu ceño se ha fruncido. —Ella suelta un suspiro y decide darle otra mordida a su hamburguesa.

Sacudo mi cabeza para quitar esos pensamientos y la observo comer, aunque mi atención es robada por el grupito de cuatro amigos que están en una de las mesas al fondo. Ese chico... sé que lo he visto en algún lado.

—¿Ahora irás a coquetear con alguno de ellos?

—Tu voz me comienza a irritar —confieso luego de unos minutos en silencio.

—¡Aleluya! —Extiende sus brazos—. Creí que el ratón te había comido la lengua.

—El ratón no es carnívoro, pero... ¿te digo quién sí lo es?

—Si dices alguna obscenidad ten por seguro que mi jitomate irá directo a tu rostro —me amenaza—
. Te veías mejor sin decir nada.

—Tú me has obligado a hablar. —Me encojo de hombros.

—Bien, Daniel. —Suspira—. Las paces.

Ruedo los ojos con fastidio.

—Sí, ya sé, las malditas paces, Forester.

—Genial —sonríe.

Bebo de mi vaso un poco de gaseosa y muerdo mis labios. No sé exactamente en qué nos quedamos la última vez, sólo recuerdo que ambos estábamos tirados en el suelo comentando acerca del feo olor que provenía del callejón de al lado.

Me reclino sobre mi asiento y juego con el piercing de mi lengua, buscando las palabras correctas para crear una oración concreta. Me comienza a doler la cabeza, he olvidado tomar mi medicamento.

—No hay nada por lo cual discutir, todo está bien entre nosotros, ¿bien?

—¿Seguro?

—Completamente —asiento—. Sólo te quiero pedir una cosa...

—¿Acaso eso es un "pero"?

—Inteligente. —Cojo una servilleta y la enrolló—. Me gustaría que hablaras con Aitor, él te quiere, Sue.

—Él me terminó.

—Y fue muy estúpido de su parte, confío en que si tienen una buena conversación se arreglarán. Lo conozco, sé que todavía formas parte de lo que quiere a su lado.

Sue pone su mejilla sobre su puño y se muerde el labio inferior, pensando.

—No le digas, pero adoro sus tatuajes.

—¿De verdad? —me sorprende—. Le pediste que se los cubriera en la primera cita que tuvieron.

¿Qué tanto has estado tramando, Forester?

—Pensé que no lo haría... fue como una prueba.

Cierro mis ojos un momento y niego divertido.

—¡Lo hiciste vestir a manga larga y cuello alto en un día caluroso!

—¡Lo sé! ¡Me sorprendió!

—Yo que él te mandaba al diablo —siseo.

—Y es por eso por lo que a él lo quiero.

—¡Auch! —finjo que me ha dolido, llevándome una mano a mi pecho —¡Justo donde me vale mierda!

Sue se cubre la cara con ambas manos y se carcajea, intento evitar unirme, aunque es tarde porque mi propia expresión me causa gracias. Soy consciente de que algunos nos miran, pues el sonido de nuestras risas no es para nada disimulado.

—¿Lo harás? Vamos, que el chico se ha cortado el cabello y tiene un nuevo tatuaje, no quiero que lo próximo que vea sea a él llorando en la esquina del baño mientras repite tu nombre... ¡Dios, qué puto trauma!

—Demasiado dramático para Aitor... ¿Se cortó el cabello?

—¿No has visto la nueva foto que colgó en sus redes sociales? Escribió de pie un mensaje muy emotivo, por un segundo lo busqué en internet porque sonaba a la letra de una canción.

—No he entrado a

ninguna, extrañaré sus rizos. —Se encoje de hombros—. ¿Ya dejaste de subir fotos a blanco y negro? Pareces fotógrafo de la Edad Media.

—¿Quieres discutir sobre mis fotos?

Sue balancea sus ojos.

—No, el resultado vendrá siendo: tú queriendo tener la razón.

—¿Disculpa?

—Como siempre.

—Las fotografías a blanco y negro se aprecian mejor que las de color.

—¿En serio quieres entrar a ese tema? —cuestiona y le hago una seña con mi mano de aceptación—. Bien, ¿lo dices por la saturación?

—Evidentemente, cuando ves una a color aprecias las distintas tonalidades de esta, en cambio, una que carece de ellos, el espectador verá la foto, no los colores. Las personas se distraen con la gama y no con el objetivo que el fotógrafo captura.

—¿Y el objetivo de tus fotos es que se aprecie tu cara?

—Puede ser —juego con las palabras.

—Eres todo un caso —niega—. De acuerdo, me comunicaré con Aitor, espero que el resultado no me decepcione.

—No seas negativa, mujer —farfullo—. Piensa positivo, si las cosas no se arreglan, habrás tenido la dicha de haber conocido a un ser irrepitible —repito las mismas palabras que André me dijo sobre Becca—. Es bonito conocer personas, aprender de ellas y soltarlas en su debido momento si así lo quiere la vida.

Su frente se arruga.

—Este Aidan me asusta.

—Igual a mí —me río—. ¿Tus padres conocen a Aitor?

—Sí, igual mi abuelo. Le compró muchas cosas de la tienda para ayudarlo —Aprieta sus labios—.

Le dije que no era necesario, pero a él no le importó.

—Para Aitor un *no* es igual a un *sí a todo*.

La chica asiente y toma una bocanada de aire, coge su bolso y busco algo dentro de este, saca una pequeña caja poniéndole sobre la mesa. Su acto me confundí, a pesar de ello, me mantengo en silencio.

Vuelve a dejar todo en su lugar y la arrastra por toda la superficie hasta que choca con mi mano. Mi mirada va de la cajita roja a sus ojos marrones sin entender a qué se debe esto. Sólo espero una explicación.

—Feliz cumpleaños atrasado —desea—. Aitor y yo lo compramos para ti antes de que pasara... Ya sabes. Ábrelo.

Sin decir nada, la cojo para abrirla.

—Wow —digo por lo bajo al ver de qué se trata—, está muy bonito, Sue.

—Es un collar y un pulso —corrige—. El planetario lo escogió Aitor. Me comentó que te gusta la astronomía, si abres el dije del collar aparece una pequeña imagen de cómo se encontraban las estrellas el día que naciste.

Le hago caso comprobando que es cierto lo que me ha dicho. Sin duda, de ahora en adelante será mi favorito. No es como si usara este tipo de accesorios, soy más de pulseras y anillos, pero este collar es increíble.

—Gracias —sonríó—, me gustaron, en serio que estos detalles son... wow.

—Súper wow —se burla.

—¿Me ayudas? —le pido, estirando mi mando a ella para que pueda amarrar la pulsera.

Hacemos lo mismo con el collar.

Más tarde, seguimos hablando, el hilo de la conversación va bien. Le cuento sobre la demanda y ella no puede evitar decir algún chiste de mal gusto, pedimos otra orden de papas y, como es de esperarse, Sue hurta más paquetitos de cátsup.

Me ha platicado de sus padres, acerca de su tratamiento y el control que lleva con este, también le he dicho sobre mi anemia... me recomendó comer remolacha y beber un jugo que ya no recuerdo lo que lleva.

Al final, tener una buena amistad no es tan malo como pensé en su momento, tampoco me gustaría que mi mejor amigo se entere de esta salida y lo malinterprete, Blakely es impulsivo y sé que confía en

mí, aunque, a veces la mente de uno puede guiarte hacia otro lado. Más cuando le he confesado que su exnovia me atraía antes.

—Me tengo que ir, Aidan —avisa, echándole un vistazo a su celular—. Mi papá está afuera.

—Ok —Me pongo de pie—, gracias por el regalo, me encantó.

—No es nada —le resta importancia—. ¿Quieres que te llevemos a tu casa?

—No, iré a otro lado —me niego—. Cuídate, nos vemos otro día.

—Procura no llegar tan tarde a tu casa —Saca unos billetes de su cartera y los pone encima de la mesa.

—Estás dejando de más —indico.

—Como sea —Se aleja—. Hasta luego. Suerte mañana en tu juicio.

—¡La ocupo! —alzo la voz.

Ella me da una última mirada y sale del local.

Me tiro de nuevo al asiento. Saco mi celular del bolsillo de mi chamarra y le envío un mensaje a Darling, preguntándole si está libre. No le llega. Formo un mohín con mis labios y cojo el dinero que Sue ha dejado.

Uno de los chicos que trabaja ahí se acerca luego de que hago una seña. Le pido la cuenta y le pago el monto indicado. La propina se incluye, así que no me preocupo por dejarle dinero aparte.

Recuerdo que cuando vine con Becca, ella prefirió dejarle un extra, a pesar de que le comenté antes de pagar que aquí te cobraban un porcentaje por el servicio, me ignoró por completo y el chico que nos atendió salió ganando el doble.

Cruzo por el estacionamiento del local y casi en la parte trasera, veo dos chicos que empujan a uno. Por un segundo pienso que son amigos, pero uno de ellos lo tira al suelo mientras lo insulta.

Sé que no me debo meter. Sé que eso puede complicar mi caso.

Sin embargo, dejo a un lado mi parte racional. Vuelven a levantar al chico y cuando lo intentan tirar de nuevo, lo sujeto entre mis brazos, poniéndolo detrás de mí. Bien, lo que vaya a pasar; lo dejo en manos del señor Harry.

—¿Estás bien? —Miro al chico que está detrás de mí.

—Sí...

—¿Qué demonios ocurre con ustedes? —me redirijo a los dos idiotas.

—Oh, ¿es cliente tuyo o es otro de tus novios? —me ignoran—. Vamos, no tienes qué defender al marica.

Intento entender la situación.

—A ver, a quien yo defienda es mi problema, ¿estamos? Es cobarde que entre dos golpeen a uno, ¿por qué te están molestando?

—Descuida —murmura—, yo puedo...

—¿Cuánto cobras para que les chupes el pene, maldito defectuoso?

Eso es lo que necesito para entender lo que está sucediendo. Lo están molestando por ser gay... carajo.

—¿Todo esto porque es gay? —demando.

—Lo que le sigue —se ríen el otro.

—Marica y prostituto, ¿a cuánto das tus *sex tapes*?

Escucho como el castaño ahoga un sollozo. Volteo para verlo y me fijo en su rostro. Es el mismo chico de las hamburguesas. Mierda. No es cierto. Su cara. Agh, ya sé quién es, por eso se me hacía conocido. ¿Cómo es que está metido en todo esto? ¿Y sus amigos con los que estaba comiendo?

Fantástico.

—¿Y qué tiene de malo lo que haga con su vida? Es suya, no de ustedes —le defiendo.

—Oh, hermano, ¿tú quién carajo eres?

—Alguien que también es gay, ¿me van a golpear? ¿O acaso quieren una foto de mi miembro? Puedo enviarles un vídeo, sólo déjenme su número telefónico.

El más alto me mira con los ojos entrecerrados y da unos pasos hacia atrás.

—Jodida mierda —escupe.

—Largo de aquí —ordeno, poniendo gruesa la voz—. Yo no soy de empujar y tirar al suelo, ¿quieren que los enseñe a pelear?

—Ya —corta uno, sujetando del brazo al que está más cerca de mí.

—De acuerdo —asiente y mira a través de mi hombro—. Adiós, princesa.

Hace sonar un beso y se alejan riendo.

Trago saliva por lo alto y sostengo mi mirada fría hasta que los dejo de ver. Giro hacia el chico que se encuentra conmigo, es de baja estatura, cabello castaño, ojos claros y tiene esa característica barbilla "partida".

Él me voltea a ver con duda, su lenguaje corporal es de vergüenza, nerviosismo y desconfianza. No lo culpo. Quizá no me conoce y que un completo desconocido te defienda así de la nada es muy raro.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —asiente, creando una mueca en su rostro—, gracias.

—Descuida. Soy Aidan, te conozco —le confieso.

Su entrecejo se arruga.

—¿De verdad?

—Sí, eres el hijo de la profesora Birtch. *Orson Birtch*.

CAPÍTULO 30

—Me siento avergonzado —le digo, cubriéndome la cara mientras me encojo en el sillón—. ¿En serio no te cobró nada?

—Nada de nada —responde—. Dijo que nos encargáramos de la fianza.

—¿Cree que no tenemos dinero? —pregunto inocente.

—Sabe perfectamente quién eres, Aidan —Suspira—. Si no nos pidió nada a cambio es por la misma razón por la que Rebecca aceptó decir lo que ocurrió en realidad aquel día en el gimnasio.

—¿Por buena persona?

—Exacto, Harry Beckinsale es una gran persona, tiene esa mentalidad de que, si obra bien, le irá igual. Y supongo que no le ha fallado porque desde hace años aplica ese mismo lema.

—Ahora me siento humillado.

—Eres un dramático, Aidan Daniel.

—Tío... —suplico.

Él rueda los ojos y firma algunos papeles.

El juicio fue el día de ayer. Debo admitir que los nervios me comían, al juicio, el Señor Beckinsale llegó con un traje azul marino y una corbata de flores violetas con fondo negro. "*Mi hija la ha escogido*", él me informó mientras tomaba asiento. Definitivamente Didi y moda no podían ir en la misma frase.

Al final del día, la persona que tenía como abogado... sin palabras. ¿Has sentido ese gusto de escuchar hablar a alguien de forma tan profesional o en otro idioma que quieres seguir escuchándolo, aunque no entiendas ni una mierda de lo que dice sólo porque se oye tan jodidamente bien? Bueno, cada que le cedían la palabra al Señor Harry, yo me sorprendía por cada instante en que citaba algún artículo.

Lo admiraba.

En un parpadear ya teníamos el veredicto del juez. Yo todavía no captaba cuál era la resolución hasta que la mano del hombre me dio unas pequeñas palmadas en la espalda, diciéndome que ya había terminado.

¿Podía besarle los pies?

De la cocina, veo que sale mi tía Jane con un pedazo de —lo que parece ser— pastel de chocolate. Se sienta a un lado de su pareja y apoya su barbilla en el hombro de este.

—¿Empezarán de empalagosos? —reirimino.

—¿Quieres pastel? —ella me ofrece. Asiento—. Corta un pedazo, está en la nevera, sólo déjame la porción correcta para saciar mis antojos más tarde.

—No prometo nada —canturreo, poniéndome de pie.

—Más te vale que lo prometas —el hombre alza la voz, mirándome—. Apiádate de mí, soy yo quien sale a medianoche en busca de alguna golosina para evitar al ser gruñón que habita dentro de ella... y no me refiere al bebé.

—¿Qué dices? ¿Que me termine el pastel?

—¡Howland, todavía me debes lo de tu madre! ¡Me quemaste para salvar tu pellejo!

Echo una risotada y prefiero no responder, saco el pastel y me sirvo una porción para volver a guardarlo. Finalmente, reviso en los cajones en busca de una cuchara.

—¿La demanda forma parte de mi expediente? —cuestiono una vez que regreso a la sala con ellos.

—Sí, se le llama historial. Si vuelves a cometer otro delito, te dirán que ya has tenido uno en tal fecha, eso es una desventaja, ¿lo sabes?

Hago un puchero y luego me llevo un poco de pastel a la boca.

—Gracias a Dios salió todo bien —tío André dice—. Se pagó una fianza, sólo esperemos que el niño no se vuelva a meter en otro problema, ya sabes que le gusta golpear a todo aquel que tenga cara.

—Eso es mentira, comienzas a levantarme falsos. Odio pelear, sólo le respondí, no podía quedarme esperando a que alguien nos separara mientras él me golpeaba con el casco. Brendon me jode demasiado. Lo único que me preocupa es que Becca tenga problemas con él o sus padres, le he mandado un mensaje y no lo ha respondido.

—Tranquilízate —la pelinegra me sonrío—. ¿Te quedas a almorzar con nosotros?

—No creo —Hago una mueca—. Mamá dijo que prepararía mi comida favorita.

—De acuerdo, cariño —asiente—. ¿Has ido al hospital?

—Sí.

André cierra la carpeta y me mira.

—¿Hablaste con él? —pregunta.

—Ya lo hice, sin embargo, todavía sigo digiriendo la verdad. Estoy en duelo aún, sé que pronto podré estar en paz, pero algunas cosas ya no se sienten igual.

El hombre tensa su mandíbula y aprieta mi rodilla. Quiere decir algo. Duda un momento y sonrío a medias, le dice algo en el oído a mi tía, sin decirme nada, se aleja de nosotros.

Me encuentro confundido.

Por otra parte, la mujer coge un sobre de la mesa y deja el plato a un lado.

—¿Sabes que te amo mucho?

—¿Sí? —El hecho de que actúe así es raro para mí.

—Te amo, Aidan. Eres el hijo de la persona que siempre consideré como mi hermano —admite—. Aquí estoy para ti, me importas, no por lo que representas, sino por quien eres, lo que hay en tu interior y esa esencia que te hace único —Me acerca el sobre, obligándome a cogerlo—. Por eso decidí esto, adentro dice el sexo de mi bebé. Quiero que lo leas y no le digas a nadie, ¿entendido?

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Dependiendo si es niña o niño; tú escogerás su nombre.

—¿Qué? —digo sorprendido—. No, no puedo —me niego—. Esto es algo importante para ustedes, no puedes dejar que yo decida cómo se llamará tu hijo o hija, sobre todo, no podré guardar por meses—

—Lo harás —me interrumpe—. Confío en ti, eres muy inteligente, sé que pensarás en un gran nombre. En dado caso que no me guste, podré tener otro bebé, no es como si crear a uno fuese un gran problema para André.

—¡Madre mía, Jane! —farfallo.

Ella suelta una carcajada y arrugo mi nariz.

Es increíble lo que me ha pedido. Necesito emocionarme. Es fascinante. ¿Lo ha hablado con André? ¿Él lo sabe? ¿Están conscientes que me han pedido algo que quedará marcado en esa criatura por siempre? ¿Estoy exagerando? ¿Por qué esto me asusta? ¿Y si la cago?

—Promete que lo harás —vuelve a hablar.

Relamo mis labios y asiento.

—Lo prometo.

—¿Si sabes que no puedes romper las promesas?

—Sé mantenerlas —afirmo.

—Perfecto —sonríe—. Voy por un poco de gaseosa.

Espero que salga de la sala y miro el sobre entre mi mano, con la respiración lenta y mis latidos al cien. Lo abro y saco la hoja color amarilla pastel, leo el nombre completo de mi tía, observo las imágenes del ultrasonido y llego a la descripción de estas.

—Mierda... —susurro.

Una sonrisa se dibuja en mi cara. Ellos se volverán locos.

✱

Me miro por última vez en la cámara de mi celular, acomodo mi cabello y lo guardo para tocar el timbre. Sostengo en alto el postre y luego... me siento tan avergonzado una vez más. ¿Este es el momento donde hago lo que mejor sé hacer?

Para mi mala suerte, no es la misma mujer la que me recibe.

—¿Otra demanda? —Didi interroga apenas se acerca.

—Tú —La apunto con mi dedo— me debes una.

—¿Una? —Se ceño se frunce— ¿Una qué, Theo?

—Eres una chismosa, fuiste a hablarle de mí a Sue, la chica de la tienda. Le dijiste que me demandaron, te gusta ir contando la vida de los clientes de tu padre, ¿cierto?

La menor suaviza su rostro y se mantiene en silencio, observándome de pies a cabeza, se detiene el platillo que llevo en la mano. Oh, sólo espero que no vaya a decir una majadería porque le voy a tirar un poco de gelatina en la cara.

—¡Didi, ¿quién es?! —La voz de una mujer mayor se oye a lo lejos.

—¡Nadie, un vendedor de postre!

Mi boca se abre indignado.

—¡Oye! ¡Vengo a ver a tu papá, él me ha citado!

—Creo que lloverá —Me ignora, mirando el cielo.

—Didi Beckinsale —siseo—, ábreme la puta puerta.

—Qué grosero —niega—, ese vocabulario papá no lo acepta.

—¡Aidan! —un pequeño grita detrás de su hermana, corriendo hacia nosotros.

—¡Luca! —lo saludo —, ¿puedes abrirme?

—¡No! —chilla Didi.

—Muévete, Didi —Luca le dice, jalando el pasador para que yo pueda entrar.

—Sí, Didi, muévete —repito.

—Disfruta mientras puedas. Pronto partiremos a Londres. —Y se aleja.

Quiero preguntarle sobre lo que ha dicho, sólo para confirmar lo que estoy pensando. Sí, he entendido. Ellos viajan de Inglaterra a Australia, son de Londres y vienen de visita por algunos meses... ¿cierto?

El Señor Beckinsale me ha dicho si podía venir solo para hablar de algo que quedó pendiente, a pesar de que he cavilado en lo más remoto de mi mente para obtener una respuesta, me quedo como empecé: en blanco. No tengo ni una jodida idea de lo que ese hombre esté planeando y debo de admitir que me da miedo.

Es decir, saber que ha ganado un juicio en un lugar donde ya no ejerce su profesión, deja mucho de qué hablar. Por favor, que no sea otra demanda. ¿Y si por eso Didi me preguntó aquello desde un inicio?

Putra madre...

—Aidan.

Doy un pequeño brinco en mi lugar, encontrándome con el hombre.

—Señor —saludo, haciendo una seña con la cabeza—. Un gusto. Mi mamá ha preparado una gelatina, le dije que no era necesario, pero ella ha insistido en que le trajera una muestra de lo tan agradecida que está por ayudarme.

—Primero que nada, respira —se ríe—. Dale las gracias a tu madre, es un gesto muy amable de su parte.

Se acerca y coge el postre.

Cuando el hombre entra a la cocina, Didi me hace una mueca y yo pongo los ojos en blanco. Es inteligente e inmadura. ¿Se puede ser ambas cosas al mismo tiempo? Ella es la respuesta.

—Didi, Luca; vayan a su habitación, por favor.

—Quería enseñarle a Aidan... —la voz del menor disminuye ante la mirada dura que le da su padre. Ninguno vuelve a pronunciar algo y comienzan a subir las escaleras. Ok. Hasta yo sentí esa vibra que dice *"hazme caso o conocerás al diablo"*. ¿Cómo alguien tan gentil puede lucir tan malvado a la vez? Espero que cuando sea grande, yo tenga ese poder.

—Disculpa —se dirige a mí—. ¿Cómo has estado últimamente?

—Bien, gracias —murmuro—, mi familia ya está mejor y yo también, no por completo, pero supongo que las cosas se arreglan a su debido momento, aún estoy en duelo con ciertas personas. Primero me quiero recuperar de salud para después arreglar lo que hay en mi entorno.

Asiente, esbozando una sonrisa.

—Me platicaste sobre tus abuelos la última vez que nos reunimos en el café para hablar acerca de lo que dirías el día del juicio, ¿recuerdas?

—Sí. —Trago saliva.

—Tengo algo para ti —comenta—. Hablemos en mi oficina, ¿puedes adelantarte? Llevaré algo para tomar.

—Claro —accedo.

—Gracias. —Pasa a mi lado, dándome un apretón en el hombro.

Rasco la punta de mi nariz y me encamino con pasos dudosos hasta donde es su oficina. Escucho la voz de una mujer en la planta de arriba. Es su esposa. La puedo reconocer.

Le resto importancia y me adentro. El olor a café con vainilla es percibido por mis fosas nasales, a pesar de que no me gusta el café, puedo tolerarlo ya que no llega a irritarme ni mucho menos es tan desagradable como otros aromas. Meh.

Sin embargo, me detengo por completo.

—Disculpe —baluceo —, e-el señor-

—Tranquilo —ella dice, girando hacia mí para quedar frente a frente—. Harry sabe que me encontrarías aquí.

—¿Ah? No comprendo.

—Aidan Howland —pronuncia acercándose a mí—. Te pareces demasiado a él, tal vez te sientas confundido. Te explico. *Soy Bonnie Weigel, fui la psicóloga de tu padre.*

CAPÍTULO 31, PRIMERA PARTE

Acomodo el retrovisor y hago el asiento hacia atrás para que mis piernas se puedan acomodar perfectamente dentro de la camioneta. André me mira por la ventana y suspira, dándole una mirada a mi tía Jane.

—Esto es una muy mala idea —sentencia.

—Descuida, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Chocar con un poste? —ella le dice divertida.

—¡Matar a alguien! —exclama—. ¡O peor aún! ¡Que Bella me mate a mí!

—Nadie va a morir. —Le hago una seña con la mano para que se detenga—. Puedo controlar esto, no se me ha olvidado conducir.

«Creo», pienso.

—Entre un coche y una camioneta hay una gran diferencia —explica, haciendo énfasis en la palabra "gran"—. Evita chocar, quiero conocer a la criatura que tú tía lleva dentro, ¿estamos de acuerdo?

Una sonrisa traviesa se asoma en mi rostro.

—Sólo pasearé un rato con ella, Aitor vendrá conmigo, si en dado caso no puedo, dejo que conduzca, él maneja la de su tío. Qué mala fe me tienes.

—Lo que me faltaba —musita—, iré a cotizar mi ataúd. Nos vemos.

Tío André menea la mano y se aleja, dejándome con su mujer. Ambos dirigimos la mirada al hombre que se adentra a la casa y, al parecer, no piensa regresar. Medito durante unos segundos lo que ha pasado y no puedo evitar soltar una risilla maliciosa. Él es demasiado dramático.

—Bien, ahora que se ha ido... No rebases. No insultes. No le saques el dedo de en medio a nadie. No sobornes a los policías. No aceleres más de lo necesario-

—Ok, ok, ya entendí, ¿algo más? —la interrumpo.

—Sí. —Asiente—. No le des el mando a Aitor.

—Perfec-

—Y no metas la camioneta en el garaje de un motel feo —finaliza.

Saboreo sus palabras y mi mente comienza a trabajar, cuando hilo algo para decirle, mi subconsciente me grita que no lo haga, que mejor me guarde mi estupidez y evite que tía me baje a gritos, sin embargo, ¿quién soy yo para hacerme caso a mí mismo?

Por lo que la oración sale sin ninguna restricción.

—Pero a un motel bonito sí, ¿cierto?

—Te voy a jalar las orejas, Aidan Daniel —me amenaza.

—El embarazo te está afectando, ¿eh?

Ella abre sus ojos y se pone de puntas para estirar su brazo a mi cabello y halar de él, haciéndome pegar un grito.

—¡No, detente! ¡Es broma, es broma, mujer! —Me deshago de su agarre y me sobo la cabeza con una sonrisa burlona en mi rostro—. Joder, qué humor. Está bien, ya tengo todo en claro, tranquila.

—A ver, dime lo que te dije en el mismo orden —pide. Toma una posición de jarra con sus brazos y su mirada se vuelve seria.

Conozco esa acción.

Cuando tenía alrededor de trece años, siempre me pedía que le repitiera lo que había dicho minutos atrás, eso con la finalidad de ver qué tanta información podía retener mi mente, le gustaba saber de alguna manera lo lograba. Y la verdad es que con recordar unas cuantas palabras podía lograrlo.

Juego con mi lengua antes de hablar.

—No rebaso. No insulto. No le saco el dedo de medio a nadie. No soborno a los policías. No acelero más de lo necesario. No le doy el mando a Aitor. No meto la camioneta al garaje de un motel feo ni bonito... y supongo que tampoco debo meter otra cosa en-

—¡Aidan! —advierde y doy una fuerte carcajada.

—¿Contenta?

—Por Dios, eres demasiado inteligente, pero también un completo demente. Te me desvías, muchacho, te me desvías —bufa—. Ya, fue suficiente, me estresas y debo guardarme eso para cuando cierta personita no me deje dormir en las noches.

—Cierto, sobre eso...

—No puedes decir nada. Me veo con la obligación de ignorarte.

—No, tía, lo que pasa-

—Hasta luego, mi lindo bastón —se despide, impidiéndome hablar.

—Jane, Jane —la intento llamar.

—¡Ya vete! —me grita y con pasos rápidos se aleja.

En la misma posición, me quedo mirando al frente ideando algún plan para poder decirle, ¿debería gritárselo sin darle tiempo a que me interrumpa? No. Lo más seguro es que ella me aviente algo a la cara antes que yo termine de hablar.

Minutos después, enciendo la camioneta y empiezo a manejar hacia la casa de Aitor. No sé qué estoy haciendo, si mamá supiera que he cogido la camioneta de tío André, estaría diciéndome de las mil maneras en que me arrepentirá de siquiera haberlo pensado, es por ello, aunque nos esforzamos de más, que hemos decidido fingir que ella lo sabe.

No se la he pedido por una razón en específico, simplemente hoy desperté como aquel día de las perforaciones y mi subconsciente preguntó: "Aidan, ¿y si vamos por la camioneta de André?" De paso, ponía en práctica mi manejo. Un dato: he olvidado cómo se da reversa.

Mi celular vibra acompañado del sonido que le he puesto a los mensajes de Darling.

Bien, nunca había hecho eso antes. De verdad. Sólo que mi conexión con ella es... rara. Se siente que hay algo, pero a la vez es mejor que cada uno este por su lado. No quiero decir que me gustaría una relación abierta porque-

Ok, sí lo quiero.

Es normal. Si el compromiso no se le da a ninguno y ambos estamos de acuerdo en eso, podría funcionar. Lo importante es la comunicación, ella es demasiado linda y social, mientras tanto yo amo ser libre y coquetear.

«*Qué descarado eres, Aidan*», me reprendí.

Me fijo que el semáforo está en rojo y aprovecho para leer su mensaje de texto.

De: My Darling

¿Quieres acompañarme a comprar algunas cosas que necesito?

Releo lo que me ha mandado y me quedo pensando. A Aitor puedo verlo otro día, de hecho, ha de estar como vago en su casa, con esa camisa fea que le regalaron al comprar cinco litros de pintura, sus dedos sucios de grasa por las frituras y sin afeitarse. Iría otro día, lo prometo.

De: Aidan

Sería todo un gusto, My Darling. ¿Dónde estás?

Presiono la opción de enviar. No tarda ni un minuto cuando recibo rápidamente una respuesta de su parte.

De: My Darling

Voy por la avenida de la calle 43, ¿la gasolinera?

De: Aidan

Ya, voy por ti. Cargo la camioneta de mi tío. :D

De: My Darling

Te espero!!

Dibujó una sonrisa en mi rostro, la cual es borrada al instante que el claxon de algunos autos empieza a sonar. Estoy a punto de sacarles el dedo de en medio y la voz de mi tía Jane se proyecta. Bien, debo ser un buen conductor. Lo soy, claro que sí.

Aviento mi celular al asiento del copiloto y reanudo mi camino, aunque cambio un poco mi destino. Cambio la canción por alguna que me guste, esto de compartir cuenta de música con Aitor comienza a dar fatales resultados. ¿Por qué no hace su propia *playlist*?

Visualizo a Darling al otro extremo y doy vuelta para estacionarme. Le hago una seña por la ventana para captar su atención y lo logro. La pelirroja curva la comisura de sus labios y se acerca, mientras pienso si abrirle la puerta sería un buen gesto, ella ya está subiendo.

Menos un punto.

—¿Es tuyo? —Me extiende mi celular.

—Lo es —afirmo, cogiéndolo—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que ayer, pero no más que mañana. —Me guiña un ojo—. ¿Tú cómo estás?

—Posiblemente igual —Asiento—, ¿a dónde iremos?

—Al centro comercial, necesito comprar unas macetas para adornar la entrada del local, se ve muy vacío. Kasper dice que debemos dar una buena impresión al cliente, ¿tú qué piensas?

Relamo mis labios.

—Quizá tenga razón, aunque yo tuve una muy buena impresión... quedé fascinado —confesé.

—¿Por qué habrá sido? —Darling decide seguirme el juego.

Me encojo de hombros, haciendo el desentendido.

—No lo sé, quizá no se trató del lugar, sino de quien me atendió. Tienes unas excelentes manos, My Darling.

—Y ahora tienes labia —se ríe—. Señor Ego ataca de nuevo.

No tengo nada más que decir, por lo que prefiero encender la camioneta para dirigirnos al centro comercial.

Ella me pregunta si puede cambiar la música y le doy total acceso para que lo haga. Sé que sus gustos son un poco diferentes a los míos, sin embargo, no me desagrada, al contrario, yo soy alguien que escucha de todo hasta cierto punto, prefiero no criticar y disfrutar, desde lo que se baila hasta lo que te hace llorar.

Amar un solo género y echar mierda de otros no te hace más intelectual, es lo mismo que pasa con los libros. Al final, algo que haces con pasión se reduce a arte, siempre he pensado que es mejor disfrutar de todo y no estancarte en una sola cosa. Después de todo, lo que te describe como una buena persona no es lo que lees ni escuchas, es lo que transmites, expresas y respetas.

Ser culto no es sinónimo de vivir en lo clásico. Es ser alguien con la mente abierta, capaz de explorar nuevas cosas y poseer mucho conocimiento, para mi mala suerte; existe mucha gente estúpida creyendo que lo son sin saber que realmente son unos imbéciles.

—Me pidieron un diseño raro —La voz de Darling me saca de mis pensamientos.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Una serpiente cortada a la mitad al mismo tiempo que muda de piel. Ni siquiera me la imagino.

Qué rara es la gente de hoy en día.

—Estoy tratando de imaginarla —musito, doblando hacia la derecha—. Hablando de diseños, he terminado lo que te prometí, ¿lo recuerdas?

—De verdad que lo he olvidado, pasó demasiado tiempo.

—Es cierto, pero sabes que no fue mi intención. Lo importante es que ya los hice, tienes algo nuevo que ofrecer a tus clientes. No te preocupes por el dinero, ya no es necesario, tómalo como un obsequio.

—No —niega—. Hemos hecho un trato, tú me dabas el álbum y yo el dinero. Así se va a quedar. No pienses insistir porque no voy a aceptar tu decisión.

—¿Tengo otra opción?

—Definitivamente no.

—Genial.

Aparco en el estacionamiento del centro comercial y bajamos.

Darling murmura algo para ella misma y continúa su camino, lo único que puedo hacer es seguirla y sacarle algún tema de conversación. Paseamos por los locales que parecen ser florerías... ¿por qué no mejor fuimos a una de las que están cerca del mercado? A parte de que ahí es económico, es más fácil.

Yo no sé de esto, así que me cruzo de brazos y espero a que termine de escoger, ella me hace algunas preguntas, tales como "*¿Es bonita?*" "*¿Crees que den un buen aspecto?*" "*¿Las patitas se ven mejor de color rosado o rojo?*", a lo que yo le respondo a todo con un:

—Esa se ve genial.

Al parecer, esto no parece terminar pronto, pues Darling dice que entrará al supermercado. Por mi parte, prefiero esperar en la parte de comida y pedir algún helado o una de esas galletas que son más grande que mi mano. Aquello último me agrada más.

Dejo las bolsas en el suelo y tomo asiento, dándole una mordida a mi galleta. Reviso mi celular y me hallo con un mensaje de Sue.

De: La Roba Cátsup

Estoy yendo a casa de Aitor, y temo a que no me abra. Deséame suerte.

Leer lo que dice me hace sonreír.

Espero que se arreglen, mi mejor amigo lo merece y a pesar de que tuvimos en el pasado algunos malentendidos, no podía seguir viéndole como fingía que no le dolía ni un poco haberse dejado con la chica.

Lo único que pido es que no arruine las cosas y termine dándole la vuelta a esta situación. Aitor es un experto para cagarla en todo momento, siempre ha sido así. Ojalá que mi plática de hace unos días atrás la tome en cuenta.

Presiono la pantalla para escribirle un breve mensaje acompañado de un toque burlesco.

De: Aidan

Si él es quien termina pidiéndote perdón y que regresen me tienes que decir, debo burlarme de él un rato. : 'D

De: La Roba Cátsup

Adiós, idiota 😏

De: Aidan

No hay buena suerte de Aidan para ti.

Sue me deja en visto y dudo que vuelva a contestarme. Salgo de su chat y reviso algunas de mis aplicaciones.

Ayer por la noche revisaba las redes sociales del señor Beckinsale, tiene fotos geniales, de su familia, paisajes, comida y vídeos de sus mascotas, es esa clase de tipo que viaja mucho y tiene el dinero suficiente para ir alugares turísticos. Ha ido a Alemania y estuvo en Ámsterdam con su esposa, pude darme cuenta de que en esa fecha eran jóvenes, sin embargo, algo curioso que he notado es que la pequeña de los Beckinsale Weigel ya había nacido porque está capturada junto a sus padres en esas fotografías.

Al revisar de más, llegué a perfiles de otras personas, lo que me llevó a descubrir que André es amigo de aquel nombrado Neisan con el que el señor Harry tuvo una llamada en su despacho durante mi presencia, igual que tiene una hermana menor y la madre de Luca es amiga de ellos.

En un álbum de fotos que tiene la señora Beckinsale en su perfil descubrí un dato curioso que Didi intentó omitir cuando nos conocimos. Ella y su padre cumplen años el mismo día. Son de navidad. 25 de diciembre.

Intensa, pesada y resultó ser un regalo de navidad. Qué ironía.

Didi no me caía mal, pero si podía escoger entre ella y su hermano, sin pensarlo dos veces; evidentemente elegiría a Luca. Demonios, ¿por qué me ponía de malas por una niña con pésima combinación de ropa?

Mi ceño se frunce y muerdo otro pedazo de mi galleta.

Deslizo mi dedo por la pantalla y entro a una foto que el señor Harry ha colgado hace unos días, es el pequeño de sus hijos siendo cargado por su abuela. La señora Bonnie.

Al recordar la plática del día anterior, mi boca se seca y un sabor amargo es percibido por mis papilas gustativas, relamo mis labios y bloqueo mi celular. Llevo mi dedo pulgar a mi boca comenzando a morderme la uña.

No esperaba una plática como la que ella me ha dado. De hecho, no estaba listo para escuchar todo lo que me dijo. Papá tomaba sesiones de psicología y con el paso del tiempo se convirtieron en alguien especial el uno para el otro, la señora Bonnie no tenía idea de lo que mi abuelo hacía. Él sólo quería desvanecer el dolor que la muerte de tío Zachary le dejó.

"Tú padre sufría de ansiedad y baja autoestima. Tenía problemas de adicción, y a pesar de que quiso darse por vencido varias veces, su resistencia fue más fuerte. Él no era una mala persona, y solo sé algo porque lo confesaba cada que podía; Luke realmente amaba a tu abuelo, alguien que lo hizo sufrir, por lo que no me queda ninguna duda que a ti te habría amado más de lo que yo misma puedo imaginar."

Nadie tiene la costumbre de preparar al otro antes de que le echen un bombardeo de palabras como ella lo hizo conmigo.

Sin embargo, no sabía qué tanto necesitaba escuchar la verdadera versión de quién fue mi padre hasta que la mujer lo hizo. Una muy diferente a la que escuché y supe por años, una versión donde lo hacía ver real, ni tan santo ni tan demonio. Sólo una persona. Una real.

Sonrío con nostalgia.

Una imagen de Luke Howland que es capaz de armarte por completo.

Repito, en serio que no sabía lo tanto que necesitaba conocer la verdad. Me sentía en paz, un poco más completo, algunas cosas ya no se veían igual, pero supongo que es normal.

Cuando algo se rompe e intentas colocar todo en su lugar, aunque uses pinzas y mucho pegamento; eso ya no volverá a ser igual, no quedará de la misma forma porque algunas piezas habrán perdido su forma, siempre habrá una que ya no encaje. Y esa hará la diferencia para siempre.

CAPÍTULO 31, SEGUNDA PARTE

Abro una de las puertas traseras de la camioneta y cojo los lentes de sol para ponérmelos, Darling me mira desde la ventana del copiloto con una ceja enarcada y —no sé cómo por qué— le guiño uno de mis ojos.

Demasiado estúpido ya que tengo los lentes oscuros y ella no puede verlo.

—¿A dónde vamos ahora? —le pregunto una vez que ambos ya estamos dentro de la camioneta.

—¿Tienes algún compromiso? Puedo invitarte algo de comer, creo que me quedó pizza. —Intenta recordar—. Si quieres podemos pasar por una hamburguesa o... ¿quieres algo en especial?

—Comida china. —Sonrío.

—¡Estás de suerte! —exclama alegre—. En mi casa tengo para tres porciones, ¿comes mucho?

—Demasiado —afirmo.

—Creo que eso sería suficiente para ti, ¿te parece?

—Sí, no veo ningún inconveniente. Estoy libre lo que resta del día —pauso—. Las cosas has comprado, ¿piensas dejarlas en el local o vamos directamente a tu casa?

—Mi casa, Kasper irá luego por ellas, debo acomodarlas primero, tengo pensado pintar las macetas de algún diseño para que se vean mejor y no tan apagado con ese color gris que te hace querer llorar —se ríe.

—Genial. —Asiento—. Sólo me vas dando indicaciones para llegar, soy un poco malo con las calles y me pierdo si no las he memorizado antes.

—De acuerdo. —Darling estira su mano a mi cabello y estira uno de mis rulos—. Tienes el cabello largo. ¿Has pensado en cortarlo?

—Sí, lo haré antes de las presentaciones para la universidad, por mientras esperaré un poco más, debó empezar a escribir mi carta.

—¿A cuántas universidades aplicarás? —pregunta curiosa—. Dobla en esta a la derecha y luego de dos calles a la izquierda.

Al mismo tiempo que memorizo sus indicaciones, repito su pregunta en mi mente para responderle.

—A tres, uno de mis tíos quiere que presente fuera de la ciudad, sin embargo, no estoy. Quizá sea una gran oportunidad, pero no estoy listo para dejar a mi familia, a pesar de todo, la costumbre permanece, ¿sabes?

—Es normal. —Me da la razón—. Pero al final quien terminará beneficiado eres tú, podrás darles algo mejor y entre esos el orgullo de triunfar fuera de aquí, no todos tienen a capacidad que otros sí.

—Cierto...

—Entra por aquí y vas a dar vuelta en esta porque la calle es de sentido contrario —me hace saber—. Doblas en la primera a la derecha y nuevamente a la derecha, la casa roja con blanco ahí es.

—Qué puto enredo —maldigo—. ¿Por qué tus padres no pudieron comprar una casa en una zona más céntrica? Esto de las calles privadas me jode demasiado. De hecho, ya me dio dolor de cabeza.

—Señor Ego Dramático, así te llamarás ahora —advierte.

—Chúpala. —Ruedo los ojos apagando la camioneta.

Darling me da una sonrisa traviesa.

«No, no hagas eso», suplico.

—¿Me ayudas bajando las macetas? —me pide, abriendo la puerta para salir.

«¿Por qué malpensé las primeras tres palabras? Mierda, eres un puto enfermo, Aidan»

Carraspeo intentando aclararme la garganta y asiento, no pienso hablar, mi voz me va a delatar y no quiero que ella tome eso como una ventaja... si no es que ya se ha dado cuenta de que su gesto me ha puesto.

Saco lo que me ha pedido de la camioneta y cierro poniéndole seguro. Darling me deja la puerta abierta para que me adentre y la sigo, su cola alta se menea de un lado a otro. Mis ojos se desvían al interior de su casa, tiene un toque minimalista, no lo suficiente para considerarse como tal, pero es curioso el diseño que posee.

—Ponlas en el suelo a lado del comedor, por favor.

El ruido de unas llaves contra una superficie de vidria se oye. Mi celular vibra y lo saco del bolsillo de mi pantalón, es un mensaje de Aitor.

De: Mafoo

Hablé con Sue, será prudente llorar?????

Su mensaje me confunde, no sé si eso es una buena señal o una mala, la chica no me ha dicho nada. ¿Debería preguntarle directamente a él o molestar a Sue hasta que me cuente que ha pasado?

De: Aidan

¿Por qué vas a llorar? O.o

De: Mafoo

Por que la extraño ☹️

De: Aidan

Porque, es porque. Sólo díselo y no llores. O llora y díselo. Me gusta más la segunda opción. :D

De: Mafoo

Chúpame un huevo con tus correcciones, hablamos luego, ya regresó!

Me reiría de lo primero que puso, pero lo última parte me saca de mi órbita. Por un segundo creí que ya no estaban justos, aunque parece ser todo lo contrario, ellos seguirán hablando, y en serio —lo digo de corazón— que ya se dejen de estupideces. Deben arreglarse.

Guardo de nuevo mi celular y me giro sobre mi propio eje en busca de Darling. Intento dar un paso al frente y me detengo cuando la veo salir de un pasillo mientras se ata de nuevo su cabello.

—Por un segundo creí que me habías abandonado.

—Fui a revisar algo. —Menea su mano, restándole importancia—. ¿Vas a comer siempre?

—He cambiado de parecer.

—¿Qué? —Me mira confundida.

Me acerco a ella y la apunto con mi dedo.

—Se me antojó la pizza, ¿todavía queda?

Ladea su cabeza y se aleja de mí para entrar a la cocina. Llevo mi labio inferior hacia afuera y palpo los bolsillos de mi pantalón. Noup. Nada. Meto la mano en el bolsillo de mi camisa y tampoco. Estoy limpio. Eso es una señal del más allá, la cual voy a tomar como una y rechazaré la idea que hace unos minutos pasó por mi mente.

—Comerás comida china —Darling habla haciéndome voltear hacia ella—, ¿o piensas ir por pizza?

Eché un gruñido y saco las llaves de la camioneta.

—¿Tengo otra opción?

Da unos pequeños pasos y pone sus manos sobre mi pecho, elevando la comisura de sus labios.

No.

Aléjate.

Largo.

Vete.

No quiero.

Bueno, sí quiero.

Pero no.

Ay, Aidan.

—Ok, creo que iré por pizza —mi voz suena ronca.

Estúpidos cambios de voz.

—¿Seguro? —eleva sus cejas.

Sí.

Seguro.

—No. —Niego y la beso, sujetándola del cuello.

Al diablo con hacerle caso a la señal del más allá. Prometo compensarlo con otro que me mande. Prometo que la próxima sí la voy a obedecer y no dejaré que nada ni nadie me haga cambiar de opción.

Las manos de ella se aferran a mis brazos y poco a poco comienza a caminar obligándome a dar unos pasos hacia atrás. Rápidamente entiendo sus movimientos, acorto la distancia que hay entre el sillón y nosotros, Darling me empuja y caigo encima de este, mi respiración se ha vuelto pesada y el calor se apodera de mi cuerpo, ya siento esa presión que me hace pedir más.

—¿Y tus padres? —le pregunto. Aunque la verdad no me importa.

—No vendrán —me corta.

Sin romper el contacto visual, ella se sube encima de mí con sus piernas a cada lado mío. Sujeto su cadera con ambas manos para moverla de adelante hacia atrás, la fricción que se crea me hace soltar un suspiro. Ella toma mi cara entre sus manos y me besa de manera rápida, la punta de su lengua acaricia mi barbilla y baja por mi cuello hasta llegar a la unión de mis clavículas, succiona aquella zona obligándome a cogerla de la nuca para besarla, Darling le da acceso a mi lengua y jugueteo con la suya, ella hace lo mismo y acaricia mi piercing.

Sabe lo que hace, tiene un buen control del beso, por lo que me enciende aún más.

Levanto un poco su blusa y sin pedírselo, me ayuda a quitársela.

—Wow —suelto sorprendido, dándole una sonrisa de lado—. Así que ahí están los tatuajes y perforaciones.

Tiene perforado sus pezones y un tatuaje entre sus senos al igual que otros dos a lado sobre sus costillas. Lucen demasiado bien en su piel, yo estoy enamorado de cada uno.

—Hay más abajo —susurra, mordiéndose el labio.

Qué hermosa invitación.

Con mi pulgar acaricio su labio inferior para que deje de morderse, ella obedece e introduzco mi dedo a su boca, no tengo que hacer ningún movimiento porque capta lo que intento decirle; lo acaricia con su lengua y lo succiona, sujetando mis manos con las suyas para hacer una semejanza de un blowjob.

Puta madre. Comienza a incomodar la ropa de lo tan apretada que está.

—Darling... —musito— no tengo condón.

Ella quita mi dedo de su boca y su mano se desliza por su short para después enseñarme un pequeño sobre negro.

No pienso decirle cómo lo ha conseguido porque realmente no me interesa. Yo estoy bien con que tenga uno. No quiero repetir lo mismo que hace unos meses, así que estoy demasiado alegre en mi interior.

La chica se baja, quedando de rodillas en el suelo frente a mí.

Esta vista siempre será mi favorita. Lo digo en serio. Necesito que mi cerebro haga un screenshot mental para no olvidarlo nunca.

Sus manos van al cintillo de mi pantalón y la ayudo a lograr su objetivo, por un momento pienso que ella lo pondrá, sin embargo, inicia masturbándome. El calor de su tacto se siente bien en mi miembro, sus movimientos son sincronizados y espera unos segundos antes de meterlo a su boca. Su saliva y la temperatura es una mezcla fantástica que me hace tirar mi cabeza hacia atrás.

—Maldita sea —murmuro quitándome la camisa.

Cojo su coleta con mi mano y me deja manipular un poco la acción. Me permite intentar llevarla más al fondo y saco mi miembro de su boca por completo. Limpio sus labios con la yema de mi pulgar y una sonrisa cínica se dibuja en mi rostro, ella me da una llena de complicidad.

—Te necesito arriba de mí ahora. —Mi voz se ha puesto gruesa.

Al parecer, Darling decide no pronunciar nada, solo abre el sobrecito.

—Yo lo pondré —me avisa.

Me reclino sobre el sillón y la observo hacerlo. Sus ojos verdes vuelven a mí y me acerco a su cadera para desabrochar su short, al deshacerme de este puedo visualizar los otros dos tatuajes que están en su vientre.

Rozo mis labios sobre la tinta de estos y la miro, con mi lengua ciño la silueta de cada uno mientras con mi mano aprieto sus piernas, puedo escuchar que suelta pequeños gemidos que para mí es satisfacción plena.

Bajo su ropa interior e introduzco un dedo —el que me han pedido no sacar a los desconocidos— dentro de ella. Inicio lento con la finalidad de lubricarla mejor, al ver que los resultados son buenos, meto un segundo dedo aumentando más la velocidad.

—Aidan, mis piernas —suplica.

Relamo mis labios y me detengo alejándome un poco, sujeto su cintura atrayéndola a mí y ponerse a horcajadas. Dejo que manipule el momento y acomoda mi miembro permitiéndome entrar por completo en ella.

La sensación es plena y un gélido gemido sale de mis labios, mis manos toman su cadera llevándola de arriba hacia abajo, entre instantes, ella se mueve de un lado a otro, haciendo movimientos circulares que, si esto fuese alguna clase de votación, le daría un diez.

Su acción se vuelve rápida mientras el tiempo pasa y nuestros ruidos aumentan de volumen.

—*Fuck* —maldigo al querer llevar las cosas un poco más veloces.

El tomo de la espalda, acercando su pecho a mí y besar en medio de sus senos. Siento su mirada sobre mí y como sus dedos se enredan entre mi cabello incitándome a jugar con la perforación de su dedo, mi pieza y la suya chocan, el sonido me hace sonreír sobre su piel y doy una pequeña mordida haciéndola gruñir.

Minutos más tarde, sin aguantar otro, la levanto para salir de ella. Su mirada refleja confusión.

—Ponte de rodillas sobre el sillón y apóyate en el respaldo —le digo con la respiración entrecortada.

—¿Te gusta en cuatro?

—Shh, sólo cállate, Darling. —Pongo un dedo sobre mis labios.

La chica me regala una sonrisa traviesa y me hace caso, llevo mi mano a su espalda y la inclino más hacia abajo para poder tener mejor acceso a ella. No lo pienso dos veces y la embisto sin detenerme.

Sus gemidos son más sonoros y eso aumenta mi excitación. Estoy demasiado caliente y necesito venirme, pero primero quiero que lo haga ella. Siempre me ha gustado complacer a mi compañera porque desde mi punto de vista es demasiado justo cuando uno termina y no le das lo mismo a la otra persona.

Aprieto su cadera y me fijo que muerde el respaldo del sillón. Por favor, esto es arte.

—M-me voy a-

No puede completar su frase, aunque para su suerte; la he entendido.

—¿Vas a venirte? —interrogo, quitando mi mano de su espalda para cogerla del cabello. Ella asiente—. Bien, hazlo.

Aprieto mis dientes y cierro mis ojos, tratando de imaginarme algo para no correrme antes. A mi mente vienen los nombres de los planetas o la canción de la carreta. Sólo necesito distraerme.

Mi labio inferior tiembla y siento como mi frente se llena de sudor.

Deshago mi agarre de su cabello y sujeto su cadera para que las embestidas sean más profundas, aprieto y repito sucesivamente. Siento como su interior se contrae y un grito se escapa de sus labios, haciéndome saber que ya ha llegado.

Entonces, eso me da la iniciativa para que yo lo haga también.

—Mierda —me detengo y dejo salir un suspiro lento.

Ok. Tomaré eso como una señal del más allá. Necesito más sexo. Por supuesto que sí.

CAPÍTULO 32

PRIMERO DE OCTUBRE

Meto la mano de nuevo a la bolsa de frituras que Aitor ha comprado en cafetería y me llevo un poco a la boca. El chico viene a mi lado mientras habla por teléfono con Sue, han regresado hace unas semanas, parece que todo va bien entre ellos y me alegra ver a mi mejor amigo feliz.

Por otra parte, mi relación con la chica ha mejorado, nuestras conversaciones por mensajes se acompañan de uno que otro insulto o un comentario desagradable en alguna de nuestras fotos en redes sociales. Algo muy normal entre nosotros.

Aitor conoce a los padres de Sue, y Sue conoce a los de Aitor.

Sí, incluyendo al señor Blakely. El día en que me lo dijo; mi cara se llenó de incredulidad, era incapaz de creerlo, me esperaba muchas cosas, menos esa, no podía pensar qué tan importante era para él su relación con Forester.

Ha superado mis expectativas.

Mientras tanto yo... sigo saliendo con Darling. Estamos bien por ahora, salimos, nos divertimos y no ha habido ninguna clase de discusión. Estoy feliz con eso y espero que si en algún momento decidimos llevar esto a otro nivel no me molestaría aceptar, me agrada pasar tiempo con ella y saber que conectamos de diferentes formas.

Mmm.

No he tenido una relación formal, bueno, solamente una, aunque fue a mis dieciséis años cuando mamá tuvo la excelente idea de meterme a unos cursos de matemáticas, ahí conocí a Samantha, duramos alrededor de cuatro meses, ella y Darel la conocieron, sin embargo, yo nunca conocí a su familia.

No la dejaban tener novio.

Fui ese amor a escondidas. Nos veíamos en las clases y yo la acompañaba a su casa, ella vivía al otro extremo de la ciudad, pero Aidan quería estar más tiempo con su novia, así que no importaba en lo absoluto qué tan cansado me encontraba, la tomaba de la mano y esperábamos el autobús juntos, llegábamos a su calle, nos despedíamos con un beso en la boca y yo volvía a cruzar toda la ciudad para llegar a casa.

Samantha me terminó diciéndome que no le gustaba mentirles a sus padres.

Mi corazón se rompió y a pesar de que fingí desinterés, llegué a llorarle. Ay, qué desgracia.

Al mes conocí a otra chica, Elene, iba un grado más adelantada que yo, nos conocimos en biblioteca cuando cogimos el mismo el libro y el típico roce de manos se presentó, terminé cediéndoselo y buscar en internet información que ocupaba para mi tarea.

Oh, con ella perdí mi virginidad... en el baño de su casa.

Sí, en su baño, a pesar de que no había nadie, ella me llamó para que la ayudara a colocar la cortina que se cayó. Me besó y fui yo quien terminó asestado contra la pared, lo demás se lo debo a la resistencia del lavabo.

Qué vergüenza, yo no estaba preparado, no sabía ciertas cosas del sexo, sin embargo, Elene sí, así que me estuvo guiando en el transcurso, repetimos como unas cinco veces y luego regresó con su ex, sólo quería probar algo con otra persona. Cuando me lo dijo mi cara fue épica. Me sentí usado sexualmente.

Lo demás ya es historia.

Salí con más chicas, a veces era sexo casual y otras contaban con salidas para intentar conocernos. Mi lado coqueto solía despertar con más confianza en las fiestas y terminaba teniendo relaciones con una desconocida en algún lugar cerrado de la casa. Claro, siempre y cuando en el bolsillo de mi camisa hubiera un condón.

Me dejaba llevar por el momento... actualmente lo hago. La única diferencia es que ahora ya no busco interés sexual en otras personas cuando asisto a fiestas, quizá sea porque Darling asiste conmigo y termino follando con ella. No me molesta y tampoco es como si su compañía me molestara, se siente fantástico poder conectar con alguien de esa manera. Me gusta.

Sólo hay un inconveniente...

—Boxear me comienza a estresar —Borris aparece de frente con su ceño fruncido.

Él impide que Aitor y yo avancemos. Ladeo mi cabeza y me fijo del golpe que tiene en su ojo derecho.

—¿Qué te pasó? —le pregunto.

—El entrenador me dijo "gancho" y ¡bum! —grita— ¡Me golpeó el ojo!

—Héroe —Aitor se burla.

Miro al rubio y me fijo que ya ha cortado su llamada con Sue.

—¡Mi ojo comienza a perrear! ¡Me estoy alterando! —Borris se exalta.

—¿Perrear?

—Perreo ocular —le explico a Aitor, señalando mi ojo—. Es cuando comienza a temblar tu párpado.

—¿Bien? —duda.

—Voy a colapsar —murmura el pelinegro, apoyándose de espalda contra la pared—. ¿Creen que sea buena idea intentar regresárselo mañana?

—No. —Arrugo mi entrecejo.

—Sí. —Aitor lo anima.

—¿Por qué me odias tanto? —Borris se dirige a él—. ¿Qué te he hecho? Tal vez ofenderlos antes de que nos lleváramos, pero supongo que ya hemos hecho las paces, ¿no? Comienzo por sospechar que estás obsesionado conmigo.

—En tu perra vida —sisea—. Sigo enojado porque te metiste en mi amistad con Aidan y ahora tengo un trío, no es como yo lo esperaba. Al menos no el primero.

—Ya supéralo —pide en un bufido.

—Yi sipirili —Aitor se burla.

—Ustedes son como tener una novia, no, no, son peores —mascullo—. Voy al baño a lavarme la mano... He repetido esto tantas veces que ya me siento como una grabadora, pero eviten matarse mientras no estoy.

—Descuida —mi mejor amigo le resta importancia—. Borris me ayudará en algo.

Observo como saca una navaja de su pantalón y le regala una sonrisa al otro chico.

—¿Qué mierda? —dice él dando un paso hacia atrás.

—Aitor —sentencio.

—Sólo vete —escupe y apunta a Jaén—. Tú deja de ser tan marica, no te haré nada, necesito que me ayudes a abrir la bodega del conserje. Ocupo algo que hay adentro.

Ruedo los ojos y meneo la mano mostrando desinterés. Mi mejor amigo sonrío y me alejo de ellos para doblar por el pasillo yendo en dirección a los baños.

Mi celular vibra a penas entro y, con mi mano limpia, lo saco del bolsillo trasero de mi pantalón. El nombre de la persona ilumina la pantalla y una sonrisa a medias se dibuja en mi rostro, antes de contestar, me apoyo de espaldas contra la pared.

—¿Y esto se debe a...? —Dejo la pregunta en el aire.

—A una invitación —Becca dice—. El próximo sábado es mi cumpleaños, no sé si quieres venir. Estás invitado, e igual Aitor.

Juego con el piercing de mi lengua, saboreando su propuesta.

—¿No era que tu hermano me odia y tus padres no pueden verme ni en pintura?

—Lo sé. —Puedo asegurar que está sonriendo—. Lo voy a disfrutar tanto.

Su confesión me hace soltar una risa.

—Grandísima Rebecca Dankworth —canturreo—. ¿Dónde y a qué hora será tu fantástica fiesta de cumpleaños? Sólo porque te estimo mucho voy a ir. No creas que es por verle la cara de idiota a tu hermano y arruinarle su estancia con mi presencia.

—Lo imbécil no se quita, ¿eh? —Intenta ofenderme.

Sin embargo, yo sin hacer mucho esfuerzo, le invierto la jugada.

—Brendon es el claro ejemplo de ello... —carraspeo—. ¿Por qué no me invitaste personalmente?

—¿Para qué hacerlo?

—Para que fuese más especial.

—¿Y subir tu ego?

—¿Cuál ego? No existe.

—Dios —suspira—. Luego te hablo, entraré a clases. Supongo que tú también deberías, ¿no?

—No, tengo hora libre. Suerte en tu entretenida clase —le deseo—. À tout à l'heure, tchao-tchao.

—Adieu ! —se deja llevar.

Ella me cuelga y me río por lo bajo. Ahora, guardo el celular en el bolsillo de la chamarra y me acerco al lavabo, la suerte está de mi lado, ya que a diferencia de otras veces; hoy hay jabón.

Lavo mis manos y, húmedas, las paso por mi cabello para poder peinarlo un poco. Quizá le haga caso a mi madre y a Darling de cortarlo, ya comienza a dejar de lucir tan bien como antes.

Salgo del baño yendo hacia donde he dejado a los dos chicos creyendo que seguirán ahí. Ya no hay casi nadie en los pasillos debido a que la mayoría están en clases. Mi ceño se frunce cuando visualizo a Aitor cerca de la bodega del conserje, pero sin Borris a su lado.

—¿Dónde está? —le pregunto cuando ya estoy frente a él.

—¿Quién? —Se hace el desentendido.

—¿Cómo que quién? ¡Pues Borris!

—Ah, él...

—Blakely —adviento.

—Pasó una cigüeña y se lo llevó. —Sonríe.

—Tú-

A penas lo apunto, escucho una tercera voz que me interrumpe.

—¿Aidan?!

Borris.

Volteo a mi alrededor en busca del castaño, pero no lo veo.

—¡Aidan! —Mi atención va hacia la puerta gris que está a un lado de nosotros— ¡Ya sáquenme de aquí!

De esa manera caigo en cuenta de donde se halla.

—¿¡Lo metiste a la bodega!?

—¿Qué? —Aitor abre los ojos—. ¡Oh, Dios! ¡Borris, ¿cómo estás ahí?!

—Por favor —digo sin creerlo.

Sujeto mi cabeza con ambas manos y evito gritarle. Esto es increíble, no puedo creer que lo haya hecho. El rubio siempre ha tenido el deseo de meter a alguien a la conserjería porque es algo que le parece demasiado divertido.

Bien, hoy tuvo una presa muy fácil.

—¡Sácalo de ahí!

—¿Por qué? Acá afuera nos estorba. A parte, le gusta estar adentro, ¿verdad, Borris?

—¡Ábreme la maldita puerta! —grita cabreado.

—Uy —Aitor se ríe—, creo que alguien está enfurecido.

—Joder... —arrastra las palabras — ¡Sácame de aquí!

—Aitor, abre —le ordeno.

—Un ratito más —dice divertido.

—Está oscuro y muy pequeño aquí —logro escuchar el otro dice—. Los lugares cerrados no me gustan...

Me acerco a la puerta y puedo oír que está hiperventilando. Varias cosas vienen a mi mente, y al repetir sus palabras, llego a una conclusión que sale de mi boca en forma de cuestionamiento.

—Borris, ¿eres claustrofóbico?

La sonrisa de Aitor se desvanece poco a poco ante mi pregunta.

—¿Borris?

—¡Ya abran!

—¡Abre! —Miro a mi mejor amigo.

—¡Es que no tengo clips! ¡El que usé se rompió! —él dice— ¡Voy por uno, voy por uno!

Sin esperar otro segundo, sale corriendo hacia uno de los salones. Frustrado por la situación, tallo mi cara y echo un bufido, con los nudillos de mi mano toco la puerta.

—¿Te encuentras bien? —le interrogo a Jaén.

—Lo estoy, sólo que no me gustan los espacios cerrados —confiesa.

—Cierra los ojos y trata de ignorarlo, no ha de tardar Aitor.

—Bien, bien —acepta.

Nos quedamos en silencio unos segundos, puedo escuchar que toca la puerta con sus dedos sincronizadamente. Se encuentra desesperado, y no lo culpo. Saco mi celular para enviarle un mensaje a mi mejor amigo, él me responde diciendo que ha ido a la biblioteca para robar un par de clips.

El chico sabe burlar las cerraduras, es un experto en ello. Recuerdo que hace dos años no llevaba conmigo las llaves de mi casa y mamá no respondía mis llamadas, yo quise esperar a que la mujer llegara o ver si alguna ventana estaba abierta, aunque Aitor mandó a la mierda mi idea y sacó un prendedor de cabello, lo dobló de una forma extraña y lo metió por la cerradura de la puerta, en menos de diez minutos; él ya se encontraba en la cocina buscando algo de beber.

La mujer nunca se enteró de eso.

Vuelvo a coger mi celular y reviso los chats, tengo un nuevo mensaje de Darling, me lo ha mandado en la mañana deseándome suerte, no lo abrí, pues preferí llamarle tratando de hacerlo más personal... Sí. A mi subconsciente también le sorprendió mi decisión.

—Carajo —maldigo.

—¿Qué pasó? —Borris dice al instante.

—A-ah, Borris. —Tomo una bocana de aire y prosigo—. No es el mejor momento para decírtelo...

Sé que me advertiste, o bueno, más bien me amenazaste, pero he estado saliendo con tu prima y-

—¿Y qué? ¿Ya follaron? —me interrumpe.

«¿*Qué comes que adivinas?*», pienso.

—Me ofendes —digo con cinismo.

—Quiero golpearte.

—Oye, te juro...

—¡Oh, no me jures nada, maldita rata! —exclama— ¡De todas las mujeres que hay en la ciudad, ¿vas por mi prima?!

—¡No me digas rata! —golpeo con la puerta con mi mano— ¡Y es diferente!

—¡¿Diferente?! ¡¿Con cuántas has dicho lo mismo?!

Mi boca se abre indignado.

—¡Entiendo que me tengas en ese concepto porque me lo he ganado, pero duele!

—¡Oh, ya cállate la puta boca! —barbulla.

—¡Ya lo conseguí! —El grito de Aitor capta mi atención. Viene corriendo mientras sujeta su mochila al revés— ¡Ya llegué, ya estoy aquí!

Pongo mi mano al frente, obligándolo a detenerse. Él frunce su ceño sin entender. No pienso permitirle que abra la puerta cuando Borris está del otro lado hecho una completa furia con todas las ganas de querer golpearme.

Aitor intenta hacerme a un lado. Se lo impido.

—¿No querías que lo sacara? —dice él confundido.

—Cambio de planes —musito—. Dije algo que no debía y ahora quiere barrer conmigo el piso.

Espera.

—¡Volveré a entrar en desesperación! ¡Ábranme! —El otro chico vuelve a hablar.

—Oye, yo en verdad lo siento. —Mi voz sale tranquila, teniendo la esperanza de que él me contestara igual.

No lo hizo.

—¡Púdrete, imbécil!

—Ufff, disfrutaré esto —Aitor sonrío.

Yo lo arponeo con la mirada.

—Borris. —Tomo el hilo.

—Borris nada —sisea.

—Deja de-

El sonido de una llamada entrante me silencia. Blanqueo los ojos y saco mi celular, mi decisión inicial es colgar, sin embargo, al leer el nombre de la persona me hace cambiar de opción, así que, sin pensarlo de nuevo, contesto.

—¿No se supone me habías dicho *adieu*? —me burlo, dando unos pasos hacia atrás y voltear al frente, dándoles la espalda a mi mejor amigo y al chico que se encuentra encerrado.

—¿Dónde estás? —Becca demanda—. Estoy a la entrada del gimnasio.

—Más adelante, por conserjería —respondo—. ¿Y tu clase?

—Ya te vi. —Me ignora—. A tu derecha.

Miro hacia la dirección donde me ha dicho y la capto al otro extremo. Ella me sonrío.

—¡Aidan, Aidan! —Aitor anuncia.

Volteo al chico, llevándome como sorpresa la mirada taladrante de Borris, quien mira a Rebecca unos segundos y regresa a mí enfurecido.

—Carajo... —Es lo único que puedo decir entre dientes, antes de que el castaño me dé una tacleada.

CAPÍTULO 33

No sé qué estoy haciendo, o posiblemente sí, pero no pienso admitirlo. No por ahora. Esperaré a que alguien más me cuestione, fingiré que no entiendo nada de lo que dice para después delatarme yo solito.

El clima de la ciudad se ha vuelto loco este año, una semana se encuentra soleado y la otra parece que Dios ha mandado otro diluvio. No me extrañaría que más tarde haya una lluvia de cocodrilos.

Oh, eso me recuerda a un suceso de hace unos años, hubo un tiempo en que los cocodrilos se podían ver por las calles. La población estuvo aterrada y nadie salía de casa mientras protección civil hacía lo suyo.

Me quito las gafas de sol y busco en el bolsillo de mi pantalón la llave de la casa para abrirla. Miro sobre mi hombro a Darling y le hago una seña con la cabeza, indicándole que pase primero, sin embargo, ella niega. Sus mejillas se ruborizan.

—Voy detrás —responde.

—Tranquila. Sólo estará mi mamá, su esposo llega más tarde.

Y esto es a lo que me refería al inicio. No sé qué estoy haciendo.

La chica se mantiene en su misma posición, por lo que me veo con la decisión de cogerla de la mano y entrar con ella detrás de mí.

El olor de carne asada es lo primero que percibo y seguido el parloteo de un par de personas en la parte trasera de la casa. Mi ceño se frunce porque no he visto ningún coche o camioneta aparcada en la calle. Mis pasos se vuelven pequeños y dudosos yendo hacia al patio.

—¿Todavía le gusta la *poutine*?

Rápidamente reconozco esa voz y salgo, topándome con la mirada de ellos. Sus ojos se ensanchan al igual que su sonrisa.

—¡Oh, mi muchacho! —ella se expresa al verme— ¡Mira qué enorme estás!

—¡Abuela! —la saludo, abrazándola—. ¿Por qué no me dijeron que vendrían?

—Queríamos darles una sorpresa. ¿Qué te hiciste en la ceja?

—Una perforación —me encojo de hombros—. Igual en la lengua.

—Por Dios, pensé que eso había pasado de moda —se lamenta—. Eres un edificio, estás grandísimo.

—Lo que le sigue —mi tío Marin dice atrás de ella—. La última vez que lo vi jugamos en la consola de videojuegos que Bella vendió.

Mis ojos arden y mi sonrisa es grande. Estoy feliz de verlos, hacía meses que no los visitábamos ni ellos a nosotros.

Es hora de explicar mejor las cosas ahora que ya sé la verdad. Todos conocen mi vida con mi familia paterna, pero no la materna, ese lado más pequeño y fácil de entender... sin mentiras ni cuentos.

La historia que Bella Adams me contó luego de enterarme sobre la verdad de mi padre se volvió más compleja de la que yo sabía. Sin embargo, hoy en día le agradezco que nos tomáramos esas dos horas para hablar perfectamente bien.

Mis padres terminaron porque ya no era el mismo sentimiento de antes, mamá quería continuar sus estudios en Canadá y se le presentó una gran oportunidad cuando mi bisabuelo falleció —el cual era originario de Quebec—, viajó con la excusa de que le haría compañía a mi bisabuela Claudine y allá terminaría de estudiar. Mis abuelos aceptaron, ellos esperarían a que mi tío Marin terminara sus primeros grados aquí en Sídney.

Todo estaba bien hasta que se embarazó de mí. Y decidió llevarse eso como un secreto sin decirle a mi papá, las cosas ya habían quedado claras y ella no quería cambiar la decisión de él. Pensó que tal vez en unos meses le diría, y así fue, ella planeó viajar a Australia en diciembre para pasar navidad con sus padres y en ese mes le haría saber de mi existencia a papá.

Bien, a veces lo planeado sale mal...

Nací en Quebec y mi bisabuela apoyó en todo a mi madre. Viví allí mis primeros seis meses y luego los otros seis en Sídney, seis meses escuché a mi bisabuela materna hablarme en francés y otros seis meses a mis abuelas paternos en inglés.

Mamá me dijo que mis abuelos hablaron con ella para poder llegar a un acuerdo y que les permitiera verme crecer, también que aceptara hacer un cambio en mi acta de nacimiento y llevara el Howland. Ella se excusó diciendo que se requería demasiado dinero para eso. Ellos le respondieron que pagarían todo.

Lo lograron.

Sin embargo, al cumplir el año dejamos Sídney para regresar a Quebec —a diferencia de antes; esta vez con los padres de mi mamá y tío Marin—, permanecemos allí cuatro años, para ese entonces, yo sabía que mi padre ya no estaba con nosotros.

Mi abuela y bisabuela me educaron mientras ella terminaba sus estudios. Fui al jardín de niños y recuerdo que mi primera grosería fue "*putain*". Más tarde, cuando terminó su carrera, volvimos a Sídney, lugar donde conoció a Darel y por él fue que ya no regresamos a Canadá.

A mis seis años falleció mi bisabuela Claudine. A los once años mi abuelo Rick y a pesar de que no conviví mucho con él, se le tenía aprecio. Ahora, mi tío Marin vive con mi abuela Soleil. Sólo los dos. Él no tiene novia ni esposa, dice que aún es muy joven.

Y es cierto, tiene veintiséis años.

Cuando yo nací él apenas iba a cumplir siete.

Bueno, esa es toda la historia desde otro punto de vista, para ser específicos, el real, uno que al inicio es difícil de digerir, pero que se puede procesar y aceptar sin tantos preámbulos como antes me lo quisieron distorsionar —y lograron—. Así es.

—Mamá siempre deshaciéndose de lo que me distrae de mis estudios —retomo la plática anterior, regalándoles una sonrisa falsa—. ¿Qué sería yo sin ella?

—¿Te estás burlando? —la mujer inquiere frunciendo sus labios y arqueando una ceja.

—¿Decir la verdad es burlarse?

—Tú —me apunta, pero mi abuela no la deja proseguir.

—Santo cielos, ¿hola?

Redirijo la mirada a donde los ojos de la mujer se posan y... ¡Carajo! Por un segundo se me ha olvidado Darling, qué imbécil soy. Tantos pensamientos me han hecho desviarme de mi objetivo principal por el cual he venido con la chica.

—Mierda... —musito—. Ella es Darling.

Doy unos pasos hacia atrás y la atraigo hacia el frente, poniendo una mano en su espalda para darle la seguridad que le falta y mostrarse ante mi familia. Mamá me mira con cautela y la comisura de sus labios se eleva.

—Darling, ella es mi abuela Soleil, mi tío Marin y mi madre Bella —presento.

—¿Darling? —el mayor repite— ¿Cómo *Darling in the Franxx*?

Junto mis cejas y me quejo en voz alta. Abro mi boca para decirle que no inicie con su fanatismo por aquel anime, aunque una voz chillona se adelanta.

—¡Y yo, y yo! —Molly levanta su mano —¡Me olvidaste!

—Ah, claro, es verdad. —Ruego los ojos—. Ella es mi hermanita, su nombre es-

—¡Molly! —Se acerca—. ¿Eres la novia de Aidan?

Todos se quedan en silencio y me miran, hasta la pelirroja. ¿Por qué esperan que dé una respuesta cuando tampoco ni yo la sé? ¿Crees que es fácil presentarse a casa con una chica? Mis planes eran otros, sí. *Otros*.

Trago saliva y aprieto mi mandíbula. Imagínense esta escena en cámara lenta de fondo con una música instrumental de suspenso. Mucho drama, pero así me siento.

La presión que ellos me ponen sólo trae como consecuencia una completa majadería de mi parte, la cual yo deduzco que es una excelente escapatoria sin importar lo que venga después de esta.

—Te han preguntado a ti —murmuro entre dientes, lo bastante bajo para que mi familia no lo escuche, pero lo suficiente audible para los oídos de la chica.

Darling me mira recelosa.

—Por favor, Molly, esas preguntas no se hacen. —Mamá sale a mi defensa, atrayendo a la pequeña a su regazo—. ¿No quieren comer poutine?

Poutine es una comida tradicional de Quebec. Ellas siempre preparaban eso los fines de semana y a mí me encantaba... más bien, me encanta. Igual que la comida china. Es un diez de diez para ambas.

—Antes de que llegaras, preguntaba si todavía te gusta —abuela revive el ambiente—, además hay carne asada, ¿ya estás terminando, hijo?

—Ya casi están las últimas. —Él asiente y mira a la pelirroja—. ¿Te quedarás a comer?

—Sí —respondo en su lugar—. ¿Cierto?

—Con gusto —acepta, esbozando una sonrisa.

—Genial —tío Marin festeja—. Bella, ¿vendrá André?

—Más tarde —ella le responde—. Quizá venga antes que Darel.

¿Será que venga mi tía Jane? En serio me urge hablar con ellos, y si la mujer no acepta, tendría que jugar sucio y confesarle a su esposo que no esperan un sólo bebé. Necesitan saberlo o se llevarían una gran sorpresa en el próximo chequeo mensual.

A todo eso, los nombres aún siguen siendo un gran dilema para mí.

—¿Por qué no se sientan? —mi abuela Soleil nos pregunta.

—Un minuto. —Le hago una seña con mis dedos.

—¿A dónde fueron? —mi tío interroga, lanzándome una mirada maliciosa.

—Marin, eso no te importa —su madre lo reprende.

—Fui a ver unos trajes para mi entrega de papeles, Darling sólo me acompañó. —Vuelvo hacia la mujer—. Grand-mère, j'aime toujours le poutine.

—Oh... Est-ce que parlez-vous toujours français?

—Évidemment oui...

—No inicien ahora —mi madre suplica—. Mi cabeza explotará intentando recordar qué significa cada palabra.

—A todo esto... ¿a qué universidad irás, Aidan? ¿Qué estudiarás? —el hombre pregunta.

Muerdo mis labios unos segundos.

—Tengo en mente tres, realmente quería estudiar astronomía, pero creo que preferiré una ingeniera, es más creíble de poder tener un trabajo estable en alguna empresa. Trato de pensar como si estuviese pegado al suelo.

Le hago una seña a Darling para que se siente y ella accede, cojo una servilleta y tomo asiento a su lado.

—¿Y dónde quedó tu sueño de hacer dibujos gráficos para la NASA?

—En mi pasado —digo obvio—. Esa posibilidad es de una entre un millón. Se necesita destacar demasiado, mucha destreza y un gran conocimiento en matemáticas, ¿sabes cuántos cálculos se hacen? Me gustan los números, pero soy más de literatura y dibujo, de la astronomía solo me salva la teoría.

—Inténtalo —insiste.

—Tío, si estudio astronomía y al final no logro mi meta, ¿qué haré? No puedo pensar con las ilusiones-

—Para eso tendrás otro plan —me interrumpe—. Tienes lo necesario para lograrlo, Aidan.

—No es así —niego.

—Ya, no lo presiones, Marin —la mayor dice.

—Debe pensar en grande, mamá. Tiene todo lo que necesita, dinero suficiente para costear la universidad a la quiera ir, y no sólo a las que le ofrece toda Australia, están las de Inglaterra, Canadá, ¡y las de Estados Unidos! No puedo creer que esté renunciando a algo que ha deseado desde hace años.

—Estamos hablando de la NASA, una agencia enorme donde cada año miles de personas meten su currículum y la cual tiene como prioridad a sus ciudadanos, los puestos vacantes son para los extranjeros... ¡una minoría!

—¿Y no te crees capaz? Eres inteligente, Aidan. Enfócate en lo único que quieres.

—No pienso vivir así —admito—. No existe la más remota probabilidad de que llegue a pasar. Estudiaré ingeniera en diseño y tal vez haga otra carrera, pero voy a ir por algo más creíble.

—No hablamos de que seas un astronauta. Hablamos de-

—Sé perfectamente de qué hablamos, lo pensé demasiado, ¿de acuerdo? Mi decisión es un no. Me quedaré aquí, con mi familia, amigos y continuaré con los planes que ya tengo.

—Pero Aidan... —mi abuela arrastra sus palabras.

—Nacimos para adaptarnos a la realidad, no para seguir sueños imposibles. No voy a gastar mi vida intentando algo que no pasará.

CAPÍTULO 34, PRIMERA PARTE

Sábado por la tarde. Quinto día y Borrís sigue sin hablarme.

Está en todo su derecho de haberse enojado conmigo, sin embargo, desde mi punto de vista, no me parece justo que me haya dejado de hablar sin siquiera explicarle, realmente quería conversar con él. No intentaría justificarme, pero por lo menos necesitaba que me escuchara y si mis palabras no eran de su agrado, aceptaría que estuviese alejado de mí.

Después de todo, Borrís Jaén se transformó en un gran amigo, a pesar de que desde el inicio en que nuestra existencia chocó en el aula hace dos años y una pequeña enemistad nació, él se convirtió en alguien que pude cederle mi amistad de manera sincera.

Honestamente no me agrada la idea de saber que eso se puede perder.

Ahora, estoy yendo hacia su casa, con mis cascos sobre mi cabeza mientras la canción de *Afection* de *Cigarettes After Sex* suena a través de ellos. El autobús me ha dejado tres cuadras antes porque están arreglando las calles que conectan a la de Borrís. No me quejo, en ese transcurso voy pensando cómo hacer para que me reciba y no me estelle la puerta en la cara.

Le he dicho a Darling y me dijo en medio de risas que ya se le pasaría en dos días. Error. Parece que esto va de largo y él no piensa pronunciarse al respecto.

Luego de la tacleada que me ha dado, me insultó un par de veces y se puso de pie, dejándome en el suelo completamente adolorido. No se dirigió a Aitor ni tampoco le dijo algo al respecto por haberlo encerrado en la bodega. Por otra parte, en verdad que ha dolido, no sabía que podía hacer eso.

Una vez frente a su casa, miro la fachada de esta con los labios torcidos, mentalizándome todo lo que puede suceder.

Toco el timbre y me pregunto si sus padres se encuentran, sé que él está aquí porque le he pedido a Aitor que le sacara esa información. No tengo idea de cómo lo hizo, y tampoco me interesa.

Aprieto mis dientes y tomo una bocana de aire. El tiempo pasa y, cuando empiezo a dudar, la puerta se abre. La imagen del chico aparece y su semblante se vuelve odioso, como si mi presencia le disgustara en lo absoluto.

Antes que haga algún movimiento, me bajo los cascos a mi cuello y hablo:

—Lo siento —menciono—. Borrís, yo en verdad lo siento.

Su mirada es pesada. Relame su labio inferior y enarca una ceja.

—¿Es todo?

—¿Supongo? —digo torpemente.

—Ok. —Asiente e intenta cerrarme la puerta.

—¡No! —La detengo, adentrándome sin que me haya permitido el paso—. Joder, sé que la cagué. Estás en todo tu derecho de enojarte conmigo. Yo entiendo. Me advertiste, lo dijiste en serio y fui de estúpido como si tus palabras hubiesen sido todo lo contrario, pero no quiero que esto arruine la amistad que hemos creado, por favor.

Él se mantiene en silencio y se cruza de brazos, apoyándose en la pared.

—Bien. —Se encoge de hombros.

¿Qué? ¿Eso era todo?

—¿Sólo dirás eso? ¿"Bien"? —cuestiono incrédulo.

—¿Qué quieres que te diga? Al rato lo mandarás al demonio, digo, parece ser una costumbre para ti, ¿no?

—¡Venga! —insisto—. Me estoy disculpando. No es como si hubiese envuelto a tu prima, ella aceptó, no la obligué ni mucho menos le puse una pistola en la cabeza. Sólo estamos saliendo, no hay nada serio... por el momento.

—¿Seguro? —Entrecierra sus ojos.

—Borris, me agrada Darling. —Me acerco a él—. Sé que tienes una completa imagen asquerosa de mí, y lo acepto. Necesito que haya un poco, aunque sea una muy mínima, de confianza entre nosotros.

—Ya veo.

—¿Por qué no quieres que salga, de cualquiera forma, con tu prima? ¿Qué es lo que te enoja?

Él chasquea su lengua y se aleja de la pared, mirándome directamente.

¿Nunca han tenido esa intuición que algo va a pasar? Como si su sexto sentido les advirtiera mediante a gritos internos que te prepares porque algo está a punto de suceder y no deberías quedarte quieto. Es decir, te avisa para que actúes.

De acuerdo, eso es lo que mi sexto sentido me quiso anunciar.

Borris me toma de la cara y estampa sus labios contra los míos, haciendo que el choque sea rápido e inesperado para mí. Lo primero que viene a mi mente es la escena que ocurrió en aquella fiesta, la cual ninguno dijo nada al respecto.

El beso sólo es uno simple, uno de presión en donde sus labios aplastan los míos fuertemente sin la necesidad de abrirlos. Sin movimiento.

Se aleja unos pasos hacia atrás mientras yo lo miro confundido, al parecer, Borris no se siente avergonzado, pues no hay ningún gesto significativo de su parte. A diferencia que ahora no hay arrepentimiento.

—Quería hacerlo, esta vez consciente y sin estar teniendo un mal *trip* —confiesa.

Mis cejas se juntan y lo apunto.

—Entonces, ¿si lo recordabas?

—Sí, preferí ignorarlo y no discutir de ello porque me sentía muy incómodo. Agradecí tanto que no me lo hayas mencionado, estaba muy apenado.

Toco el interior de mi mejilla con la punta de mi lengua.

—Te hiciste el occiso.

—Eso. —Asiente.

Las ideas vienen a mi cabeza y trago saliva cuando una se plantea como la principal. El beso no sé si ha sido como respuesta a mis preguntas anteriores o una distracción para que desviara el tema de mis disculpas.

—¿Por qué me besaste anteriormente y ahora?

Sus ojos danzan de un lado a otro.

—Quería comprobar algo.

—¿Qué cosa? —demando—. ¿Puedes tratar de ser directo? Me estresa la gente que no lo es. Odio los preámbulos.

—Ser directo es tu especialidad —se burla.

—Borris —advierdo.

—Bien, bien. —Alza sus manos fingiendo inocencia—. Aquella vez en la piscina lo hice porque sentía atracción hacia a ti, no me da pena decirlo, si hubiese sido en ese momento, pues otra historia sería, sin embargo, ya no siento esa chispa que tiempo atrás sí. Por eso te besé, y fue muy... ñeh.

—¿Ñeh?

—Ñeeh —repite—. Me agrada esa sensación.

Respiro hondo y suelto el aire poco a poco.

Sé interpretar sus palabras. Me ha quedado en claro su conclusión, y he de admitir que no me sorprende. No porque sea algo que mi ego pueda presumir con un "*oh, claro, soy Aidan*", eso está muy fuera de la situación, lo digo en serio, más bien es porque a veces sus indirectas se podían interpretar como tal. Borris no es bueno tratando de lanzar bromas disfrazadas en coqueteo.

Acepto su punto, pero todavía no responde lo que me interesa.

—¿Estás enojado conmigo porque te atraía o qué? Oye, estoy haciéndome unas puñetas mentales y ninguna me agrada, ¿me puedes responder?

—Es que... El asunto no es contigo, lo es con Darling. Estoy enojado con ella porque es una desgraciada —suelta. Mi ceño se frunce—. Ella sabía que me gustabas, se lo dije un día antes de que vinieras a mi casa y luego... ¡luego tuvo el descaro de ponerte un apodo! ¡Después me entero de que ya

se han liado y no tuvo la valentía de decírmelo! ¡La quiero tanto, pero créeme que es una versión tuya en formato femenino!

—¿Versión mía?

—Sí, si ustedes llegan a tener una relación seria es algo que me sorprenderá por ambas partes. No quiero hablar mal de ninguno, así que evitaré seguir soltando todo lo que pienso.

—De acuerdo —acepto—. ¿Por qué no me dijiste que te atraía?

—¿Para qué? ¿Habría cambiado algo?

—Uhhh, noup.

—Esa es la respuesta. No tenía caso, tampoco quería que tu trato hacia mí fuese diferente, aparte es incómodo. Yo me burlaba de ti y Aitor, ¿sabes qué gran cachetada me dio la vida?

Aprieto mis labios.

—Suficiente —corto—. Ya entendí.

—Espero y eso aclare tus dudas —bufa, tomando asiento en uno de los sillones—. Sé que no debí enojarme directamente contigo, pero lo hice con ella y por consecuencia contigo, sobre todo porque te lo pedí. Igual es un poco inmaduro de mi parte, no es como si entre nosotros hubiera ocurrido algo. Te gustan las mujeres. ¡Amas las vaginas! —eso último lo exclama, usando un tono burlesco—. A menos eso gritaste aquí en la sala.

—Joder, qué pena. —Me quejo al recordar.

—Me agrada tu amistad. —Sonríe—. Y siendo honesto, si algo llega a salir mal entre Darling y tú, no me gustaría saber que esa sea una razón para que se arruine. Ya sucedió una vez, no quiero que ocurra de nuevo.

Tuerzo mis labios en una mueca y rodeo uno de los sillones para tomar asiento, giro un poco mi cuerpo hacia la dirección del chico y apoyo mis brazos sobre mis piernas, de manera que creo una pose de descanso.

—Borris, ten en cuenta que somos amigos. Mi relación contigo es muy aparte de lo que tenga o vaya a tener con tu prima, ¿sí? Sé poner cada problema en su lugar, no mezclaré una cosa con la otra. Puedes estar tranquilo, mi amistad la tendrás sin importar lo demás, ¿estamos de acuerdo?

Él esboza una sonrisa.

—Gracias. Aún no me recupero de la primera, no quería que se repitiera.

—¿Qué pasó? ¿Quieres hablarlo?

Borris entrelaza los dedos de sus manos y mueve sus piernas, siendo una señal de nerviosismo.

—Yo no quiero hablar mal de Darling —frunce sus labios—. No en-

—Platicar un suceso no es hablar mal de alguien, en realidad las acciones de uno hablan por sí solas.

—Esto es personal, no debes... decirlo.

—¿Me estás advirtiendo o me intentas decir que no me dirás?

Resopla y abre sus ojos.

—Éramos amigos, teníamos una amistad donde no importaba absolutamente nada... Él fue quien me hizo darme cuenta de que mi sexualidad era diferente a la que yo me hacía creer, me gustaba pasar tiempo a su lado, lo normal —hace una pausa y se ríe—. Hasta que conoció a Darling, ella no sabía que tenía sentimientos por él y tuvieron una relación... no me gustaba verlos juntos; así que me distancié de ellos, Darling me preguntó por mi cambio y le confesé que el chico me atraía. El error de mi prima fue decírselo... y terminarlo por otra persona.

—Tenías miedo de que eso se repitiera —declaro.

—Sí, pero es diferente, ya te dije, contigo no se sentía una atracción especial, ¿me entiendes? Eso me deja en paz, a pesar de que hace unos días atrás no era así del todo, los pensamientos te aniquilan. En cambio, con Orson sí había esperanzas e ilusiones, él es bisexual, pero en ese tiempo le aterraba considerarse gay, bueno, le aterra.

Mi ceño se frunce.

—¿Orson? —pregunto incrédulo.

—Mierda —maldice—. No debía decir su nombre.

—Espera, ¿hablamos de Orson Birtch, el hijo de la profesora?

Borris talla su rostro y suelta un quejido, volviendo a maldecir entre dientes.

Las cosas comienzan a tomar un rumbo diferente, intento conectar algo y recuerdo el suceso anterior. Definitivamente, Jaén sabe algo. Y no pienso quedarme con dudas, él me las responderá, y no puede echarse hacia atrás.

—¿Orson salió con Darling?

—Él ya no quiso volver a tener contacto conmigo, prefirió ignorarme y bloquearme de todos lados, nuestra amistad llegó a su fin después de tres años. No sé si fue por Darling o porque él y yo... Agh. ¿Sabes? Son esas pérdidas que duelen porque tienes el conocimiento de que están ahí contigo en la vida, pero que jamás volverán a coincidir.

No lo he sentido, aunque sin duda, me imagino es algo que realmente quema ya que la impotencia es enorme, a veces cambiar los sentimientos o decisiones de las personas equivale más. Cuando alguien muere; puedes estar seguro de que se fue queriéndote, sin embargo, ¿qué pasa cuando tienes que aceptar que ya no te quieren?

Asumirlo e irte con la frente en alto.

—Me preocupa, antes de distanciarnos me contó que iba a hacer todo lo posible para irse de su casa. Se dicen por los pasillos que está metido en cosas que su familia no aprobaría si se llegasen a enterar, la señora Birtch no es un pan de Dios como su imagen la hace ver, es la copa de Lucifer, le exige demasiado a Orson.

—¿Crees que esté bien?

—No —niega—. La otra vez me lo topé en el estacionamiento. Se ve jodido.

Está jodido.

—¿La profesora Birtch o su padre te conocieron?

—Ella sólo habló conmigo dos veces, quizá ya ni se acuerda de mí. Por otra parte, su padre falleció cuando él tenía un año. Se suicidó. Tal vez esa sea una de las razones por la cual trata un poco mal a Orson.

—¿En serio? —me sorprendí.

—Sí, ingirió benceno al saber que tenía cáncer pancreático.

Las palabras de Borris toman otro sentido y mi entrecejo se frunce. No puede ser cierto. Las coincidencias no existen, ¿o sí?

—¿Y era sueco?

—También escritor —concluye, sonriendo a medias—. Lo que me contó Orson es que el señor Ian nació en Suiza, pero viajó a Tasmania porque era el sueño de su hermano menor. Supongo que ya sabes un poco acerca de la historia. Escribió el libro en Sídney, fue publicado a tres meses de su muerte, tuvo un buen impacto durante cinco años y luego... todo fue olvidado. Es muy difícil encontrar las impresiones.

Ahora entiendo por qué hallé ese libro en la tienda de antigüedades del abuelo de Sue. El libro sólo tuvo una edición, lo que quiere decir que quizá tenga en mis manos una de las primeras copias. Por eso la historia es difícil de mirar en internet y sobre todo en librerías.

El libro fue escrito aquí. Tiene más sentido.

Aunque todavía tengo una duda, algo no cuadra en la historia.

—¿Cómo llegó a la ciudad si residía en Tasmania?

—No sé. —Se encoge de hombros—. Pero es injusto, al señor no le importó haber dejado a su hijo ni a su esposa.

—No sabemos qué tanto soportaba, no somos quien para juzgar el dolor de otros. En sus letras se ve que no estaba bien. No sé, ¿y si vio a la profesora Birtch como su apoyo y a Orson como su valentía de seguir, pero no lo consiguió?

Al menos eso es lo que refleja.

—Y ahora Orson es quien sufre. Espero que esté bien y los rumores que recorren por los pasillos sean sólo eso; rumores.

«*Quizá no lo son después de todo*», pensé.

—También que encuentre a alguien que lo ayude a aceptarse —dijo con sus ojos cristalizados—. Justamente como tú lo hiciste conmigo. Gracias, Aidan.

—Hey —arrastró mi voz. Le doy una palmada en su rodilla y sonrío—, para eso somos los amigos, ¿no?

CAPÍTULO 34, SEGUNDA PARTE

Vuelvo a mirar por encima del hombro de Aitor y ciño cada movimiento del chico. Escucho que mi mejor amigo dice algunas cosas, pero mi atención no está siendo dirigida a él, me siento un poco mal por ello... no, la verdad no.

—¿Me estás haciendo caso? —Me empuja del hombro.

—Sí. ¿Me decías que remodelarán la tienda del abuelo de Sue?

—¡No! —chilla— ¿Qué demonios miras?

El voltea hacia donde yo observo y vuelve a mí.

—¿Ese quién es?

—El hijo de la profesora Birtch —contesto.

—¿Ahora piensas incluirlo en nuestro trío? Genial, lo que me faltaba, formar un cuarteto.

—Eres demasiado celoso —declaro—. No seas así de tóxico con Sue o lo último que verás de ella será su zapato estampado contra tu cara. Es un consejo, ¿bien? Tómalo que por algo soy tu mejor amigo.

—Soy Aitor, el pateador de idiotas que quieran meterse en mis relaciones, eso incluye la que tenemos tú y yo. Quizá también la que tengo con Borris —dice incómodo—. No se lo digas, aún lo odio.

—Lo amas —vacilo.

—No necesariamente. Repetiría un beso con él, sin embargo, ya estoy en una relación y soy cien por ciento fiel a mi novia. —Me regala una sonrisa boba—. Qué bonito suena. Hacía años que esa palabra no salía de mi boca. Estoy demasiado orgulloso de mí mismo, ¿tú no lo estás?

—¿De ti o de mí?

—Hablo de mí. —Frunce su ceño.

—Te daré un ochenta porque eres tóxico con tus amistades.

—No me provoques y seré más puro que... lo más puro que exista en este mundo, no tengo una idea de qué pueda ser, pero lo seré. Palabra de Mafoo.

Levanta su mano a la altura de mi pecho y hace una seña de "*perfecto*" con su mano.

Entrecierro mis ojos.

—Zaboo confía en tu palabra —accedo.

Copio su acción, llevando mi mano a la suya y sellando la promesa, de manera que el círculo de ambos se unan.

Solíamos hacerlo cuando éramos más chicos. Inventamos eso para tener como nuestra manera de prometernos cosas uno con el otro. Queríamos ser chicos cool y entrar en la onda, lo que no sabíamos es que años más tarde sería como nuestro sello personal, una acción que si realizábamos; se tendría que tomar en serio.

—Oye, te quería comentar algo —dice apretando sus labios.

—Dime. —Elevo mis cejas.

—No podré ir a lo de Becca, ya tenía un compromiso con Sue antes de su invitación. Igual y puedo intentar explicarle y-

—Aitor —lo interrumpo—, está bien. No siempre irás conmigo a todos lados, adelante, disfruta el tiempo con tu novia. Le diré a Rebecca, ella entenderá. No hay ningún inconveniente con eso, ¿estamos?

—Te amo, cabrón —confiesa.

—Lo sé, lo sé. —Meneo mi mano para restarle importancia.

—A veces me molesta tu perra actitud. En otros temas, ¿ya enviaste tu solicitud para la universidad?

—Yep.

Observo como Orson se aleja. Quiero acercarme a él y hacerle unas preguntas. No lo hago porque no debo. Borrís me lo ha pedido y, al parecer, el tema del chico termina aquí. Admitiré que me intriga, pero no puedo traicionar la confianza que Borrís me ha dado hace unos días en su casa. Estamos bien, ya hemos resuelto nuestro problema y no me apetece arruinarlo.

—¿Tú ya lo hiciste? —le regreso la pregunta, comenzando a caminar hacia la salida del instituto.

—Sí, he probado en una universidad de Melbourne y... Escocia.

—¿Escocia? —cuestiono aturdido, deteniéndome.

—Sí, papá me lo ha ofrecido. —Hace una mueca con sus labios—. No sé si haya sido una buena decisión, pero finalmente acepté. Sé que he tenido problemas con él, unos muy fuertes, aunque mamá me animó, dijo que si tengo la oportunidad de crecer en el extranjero, que lo haga. Quería hablar contigo, sólo que has estado un poco ocupado y... te conozco tan bien que ya sabía cuál sería tu respuesta.

Me sorprende.

Los planes de Aitor antes eran entrar a una universidad de la ciudad, completar sus estudios en cualquier licenciatura y convertirse en tatuador con un título muy lejos de lo que se podía leer en su apariencia.

Estoy orgulloso. ¿Puedo llorar?

—Wow, me agarraste desprevenido —murmuro—. Es fantástico, ahora parece que quien tiene trazado todo en un mapa conceptual eres tú, ¿acaso hiciste tu plan de vida? —bromeo—. Sabes que siempre podrás contar conmigo, e igual es lo mínimo que puede hacer tu padre luego de todas sus bajezas. Me alegra que de un momento a otro pienses así... Hace unos meses decías que no tenías ni idea de cómo te llamabas.

—Me desvelé noches enteras por pensar en qué haría. Ahora me queda esperar cuál de las dos me acepta.

—Confío en ti —lo animo—. ¿Qué opina Sue de esto?

—Pfff. Hubo una discusión y luego... me abrazó. Ambos llegamos a una conclusión.

—¿Cuál?

Sus ojos se llenan de lágrimas.

Mierda.

—Es evidente que estudiaremos en ciudades diferentes, ella se quedará aquí en Sídney. Melbourne no es el problema, lo es Escocia —se ríe—. Seguiremos, pero podemos conocer nuevas personas, hacer amigos y cuando uno sienta algo por otra persona; le daremos fin a la relación.

—Ouch.

—Oye, yo desearía quedarme aquí. —Pasa los dedos debajo de sus ojos—. Aunque me ha dicho que debo continuar, ella no se detendría por mí, y no es una actitud ni una acción egoísta que demuestra que no me quiere de verdad. Las personas debemos crecer para poder ofrecer algo más a otros.

Lleva sus manos a su rostro y esconde sus lágrimas detrás de estas.

—Aitor —lo llamo.

—Por favor dime que no estoy haciendo mal —pide frustrado.

—Carajo, ¡no! ¡No estás haciendo mal! —me río—. Está bien pensar en uno.

—Se me hará difícil. Joder, no me imagino en una universidad completamente solo, me da miedo independizarme, sobre todo si es en otro país. Tal vez no fue buena idea Escocia.

—Olvida ese pensamiento —ordeno—. Te aceptarán en Escocia, irás a Escocia, estudiarás en Escocia, te irá bien en Escocia y usarás faldas en Escocia.

Aquello lo hace soltar una carcajada.

—¡Coño, es cierto!

—Y tienes que aprender a tocar la cornamusa porque en vacaciones me harás un concierto, ¿vale?

—No lo haré, ya mero perderé mi tiempo en esa mierda —sisea.

—Lo harás —sentencio—. Júralo.

—¡Ni siquiera me han aceptado!

—Pero si lo hacen, tendrás que cumplir la palabra.

—Bien, esperaremos los resultados —suspira.

—¿Zaboo? —Le enseño mi puño.

Él sonríe.

—Mafoo. —Finaliza chocando mi puño con el suyo.

Nervioso, muerdo mi uña. El doctor no sale de la habitación y tampoco mi tío Pol, estoy preocupado. Necesito que alguien salga y me diga cómo se encuentra mi abuelo, sólo me llamaron diciéndome que se había puesto grave, sin embargo, no me dejan entrar y no entiendo como porqué.

Luego de unos minutos que parecieron eternos, el hombre de bata blanca sale con mi tío detrás de él.

—¿Tío? —lo llamo.

—Aidan —musita.

—¿Cómo está? ¿Puedo pasar?

—Tranquilo. Está bien, sólo tuvo un ataque hipertensivo. Ahora está descansando, no tiene mucha fuerza. Adelante, mamá está dentro, iré a firmar unos papeles.

Él aprieta mi hombro y se aleja.

Mi respiración está agitada y siento mi aliento frío, camino hacia la habitación y la mirada de mi abuela abraza la mía, casi de la misma manera en que lo hacía cuando era chico y me cogía entre sus brazos.

Le regalo una sonrisa a medias.

—Hola —la saludo por lo bajo.

—Mi vida —dice de la misma manera.

Me acerco a ella y le envuelvo en un abrazo.

Abuela me sujeta y no soy tan fuerte. Estuve ignorándola por unas semanas, sólo la visitaba cuando tía Jane estaba en casa. Mi pecho se oprime y me siento realmente mal.

—Perdón —musito—. Yo no soy de tratar mal a quienes quiero... yo... yo seguía en duelo. Lo estoy. Ella me aleja y puedo ver que también tiene su mirada rota.

—Y estabas en todo tu derecho. Mi niño, me recuerdas tanto a tu padre, pero jamás te vi como él. —Se seca sus lágrimas—. Él era mi bebé, mi semillita —sonríe—. Sabía perfectamente que tú no eras Luke. Nunca me confundí. Puedes estar seguro de eso, te di mi amor sincero.

Me dejo caer a su lado en el sofá y mi labio inferior tiembla.

Creía que ya había pasado por la parte en donde la culpa me invadía... ahora me ha traicionado. En verdad que me siento indefenso. No puedo mantenerme tan distanciado con ellos, sé que erraron en su momento, pero no puedo fingir ser Dios y juzgar todas sus acciones.

—Y te creo. —Me aferro a ella—. Te creo, abuela.

Nos mantenemos así por un largo tiempo, no pienso soltarla por un momento. Observo a mi abuelo que se encuentra en la camilla durmiendo, al parecer no despertará hasta más tarde, y está bien. Quizá mañana después de clases pueda venir a verlo para decirle algunas cosas.

Deseo que todo regrese a la normalidad, sin sentimientos rotos ni escenas negra, sé que requiero paz y volver a tener esa imagen de la familia feliz, sin embargo, también sé que no será así. Debo aceptar que hay cambios... cambios que duelen y son difíciles de tomar. La realidad es esta.

Mi realidad.

Entonces, todo ser humano en algún instante de su vida abrirá los ojos para ver de qué está hecho el mundo, uno que no es de fantasía, allá afuera hay agujas, púas y cosas filosas, y nosotros estamos encerrados en una burbuja de jabón que en cualquier momento explotará.

Y la mía ya explotó hace mucho.

«Ayúdame a perdonar».

Sólo eso me faltaba, y necesitaba escucharlo de la única persona que pudo conocer su alma.

Acomodo a mi abuela en el sofá, poniéndole una almohada en su cabeza para que no se sienta incómoda y me pongo de pie, viéndola descansar. Tío Pol no ha regresado en la media hora que he estado aquí. Tal vez está almorzando algo en cafetería.

Saco el celular del bolsillo de mi sudadera y voy a mis contactos.

«Pronto partiremos a Londres», la voz de Didi se repite en mi mente.

De: Aidan

Lo siento por esto, pero ¿siguen en Sídney?

Al ver que no obtengo una respuesta inmediata, decido marcar. Da las primeras tonadas, y a pesar de que pierdo mis esperanzas casi a lo último; esa voz familiar responde haciéndome soltar todo el aire retenido en mis pulmones.

—¿Aidan?

—¿Siguen en la ciudad? —digo en un hilo de voz.

—Sí. Partiremos pasado mañana, ¿por qué?

—Necesito un favor.

—Sí está en mis posibilidades, claro. Dime.

Aprieto mis dientes y trago saliva antes de hablar.

—¿Será que pueda hablar con su esposa justo ahora?

El señor Beckinsale guarda silencio y carraspea.

—Yo creo que sí, ¿vendrás a la casa?

—No. —Niego con la cabeza—. ¿Nos podemos ver en el cementerio?

—¿Cuál de todos? —cuestiona y escucho como suena un juego llaves.

Sonrío con nostalgia.

—Ella sabe cuál.

—Bien —accede—. Estamos saliendo.

La llamada termina y me doy cuenta de que mi respiración se entrecorta. Le doy un último vistazo a mis abuelos y salgo de la habitación, el elevador se hace esperar y se abre, entro presionando el botón de planta baja varias veces.

Afuera, el cielo esta gris. Lloverá.

Cojo el primer taxi que veo en la calle y le doy la dirección. La punta de cada uno de los dedos de mis manos está fría, el nerviosismo comienza a ganarme y no sé si seré capaz de mantener la resistencia una vez que esto suceda.

Mi boca se seca y el tiempo se me hace eterno. Siento que la ciudad está triste, hay un tornado de emociones en mi interior, sólo espero que no me derribe porque en unos minutos no ocuparé eso, al contrario, quiero que me sujete para aguantar. A veces la única opción de acabar con lo que te duele es ponerle un poco de lo que llega a hacerte daño.

Así funcionan algunas cosas.

El conductor me avisa que ya hemos llegado y le entrego el dinero, escucho que me dice algo sobre el cambio, pero lo ignoro. Mis pasos se hacen rápidos y apenas cruzo el gran portón del cementerio, las gotas de lluvia comienzan a caer.

Que melancólico escenario.

Recorro todo el lugar hasta llegar a ese sitio que puedo reconocer perfectamente. La lápida color crema entre varias que son grises o mármol. Ella no ha llegado y mi corazón ya se ha acelerado. Soy consciente de que cualquier cosa que me diga me va a desarmar. Vuelvo a estar inerte. Vuelvo a flotar. Vuelvo a sentirme como un astronauta.

Cierro mis ojos y escondo mis manos en los bolsillos de mi sudadera. La lluvia cae por mi rostro, me empapa la ropa y no me importa si mi celular se moja o si en unos días me enfermaré.

Dejo que fluya.

Sigo así por un tiempo hasta que noto algo diferente; *la lluvia ha dejado de caer.*

Sin embargo, sé que no ha parado del todo, pues aún escucho a mi alrededor como las gotas chocan con el suelo y algo me cubre, haciendo del sonido un poco mate. Lo sé. Ella está aquí.

—¿Esperas a alguien?

Su voz me da escalofríos.

Mi mandíbula se tensa y mis ojos se abren, dándome un campo de visión al cementerio. Volteo hacia mi izquierda y su mirada azul conecta con la mía. Sujeta un paraguas, el cual está impidiendo que las gotas caigan sobre nosotros.

Un suspiro sale de mi boca.

—Quiero saber un poco más de él.

Ella me mira unos segundos y sonrío. Por mi parte, ningún músculo de mi cara se contrae, sólo me mantengo de pie mientras observo sus ojos, hay una ola de sentimientos que tira mi barrera.

—Creo que ya sabes lo suficiente, pero no voy a decirte lo que ya muchos te han contado —habla, dando un paso hacia mí para compartir aún más su paraguas—. Tampoco te diré lo que quieres escuchar, sino lo que necesitas.

—¿Qué se supone que necesito? —Mi voz sale en un hilo.

—Esto. —dice mostrándome la palma de su mano en donde yace un dije de delfines.

—No entiendo —susurro.

Estoy confundido. Al parecer ella ya se ha preparado para esta plática.

—El día en que te conocí, algo dentro de mí se rompió —inicia confesando—. Estaba sorprendida y aturdida. Varias ideas vinieron a mi mente y me torturé por unos segundos, hasta que comenzaste a hablar. En ese momento me dio tanta tristeza ver toda la ilusión que tu familia alimentó, me reflejaste tanto a Luke en sus últimos días de vida. Tanta felicidad y ganas de querer conquistar el mundo, tanto y... se transformó en nada.

—¿Usted lo quería?

Niega.

—Lo amaba.

Su voz se quiebra y una lágrima recorre su mejilla.

Dijo amaba y no amé. La diferencia entre ambas es que una se volvía una acción sin terminar, es decir, que continuaba siendo.

—Tuve la suerte de ver la mejor versión de él. Una completamente diferente a la que todos estaban acostumbrados a ver. Te diré lo que necesitas saber, Luke era una gran persona, sí, sin importar sus adicciones, su malhumor, sus problemas psicológicos, era alguien que tenía tantos sueños que se vio con la necesidad de enterrar cada uno de ellos, pero que intentó cumplir los de otra persona. ¿Sabes por qué? Porque quería asegurarse que al menos a alguien sí se les cumpliera cada uno, pero olvidó que él era parte de uno de ellos.

—¿Él estaría decepcionado si no cumpla los míos?

Mi vista es borrosa, tengo un cúmulo de lágrimas que bajan por mis mejillas al igual que las de ellas.

—Definitivamente, sí —se ríe—. Eres su hijo, lo que más habría querido es que traces tu propio destino sin que te derrumbes. Aidan, no importa qué imagen te hayan dado de él, te puedo asegurar que la verdadera es hermosa. Lo puedes tener en cualquier concepto, pero no es uno que desacredite lo magnífico que era. Aprende de la vida. Sé feliz. Ama. Yo lo hice, y te puedo asegurar que soy inmensamente feliz con lo que tengo.

—¿Sería capaz de dejar a su familia para que él regrese? —cuestiono, elevando la comisura de mis labios.

La mujer guarda silencio y mira al suelo, creo por un segundo que con su silencio me ha respondido, aunque vuelve a levantarla y dibuja una sonrisa en su rostro.

—No. Yo ya cree mi historia, y este es mi lugar, con mi familia. No puedo darle la espalda a mi sitio como una vez él lo fue.

Sus palabras son honestas. Ella ya tiene lo suyo. Continuó. Eso es lo que hacen las personas.

La vida ni el tiempo se detuvieron. Tuvo que decidir, si quedarse o avanzar, y claramente eligió la segunda opción

—Ahora, es momento de que tú también lo hagas. No te encierres en algo que puede ser momentáneo. Sal y conquista al mundo, eres un Howland. Perdona a quienes te hicieron daño, tal cual como tu padre lo hizo con tu abuelo. La vida es un ciclo para cada uno y se cierra cuando ella lo decida.

—Apenas estoy sobrellevando las cosas —musito.

—Lo lograrás.

Hasley coge mi mano y pone el dije sobre la palma de esta, cerrándola y obligándome a sujetarlo.

—Aidan, es momento de que tú lleves el sueño de tu padre.

Mis labios se entreabren y enmudezco. Intento entender lo que me está diciendo, pero no, lo que quiero hacer es llorar. Tengo un nudo en la garganta que no me deja respirar bien.

—Otra cosa —vuelve a hablar—. Me dijeron que sabes dibujar, ¿es cierto?

—Sí. —Asiento.

—Haz un grafiti en algún sitio. Jamás se lo pude cumplir, sé que lo harás mejor.

Ella me da el paraguas y se aleja de mí, dejándome de pie frente a la lápida de mi padre. Sus pasos son lentos y puedo visualizar como su esposo se acerca con otro paraguas, protegiéndola de la lluvia.

Mientras tanto; *yo intento reparar mi alma.*

CAPÍTULO 35

El viento hace de las suyas, mece los árboles del instituto y revolotea las hojas de la libreta de Borris que intenta terminar el análisis de su optativa. Es un trabajo extra, el profesor le ha dado esa alternativa para poder alcanzar la nota aprobatoria, sino tendría que llevarse a extra la materia y sus papales para ingresar a la universidad tardarían en salir.

Aitor le dice algo y él le responde.

La pantalla de mi celular se ilumina entre mis manos, le echo un vistazo, visualizando el nombre de la pelirroja. Es un mensaje.

De: My Darling

Han agendado una cita para un tatuaje en su miembro

Se pondrá las iniciales de su novia.

Tú cuándo?

Al terminar de leer, es inevitable soltar una risa.

De: Aidan

Lo pensaré cuando tenga novia, por el momento no me molestaré en cuestionarme si ha de valer la pena o no.

De: My Darling

Mmmm ok

Si estás con Borris, recuérdale que tiene que venir aquí después de clases

Voy a preparar las cosas

xoxo

¿Xoxo? ¿Quién usa hoy en día eso?

De: Aidan

¡Trata de no tocar mucho! 😏

Ella ya no vuelve a responder. Creo que se ha enojado por mi primer mensaje. No puede quejarse ni reclamarle, hace dos días me ha echado en cara que no somos nada, así que ella pone sus límites y no yo. Tiene razón. Entonces, no le veo la lógica a que se haya enojado por lo que yo he dicho.

Un par de libros caen sobre la superficie de la mesa, ocasionando que, tanto los chicos como yo, damos un pequeño salto en nuestro lugar. Alzo mi vista y me topo con los ojos grises de Rebecca.

—¿Hola? —Borris dice con vergüenza.

—Ustedes fueron la cereza del pastel —recrimina ella—. ¡Eres muy mala copa, Borris!

—Becca-

Intento hablar, pero ella me arponea con la mirada. Ok. Becca nada.

—Ustedes son extremadamente incorregibles. Tienen suerte que mi madre les haya tenido tantita consideración, Borrís casi cae en un coma etílico.

—En mi defensa, no sabía qué tan mal me pondría —se defiende él.

—¡Claro que no porque Aidan lo hizo! —Me apunta—. Te mencioné que cada bebida tenía diferente tipo de alcohol, ¡y no te importó revolvérselas en el estómago!

Escucharla me causa gracia, así que suelto una carcajada e intento esconderla tapando mi boca. Aunque es evidente que mi burla es hacia ambos.

Bien, la fiesta de cumpleaños de Becca fue todo un caos. La temática era de pintura y ropa neón. Al final de la noche, Aitor por mensajes me dijo que le pusiera sabor y combinara un poco de todo en honor a él, sin embargo, Borrís fue mi pequeña rata de laboratorio, al inicio me sentía mareado e iniciamos haciendo bromas entre nosotros dos.

Luego las cosas tomaron otro rumbo distinto cuando el chico empezó a mancharse de pintura por todo el cuerpo, por un segundo creí que sólo se trataba de diversión... hasta que se incluyó a la pista de baile y animó a los presentes a que hicieran lo mismo que él.

Espero que quitar la pintura neón no sea tan complicado.

Yo estuve lo suficientemente consciente para recordar todo y entender por qué Rebecca nos quería asesinar. A pesar de que hubo diversión, también se sintió ese ambiente tenso cuando Brendon y yo nos topamos. El desgraciado si se hizo la rinoplastia.

Se lo he contado a Aitor y ha tirado una indirecta cuando pasamos a su lado hoy en la mañana.

—Te juro que fue Omar el que me poseyó —Borrís finge demencia.

—Oh, ¡cállate! —masculla y toma asiento a mi lado.

Los tres la miramos.

—Si no les molesta, esperaré aquí pacientemente la hora libre que la profesora de informática nos ha cedido. ¿Ustedes qué hacen?

—Le echamos porras a Borrís para que termine su análisis. Ya sabes, el apoyo es fundamental como los buenos amigos que somos —Aitor dice con sarcasmo—. No sé para qué seguimos viniendo, ya la mayoría ha terminado sus materias. Sólo denme mi calificación final y adelanten el día de entrega de papeles.

—Eres muy desesperado. —La chica niega.

—¿Estás lista para la vida universitaria? —le interrogo.

—Lo estoy. —Asiente—. Seguiré practicando gimnasia y me abriré nuevos horizontes. Tengo algunas opciones por ahí que aún estoy viendo, aún me da el tiempo para decidir.

—Cool. —Mi mejor amigo sonrío.

—Todos ya tienen su plan de vida y yo sólo suplico por no llevarme mi optativa a extra. —Borris tuerce sus labios—. ¿Alguien tiene engrapadora?

—Yo. —Becca coge su mochila.

—¿Y tijera?

—También. —Pone sus ojos en blanco, pasándole ambas cosas—. ¿Para qué vienes a la escuela, Borris?

—Para calentar el asiento —farfulla.

Río por lo bajo. Mi amistad con ellos se define a esto, la chica de piernas largas tiene conocimiento de que he estado saliendo con la prima de Jaén, ella es alguien que puede sobrellevar las cosas, y no quedarse estancada ante una situación decepcionante.

Mi celular comienza a sonar, por un momento, el nombre de Darling viene a mi mente, sin embargo, otro diferente se proyecta en la pantalla, eliminando de inmediato ese pensamiento de mi cabeza.

—¿Bueno? —Cojo la llamada.

—Aidan, es necesario que vengas al hospital. —La voz de tío Pol se escucha pesada, como si le costara decir las palabras—. Es papá, está dejando de responder.

La angustia se apodera de mi cuerpo y un peso cae sobre mis hombros. La sonrisa se elimina de mi rostro, la intranquilidad se pone por delante de mi fortaleza, permitiéndole mostrarse ante los ojos de mis amigos.

—¿Estás bien? —Aitor me mueve del hombro.

No sé si mi tío me ha colgado, pero echo el celular dentro de mi mochila, poniéndome de pie.

—Mi abuelo... —La frase se queda incompleta en el aire.

Al parecer, mi amigo capta lo que intento decir.

—Necesito ir al hospital —finalizo, cogiendo mi mochila.

—Ok, voy contigo.

—¿Quieres que te lleve? —Becca se ofrece, dándome una mirada interrogativa. No estoy para negarme, así que acepto su propuesta—. Vamos.

—Lo siento, tengo que entregar esto —Borris se lamenta—. Llámenme por cualquier cosa.

Le hago una seña, restándole importancia. Sigo a la chica mientras me aferro a mi mochila, mi respiración se ha agitado y soy capaz de escuchar los latidos de mi corazón. Siento mi cabeza un mundo, todo me da vueltas e imploro en mi interior que no llegue tarde.

Escucho que ella me pregunta algo, pero mi amigo responde.

El tiempo se hace eterno, y la uña de mi dedo pulgar comienza a ser presa de mi nerviosismo. Visualizo la fachada del hospital y le digo a Becca que se detenga, bajo del auto y corro, mis piernas queman. Ya no respiro por la nariz, lo hago por la boca cuando sé que eso es incorrecto.

Recorro con mis ojos el pasillo y capto a mi tío Pol que se encuentra apoyado de espaldas sobre la pared. Él nota mi presencia y me fijo que ha llorado.

Sin decirle absolutamente nada, entro a la habitación, encontrándome con mi abuela y mi tía Jane a su lado.

Me acerco al hombre y lo miro, sus ojos están entrecerrados y su respiración muy lenta.

—¿Abuelo? —lo llamo.

Él parpadea varias veces e intenta levantar una de sus manos.

—Tranquilo, no te esfuerces. No me voy a ir, aquí estoy.

—Aidan —dice en un susurro, casi inaudible.

—Abuelo, soy yo —insisto, poniéndome de rodillas para estar a la altura de la camilla—. Necesito que te mantengas conmigo, ¿bien? Mantente conmigo, por favor.

Él vuelve a levantar su mano y la sujeto, apretándola para hacerle saber que no me alejaré.

—Dime que... estarás bien. —Se esfuerza—. Dime que... el niño astronauta lo logrará.

Que me llame así, derriba mis sentimientos, recordando mi infancia y los momentos que vivimos. Las veces que me aconsejó, me ayudó y me protegió de todo a pesar de que él haya sido el malo de la otra historia.

—Olvidalo, quiero que-

—No —me interrumpe—. Debes hacerlo... es lo que has querido, consíguelo.... Abuela te ayudará...

Aprieto mis dientes y me trago el nudo en mi garganta.

—No te despidas —suplico.

—Ya es tiempo. —Intenta sonreír, pero no lo logra—. Perdóname... lo siento tanto...

Niego varias veces con mi cabeza y sorbo por mi nariz.

—No, no tengo nada que perdonarte. No soy quien, para juzgarte, yo debería pedirte disculpas, no debí decirte esas cosas, eres mi abuelo y actuaste como tal —pauso—. Conmigo no fallaste.

—Pero sí con él.

—Tal vez, aunque puedes estar en paz. Papá te perdonó, ¿me escuchas? —ahogo un sollozo—. Él te perdonó, te quería y no dudo que lo volvería a hacer en otra vida.

Una sonrisa a medias se asoma en su rostro y seco sus lágrimas.

—Si lo veo, prometo decirle que eres un gran hijo —musita.

Observo la pantalla del aparato que se encuentra en frente; su pulso comienza a disminuir y los trazos se vuelven diferentes. Se está yendo.

—Y yo le mando a decir que fuiste un gran abuelo —sonrió—. Dile que ya todos estamos en paz.

—Te quiero...

Y antes que me deje, finalizo con una única cosa:

—Descansa. Te amo, papá. Gracias por darme tu mejor versión. Prometo alcanzar las estrellas por ti.

Mi cabeza cae sobre su pecho y permito romperme, lo hago porque este día; una pequeña parte de mi vida se ha ido para siempre.

—¿Quién es el? —el pequeño de ojos azules le preguntó a su abuelo mientras sujetaba entre sus manitas aquella fotografía.

El hombre sonrió con nostalgia.

—Es un héroe —le contestó—, y se llama papá.

EPÍLOGO

8 años después

Sídney, Australia

He aprendido a crecer con la ayuda de mi familia, a desenvolverme como un hombre y a valorar todo lo que hoy en día tengo. Caerse y levantarse suena muy fácil desde un punto de vista subjetivo, aunque todo cambia cuando nos obligamos a ser objetivos, pues en este mundo la realidad golpea fuerte.

Quise vivir en un entorno gris después de darme cuenta de que, en su mayoría, la vida se manejaba así.

Error.

Después de que falleció mi abuelo, decidí estudiar mi primera opción. Astronomía. Sin embargo, no tomé los consejos de mi tío Marin de irme al extranjero, opté por otras universidades del país. Me aceptaron y continúe.

Todo parecía ir bien hasta que me ofrecieron una beca de intercambio, podía decidir entre una universidad de Estados Unidos y otra de Reino Unido. Estuve en un dilema por varias noches y mamá me animó a aceptar, el problema no era irme del país. El problema se acentuaba en que se trataba de dos universidades privilegiadas.

Yo no podía decidir. Recuerdo habérselo contado a Aitor y me contestó desde Escocia: *tira una moneda al aire*.

¿Adivinen quién le hizo caso?

Exacto, yo no.

Investigué sobre los boletines, hice un cuadro entre las ventajas y desventajas de cada universidad, cuál me convenía más, igual sobre el valor de su moneda y/o dólar, busqué las ofertas de trabajo y terminé llorándole a Rebecca por videollamada.

Se burló de mí.

Becca y yo seguimos teniendo comunicación y una cálida amistad, se ha vuelto como mi mejor amiga. Jamás imaginé tener una. Nos hemos visto y salimos, ella se tomó en serio el mundo de la gimnasia. Parece ser que tiene novio.

Finalmente, acepté irme a Estados Unidos.

Spoiler: mi abuela Soleil y mi tío Marin me visitaban cada dos meses. Así que no estuve solo en mi formación. Él se juntó con una americana.

Cada cuatro meses viajaba a Australia para visitar a mamá y a mi abuela Martha. Igual para ver a mi tía Jane con André y sus dos retoños.

Zaniah, se llama así porque nació primero, y es el nombre de la primera estrella en la constelación de Virgo.

Nashira, porque es el nombre de la cuarta estrella más brillante en la constelación de Capricornio.

Joder, al enterarme que tendrían gemelas, mi cabeza explotó. Terminé diciéndoselos un día antes del chequeo mensual de mi tía. Ella casi me tiraba el florero encima y luego lloró toda una hora en los brazos de su esposo.

Ahora, son felices y con dos niñas que aman mucho. Les pedí de favor que no las vistieran iguales, eso era aburrido y algo muy común desde tiempos inmemorables, así que las vestían como personajes de caricatura.

Mi tío Pol se mudó de Nueva Zelanda a Sídney para no dejar sola a su madre. Tía Amanda lo aceptó con gusto. Erik ya tenía novia, y lo arrestaron hace dos meses por conducir en estado ebriedad. Eso chico es una Jane en versión hombre. Ella no se puede quejar cuando fue el ejemplo en los meses que vivió con ellos.

La cadena de cines creció, la modernizaron y mi primo Erik forma parte de ello.

Espero de todo corazón que jamás se les ocurra a mi familia pelearse por la herencia. Se pueden quedar con ella. Yo estoy bien con lo que tengo gracias a mi propio mérito, sin embargo, sé que cada integrante de la familia es equitativa y leal.

Molly ya está grande. Es una niña muy bonita. Darel y mamá la cuidan mucho.

Actualmente no tengo novia. He salido con chicas, pero no es nada serio. Tal vez eso se mantiene igual...

Cambiando de tema, he conseguido trabajo. Hago dibujos, planos y diseños gráficos basados en fotografías aéreas, de satélites y telescópicas para una empresa privada. Gano bien y tal vez no sea lo mismo que en la NASA, pero todavía no lo intento. Aún está entre mis planes.

Bajo del auto y acomodo la manga de mi camisa. Aún no ha empezado.

Camino entre las personas busco una cabellera rubia entre el tumulto de personas, me dirijo a la entrada y de esa manera doy con ellos. La mirada de ellos me envuelve y alzan su mano para llamar mi atención.

—Creí que llegaría tarde —admito una vez que los alcanzo.

—Yo pensé que moriríamos.

—Sue dice entre dientes—. Aitor casi choca por pasarse un alto. Le dije que él ha tenido la culpa y le sacó el dedo de en medio al señor. ¡Eres un bruto!

—¡Tenía prisa! —se defiende.

—¡Qué insoportable! —la castaña se queja, comenzando a caminar.

—Ella me ama. —Se ríe y la sigue.

Sí. Siguen juntos. Rompieron al mes que Aitor se fue a Escocia, pero él regresó, Sue no pudo evitar llorar y regresaron... Volvieron a terminar por dos meses y luego hablaron las cosas, mi amigo dice que fue una charla muy extensa y... lo intentaron una vez más.

Esa fue la vencida.

Cada uno tomó en serio su papel, al concluir la universidad, Aitor regresó a Sídney por Sue y ya no regresó a Escocia. Fue un chiste muy malo, pero prefirió quedarse aquí en la ciudad y su padre le consiguió un trabajo en la embajada.

Viven juntos.

Bueno, él dice que todavía, pero la chica se queda a dormir con él en su casa por una semana. Yo les digo que ya se junten, tengan un hijo y dejen de joder a sus padres.

Hemos visitado el planetario. Sí, fue idea mía. ¿Qué mejor forma de un reencuentro que en un lugar bello como lo es el planetario?

He invitado a Borris y a Darling, me hubiese gustado que Rebecca también estuviese con nosotros, pero ella está fuera de la ciudad.

Quizá piensen que mi relación actual con la pelirroja es incómoda... para nada. Después de todo, cuando me fui a la universidad decidimos romper lo que teníamos, digamos que una relación a distancia la consideramos una estupidez —sin ofender a Aitor y Sue—, pero lo hicimos porque ninguno de los dos quería drama.

Ella tiene novio, llevan ocho meses juntos.

Por otro lado, Borris se volvió un desgraciado. Anduvo con un chico por dos años, él juraba que podía ser su alma gemela. Ñeh. Terminaron porque a Jaén le atraía un compañero de trabajo, el cual lo dejó al mes. Toda una fichita el imbécil de boxeador que es, sí, hablamos de Borris.

Me acerco a la pareja de tortolitos que está fotografiándose y hago una mueca de asco al ver como se toman una foto besándose.

—Ya paren. —Arrugo mi nariz.

—Sí, sí, cállate —Aitor sisea.

—Esperaré a Borris y a Darling por allá. —Apunto una pared con un fondo de estrellas dibujadas—.

Por favor, no se me pierdan.

Ninguno de los dos me responde y me alejo, zigzagueando entre las personas para llegar a mi destino.

Encima de mí cuelgan estrellas, estas son sujetadas con un hilo transparente, haciendo una semejanza de que flotan, unas son más bajas que otras, así que busco alguna que esté a mi altura y no choque con mi cabeza.

Saco mi celular del bolsillo de mi pantalón y se viene con este mi juego de llaves, observo el dije de delfines que cuelga de ellas y una sonrisa se dibuja en mis labios. La imagen de hace ocho años viene a mi memoria.

"—Es momento de que tú lleves el sueño de tu padre."

Debo decir que lo interpreté de muchas formas. El dije podía significar mucho, aunque solo bastó que le preguntara a André para entenderlo.

Diseñé en aquel restridor que mi abuelo me regaló a mis dieciocho años un boceto del grafiti que ella me pidió. Le di sentido. El mío y el suyo. A papá le gustaba la música y a mí me apasiona la astronomía, así que dibujé un astronauta flotando entre los planetas, uno donde en su casco se reflejara aquella portada de ese álbum que contenía un arcoíris, su mejor amigo me dijo que era de su banda favorita, y en lugar de poner estrellas, coloqué notas musicales.

Ese día me sentí parte de él.

Guardo de nuevo las llaves al bolsillo de mi pantalón y marco el número de Borris, me apoyo sobre una pierna echando mi vista hacia abajo y espero a que conteste.

—No, Darling. — Es lo primero que dice—. Aidan, ¿dónde los vemos?

—Ya estamos adentro.

Siento la mirada de alguien sobré mí y alzo la mía, conectando con los ojos de una chica. No es un accidente, ella me mira sin descaro ni disimulo. Copio su acción.

—¿En qué parte están?

—De la entrada se van recto hasta toparse con una pared que tiene dibujada estrellas y también otras que flotan—. Rompo el contacto visual con la chica y miro arriba de mí—. Estoy parado justamente debajo de una.

Vuelvo al frente y... me sigue mirando.

—Ok, llegamos en unos minutos.

—Sí, por favor muévanse. Una chica no quita sus ojos de mí y me está incomodando.

—Tu belleza es imposible de esconder, ¿eh? —Borris se burla y me cuelga.

Trago saliva y bloqueo mi celular. Dejo escapar un suspiro lento, abriendo y cerrando una de mis manos. Mis pelos se ponen de punta cuando veo como avanza hacia mí. Ok. Se está acercando y no sé cómo actuar.

¿Debería escapar?

Ambos seguimos sosteniendo nuestras miradas. Ella se pone a un metro de distancia, quedando debajo de una estrella flotante.

La escaneo. Estatura mediana, no es baja ni alta. Ojos grandes y cabello negro que cae en capas por sus hombros.

—Te conozco —declara.

Su voz es suave.

—¿Segura? —Arqueo una ceja—. Yo no recuerdo haberte visto antes.

Cuando era más chico, recuerdo a mamá llorar. De noche, yo me ponía de pie cerca de la ventana de mi habitación y pensaba lo tan satisfactorio que era mirar las estrellas y saber que él formaba parte de ellas.

Antes creía que todo tenía un por qué.

Pero ahora, no sé si el destino o las casualidades existen, tampoco sé si la vida tiene todo planeado o si eres tú quien escribe tu camino. Podía odiar a quien trazó el mío o tal vez amar lo que me ha dado.

Sin embargo, esto es diferente porque acabo de descubrir que *esta es la verdadera constelación. Justo aquí.*

—Creo que no me he presentado como se debe —sonríe—. Soy Diane Beckinsale Weigel.

FIN